

U.A.M.

UNIONOMA DE NUBA

CAUDERBLI

SINUÉS

DRAMAS

DE FAMILIA

Celeste

El almohadón

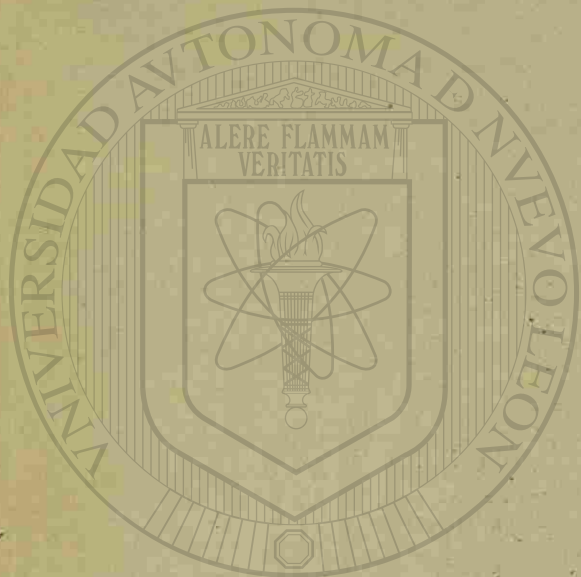
de cosas

706567

D73



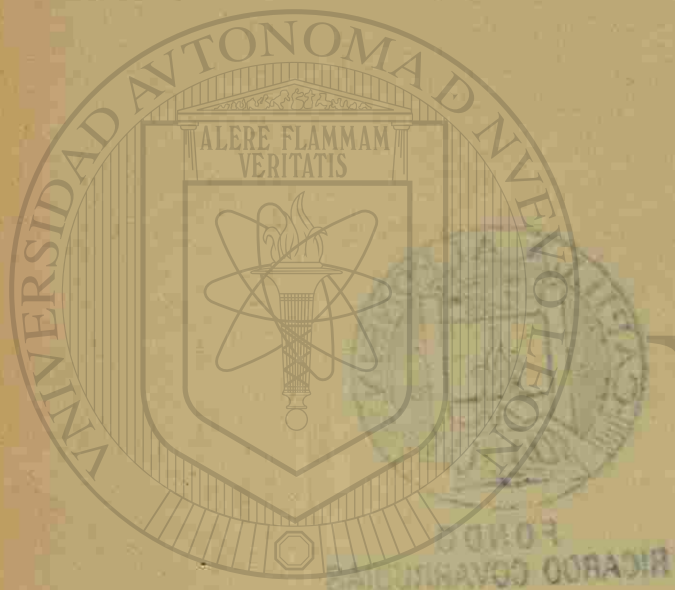
1020027411



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



DRAMAS DE FAMILIA

CELESTE

EL ALMOHADON DE ROSAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Núm. Clas. N 56181d
Núm. Autor 33865
Núm. Adg. -8-
Procedencia (R)
Precio _____
Fecha _____
Clasificación su
Catalogó _____



MARÍA DEL PILAR SINUÉS

DRAMAS DE FAMILIA

(SEGUNDA SERIE)

FONDO
RICARDO GONZÁLEZ
CELESTE

EL ALMOHADON DE ROSAS

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MADRID

AGUSTIN JUBERA, EDITOR

Almacenes de libros, calle de Campomanes, 10

1885

33865

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1900. 1625 MONTERREY, MEXICO

100498

63
8



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
ALFONSO REYES
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MADRID.— Establecimiento Tipográfico « Sucesores de Rivadeneira »
Paseo de San Vicente, núm. 20.

CELESTE.

I.

LA VIAJERA.

En una fresca mañana del mes de Junio subian por el camino que lleva desde la capital de Aragon al pueblo llamado Cabañas, pequeña y alegre aldea situada á las márgenes del Jalon, dos personas de edad diferente, y tambien de muy distinto aspecto.

Era la primera una mujer jóven y de gran belleza, si bien marchita por señales de crueles padecimientos, que así podian tener su raíz en la parte moral como en la física, á juzgar por su palidez y por el abatimiento de su mirada.

Parecia contar de veintienatro á veintiseis años; era bastante alta, ó á lo ménos lo hacia creer así la gallardía con que se destacaba su talle del lomo del caballo que montaba y dirigia con absoluta distraccion; su tez blanca y pálida hacia resaltar las hermosas bandas de

cabellos negros que se rennían detras de su cabeza, bajo su sombrero de montar, de paja, y adornado con una larga pluma blanca.

Negros eran tambien sus ojos, hermosos, rasgados, pero en los que se veía un tinte de prodigiosa altivez, á pesar de la tristeza que brotaba de sus pupilas; su boca, pequeña, estaba pálida y marchita; sus mejillas, flacas, presentaban, no obstante, un precioso y noble dibujo; su diminuta barba era delicada y encantadora; en suma, aquella jóven era bella, pero se conocía que podia serlo infinitamente más, cuando recobrase la salud del alma ó la del cuerpo, pues no podia adivinarse cuál era la que le faltaba.

Su traje era tan sencillo como elegante.

Se componía de un vestido de montar, de piqué color de ante, hecho en forma de casaquilla, abierta por el pecho, y que dejaba ver una camisola de batista delicadamente plegada; bajo el cuello liso de la camisa pasaba una corbatita azul oscuro, de una sencillez casi varonil, y anudada con negligencia.

La manga de la amazona, un poco abierta, dejaba ver otra de batista, y sus guantes de castor, flexible y fino como la seda, estaban guarnecidos por una ancha manopla, para preservar su delicada muñeca de los rayos del sol.

Llevaba en la diestra un látigo con puño de oro, que para nada usaba, pues el caballo era excelente, fogoso y voluntario, y el camino muy bueno.

La persona que acompañaba á la jóven era un lacayo de aire trunesco y socarrón: se advertía en sus ojos

tanta vivacidad como malicia; vestía calzon blanco de punto, botas altas de montar y una librea azul con botones plateados, pero sin distintivo alguno; el sombrero era negro y sin escarapela ni armas que indicasen á qué clase pertenecía su ama.

Era el año de 1876, y uno de los primeros días del mes de Junio; la mañana estaba fresca, embalsamada, deliciosa; á un lado y á otro de la ancha senda que seguían la dama y su lacayo se extendían hermosos y verdes campos, frondosos huertos llenos de frutales y verdes viñedos recargados de abundante fruto, que prometía una rica cosecha.

Muchos trabajadores se ocupaban en las labores del campo, con esa alegría y ardor que preside en las primeras horas de la mañana en toda clase de trabajos.

No hay, en efecto, cosa más útil que el madrugar para las personas que tienen que entregarse á árduas tareas, ya sean corporales, ya producto de la imaginación: en las primeras horas del día la cabeza está más despejada y la sangre circula con mayor libertad.

No pensaba así sin duda el acompañante de la jóven, porque no cesaba de bostezar, como echando de ménos el blando sosiego de la cama: ni una sola mirada fijaba en el hermoso espectáculo que se desplegaba ante su vista, ni en la deliciosa y fértil campiña bañada por los dorados rayos del sol naciente.

Su ama participaba de su indiferencia, aunque no de su sueño: tampoco concedía una sola mirada á aquel delicioso paisaje; marchaba sumergida en sus cavilaciones, y sin responder á los saludos de los aldeanos y de los

labradores, que comunmente se reducen á estas palabras :

— Vayan con Dios.

Al pasar junto á un huerto donde se hallaban unos muchachos cogiendo fruta, la viajera, pues no se podia creer que fuese sólo á paseo á distancia tan larga de una poblacion, la viajera llamó á su criado con una seña y éste se aproximó al instante.

— Leandro — dijo ella en voz baja y con acento frio — pregunte V. á esos chicos cuánto distamos de la aldea.

El servidor se separó, y volviendo bridas á su caballo se aproximó á la orilla del camino y gritó :

— Muchachos, ¿está cerca de aquí el lugar?

— ¿Qué lugar? — preguntaron dos ó tres de los chicos, dejando su tarea.

— ¡ Toma ! ¡ el pueblo !

— Pero ¿ qué pueblo ?

— ¿ Tantos hay ?

— Diez ó doce, y á todos llevo yo en tres horas — repuso uno de los muchachos mayores.

— Vaya V. contando — repuso otro. — Grisen, Pinseque, Torres, la Joyosa, Alagon, Cabañas.....

— ¡ Basta ! — interrumpió el lacayo de mal humor — á ese último vamos.

— ¿ Á Cabañas ?

— Sí.

— Para llegar á ése les falta andar una hora.

* — ¿ Por quién preguntan VV. en Cabañas ? — interrogó el que se habia jaetado de andarín.

— Por el alcalde.

— ¿ Por el Sr. Juan María ?

— Sí.

— Ese es mi padre, y si VV. quieren yo les guiaré.

— Anda, pues — dijo la viajera — y busca el camino más corto, que en llegando yo te pagaré.

— No lo hago yo porque V. me pague, señora — dijo el muchacho, que aparentaba unos trece años — sino porque tengo gusto en servirla.

La dama no respondió, y volvió á su expresion de hastío é indiferencia.

Al fresco de la mañana sucedió poco á poco un calor sofocante, que aumentó la fatiga que se advertia en el rostro de la jóven; más ésta apretó el paso de su caballo, y por último llegó á divisarse el campanario de la aldea.

— Aquí vive mi padre — dijo el muchacho señalando á una casa de muy humilde apariencia, situada enfrente de la iglesia.

La jóven hizo un gesto de disgusto; detuvo su caballo, y bajó de él ligeramente y sin la ayuda de nadie.

En el mismo instante apareció una mujer de edad madura, á quien dijo el muchacho que habia servido de guía :

— Madre, esta señorita pregunta por padre.

— Bueno, hijo, vuélvete á trabajar — respondió la labradora, enjugando con su pañuelo la frente del muchacho; — anda, y acabad pronto, que ya se siente mucho calor.

— ¡ Bah, madre ! ¿ y he de volverme ahora al huer-

to? — preguntó mohino el chico; — hace un sol que aplana.

— ¿Por qué has venido?

— Para enseñar el camino á la señorita.

— Cualquiera le hubiera dado razon de él; pero ya que has venido, vuelve á marcharte.

— ¡Hace mucho calor!

— El mismo calor hace para tu padre que ya va siendo viejo, y para tu pobre hermano pequeño.

— Eso no me quita á mí el que tengo — respondió el muchacho sentándose por un alarde de terquedad.

— ¡Qué lástima de paliza! — dijo á media voz el lacayo, creyendo que su ama no le oía.

No sabemos si ésta no le escuchó realmente; la que sí le oyó fué la alcaldesa, que miró con seriedad al criado y le dijo gravemente:

— ¡Oiga V. ! no se entrometa en lo que no le va ni le viene; ¿estamos?

— No, ¡que mi señora y yo estamos aquí para oír replicar á ese zopenco! — repuso con insolencia el lacayo.

— Me hará V. el favor de callarse ó de marcharse de aquí al instante — repuso la anciana; — yo no debo sufrir que le ponga usted apodos á mi hijo.

Luégo, volviéndose al muchacho, le dijo con una mezcla de dignidad y tristeza:

— Ya ves, Pedro, el resultado de tu terquedad, te insultan y yo tengo que sufrirlo.

— ¡Y yo le cortaré la lengua al del leviton! — dijo el chico furioso y abalanzándose al lacayo.

— ¡Perico! — gritó la alcaldesa — ¡aquí, y quieto!

El muchacho bajó el puño que tenía levantado, pero no fué al lado de su madre; ésta se volvió á la viajera y le dijo:

— ¿Es V. la señora doña Enriqueta?

— Sí — respondió la jóven.

— ¿La prima de la señora Condesa?

— Sí.

— De ese modo, señora, las dos nos entenderemos; mande V. que se vaya su criado.

— Vete, Leandro — dijo la viajera.

Este, sin responder, volvió á montar á caballo, se quitó el sombrero, y dijo á la jóven:

— ¿Cuándo volveré?

— No me haces falta ya: vuelve á la ciudad y di á mi prima que envíe á Teresa; tú puedes ponerte en camino para Madrid esta misma noche.

Leandro saludó, volvió grupas y se fué riéndose del muchacho, que le siguió con una mirada de rencor.

II.

CELESTE.

Cuando el criado hubo desaparecido, la alcaldesa se volvió hácia Perico y le dijo:

— Qué, ¡no te vas!

— No tengo ganas de volver al huerto.

—Advierto á V., buena mujer, que vengo muy fatigada—dijo la viajera, que ya se enojaba de escuchar el altercado entre madre é hijo.

—Ahora hablarémos, señorita—repuso aquélla: luégo, mirando á su hijo, añadió:

—Mira, hijo mio, Perico, no vayas á trabajar si no quieres; pero me darás una pesadumbre, y tú tampoco estarás contento.

—¿Qué no?—dijo el chico;—¡vaya si estaré, tumbado todo el día á la bartola!

—¡Te cansarás de eso! La noche se ha hecho para dormir y el día para trabajar: vamos, vé, y no me apesadumbres; no quiero obligarte, pero ya sabes que tienes que cuidar de nuestra poca hacienda; ve allá dentro, bebe agua fresca y tómate una torta para el camino.

El muchacho se levantó de mala gana y entró en la cocina, situada en el patio, saliendo casi al instante: llevaba en la mano una torta grande y de un delicioso color de oro, se dirigió á la puerta, y dijo:

—Hasta más tarde.

—Adios, hijo mio—observó la madre—hoy has sido bueno y razonable; adios.

Luégo, volviéndose á la viajera, le preguntó:

—¿Usted, señora, querrá ir al instante á su casa, es verdad?

—Al momento; estoy muerta de fatiga.

—Pues vamos allá.

Y la alcaldesa descolgó una llave de un clavo y echó á andar; pero volvió atrás algunos pasos, y dijo á la viajera:

—Mejor sería que descansase V. acá hasta la tarde; la casa está algo léjos, y ahora hace mucho calor.

—Vamos, pues, adentro—contestó la que habia dicho llamarse Enriqueta;—pero ¡Dios mio! ¡vamos pronto, estoy enferma y muerta de fatiga y de calor!

La anciana subió una estrecha escalera; siguióla la jóven, y ambas se hallaron en una salita cuadrada donde cosía una muchacha al lado de la ventana entoldada por una frondosa madreSelva.

Al ver entrar á las dos mujeres, se levantó y se acercó á ellas.

—Celeste—dijo la alcaldesa—vé á la cueva, hija mia, y trae para esta señorita agua fresca con azúcar.

La jóven salió, y Enriqueta, estenuada de fatiga, se dejó caer en una de las sillas de pino verde que decoraban la estancia.

Era bastante reducida: á un lado se veía un pequeño lecho sin cortinas y cubierto con una colcha de indiana azul con ramos; al otro habia una mesita, y sobre ella una urna de cristal que encerraba un San Antonio sosteniendo á un niño Jesus; una y otra imágen eran de tosca talla, pero ambas tenian una cautivadora expresion.

Las facciones del santo lego respiraban ternura, alegría y fervor.

Las del niño, tristeza y cariño; parecia sostenido apenas por las manos de Antonio de Pádua, que le contemplaba arrobado y confuso.

La urna estaba cerrada en sus extremos por tiras de papel, amarillas por el tiempo y llenas de ultrajes de las moscas.

Algunas sillas grandes y pesadas, de pino, pintadas de verde, acababan de decorar la habitación.

Dos ó tres estampas groseramente iluminadas, que representaban los amores de Atala y Chactas, adornaban la estancia, alternando con otro cuadro que representaba á San Juan niño, y jugando con un hermoso corderito de rizado vellon.

El suelo estaba lavado y luciente de limpieza.

La señora Joaquina — que así se llamaba la alcaldesa — vió con terror que Enriqueta cerraba los ojos y se reclinaba en el respaldo de la silla: tocó su frente, y la halló húmeda y helada; tocó sus manos, y estaban ardientes; al ver su estado, le quitó el sombrero, y las largas trenzas de cabellos de la viajera se tendieron por su espalda.

Entónces la señora Joaquina tomó de sobre la mesa un abanico muy grande de papel verde y pié de ballena, cuyo fabricante debía ya de haber muerto de viejo, y empezó á echar aire á la jóven en tanto que subía Celeste.

No tardó ésta en llegar: traía en una mano un plato con un vaso lleno de agua, tan fria, que se habia empañado el cristal, y en la otra otro plato con algunos terrones de azúcar muy morena.

— Hija, dame eso y siéntate — dijo la alcaldesa al oír la respiracion anhelante de Celeste.

La jóven puso los dos platos en las manos de su madre, y se dejó caer en otra silla, casi ahogada por la fatiga que hacia levantar su pecho.

La señora Joaquina mezcló azúcar con el agua y lo

revolvió todo, acercando despues el vaso á los labios de Enriqueta, que, á pesar de estar casi inanimada, bebió con ánsia y abrió los ojos.

— ¡Vamos! esto ya va mejor — dijo la alcaldesa dejando á la viajera para acercarse á su hija.

Era ésta una jovencita que apénas llegaría á los diez y seis años de edad; nada es posible imaginar de más suave, cándido y dulce que su belleza que ostentaba todas las gracias delicadas de la adolescencia.

Largos cabellos rubios y sedosos guarnecian su carita, apacible como la de un ángel; sus ojos azules eran suaves, y hubiera envidiado su color la aterciopelada flor de la hierba doncella ó de la pervinca que crece á orillas de los lagos de Alemania.

Aquellas anchas pupilas celestes sonreían llenas de alegría y de dulzura casi siempre, y eran tan puras, tan bellas, tan transparentes, que dejaban ver toda el alma de la jóven.

La linda boquita de Celeste era rosada como una flor de ese precioso coral napolitano, más suave en el color que el que se encuentra en otros mares: cuando se reía descubría dos pequeñas sartas de perlas diminutas, pues tal parecía su preciosa dentadura.

La frente de Celeste descubría talento; pero aún más, una gran sensibilidad; sensibilidad que acusaba tambien la expresion de sus ojos y de su sonrisa.

Aquella niña parecía haber nacido para representar la musa de la poesía ó de la música; nacida en otra clase, ó con otra educacion, es bien seguro que se hubiera distinguido por alguno ó quizá por todos los talentos.

Pero nacida en Cabañas no podía tener más que la luz radiosa de que Dios había dotado á su entendimiento: su sensibilidad exquisita, su dulzura angelical y su paciencia de santa.

Al ver á Celeste se experimentaba, sin que se pudiera explicar el por qué, un sentimiento de tristeza; aquella figura aérea, suave, blanca, casi vaga, no parecía pertenecer á este mundo, y se temía verla volar al cielo en el mismo instante en que con mayor delicia se la contemplaba.

Sin ser enfermiza, tenía una constitucion endeble y débil; comia muy poco, y hubiera podido decirse que se alimentaba sólo de su puro y tranquilo sueño.

El señor cura de Cabañas la había enseñado á leer, escribir y contar, y la alcaldía hubiera ido mucho peor gobernada á no ser por los consejos que ella daba á su padre Juan María y por los escritos que redactaba con una letra inglesa, clara y perfecta como la de un adolescente.

Juan María, hombre rudo, brusco y áspero, adoraba á Celeste, y hubiera querido encerrarla, para que no la dañasen ni el aire ni la luz, en una caja de algodones; no era menor la idolatría que le profesaba su madre la buena Joaquina, mujer alta, delgada, enjuta, pero de muy blanda condicion.

No era extraño, por otra parte, aquel tierno y excesivo cariño: Celeste era su hija única, y hacía el más extraño contraste con sus hermanos Perico y Mariano, muchachos toseos, en particular el mayor, que era ademas terco y voluntarioso.

— Señor cura — decía alguna vez al vicario Juan María — tengo miedo de perder á mi Celeste.

Y el fudo labrador enjugaba una lágrima con el dorso de su mano encallecida.

— Pero, hombre, ¿por qué? — preguntaba el señor cura — ¿está acaso enferma?

— No, señor.

— ¿Pues por qué te dejas llevar de esas ideas tan tristes?

— Ya hago lo que puedo por separarlas de mí, señor cura; pero al ver á mi hija tan buena..... y tan dulce de condicion; al pensar que jamas nos ha dado ninguna pesadumbre; al verla rezar con tanto fervor, y sobre todo, al verla tan hermosa, me parece que no la merecemos y que el Señor la va á llamar á su lado.

El señor cura hacía por calmar estos temores: un dia que Juan María se los manifestaba por la décima vez, le preguntó:

— ¿Por qué no casas á Celeste?

— ¿Y con quién, señor? — respondió afligido el pobre padre: — ¡si ésa es otra de mis penas! ninguno de los mozos del pueblo se atreverá jamas á decir nada á mi hija, y eso que yo los animo; pero como es tan hermosa, blanca y delicada, les parece una imágen; ¡luego ella no mira á ninguno!

— No hay que apresurarse por eso, Juan María; es muy niña, y ella llegará á querer á alguno; mas para ese caso, oye un consejo que te voy á dar.

— Diga V., señor vicario.

— Cualquiera que sea el hombre que elija, cácala con

él, ¿entiendes? No empeñes jamas una lucha con esa organizacion delicada, con esa alma tierna que podrias destrozar.

—Dios me libre de oponerme jamas á lo que ella desee, señor vicario — dijo el alcalde — y ¿cómo hacerlo? Por otra parte, ¿no es ella la luz de mis ojos?

—Es que podría elegir mal: se han visto casos en que la oveja y la cordera han amado al lobo.

—Sea quien quiera la persona á quien mi hija escoja, no me opondré á su voluntad, y lo mismo hará Joaquina, que la quiere tanto como yo.

Celeste siguió, pues, bajo el amparo de sus padres, que anhelaban ver en quién fijaba su cariño; pero la jóven no pensaba más que en amar con toda su alma á éstos y á sus hermanos: ningun domingo quería bajar á la plaza, y se pasaba las tardes sentada en el huerto bajo la sombra de un frondoso nogal.

Su hermano Pedro, que era en extremo indómito, la amaba tambien con la mayor ternura.

Un dia que el Jalon bajaba muy crecido, dijo que se iba á bañar con otros chicos del pueblo.

—Te guardarás muy bien de hacerlo — repuso irritado el alcalde — porque te daré un castigo del que te acordarás mientras vivas.

Dicho esto, volvió la espalda Juan María, y su hijo murmuró á media voz:

—Ahora iré mejor.

—Pero, hijo mio, ¿qué ganas con darnos pesadumbres! — dijo á media voz Joaquina con tono de queja.

—Yo, nada — repuso Perico; — pero quiero irme á bañar, y he de ir.

—Baja el río muy crecido y puedes ahogarte.

—El mal será para mí.

Algunas lágrimas saltaron de los ojos de la buena Joaquina: no era ella capaz de alzar la mano sobre un hijo suyo, pero era sí muy capaz de morir de una pesadumbre.

Como se ve, existia alguna semejanza entre Celeste y su madre; pero la hija estaba dotada de tan admirable talento, que éste acababa siempre las obras que empezaba su dulzura.

—Pedro — dijo la jóven, que sentada junto á la puerta del jardín bordaba un pañuelo blanco de muselina para su madre — tú serás desgraciado toda tu vida.

—La cuenta es mia — repuso el muchacho brutalmente; — no pases pena por eso, ni te metas en camisa de once varas.

Celeste calló; pero miró á su hermano con un aire de tristeza tan profundo, que aquél sintió dentro de su corazón una gran pena, y preguntó:

—¿Por qué dices eso, vamos á ver?

Celeste calló.

—¡Vamos, habla! ¿por qué dices que toda la vida seré desgraciado? — repitió Pedro.

—Porque toda tu vida serás malo — respondió Celeste con acento triste.

Perico corrió hácia su hermana, y levantó la mano para pegarla.

—¡Tunante! — gritó Joaquina exasperada y corriendo

á detener el brazo de su hijo;— ¿vas á hacer lo que ni tu padre ni yo hemos hecho jamas?

— Déjele V., madre mía — dijo Celeste con tranquilidad y alzando sus bellos ojos, tan dulces y tan expresivos;— más daño se hará él que me hará á mí.

— ¡Ya lo creo! — murmuró Perico dejando caer la mano;— no podria cascarte á ti: en cambio Mariano me lleva unas tocátas (1) de lo lindo.

— ¿Y adelantas algo con eso? — preguntó Celeste — ¿te complace así mejor nuestro pobre hermanito?

— ¡No por cierto, es más terco que el buey rojo!

— ¿Y por qué sigues pegándole?

— ¡Toma! para quitarle la *tozudería* (2).

— De esa suerte, ahora debería madre pegarte á tí.

— ¿Por qué?

— Por terco: ¿no te has empeñado en irte á bañar cuando puedes ahogarte?

— ¡Ya lo creo! me he empeñado é iré; yo soy más fuerte que Mariano, tengo trece años y no me dejaré zurrar.

— ¡Es decir, que tú ejerces el derecho del fuerte! ¿no te da vergüenza?

— ¡Ni *miaja!* (3).

— Tanto peor para tí: siempre serás desgraciado, mi pobre Pedro, porque el que no es bueno, no es dichoso.

(1) *Tocatas*: palizas ó muchos golpes seguidos; expresion usual de los aldeanillos y de los muchachos en Aragon.

(2) *Tozudería*: terquedad; *tozudo*: terco ó mal mandado.

(3) *Miaja*: nada absolutamente.

— ¡Es decir que dejando de ir á bañarme seré bueno y dichoso!

— ¿Quién lo duda?

— ¡Tonta! ¿y qué provecho me ha de venir de obedecer?

— El de estar tranquilo y decir: hoy he sido hombre honrado porque he obedecido á mis padres.

— ¿Dejo de ser hombre honrado si no los obedezco?

— Sí; el primer deber del hombre de bien es honrar á padre y madre.

Perico no halló qué responder.

Era un muchado fornido, alto, áspero y mal trabajador; imposible es imaginar instintos mas groseros que los de Perico: su mayor placer consistia en comer ó dormir; su talla pasaba ya toda la cabeza á la de su hermana, cuya estatura apenas llegaba á ser mediana.

Rompia muchísima ropa y no se peinaba el cabello jamas; á no ser que á fuerza de súplicas se lo dejase arreglar por la suave mano de Celeste.

No obstante, á traves de aquella ruda corteza se adivinaba un corazon sensible; pero tan oculto, que sólo la penetrante mirada de su hermana habia podido columbrarlo.

Amado en extremo por sus padres, pues el alcalde y su esposa adoraban á sus tres hijos, aunque prefiriesen á Celeste á causa de sus circunstancias particulares, Perico habia hecho su gusto desde que nació.

Su padre, brusco como él, no se avenia al ruego, y le amenazaba, aunque sin castigarle nunca; bien es verdad que esta blandura consistia en que su esposa y su hija

le ocultaban con el más exquisito esmero todas las desobediencias y groserías de Pedro, ya por el amor que á éste tenían, ya por el temor de ver en una contienda frente á frente al severo Juan María con Pedro, que iba siendo un verdadero Goliat.

En el día del empeño por bañarse, el altercado del muchacho con su hermana, en el que se advertía tanta grosería de parte de Pedro y tanta suavidad de parte de Celeste, ésta llevó la mejor parte; el muchacho calló, y despues de un rato dijo:

— Está bien: no iré á nadar al río.

— ¿De véras? — preguntó Celeste levantando sus ojos llenos de gozo hácia el adusto semblante de su hermano.

— Sólo por darte gusto á tí no voy: cuando me miras con esos ojos, tan azules como el cielo y tan tristes, no sé decirte á nada que no.

Estas escenas se repetían con mucha frecuencia, porque la jóven tenía encantados á todos con su dulce carácter y sus sednetoras gracias.

En cuanto á Mariano, era un niño de nueve años que se parecía algo á Celeste: tenía, como ella, los cabellos rubios, aunque de distinto matiz, porque tiraban á rojos, su tez era gruesa y estaba señalada por algunas pecas; sus ojos, garzos y pequeños, pero alegres; era de dulce carácter y se sometía á todos los caprichos de su hermano, quien, sin embargo de quererle, le pegaba mil veces al día.

Celeste vestía con sencillez, á pesar de que su madre cuando iba á la ciudad no hallaba cosa bastante bonita

para ella: no había vez que *bajase* á hacer sus compras que no trajese para Celeste un vestido, un pañuelo, un delantal ó una gargantilla; así la jóven, aún cuando era poco aficionada al lujo, estaba siempre linda y coquetamente adornada, y daba envidia á todas las muchachas de Cabañas.

Un domingo por la mañana vió Celeste salir de la iglesia á un gallardo mozo.

Tenía una figura tan bella y estaba tan bien vestido que no pudo ménos de fijar la atención de la jóven.

Al salir de la misa mayor vió al desconocido con su padre que las esperaba en la calle á su madre y á ella.

— Joaquina — dijo Juan María — ¿á que no conoces á este buen mozo?

— No por cierto — respondió la alcaldesa.

— Ya lo sabía yo: como que hace ocho años que se marchó á servir á la reina; es Lorenzo, el hijo de Bruno *el rico*, ¿no te acuerdas?

— ¡ Ah, ya! ¡ ahora sí! ¡ es el hijo de Bruno! ¡ el de la alquería de junto al molino!

— Cabal; pero mira qué buen mozo viene.

— ¡ Ya se ve que sí!

Lorenzo miraba á Celeste, que por su parte no levantaba los ojos del suelo, y sentía palpar con violencia su corazón; luego dijo:

— ¿ Y ésta es aquella rubilla que jugaba cuando yo me fui, con los chiquillos?

— La misma — respondió con orgullo Juan María. — ¿ Verdad que se ha hecho guapa?

— ¡ Como una imagen! — exclamó Lorenzo con calor.

—Pero hijo—observó á su vez Joaquina—¿qué empeño tuviste de ir á servir? Tu padre podía haberte puesto, no un hombre, sino media docena.

—Ya lo sé—repuso Lorenzo;—á buen seguro que no fui por el gusto de mis padres, señora Joaquina, sino porque me parece una cobardía el que el hombre que cae soldado envíe á otro en su lugar, sólo porque tiene dinero.

Al oír estas nobles palabras, Celeste alzó los ojos y la cabeza: su frente estaba coloreada por un noble entusiasmo: parecía otra criatura muy distinta por cierto de la débil y tímida niña que hemos conocido.

Aquella tarde, en vez de ir Lorenzo á la plaza del lugar con todos los muchachos á bailar ó jugar á los bolos ó á tirar á la barra, fué á casa del alcalde y se sentó en el huerto al lado de Celeste y á la sombra del nogal.

Por la noche decia al señor cura su madre, venerable, risueña y aseada anciana:

—¿Sabes, hijo, lo que digo?

—¿Qué, madre?

—Que Lorenzo se casará ántes de mucho con Celeste, la hija de Juan María.

—Muy buena boda hará—respondió el vicario con aire de convicción.

—Tal vez no tan buena como tú te figuras, hijo mio—observó la señora Plácida moviendo la cabeza tristemente.

—¿Por qué dice V. eso, madre mia?

—Porque Lorenzo es vanidoso y Celeste humilde; porque ella es dulce y él es soberbio y altivo.

—Tanto mejor para que sean dichosos.

—No lo creas; tanto mejor para que la pobre Celeste sea la víctima: tú sabes, hijo mio, que yo soy una mujer que no conoce el mundo, que la población más grande que he visto es Epila, la villa donde naí; pues bien, á pesar de todo, mi instinto me dice que esa boda no ha de ser conveniente.

—Madre mia—respondió el vicario tomando afectuosamente la mano de la señora Plácida—usted es una mujer sencilla, criada en los campos, y que sólo ha sabido amar á Dios, á su esposo, á su hijo y practicar mucho bien; pero además de esas virtudes tiene V. un talento, que no por ser sólo natural deja de ser muy elevado: tiene V. el penetrante instinto de la mujer, que suple á á la experiencia, y tiene V., en fin, el mejor corazón del mundo; pues bien, dígame V. sin reparo lo que su corazón y su talento preven para Celeste.

—Yo no lo sé, hijo mio—dijo la anciana;—pero hay en mí una voz secreta que me dice que esa niña no ha de ser dichosa.

Después de esta conversacion, el señor cura quedó muy pensativo y observó á Lorenzo: no era el lobo, de quien él habia dicho en medio de sus temores que la ovejilla Celeste podia apasionarse; pero era el león soberbio, que sacudía su larga melena con orgullo y que miraba á la pobre niña con una especie de tierna conmiseracion, como si hubiera comprendido que era árbitro soberano de su suerte.

III.

LA PETICION.

El padre de Lorenzo contaba con una hacienda bastante pingüe, por cuya razón se le llamaba *el rico* en aquel país en que muchos sólo poseen lo necesario.

Sin embargo, este apodo estaba justificado en aquella ocasión.

Bruno era rico positivamente y espléndido; era un hombre grueso, alegre y excelente padre de familia: ya hacía mucho tiempo que no trabajaba, ocupándose sólo de vigilar á sus peones y criados, que eran muchos.

Su mujer, á la que amaba de corazón, había muerto hacía algunos años: sus hijos mayores habían muerto también, y sólo le había quedado Lorenzo, al que quería con el amor que había profesado á todos, y que había reconcentrado en él.

Por eso, cuando el muchacho sacó la suerte de soldado y se empeñó en ir á cumplirla, su enojo fué tan grande como su dolor: se irritó, suplicó á Lorenzo, pero todo fué en vano; éste desoyó los ruegos, se hizo sordo á las reprensiones y marchó á las filas.

Bruno hubo de consolarse: su carácter risueño era á propósito para ello; era benéfico, y nunca le faltaban en derredor suyo cariño y compañía.

Algunas veces había pensado en volverse á casar,

porque se cansaba de cuidar en todo y por todo de las cosas de la casa; pero siempre concluía por decirse:

—¡Bah, bah! el buey suelto bien se lame: Dios sabe lo que me tocará; ya volverá ese diablo de Lorenzo, y entónces se casará él.

En efecto, Lorenzo volvió y se enamoró de Celeste: su padre, lleno de alegría, se frotó las manos al conocerlo, como diciendo:

—¡Salió lo que yo decía!

Celeste era un excelente partido para cualquier mozo, no sólo de la aldea, sino del contorno: su padre era rico y la adoraba; además tenía la vara de la justicia, lo que siempre comunica á la persona que la sostiene una gran fuerza moral, y esto nadie lo sabía mejor que Bruno, que había sido alcalde también más de una vez.

Agobiado de pena cuando se marchó Lorenzo, había solicitado dejar de ser alcalde, y desde entónces lo era el grave y honrado Juan María, antiguo amigo suyo y de su misma edad.

Esta historia empieza ocho meses después de haber llegado Lorenzo con su licencia: á los ocho días ya había dicho á Celeste cuánto la quería, y ésta le había contestado, dejando caer su mano entre las del jóven y sonriéndole con inocente confianza:

—Yo también te quiero á tí.

Acto continuo Bruno pasó á casa del alcalde, y le dijo con un acento grave que contrastaba con su jovialidad habitual:

—Juan María, tengo que hablarte.

—Empieza— dijo el alcalde.

—Y á tu mujer tambien.

—Pues que la llamen; anda, Mariano, di á tu madre que venga.

Salió el muchacho, y un instante despues entró Joaquina.

—Juan María—dijo Bruno—mi hijo quiere de co-razon á tu hija; eso ya lo sabrá tambien Joaquina, ¿no es verdad?

—Lo habia sospechado—respondió la alcaldesa;—pero á mí la chica no me ha dicho nada; ya sabes, Bruno, lo callada y metida en sí que es.

—Pues bien, ella quiere á Lorenzo y Lorenzo á ella.

—No veo en eso ningun mal—dijo Juan María.

—Ni yo—añadió la alcaldesa.

—Ni yo—repitió Bruno—antes veo un bien, porque quiero mejor por hija á Celeste que á todas las demas muchachas de por acá.

—¡Ah, ya lo creo!—exclamó Joaquina;—¡ya la puedes querer!; como que ninguna vale ni para descalzar á mi hija! Pero mira, Bruno, aunque arreglemos la boda, te prevengo una cosa.

—¿Qué? habla sin reparo, mujer.

—Pues bien; Celeste acaba de cumplir quince años.

—Y Lorenzo veintisiete.

—Algunos años la lleva; pero eso no le hace, que el hombre ha de ser mayor que la mujer para hacerse de respetar; ademas, las mujeres se acaban antes; pues lo que digo, con permiso de mi marido, es que no quiero que Celeste se case hasta que haya cumplido diez y siete años.

—Bien está: ¿qué dices tú, Juan María?

—Yo digo lo mismo que mi mujer.

—Y yo me avengo á ello: juntos nos hemos criado, y siempre hemos sido buenos amigos; no será, pues, ahora cuando dispatemos: yo no olvidaré nunca cuántas veces me habeis sacado de apuros, dándome grano para la siembra, legumbres y aun dinero, ni lo mucho que habeis querido á mi pobre Catalina.

—¡Pobrecita!—dijo Joaquina;—ella, vanidosa sí, pero más buena que el pan blanco: al oso de mi Perico le dió ella de mamar tres meses, cuando yo me hice embarazada del pobrecito José, que se murió.

—Se llevó Dios á la pobre cuando debia empezar á disfrutar—dijo Juan María;—¡bien podia ahora llevar las basquiñas más ricas, su hermosa cruz y sus pendientes de oro, sin temor de ser criticada!

—Es cierto—respondió Bruno;—aunque mi pobre mujer me hizo padecer bastante con sus quejas y sus pretensiones cuando éramos pobres, es tambien muy cierto que sólo por darle gusto y porque anduviese tan bien puesta como ella queria y yo deseaba, emprendí algunas cosas que luégo han dado buen resultado y me han hecho ganar mucho dinero: si hubiera sido solo, no hubiera salido nunca de pobre.

—Una cosa me ocurre—dijo Joaquina—y no quisiera, Bruno, que el oímela decir te sirviera de enojo.

—Díla, mujer.

—Pues bien, me parece que tu Lorenzo es tan vanidoso como su pobre madre.

—Sí que lo es; ¿qué mal hay en eso? Pero si él no

se estimára en mucho, no se hubiera atrevido á acercarse á tu chica : ya ves cómo sólo él se ha atrevido en el lugar.

— ¡Ay, Bruno! ¿llegará algún día en que la desprecie?

— ¡Él despreciar á Celeste! ¡si la quiere más que á las niñas de sus ojos!

— ¡Es que si llegase á suceder eso, ella se moría sin remedio! ¡Yo, que la conozco, lo sé! No ha querido ni querrá á otro hombre que á Lorenzo.

— Ni él querrá á otra mujer.

— Pues siendo así, está arreglada la boda : ahora Juan María dirá lo que piensa dar.

— ¿Para qué? — exclamó Bruno levantándose; — le daréis lo que os acomode : Lorenzo es hijo solo, y á mí me llaman *el rico*; ni él ni yo queremos más que la chica.

— No importa, Bruno — dijo el alcalde — bueno es tratar estas cosas con formalidad : siéntate y escucha.

— ¡Pero hombre!....

— Me darás una pesadumbre si no dejamos este asunto arreglado.

— ¡Si ya está!

— Aun no, oye : yo daré á Celeste la mitad justa de mi hacienda ; la otra mitad quedará para los dos chicos, entre los que la repartiré por partes iguales.

— ¡Pero hombre, eso es injusto! — exclamó Bruno; — ¿por qué has de perjudicar así á los pobres chicos? da á Celeste su parte, y basta y sobra.

— Tiene razon Juan María — asintió Joaquina; — los

otros son varones y pueden ganarlo ; justo es que mejorremos á la chica.

— Mirad que puede llegar un día en que los chicos os reconvenzan, sobre todo Perico.

— ¡Ay, pobre Perico de mi alma! — exclamó la alcaldesa, como si hubieran hecho á su hijo la más grande de las injurias; — ¡pobre hijo mio, en qué mala opinion te tienen!

— Mujer, no seas loca — dijo el alcalde; — Bruno dice eso porque conoce su genio.

— Pero con su genio y todo es más noble que la plata y el oro fino — dijo Joaquina; — y si no ahora lo veréis.

— ¿Qué vas á hacer? — preguntaron los dos hombres.

— Ahora lo veréis ; ¡Perico!

— ¿Qué manda V.? — respondió la voz áspera del muchacho, que por ser domingo estaba en casa.

— ¡Vén aquí, hijo mio!

— Aquí estoy — dijo el muchacho apareciendo en la puerta; — ¿qué tripa se le ha desatado á V.?

— Hijo más bestia que tú, no hay otro — dijo Juan María; — ¿es ese modo de hablar á tu madre?

— ¡Pues si siempre está Perico aquí, Perico allá! ¡no me deja sosiego para nada!

— Déjale, Juan María, que aunque sea bruto es muy bueno ; y tú, hijo mio, acércate.

Perico, lisonjeado con el juicio de su madre, se acercó á ella.

— Vamos — añadió Joaquina — oye y luego dirás tu parecer, porque ya eres casi un hombre : mira, el señor

Bruno ha venido acá para pedir á tu hermana, que se casará con Lorenzo, ¿entiendes?

— ¡Entiendo, entiendo, que no soy ningun chopo!— dijo el chico;—adelante con la historia.

—Pues bien, tu padre, que todo lo quiere muy formal, hablando de lo que le dará, ha dicho que la mitad de la hacienda de casa, y que la otra mitad la repartirá entre tú y Mariano, que al fin sois hombres y que lo podeis ganar.

—Tiene mi padre mucha razon.

—De modo, hijo—dijo Juan María—¿que no te parece mucho lo que hago por tu hermana? ¿no te quedarás quejoso?

—Padre—dijo Pedro—si otro que V. pensára que yo me quedaba quejoso por eso, y yo le conociera, de una puñada le deshacia las narices.

El tío Bruno se hizo atras lleno de terror; Perico añadió:

—Mi hermana debe llevar tres cuartas partes de la hacienda.

— ¡Lo veis!—exclamó gozosa Joaquina;—¿no lo decía yo que mi Pedro tiene un corazon de oro?

—Vaya, vaya, madre, déjese V. de arruinacos—dijo Pedro amostazado;—yo me pongo en la razon: con la otra cuarta parte Mariano y yo nos manejarémos muy bien; á pesar de lo mandria que es, yo le haré trabajar. Celeste debe llevar todo lo demas.

—¿Pero y tus padres—preguntó Bruno—se van á despojar de todo por enriquecer á Celeste, que se casa con el muchacho más rico del lugar?

—Ojalá que se casára con el más pobre—dijo Perico.

—¿Qué dices?—preguntó asombrada Joaquina.

—Digo que más quisiera verla mujer de un *femate-ro* (1) que no de Lorenzo.

—Pero ¿por qué?

—Porque es vanidoso y mal trabajador, como soldado cumplido; yo soy asina, muy claro; lo digo aquí, porque está su padre, y no lo diré detras; se fué á ser soldado por no trabajar y por meter fachenda con las mozas, y *agora güelva* con los *güesos* muy duros para cavar; si se casa con mi hermana, la hará llorar mucho, y para que la respete algo más, hay que darle toda la hacienda: si se la malgasta y le da pesadumbres, aquí estoy yo que sabré romperle un garrote en las costillas. Por mis padres no hay que pasar pena, que yo, Pedro Carrasco, sé ganar jornal y medio cada día.

Pedro, despues de esta andanada, salió de la salita y se fué á la cocina, donde estaba haciendo un collar de cuero para *Leon*, gran mastin á quien pegaba recios puntapiés, pero por el que se hubiera quedado sin comer si hubiera visto que á él le faltaba.

—Chico, ¿para qué te llamaba madre?—preguntó Mariano, que se comia una rebanada de pan con miel.

—*Pa dame* una cosa—respondió Perico.

—¿De comer?

(1) Los que recogen la basura de las calles, que son, por lo regular, muchachos haraposos ó ancianos muy pobres.

—De comer.

—¡Anda, dame un poco!

—¡Toma!—dijo Perico aplicando á la espalda de Mariano un buen cachete;—y ahora, por *laminero* y pediguño, te vas á quedar sin miel. Toma..... toma.....
Leon.

El perro abrió su enorme boca y sepultó en ella la rebanada del pobre Mariano, que se refugió llorando al lado de su madre.

—¡Hombre, tu chico es un cafre!—dijo Bruno á Juan María.

—Es un cafre, sí—repuso Joaquina;—pero ¡qué corazón, hijo de mi alma; nadie le tiene más hermoso que él! ¡Calla, hijo mio, Mariano, que luégo te daré yo más miel!

IV.

LORENZO DESLUMBRADO.

Celeste llegó á amar á Lorenzo con una pasión profunda.

Era éste un muchacho atento, dulce, casi culto; á no ser porque se cansó de la vida militar, hubiera llegado á oficial muy fácilmente, pues habia vuelto de sargento primero; tenia, además, mucho talento, y hablaba un lenguaje que comprendia el alma elevada y hermosa de aquella niña.

Celeste le esenchaba arrobada.

La soledad de su alma se iluminó: un dulce rayo envió sus reflejos á los ojos y á las mejillas de la jóven, que se vistieron con un dulce sonrosado.

Nunca habia estado Celeste más bonita, más alegre, más animada.

Habia, sin embargo, una persona que odiaba francamente á Lorenzo: era Perico.

Cuando iba á su casa por la noche, Perico se marchaba á otra parte; cuando le hablaba, le respondia con la mayor aspereza y las ménos palabras posibles.

Lorenzo empezaba á justificar los temores de aquel muchacho montaraz: no trabajaba, vestia con gran lujo, desdeñaba el traje de labrador, y pasaba el día cazando y vigilando á sus peones, y las noches al lado de Celeste.

Algunas veces le miraba Perico de reojo, y murmuraba entre dientes:

—Á tí te han cortado *pa señor*, y te han dejado *embastado*.

Celeste se affigia profundamente cuando oia á su hermano hablar así de su novio; pero su rostro angelical era lo que vendia, y áun sin saberlo ella misma, lo agudó de su pena: de sus labios jamas salia la menor queja.

Algunas veces reprendia Joaquina por lo bajo á Perico por sus brutales palabras.

—¿No ves—le decia—cuánto affiges á tu hermana? ¿Por qué hablas así á Lorenzo? ¿Se mete él contigo?

—Es que ya se guardará muy bien de hacerlo—respondia Pedro.—Madre, no hay que *pedricarme*: no puedo estomagar á ese mozo, y no sé si sentiré más ver

muerta á Celeste ó verla casada con él. ¡Por vía de sanes! ¡Tener yo que tratáde de hermano! ¡Ya, ya me hará güenas tripas!

De esta suerte desfogaba su enojo Perico, y así se hallaban las cosas cuando llegó Enriqueta á Cabañas.

Ya hemos visto la especie de desmayo que la sobrevino, y cómo la buena Joaquina y su misma hija Celeste emplearon para aliviarla la amable y cordial solicitud que les era habitual.

Después de haberla hecho beber el agua, Joaquina se acercó á Celeste, que parecía anonadada de fatiga sólo por el esfuerzo que había hecho para bajar á buscarla á la cueva.

La alcaldesa reclinó en su pecho la rubia cabeceita de su hija, y le preguntó:

—¡Tontilla! ¿por qué bajas tú? Te lo encargué sin saber lo que decia, pero podia haber bajado yo.

—¡No faltaba otra cosa!—respondió Celeste, que ya se iba recobrando.

La jóven iba á añadir algo más, pero dirigió su vista á la puerta y se detuvo; había visto á Lorenzo, ó más bien le había adivinado, pues acababa de entrar en casa, y apenas se había aproximado al umbral.

—Buenos dias—dijo con voz sonora;—pasaba por ahí para ir de caza, y he querido ver qué tal se ha pasado la noche.

Al oír aquella voz varonil, volvió lánguidamente su cabeza la viajera: su mirada se fijó en Lorenzo, y expresó en seguida un asombro profundo.

En efecto, el jóven presentaba un tipo agradable y

que no podia esperarse encontrar en aquella pequeña aldea: vestia un traje, que así participaba de la sencillez del labrador como de la cultura de la ciudad, y que realzaba maravillosamente su gallarda estatura.

Componíase su atavío de pantalon, de chaleco y de una larga chaqueta de lienzo aplomado; llevaba anudada, bajo el cuello de su camisa, blanco, almidonado y de una hechura elegante, una corbata de seda negra; un sombrero redondo y unos zapatos con botines de gamaza que subian hasta la rodilla por encima del pantalon, completaban su traje.

Lorenzo estaba así gallardo y hasta elegante.

Enriqueta le contemplaba con admiración: jamas, ni aún en la elevada clase que ella estaba acostumbrada á tratar, había visto un jóven más interesante.

Y en verdad que Lorenzo ofrecia en su figura un modelo de perfecciones: era alto, gallardo, esbelto y bien formado; su color, moreno y algo pálido, hacia resaltar el gris azulado de sus grandes ojos; tenia el cabello negro y abundante, la nariz recta y fina, las mejillas de contornos firmes y la boca algo desdenosa, pero encarnada y bella.

Su talle, de una perfecta gallardía, estaba ceñido por un cinturón de cuero que sostenia las bolsas de sus municiones, y la correa de su morral le cruzaba el pecho, dándole cierto aire de graciosa altivez.

Tal era Lorenzo: el orgullo brillaba en sus ojos rasgados y atrevidos, y en su frente, ancha sin demasia, morena por el sol, elevada con una igualdad perfecta.

Á pesar de todos los encantos de su figura, se adver-

tia en él algo de duro y de helado que asustaba á la pobre Celeste, tan dulce, tan suave y tan flexible como la verde caña que crece á las orillas del lago solitario.

Lorenzo respondió á la admiracion muda de Enriqueta con otra que no trató siquiera de disimular, y que no se escapó á la penetracion de su novia.

El hijo de Bruno olvidó por un instante que se hallaba allí su prometida y la madre de ésta, únicamente para mirar el lánguido y pensativo rostro de Enriqueta y su elegante y aristocrática figura.

Era una mujer á la cual sólo hemos visto muy imperfectamente, y que despojada de su sombrero de amazona tenía algo de extraño y de deslumbrador, que penetraba en el alma como un filtro triste.

Si es cierta, como atestiguan los filósofos, la inmensa consanguinidad de la tierra y del cielo, Enriqueta debía haber nacido bajo uno de esos cielos cuyas estrellas chispean y donde los frutos tienen sabores ricos de perfumes: inglesa, se la hubiera creído hija de Escocia; francesa, se la hubiera saludado como una hija de la Provenza; española, se la aclamaba como una hija de la poética y ardiente Andalucía.

Sus cabellos negros, que formaban una oscura masa, se enrollaban en un rodete sencillo, caído y ondeado como las cabelleras de las vírgenes florentinas; no brillaba en su rostro la flor de la juventud, sino que le abatía el sello indeleble de la desgracia, de la enfermedad y de las pasiones desordenadas; bajo sus pensativas cejas, sedosas y estrechas, se abrían sus ojos, dulces como la miseria, pero desconfiados como la esclavi-

tud; hija de una mujer culpable, parecía hereditario en ella el espanto de la conciencia y el del porvenir, que es más triste todavía; mirados con atencion sus ojos negros, sobrecargados de larguísimas pestañas, tenían el tinte azul de la pizarra; á cada lado de su boca se dibujaba un finísimo vello negro, que casi desaparecía en un pliegue habitual de tristeza.

Reanimada por el agua fresca que le habia traído Joaquina, sus mejillas se habian cubierto con un sonrosado tan leve como el que produce sobre la nieve el sol poniente; apoyaba la mejilla en su mano, delgada, blanca y trasparente, toda cruzada de azules venas, y por debajo de su largo traje, algo ceñido como el de las estatuas, asomaba una parte de su pié delgado y reducido como el de una niña de doce años.

Tal era la mujer que se presentó á la imaginacion ambiciosa y soñadora de Lorenzo.

¿Quién era? ¿Á dónde iba? ¿De dónde venía? Ella misma lo dirá.

—Celeste se ha puesto un poco mala—dijo Joaquina al novio de su hija;—bajó á la cueva á buscar agua fria para esta señorita, que llegaba muy fatigada, y la pobrecita.....

—¡Ah!—interrumpió Lorenzo.—¿Esta señora acaba de llegar?

—Sí, hace poco—respondió Joaquina, en tanto que á los ojos de su hija acudían las lágrimas al ver el poco caso que de su mal hacía Lorenzo, y esto por pensar en su huésped;—¿y tú—añadió la alcaldesa—ibas á cazar ahora tan tarde?

— Ya vuelvo á la alquería — respondió Lorenzo.

— ¿Y tu padre?

— En el campo.

— ¿Se va pasando ya, señora? — preguntó cariñosamente Joaquina á la forastera.

— Sí, mil gracias — respondió ésta con acento lento y dulce.

— ¿Quiere V. tomar alguna otra cosa?

— No, gracias; sólo tenía sed.

Luégo se levantó y añadió:

— Es dar á VV. demasiada molestia el esperar aquí hasta la tarde; si V. me quiere acompañar irémos á mi casa; dentro de un poco llegará mi doncella, que les suplico me envíen en seguida.....

— ¡Pero, señora, hace ya un sol insoportable — objeto Lorenzo — y va á dañar á V., hallándose delicada!

— El camino es corto; sólo voy á la quinta de la Marquesa de M.....; volveré á montar, y aunque llegue ántes, esperaré á la puerta á esta señora.

— En ese caso, será mucha mayor comodidad para usted el llevarse la llave — dijo Joaquina descolgándola del clavo de que pendía; — yo iré detras por si á V. se la ofrece algo, y llegaré lo ántes que pueda.

— Gracias — dijo la forastera dando algunos pasos hácia la puerta.

Y luégo, volviéndose hácia Celeste, le dijo con dulzura:

— Adios, hermosa niña.

— Adios, señora — contestó Celeste con voz débil.

— Es mi hija — dijo Joaquina, muy lisonjeada con la

palabra hermosa que Enriqueta habia dirigido á su Celeste.

— Y muy bella — añadió aquélla; — tendré mucho gusto en verla en tanto que permanezca aquí.

— ¿Va á ser por mucho tiempo? — preguntó Lorenzo con voz que temblaba.

— Creo que por todo el resto del verano.

— ¿Me permite V., señora, que la acompañe yo tambien? — preguntó el cazador; — ¿podré ir al lado del caballo por si á V. se le ofrece algo?

— Admito con mucho gusto tan buena compañía.

Enriqueta, dichas estas palabras, se puso su sombrero y salió recogiendo la larga cola de su traje de montar.

Joaquina y Lorenzo la siguieron, pasmada la primera de su gallardía y el segundo devorándola con los ojos.

Á la puerta se hallaba el caballo. Enriqueta, á pesar de lo débil que parecia estar, montó en él ligera y graciosamente, y tomó al paso un sendero que llevaba á una hermosa casa, llamada *La Quinta* en el país, y cuyos balcones estaban cerrados con persianas verdes.

En cuanto á Celeste, al ver salir á Lorenzo detras de la hermosa forastera, sintió que su corazón se oprimia con un peso terrible.

Lorenzo ni siquiera la habia mirado.

El jóven cazador, con su escopeta al hombro y su paso marcial, siguió al lado de Enriqueta hasta llegar á la quinta; abrió la puerta con la llave que la jóven le entregó, y luégo la ayudó á desmontar, entrando los dos en un patio fresco, al fin del cual se descubria un jardin verde y entoldado de parras.

Un instante despues llegó la señora Joaquina sofocada y jadeante. Lorenzo llevó el caballo á la cuadra.

Cuando salió, dijo Enriqueta:

—Agradezco á VV. mucho los cuidados que se han tomado por mí; pero quisiera estar sola para descansar un rato: cuando llegue mi doncella les agradeceré mucho que me la envíen en seguida. Adios, señora; adios, amigo mio.

Hizo á la madre y al novio de Celeste una graciosa señal de despedida con la mano, y empezó á subir la escalera que conducia á las habitaciones superiores.

Los dos labriegos no tuvieron más remedio que marcharse.

Lorenzo iba deslumbrado, ó más bien embriagado de vanidad: la hermosa dama le habia llamado con la mayor llaneza *¡amigo suyo!*

V.

LÓGICA DE PERICO.

Ya estaba muy adelantada la tarde cuando llegó la camarera Teresa, que, segun los deseos de su ama, le fué enviada al instante.

Era una muchacha de unos veinte años, morenita, rosada, alegre y bachillera.

Su traje era esmerado y bonito: camponialo un vestido de seda verde, pues habia venido en un carruaje de

alquiler, y un fichú de tul blanco, con encajes imitados, y un lindo lazo en el pecho, de cinta rosa.

Los cabellos negros de Teresa estaban peinados con gracia, en gruesas trenzas que descendian de sus sienas.

Cuando llegó á la quinta, Enriqueta, que se habia despojado ya por sí misma de su traje de montar y se habia puesto una bata blanca guarnecida de encajes, riñó un poco á su doncella por haber tardado tanto, y la mandó preparar el baño.

—Señora—dijo Teresa—aquí no hay perfumes ni sé quién ha de poner el agua: el baño es una hermosa pila de mármol blanco, pero está inútil.

—Dejarémos por hoy el baño—repuso Enriqueta;—pero no olvides que mañana lo quiero dispuesto.

—¡Dios mio, señora, yo no sé qué idea le ha dado á usted de venir aquí!—exclamó pesarosa la camarera.

—¿No era mejor haber marchado á una de esas aguas extranjeras donde se reúne lo más brillante de la aristocracia?

—Me cansan esos círculos—respondió Enriqueta;—sólo apetezco silencio y soledad.

—¡Pues aquí va V. á tener demasiada!

—¡Mejor!

—¡Y se aburrirá V. al instante!

—Entonces nos marcharemos.

—¿Pero qué va V. á hacer aquí?

—¿Qué te importa?—repuso Enriqueta con bastante aspereza;—no te cuides de mí, que yo basto para eso.

Teresa calló ante la reprimenda de su ama, pero no por mucho tiempo; su lengua locuaz no podia estarse quieta.

33865

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1007 MONTEALEGRE, MEXICO

Un instante despues llegó la señora Joaquina sofocada y jadeante. Lorenzo llevó el caballo á la cuadra.

Cuando salió, dijo Enriqueta:

—Agradezco á VV. mucho los cuidados que se han tomado por mí; pero quisiera estar sola para descansar un rato: cuando llegue mi doncella les agradeceré mucho que me la envíen en seguida. Adios, señora; adios, amigo mio.

Hizo á la madre y al novio de Celeste una graciosa señal de despedida con la mano, y empezó á subir la escalera que conducia á las habitaciones superiores.

Los dos labriegos no tuvieron más remedio que marcharse.

Lorenzo iba deslumbrado, ó más bien embriagado de vanidad: la hermosa dama le habia llamado con la mayor llaneza *¡amigo suyo!*

V.

LÓGICA DE PERICO.

Ya estaba muy adelantada la tarde cuando llegó la camarera Teresa, que, segun los deseos de su ama, le fué enviada al instante.

Era una muchacha de unos veinte años, morenita, rosada, alegre y bachillera.

Su traje era esmerado y bonito: camponialo un vestido de seda verde, pues habia venido en un carruaje de

alquiler, y un fichú de tul blanco, con encajes imitados, y un lindo lazo en el pecho, de cinta rosa.

Los cabellos negros de Teresa estaban peinados con gracia, en gruesas trenzas que descendian de sus sienas.

Cuando llegó á la quinta, Enriqueta, que se habia despojado ya por sí misma de su traje de montar y se habia puesto una bata blanca guarnecida de encajes, riñó un poco á su doncella por haber tardado tanto, y la mandó preparar el baño.

—Señora—dijo Teresa—aquí no hay perfumes ni sé quién ha de poner el agua: el baño es una hermosa pila de mármol blanco, pero está inútil.

—Dejarémos por hoy el baño—repuso Enriqueta;—pero no olvides que mañana lo quiero dispuesto.

—¡Dios mio, señora, yo no sé qué idea le ha dado á usted de venir aquí!—exclamó pesarosa la camarera.

—¿No era mejor haber marchado á una de esas aguas extranjeras donde se reúne lo más brillante de la aristocracia?

—Me cansan esos círculos—respondió Enriqueta;—sólo apetezco silencio y soledad.

—¡Pues aquí va V. á tener demasiada!

—¡Mejor!

—¡Y se aburrirá V. al instante!

—Entonces nos marcharemos.

—¿Pero qué va V. á hacer aquí?

—¿Qué te importa?—repuso Enriqueta con bastante aspereza;—no te cuides de mí, que yo basto para eso.

Teresa calló ante la reprimenda de su ama, pero no por mucho tiempo; su lengua locuaz no podia estarse quieta.

33865

—Señora—dijo—si V. me lo permite iré á ver lo que hace falta en casa para ir á buscarlo á la aldea.

—Vé—respondió Enriqueta—que tenía pocas nociones de las necesidades interiores de una casa.

Teresa dió una vuelta, y se dijo á media voz y á sí propia :

—Una lámpara solar, un servicio de tocador de porcelana, dos cepillos, un servicio para té, una vajilla completa para señora.

Concluida esta rápida revista, Teresa salió de la quinta con dirección á la aldea.

Al lado de la puerta halló á Lorenzo apoyado en su escopeta.

—Oiga V., buen mozo—dijo Teresa con desenfado—podría V. decirme, como del país, quién me podrá prestar algunas zarandajas que necesito para la señora?

—¿Para qué señora?—preguntó Lorenzo, como si saliese de un sueño.

—Para la mía; doña Enriqueta de Sotomayor.

—¿Qué! ¿se halla aquí?

—Ha llegado esta mañana.

—¿Sería la señora que ha llegado á caballo con un criado?

—La misma: el criado era Leandro, el ayuda de cámara del señor Marqués: ¡buena pieza!

—¿Es casada la señora de V.?—preguntó con ansia Lorenzo.

—¡Casada! ¡ella casada!—preguntó Teresa riéndose á carcajadas—¡jamás lo fué!

—Pero.....

—Pero ¿qué?

—¿Se casará algún día?

—¡Yo qué sé! ¡Se ven cosas más extrañas que ésa!

—¿Pero no ama á nadie?

—Me parece que no.

—¿Y no lo sabe V. de cierto?

—¡Hombre de Dios! ¿pues yo soy su confesor?—exclamó Teresa soltando la carcajada.

Luégo añadió:

—Con que vamos, dígame V., ¿á quién podré pedir lo que falta en casa?

—¿Qué objetos son?

—Cosas todas de lujo, de ésas á las que está acostumbrada mi señora.

—Pues no sé que las haya más que en casa del alcalde ó del señor cura.

—¿Es el alcalde ese palurdon á donde hemos venido á parar?

—El mismo.

—¿Uno que tiene una chica rubilla como un fideo?

—Sí—contestó Lorenzo con mal segura voz, al pensar que faltaba á la fe de su amor en no defender á Celeste.

—¡No he visto chiquilla más esmirriada! ¡Parece que no tiene aliento ni para hablar! Pero, abur; me voy á ver si hallo esas frióleras, que la señora aún no ha tomado nada, y habré de hacerle, por lo ménos, unos huevos pasados por agua y un té.

Teresa tomó á buen paso el camino que conducía á Cabañas.

Lorenzo la siguió con la vista: hubiera querido ir tras ella, porque sentía un ánsia inexplicable de hablar de Enriqueta; pero aquella criada lenguaraz, entrometida y burlona le imponía más que su ama, dulce, grave y casi majestuosa en medio de su tristeza.

Dejóla ir, pues, y él regresó á su alquería, que estaba cerca de la quinta, pues ésta se hallaba situada á la salida de la aldea.

Entre tanto Enriqueta recorría la que debía ser su nueva morada, más bien por pasar en algo el tiempo que por verdadera curiosidad; no mentía la expresión de su rostro cuando censaba el cansancio de su espíritu: aquella jóven estaba marchita y agostada como una flor en los ardores de la canícula.

La habitacion era cómoda y espaciosa. Constaba de un salon bastante grande, de algunas salas más pequeñas, de tres á cuatro gabinetes y de varios cuartos interiores para criados: era de construcción antigua, pero bien cuidada, ó mejor dicho, muy poco usada, pues casi nunca la habían habitado sus poseedores.

Enriqueta no quiso tomar para sí ninguna de las habitaciones que daban al jardín, y se instaló en una que daba á la campiña, y desde la cual se descubría el pueblo con su alto campanario y todas las alquerías y caseríos inmediatos, como otros tantos nidos de verdura en la espesura de un bosque.

Era una salita cuadrada con un gabinete dentro, que calculó podría servirle de dormitorio y tocador.

Sentada junto á la ventana, observó cómo Lorenzo hablaba con su doncella, y cómo despues de haberse

ésta encaminado al pueblo, se volvía el amante de Celeste cabizbajo, pensativo y triste, no sin haber echado sobre la quinta una larga mirada.

Enriqueta le siguió con la vista, y dijo para sí:

— ¡Sería otro nuevo capricho de mi destino!

Y quedó muy pensativa.

Dejémosla meditar y acompañemos á Teresa, que por primera providencia se fué derecha á casa del alcalde.

Entró en la casa y se dirigió á la salita situada en el patio, donde se hallaba Celeste y donde había descansado su ama.

Allí estaba la jóven, meditabunda y triste: un rayo de sol poniente caía sobre sus rubios cabellos, comunicándoles un matiz más dorado y más fuerte y animado su rostro con una luz ficticia como el resplandor cobijado bajo un blanco y trasparente fanal.

Aquellas alegres tintas de la tarde hacían un doloroso contraste con las huellas de lágrimas que aún había en sus mejillas.

El alma de la pobre Celeste había sido herida profundamente por la indiferencia de Lorenzo.

— Di, muchacha — gritó Teresa al entrar — ¿teneis aquí un servicio de tocador, de porcelana?

Celeste volvió la cabeza y miró asombrada á la camarera.

— No sé lo que V. me pide — respondió con dulzura.

— ¿Que no? ¡vaya que estos palurdos parece que se han criado comiendo bellota! — exclamó la criada entre enojada y burlona.

— Pues parece lo que no es — respondió una voz ás-

pera desde un rincón de la sala;—que yo me estoy mejorando una rica magra.

Teresa se volvió á su vez, y vió á Perico que engullía un enorme pedazo de pan, acompañado en efecto de un trozo de carne de cerdo, salada por la diestra mano de la alcaldesa.

—¿Y que me importa á mí, zopenco, que tú comas magras?—respondió Teresa.

Pero aún no habia acabado de pronunciar la palabra *zopenco*, cuando sintió el más vigoroso puntapié que en su vida habia imaginado.

—¡Habrás visto el tunante, pegarme á mí!—vociferó la camarera, en cuyo vestido de seda quedó impreso todo el pié de Perico, que era enorme.

—¡Otro por el tunante!—repuso éste, dándole un segundo puntillón más fuerte que el primero.

Luégo añadió:

—¡Y largo de aquí! en esta casa honrada no se dan almuerzos para *galopinas* como tu ama y como tú.

—¿Pues quién pide de almorzar?—preguntó Teresa, que se ahogaba en llanto de cólera—yo pido un servicio para té.

—¿Té? aquí, cuando estamos malos, lo hace madre en un puchero; y dile al truhan de Lorenzo que si le veo gastar *palique* contigo, le rompo un garrote en las castillas.

—Yo no le busqué para hablar con él, ¿estamos? él fué quien me buscó á mí para hablarme de mi señora.

—Ya, ya os vi buen rato *chafarreando* (1); y como

(1) Hablando.

os vuelva á ver, á los dos os compondré, que es Perico Carrasco muy abonado para romper los huesos.

—Él me preguntó quién era mi señora.

—Maldito lo que le importa.

—Y si era viuda.

—¡Dale!

—Y si pensaba casarse....

—¡Que largo de aquí, y aprisita!—gritó Perico fuera de sí de cólera contra Teresa, al ver la palidez que iba cubriendo el rostro de su hermana á medida que oía las noticias de la camarera—¡eh, ya estás aquí de más!

Y cogiendo con mano vigorosa el brazo de la muchacha, la sacó fuera de la habitacion.

Después se dirigió á Celeste, por cuyas mejillas volvian á correr nuevas y más dolorosas lágrimas, y le dijo:

—Vamos, tonta, no llores, y créeme: olvida á ese tunante de Lorenzo, que no te merece.

—¡Dios mio, no hables así de él!—exclamó la pobre Celeste—¡no sabes cuánto es lo que le quiero!

—¡Y no sabes tú lo poco que lo merece! ¿No te dije ya muchas veces que era un mandria, vanidoso, y que tenia los huesos duros para trabajar? ¡Si ninguno que ha sido de tropa sirve ya *pa* nada! Si te casas con él, á pesadumbres te ha de matar, y entonces será cuando yo le arregle.

—No, Pedro—repuso suavemente Celeste;—él es bueno; es verdad que ayer miraba mucho á esa señora, pero....

—¿Y eso es ser bueno? el hombre que tiene novia á ella sola debe mirar.

— ¡Pero es tan hermosa y viste con tanto lujo!....
¿Tú la has visto?

— No, ni quiero; pero por hermosa que sea, ¿te puede llegar á tí á la suela del zapato?

— ¡Á él le gustará más!

— ¿Y te has de casar con un hombre á quien gusta otra mujer más que tú? Y otra cosa: ¿hay algun hombre debajo del cielo que te merezca á tí? No te cases, y vive al lado nuestro toda la vida: el día que padres falten, aquí estoy yo; y aunque bruto, te querré y mimaré mejor que todos los maridos del mundo, y serás la reina del lugar.

— ¡Gracias, querido Pedro de mi alma!— dijo Celeste, apoyando su rubia cabeza en el seno de su hermano;— ya sé yo, y todos sabemos, que eres bueno; como dice madre, bueno como el pan blanco, y te aseguro que si no me caso con Lorenzo no me casaré con nadie, y viviré á tu lado; yo amaré á tu mujer y á tus hijos, y los miraré como á míos.

— ¿Casarme yo? ¡facilillo es! el *güey* suelto bien se lame; ni tengo yo genio tampoco para andar con *pijotearías* de mujeres: tú eres la única á la que aguanto de buena gana, que no en balde es uno hijo de la misma madre, y jugamos juntos de chiquillos; ¡pero aguantar á otra hija de otra madre, que me pregunte á dónde eché el jornal, y de dónde vine, *nequaquam!* Vaya, vaya, sosiégate, que no merece ese facha que tú llores; voy á subirle leña á madre, que aunque no me la ha pedido he visto que no hay arriba, y no es regular que ni ella ni el *esperreque* de Mariano bajen á buscarla.

Perico salió, y Celeste, volviendo otra vez sus hermosos ojos hácia el cielo, como si allí viese su patria, empezó á llorar de nuevo, silenciosa y copiosamente.

VI.

LA DECLARACION.

Teresa no tuvo ánimo para ir á casa del cura, atendido el vivo dolor que le habian causado las bruseas correcciones de Perico, y determinó regresar á la quinta.

Por el camino la hacian llorar tres causas diferentes. Primera, el dolor material antedicho.

Segunda, la pena de haber perdido su flamante vestido de seda verde, regalo reciente de su señora.

Tercera, la rabia de la ofensa recibida.

Teresa, como todos los criados confidentes, habia estado siempre muy mimada; sus habladerías no habian llegado nunca á comprometer á su ama, porque no pasaban de ciertos limites: así, aquella severa corrección, la cogió tan de nuevo y le produjo tal ira, que sus mejillas ardian y sus ojos echaban chispas.

La noche iba cayendo sobre la campiña y sobre la aldea con su manto de sombras: cada ventanita mostraba una luz en su fondo, cada hogar estaba iluminado, y preparándose en él la cena de la familia.

El campo estaba desierto; cada labrador se hallaba

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1923 MONTERREY, MEXICO

entre sus hijos y su mujer, jugando con los primeros y mirando trabajar á la segunda.

¡ Dulce descanso del padre de familia que riega los campos con el sudor de su frente!

Ya iban naciendo las estrellas; los rebaños, conducidos por los pastoreillos, balaban sintiendo la proximidad del establo; los bueyes llegaban también, haciendo sonar sus campanillas de cobre, y la campana del presbiterio tocaba el *Angelus* con grave solemnidad.

Aquel cuadro encantador nada decía á la camarera, cuya alma estaba endurecida en cuidados y servicios tan venales; para esas pobres muchachas no hay juventud: la savia de sus almas se va con los malos ejemplos y por el influjo del oro que paga sus picardías.

Teresa no concedió ni siquiera una mirada á tanta poesía, á tanta belleza, á tan sublime sencillez: enfurecida con sus pensamientos, rabiaba contra las cigarras que cantaban en las ramas de los árboles, y á imitación de Mirabeau, el gran genio de que la Francia se envanecesce con tanta justicia, hubiera dado de palos al estanque y á los arroyos para hacer callar á las ranas (1); sólo fijó su atención una sombra sentada en un banco de piedra que había en la plaza de árboles donde estaba situada la quinta.

No era el valor la cualidad que más sobresalía en Teresa, y estuvo para volverse atrás: no obstante, era

(1) Mirabeau tenía un estanque en su palacio de verano, que hacía apalearse cada noche, porque decía que las ranas le impedían dormir.

tal el horror que le inspiraba el hijo del alcalde, que tuvo miedo de encontrarle, y prefirió acercarse cautelosamente, con los movimientos de una gata astuta.

Dió pues algunos pasos con el menor ruido posible, y bien pronto reconoció á Lorenzo.

— ¡ Vaya una cosa rara! — se dijo la camarera; — parece que no puede separarse de las paredes de la quinta; ¿ se habrá enamorado de mí? no me importaría, porque es un real mozo y tiene trazas de ser rico.

No sabiendo el nombre de la persona que la preocupaba, tosió ligeramente, y Lorenzo volvió la cabeza.

— ¿ Qué es eso? ¿ quién va? — preguntó volviéndose azorado.

— Soy yo, que vengo del lugar — respondió Teresa; — ¡ y ojalá no hubiera ido!

Era tan lloroso el acento de la jóven, que Lorenzo se volvió sorprendido.

— ¿ Por qué razon? — le preguntó; — ¿ qué ha sucedido?

— Ante todo, ¿ cómo se llama V.? — preguntó Teresa, cambiando su acento lacrimoso por otro de coquetería.

— Me llamo Lorenzo, para servir á V. — contestó Lorenzo, que como había sido militar tenía buen modo.

— ¡ Pues bien, señor Lorenzo, no puede V. figurarse lo que me ha sucedido; he ido á casa del alcalde á ver si tenía un servicio de té para la señora, y un café de muchacho que había allí me ha maltratado!

— ¿ Y le han dado á V. lo que pedía? — interrogó ansioso Lorenzo.

—¿Querrá V. creer que me ha dado dos puntapiés?
¡Oh, mire V. mi hermoso vestido de seda, regalo de mi señora, lleno de estiércol! ¡Ya se ve, como que llevaba perdido su calzadote de labriego!

—¿Pero quiere V. decirme si le han dado á V. lo que buscaba?

—Y además ha dicho que como me vuelva á ver hablando con V., como esta tarde, le va á romper á V. en las costillas un garrote.

—¡Ira de Dios! ¿pero le han dado á V. lo que necesita? Responda V. á esto, que todo lo demás me importa poco.

—No me lo han dado, ni sé dónde ir á buscarlo—respondió Teresa, muy admirada de la insistencia de Lorenzo, y atribuyéndola á su deseo de complacerla.

—No hay que buscarlo en ninguna parte—dijo el joven.

—¡Cómo! ¿qué dice V.?

—Que si quiere V. venir conmigo á la ciudad, ahora mismo compraremos cuanto haga falta.

—¿Pero hemos de ir á pié?

—Sólo hasta Alagon, que dista media hora; de allí saldremos con la galera del ordinario, que á causa de la estacion sale á las diez.

—¿Pero á qué hora volveremos?

—Yo, en seguida.

—¿De qué modo?

—Á caballo ó andando, tanto me da.

—¿Andando tres leguas?

—Poco me importa; traeré yo lo que compramos, y al amanecer se lo entregaré á la señora.

—Pero hay una dificultad.

—¿Y cuál es?

—Que cuando lleguemos á la ciudad estarán ya todas las tiendas cerradas.

—Es cierto—murmuró Lorenzo, quien en el ardor de complacer á Enriqueta no había reflexionado en eso.

—Lo que podemos hacer es otra cosa—dijo Teresa.

—¿Qué cosa?

—Marcharémos al amanecer.

—Veo que no hay otro remedio.

—Y es lo mejor: la señorita pasará esta noche como pueda, y mañana al mediodía tendrá ya todo lo necesario.

Al decir estas palabras, la joven se volvió: había oido un ruido detras de ella. Lorenzo se volvió tambien, y su vista, más perspicaz, descubrió al instante el objeto que le producía.

Era Enriqueta, que, cansada de su soledad y deseando aire y frescura, había ceñido su peinador con un largo cordon de seda azul, y bajaba á pasearse por el campo.

Lorenzo, como movido por una fuerza galvánica, se levantó y quiso ir hácia ella; pero le faltó el valor y permaneció de pié, inmóvil y como avergonzado.

Enriqueta se dirigió á su doncella y le dijo severamente:

—¿Dónde has estado?

—Ya dije á la señorita que iba á buscar algunas cosas que hacían falta.

— ¡Más valía que no hubieras salido de casa! vuelve allá y hazme té; luégo voy yo.

Teresa no respondió una palabra y tomó el camino de la quinta: su ama se sentó en el banco que habia ocupado Lorenzo, y éste permaneció de pié delante de ella.

— ¿Por qué no se sienta V.? — le preguntó Enriqueta con acento dulce; — ¿acaso me tiene miedo? he visto que se hallaba entretenido con mi doncella, pero esa impertinente debía recordar que yo la necesitaba en casa.

Lorenzo se sentó con timidez á la esquina del banco, y Enriqueta se respaldó en él con indolencia.

— Es muy bello este país — empezó la jóven, por no saber qué decir y deseosa de hacer hablar, para divertir su tadio, á aquel hombre casi mudo y que temblaba como una doncella; — ¿ha nacido V. en él?

— Sí, señora — respondió Lorenzo con mal segura voz.

— ¿Tiene V. familia aquí?

— Tengo á mi padre.

— ¿Y su madre de V.?

— Murió hace tiempo.

— Es una desgracia cuya enormidad conozco en mí propia — dijo Enriqueta dando un suspiro: — ¡si yo no hubiera perdido á la mía no hubiera sido tan desgraciada!

— ¿Ha sido V., pues, desgraciada? — preguntó Lorenzo con una ansiedad tan viva que á la señorita de Sotomayor le pareció en extremo cómica.

— Sí, muy desgraciada — respondió dominando á su deseo de burlarse algun recuerdo triste.

— ¿Y ahora? — tornó á preguntar Lorenzo con ansiedad.

— Ahora lo soy ménos.

— ¿Pero sufre V. todavía? ¿no es V. aún del todo feliz?

— No, amigo mio; pero no hablemos de mí, sino de usted, que merece ser dichoso, y que sin duda lo es.

— ¡Ay, no señora! — respondió Lorenzo; — ¡tambien soy desgraciado!

— ¿De véras? ¿Y podré saber el origen de las penas de V., aunque yo deba ocultarle las mias? ¿No hay, pues, tampoco en este rincon de la tierra paz y calma?

— Para mí no, y la causa principal de que yo sea infeliz es el tener que vivir en este rincon de tierra, como usted lo ha llamado con tanta razon.

— ¡Dios mio! ¿dónde se puede, pues, vivir mejor que en el país donde uno ha nacido, y entre sus afecciones?

— Sin embargo, V. no es de este país, señorita, y viene á él, donde creo que tampoco conoce á nadie.

— Vengo á ver si recobro la salud — respondió Enriqueta mordiendo sus finos labios, y no poco sorprendida de aquella inesperada respuesta.

— ¿Está V. enferma?

— Mucho; pero no hablemos de mí.

— ¡Oh, sí! hablemos, hablemos — exclamó Lorenzo con una vehemencia que casi espantó á la jóven; — ¿de qué cosa mejor podemos hablar?

— De V. — respondió Enriqueta sonriéndose.

— ¡De mí! bien poco tengo que decir á V.: he servido en el ejército siete años; llegué á sargento primero

sin desearlo, porque mi anhelo, al cumplir contra la voluntad de mi padre mi suerte de soldado, era ver otro mundo y más dilatados horizontes: aquí me ahogaba; tal era mi deseo, que á pesar de los ruegos de mi padre, de quien soy hijo único, marché.

—¿Y deseaba V. volver?

—Sólo deseaba abrazar á mi padre; pero si éste hubiera querido dejar su residencia aquí y haberla fijado en una ciudad populosa, yo hubiera sido mucho más feliz; sin embargo, eso es imposible—continuó Lorenzo con tristeza:—mi padre es labrador y apegado á sus costumbres; aquí en el pequeño cementerio de Cabañas está enterrada mi madre, y aquí está toda nuestra hacienda: á mi padre le llaman Bruno *el rico*.

—Creo, sin embargo, que ahora estará V. más resignado con su suerte—dijo Enriqueta con una media sonrisa.

—¿Y por qué cree V. eso?—preguntó Lorenzo, cuya timidez iba desapareciendo.

—¿Por qué? Porque esta mañana, cuando yo estaba en casa del alcalde y V. entró, vi á una linda jovencita que allí había, y creo que es hija de Juan María, ponerse muy encarnada y mirarle muy tiernamente.

La señorita de Sotomayor dijo estas palabras con tono chancero y llena de graciosa malicia; pero la frente de Lorenzo se nubló al oirlas, y respondió con amargura:

—¿Y es acaso una razón el que Celeste se ponga encarnada para que yo sea dichoso?

—Sí, porque su rubor era de esa especie que vende al amor.

—Ó á la tontería; pero no quiero ocultar á V. la verdad, señorita; está tratado nuestro casamiento.

—¿No lo decía yo?—exclamó Enriqueta dando palmadas, con una expresión de triunfo gracioso y alegre.

Luégo, poniéndose seria, preguntó á Lorenzo:

—¿Y entónces por qué galantea V. á mi doncella?

—¡Yo!—exclamó Lorenzo estupefacto.

—¡Usted, sí, V.! En el día de hoy ha hablado V. ya dos veces con Teresa, y se me figura que no le disgusta á V.

—Pues está V. equivocada—respondió Lorenzo con orgullosa frialdad.

—¿De veras? Cuidado, que yo soy lista para conocer esas cosas: por otra parte, ¿qué tendría de extraño? Teresa es bonita, graciosa, coqueta, viva, y tiene veinte años, y hasta que incline V. la cabeza al yugo matrimonial....

—Á pesar de todas estas ventajas no he pensado ni un solo instante en Teresa.

—¿Pues de qué le hablaba V. esta tarde cuando salió poco después de llegar á la ciudad?

—¡De V.!

Lorenzo dió esta breve pero atrevida respuesta, no llevado de su descaro militar, que era bastante grande, sino como si hablase en sueños y contra su voluntad.

Después de haberla dejado escapar quedó como aterrado de lo que había dicho, y se retiró dos pasos hácia la sombra de un árbol como temiendo que la luna alumbrase su rubor.

Enriqueta quedó suspensa al oírle; pero tenía dema-

siado mundo y presencia de ánimo para aturdirse por tal cosa, y bien pronto se recobró.

Sonó una carcajada sonora, y repitió:

— ¡De mí! Eso podría ser ayer; pero ¿y hoy? ¿ahora, hace poco?

— De V. también— respondió Lorenzo, más animado, al ver que sólo producía risa lo que él había creído que iba á causar un violento enojo.

Á esta segunda respuesta sucedió el silencio.

Enriqueta fué la primera que lo rompió: levantóse del banco donde había estado sentada y dijo á Lorenzo con tono frío:

— Amigo mío, no se ocupe V. de mí.

— Cierto es, señora, que yo soy indigno de eso— repuso con sardónico acento el novio de Celeste.— ¿Cómo me atrevo, pobre y oscuró labriego, á pronunciar el nombre de V.? ¿No es cierto que es una osadía sin ejemplo? Nada tendría de extraño que me ocupase de su doncella; pero de V. es otra cosa. Sin embargo, si la boca calla para obedecerla, el pensamiento es libre.

— ¿Y cree V. ocuparle por largo tiempo de mí?

— Toda mi vida; ¿y podría ser de otro modo? Oígame V., señorita, y sepa al ménos una vez lo que siento desde hace algunas horas, porque es tanto, aunque el espacio es corto, que no me cabe en el pecho. Desde que he visto á V. me he olvidado de todo y de todos: sólo en derredor de V. vivo; no sé separarme de los muros de esta casa, ántes cerrada y muda para mí; en cualquier otro sitio me parece que el cielo se aplana sobre mi cabeza, y que me falta aire para respirar.

Un rumor de hojas que se oyó en una especie de seto, á espaldas de la plazuela, cortó la palabra á Lorenzo. Luégo asomó una rubia cabecita entre los hojaranzos, y dijo una vocecita clara y dulce:

— Buenas noches, Lorenzo.

— Adios— dijo Enriqueta en voz baja y azorada— hasta mañana.

Y desapareció entre la espesura del lado opuesto.

Al mismo tiempo que la jóven salía de la plazuela, entraba en ella Mariano, el hermano de Celeste.

— ¿Con quién hablabas, Lorenzo?— le preguntó;— yo he venido aquí con madre y Celeste á tomar un poco el fresco despues de cenar. Padre y Perico no han querido venir y se han ido á sentar á la puerta del señor cura.

— Yo no hablaba con nadie— respondió Lorenzo de mal humor.

— Hablarías solo; pero tú hablabas.

— Leia.

— ¿De noche?

— ¿No hay buena luna?

— ¡Ah, es cierto!— repuso cándidamente el niño;— Celeste lee á la luna algunas veces; pero aquí viene con madre.

En efecto, Joaquina y su hija entraban entónces en la plazuela de los árboles. Celeste venía cabizbaja y triste: la alcaldesa fué, pues, la primera de las dos que vió al hijo de Bruno.

— ¡Hola! ¿Tú por aquí?— le dijo con su jovial y rústica franqueza.— ¿Qué haces abí solo pensando en los aviones?

— ¡Toma! ¿Qué he de hacer? — repuso con acritud Lorenzo. — ¡Ya lo ve V., tomar el fresco!

— Pues, hombre, para eso más regular era que lo tomases con nosotras — dijo Joaquina picada; — hoy no se te ha visto el pelo más que un cuarto de hora; vaya, vaya, vén acá, que hemos de ajustar una *cuentecica*.

Joaquina, que era recta y severa, se fué á sentar con majestad en un banco, y Lorenzo hizo lo mismo con ademán de desafío.

— ¡Madre, por Dios, no le trate V. mal! — murmuró Celeste en voz baja.

— Calla, hija, calla; las cosas claras y el chocolate espeso — dijo la alcaldesa; — es menester que yo le cante á éste las verdades del barquero.

— Pues empiece V. — dijo Lorenzo — que yo no me he de morder la lengua para responderle.

VII.

ÁGUILA Y TÓRTOLA.

— Lorenzo — empezó la alcaldesa — me alegro mucho de hallarte aquí, porque descaba hablarte: no quiero que Juan María se mezcle en este asunto; temo á los enfados de los hombres, que son terribles; y si él supiera lo que pasa, se enfadaria de fijo.

— ¿Qué pasa, pues? — preguntó Lorenzo con socarrona admiración.

— ¿Qué pasa? Poca cosa aún; pero yo quiero evitar que pase más: hoy no te hemos visto más que un momento por la mañana, cuando ibas ó volvías de tu mal-dita caza, que Dios confunda.

— ¿También le parece á V. mal que vaya á cazar?

— ¿Pues no ha de parecérmelo? ¡Y muy mal! En vez de ir á cazar como un señor, debías de estar cavando como un Labrador honrado.

— ¿Y á V. qué le importa eso?

— Me importa mucho, porque te vas á casar con mi hija, y la verdad, no quiero por yerno á un mandria, á un vanidoso que está gastando conversación con la criada de la forastera: dos veces en pocas horas te han visto con ella; ¿es eso regular?

— ¿Y por qué no lo es?

— Porque el que tiene tratado su casamiento con una muchacha honrada, no debe gastar tiempo con las demás; eso se queda para los de las ciudades, pero no para nosotros; aquí no es el uso ni lo hace nadie, y no quiero yo que mi hija sea plato de segunda mesa.

— Que no lo sea — respondió bruscamente Lorenzo.

— ¡Madre, por la Virgen, que le está V. enojando! — exclamó Celeste á media voz, alzando hasta Joaquina sus ojos arrasados de lágrimas.

— ¡Tú déjame y calla! — gritó irritada la alcaldesa; — ¿pensarás que voy á dejarte como una oveja desamparada entre las garras de ese lobo?

Y volviéndose á Lorenzo llena de fiereza, añadió:

— ¡Toma! ¿Qué he de hacer? — repuso con acritud Lorenzo. — ¡Ya lo ve V., tomar el fresco!

— Pues, hombre, para eso más regular era que lo tomases con nosotras — dijo Joaquina picada; — hoy no se te ha visto el pelo más que un cuarto de hora; vaya, vaya, vén acá, que hemos de ajustar una *cuentecica*.

Joaquina, que era recta y severa, se fué á sentar con majestad en un banco, y Lorenzo hizo lo mismo con ademán de desafío.

— ¡Madre, por Dios, no le trate V. mal! — murmuró Celeste en voz baja.

— Calla, hija, calla; las cosas claras y el chocolate espeso — dijo la alcaldesa; — es menester que yo le cante á éste las verdades del barquero.

— Pues empiece V. — dijo Lorenzo — que yo no me he de morder la lengua para responderle.

VII.

ÁGUILA Y TÓRTOLA.

— Lorenzo — empezó la alcaldesa — me alegro mucho de hallarte aquí, porque descaba hablarte: no quiero que Juan María se mezcle en este asunto; temo á los enfados de los hombres, que son terribles; y si él supiera lo que pasa, se enfadaría de fijo.

— ¿Qué pasa, pues? — preguntó Lorenzo con socarrona admiración.

— ¿Qué pasa? Poca cosa aún; pero yo quiero evitar que pase más: hoy no te hemos visto más que un momento por la mañana, cuando ibas ó volvías de tu mal-dita caza, que Dios confunda.

— ¿También le parece á V. mal que vaya á cazar?

— ¿Pues no ha de parecérmelo? ¡Y muy mal! En vez de ir á cazar como un señor, debías de estar cavando como un Labrador honrado.

— ¿Y á V. qué le importa eso?

— Me importa mucho, porque te vas á casar con mi hija, y la verdad, no quiero por yerno á un mandria, á un vanidoso que está gastando conversación con la criada de la forastera: dos veces en pocas horas te han visto con ella; ¿es eso regular?

— ¿Y por qué no lo es?

— Porque el que tiene tratado su casamiento con una muchacha honrada, no debe gastar tiempo con las demás; eso se queda para los de las ciudades, pero no para nosotros; aquí no es el uso ni lo hace nadie, y no quiero yo que mi hija sea plato de segunda mesa.

— Que no lo sea — respondió bruscamente Lorenzo.

— ¡Madre, por la Virgen, que le está V. enojando! — exclamó Celeste á media voz, alzando hasta Joaquina sus ojos arrasados de lágrimas.

— ¡Tú déjame y calla! — gritó irritada la alcaldesa; — ¿pensarás que voy á dejarte como una oveja desamparada entre las garras de ese lobo?

Y volviéndose á Lorenzo llena de fiereza, añadió:

—¡No pienses que has de reírte de mi hija, de la hija del alcalde! ¡Lo que le sobrarán á ella serán novios!

— Tanto mejor — respondió Lorenzo.

—¡Pero si yo no quiero más que á tí! — exclamó Celeste, que sentía destrozarse su corazón presenciando aquella reyerta en que se jugaba la dicha de toda su vida.

Luégo se levantó, y acercándose á su novio con las manos unidas, añadió entre sollozos:

—¡Sólo contigo me casaré!

—¿Con él? ¡No será si ántes no muda de vida! ¿Para qué te has de casar con él, pobrecita mía? ¿Para que ande todo el día paseando con la escopeta vestido á lo señor? ¿Para que te desprecie como á todos nosotros, empezando por su padre? ¿Te parece bien lo que hace ahora? ¡En vez de venir con nosotras, ó de estarse sentado en el patio del señor cura, con éste, su madre, tu padre y el suyo, se viene aquí á ver si encuentra á la bribona de la criada!

—¡Si ya la ha visto! — dijo atrevidamente Mariano, animado con la presencia de su madre.

— Ya lo sé que la vió dos veces esta tarde y estuvo *paliqueando* con ella.

— Y otra que la ha visto esta noche, son tres.

—¿Esta noche? — preguntó Joaquina, que echaba fuego por los ojos.

— Ahora mismo, madre, cuando llegábamos nosotros, se escurrió ella por aquellas matas: yo la vi.

—¿Quieres callar, escuerzo? — gritó Lorenzo furioso.

—¡Toma! ¿Por qué he de callar? ¡Digo la verdad! Ahora que están aquí madre y Celeste no me pegarás:

me dijiste que estabas leyendo, pero yo bien sabía que no; oí hablar á dos personas.

—¡Y van tres citas en cinco horas! — exclamó Joaquina, que se ahogaba de soberbia: — se acabaron los miramientos; esto tienen que saberlo Juan María y Bruno.

—¡Lorenzo — exclamó Celeste, cuyas lágrimas se habían estancado por la fuerza de su dolor — di que se engaña mi hermano! ¡que ha visto mal! ¡Es un niño y puede suceder! ¡No des lugar á que mi padre me separe de tí! ¡No sabes lo que te quiero!

—¿Qué culpa tengo yo de las charlatanerías de tu hermano y del mal genio de tu madre? — repuso Lorenzo bruscamente. — Si quieren tus padres deshacer la boda, enhorabuena, y tanto peor para ellos; más pierden que yo.

—¡Oiga V., grandísimo desbocado, haragan, mal trabaja, fachendoso! — gritó Joaquina poniéndose en jarras — ¿qué perdemos nosotros con que no entres en nuestra *parentela*? ¡Inflao con más *fantesía* que doblones, y que no eres *güeno* ni *pa cuerda* de boto! ¡Si no vales ni *pa* descalzar á mi chica! ¡Si eres más malo que la quina! ¡Si has de matar á *pesaumbres* al *calzorras* (1) de tu padre!

—¡Si fuera V. hombre ahora, la deshacía aquí! — murmuró Lorenzo con voz sorda, y alzando su puño cerrado sobre la cabeza de Joaquina.

(1) Hombre débil ó muy padrazo.

—¡ Eh, aquí hay un hombre, y lo da por *recibido!*— dijo una voz áspera detras de Lorenzo.

Y un vigoroso garrotazo bajó la mano que se habia levantado sobre la cabeza de la alcaldesa.

—¡ Ira del cielo!— balbuceó Lorenzo volviéndose como una hiena y arrojándose sobre Perico, que era el agresor.—¡ Me has debido descoyuntar el brazo!

Asió, al decir estas palabras, al muchacho por el cuello; pero éste, que atendida su edad tenia una fuerza y una estatura colosales, se desasió y le sacudió tan violenta puñada en la frente, que le hizo retroceder tres pasos aturrido y jadeante.

—¡ Amenazas á mi madre!— gruñó Perico, que ni se mostraba cansado, ni habia perdido su brutal tranquilidad:—¡ me como yo por sopa á quien tal haga, tres veces al dia!

—¡ Bien, hijo mio, bien!— gritó Joaquina con el doble orgullo de su triunfo de mujer y de madre.

Perico no oyó este grito de gratitud: acababa de ver vacilante á Celeste, y corrió á recibirla en sus brazos.

La pobre niña, tan tímida, tan dulce, habia sido dominada por un profundo terror.

Los gritos de Joaquina habian hecho salir de su casa á algunos de los vecinos más cercanos y acudir al sitio de la contienda: todos habian reconocido la voz de la alcaldesa.

—¿ Qué ocurre, señora Joaquina?— preguntaban segun iban llegando, con ese interes verdadero y sencillo de las aldeas:— ¿sucede alguna desgracia?

La alcaldesa, ocupada con su hija, á la que no podia

hacer volver en sí, no estaba capaz de responder individualmente; pero Mariano iba respondiendo á todos:

—Es que han regañado madre y Lorenzo, y éste ha querido pegarla; pero Perico le ha sacudido á él grandemente.

—¡ Bien hecho!— decian los circunstantes.

—¡ Habrá picaron!

—¡ Si ese mal-trabaja no ha de dar más que eso, malos ratos!

—¡ Pobre Bruno!

—Aquí está Bruno— dijo la sonora voz de *el rico*:— ¿qué pasa que le compadeceis?

Todos callaron: el padre de Lorenzo venia acompañado del alcalde y del señor cura, á los que el viento habia llevado los gritos desaforados de Joaquina.

—¿ Qué pasa aquí?— preguntó Juan María con voz severa, y dando en el suelo con su larga vara.

—Que el guapo de Lorenzo ha querido pegar á tu mujer.

—Y tu hijo le ha pegado á él en grande, segun dice tu chico pequeño.

—¡ Bien está! ¡ya basta!— dijo severamente Juan María.

Luégo, volviéndose á Mariano, le dijo:

—Tú, á casa; Joaquina, á casa tambien con Celeste.

La alcaldesa, que profesaba á su marido el respeto más profundo, tomó en brazos á su hija, ayndada por otra labradora, y salieron las tres del círculo seguidas de Mariano, que hubiera querido quedarse allí para ver

lo que pasaba, y que iba renqueando y volviéndose para mirar tristemente el espectáculo.

Así que su familia estuvo léjos, el alcalde se volvió á los contendientes.

Lorenzo tenía en la frente un bulto negro y grande, efecto de la puñada de Perico; además, tenía el brazo derecho dislocado por efecto del garrotazo que le habia dado el mismo.

El agresor estaba sano y salvo, como Aquiles en medio de una batalla.

El alcalde, que adoraba á sus hijos, vió esto con secreto orgullo; pero su cara morena y grave tomó una expresión aún más severa, y dijo con voz fuerte, volviéndose á su hijo:

—¡Pedro Carrasco, á la cárcel!

El joven Goliath, sin replicar una palabra, salió del grapo y esperó á un lado á que su padre echase á andar. Éste fijó su mirada en Lorenzo, y volvió á decir:

—¡Á la cárcel, Lorenzo Martínez!

—¿Yo? ¿á la cárcel yo? — gritó el licenciado lleno de enojo; — ¿yo que jamás he estado preso, por qué he de perder ahora mi libertad?

—Para que aprendas á no levantar la mano á las mujeres — respondió severamente el alcalde. — La has levantado sobre Joaquina Crespo, y es una cobardía en todos los hombres, pero más en tí, que has sido militar y has tenido por muchos años la obligación de ser valiente.

—De modo, Juan María — repuso Bruno — que si tu majer ha insultado á mi hijo, ¿ha debido éste dejarse

insultar? ¡Este sí que es buen modo de administrar justicia!

—Los insultos de las mujeres se oyen como quien oye llover; y ten entendido, Bruno, que aquí no se trata de mi mujer ni de tu hijo, novio de mi hija, sino de Joaquina Crespo y de Lorenzo Martínez.

—¿Es decir, que mi hijo, que ha sido maltratado, lleva la misma pena que el tuyo, que le ha dado de golpes?

—Si Pedro Carrasco le ha golpeado ha sido defendiendo á su madre, y no hay cosa más justa; y si Lorenzo Martínez se ha dejado golpear por un muchacho de trece años, eso prueba que es un cobarde, además de haberlo probado ya con haber querido golpear á una mujer; ¿por qué no empleaba todos esos bríos en defenderse? Porque el que maltrata á una mujer es un gallina con los hombres. Pero basta ya de hablar: ¡á la cárcel, y delante de mí!

Perico, que no habia chistado, porque veía que allí no estaba su padre, sino la autoridad, obedeció y dió algunos pasos en direccion al pueblo; pero Lorenzo no se movió, y dijo con expresión provocativa:

—¡No quiero ir á la cárcel, y no iré!

—¡Irás y tres más! — dijeron irritados dos ó tres mozos de la aldea que se hallaban presentes. — ¿No hay más que desobedecer al alcalde? También nosotros fuimos una vez que nos lo mandó; obedecer á la autoridad no es deshonra.

—¡Pues yo no quiero obedecer ahora! Veremos, soy cobarde, como dicen.

Los mozos de Cabañas aborrecían á Lorenzo, porque éste se creía muy superior á todos: no trabajaba como ellos, no iba á la plaza como ellos, no les hablaba nunca, y nadie que no haya vivido en una aldea puede imaginarse hasta dónde llega la animadversión que se despierta contra un hombre de la especie de Lorenzo: todos los demás mozos odian su ociosidad, sus pretensiones y el aire de desprecio con que los trata, porque nadie es más susceptible ni más exigente con sus semejantes que los sencillos habitantes de las aldeas.

Al oír á Lorenzo volver á negar obediencia al alcalde, los mozos le rodearon con expresión hostil é irritada.

—Vamos á la cárcel—dijo uno—á ver si allí se te baja un poco el orgullo.

—Si no quieres ir, te llevaremos.

—Cede, Lorenzo—dijo á media voz el señor cura;—yo sería el primero en obedecer al alcalde, que ya sabes es un hombre recto y justo; yo te ofrezco que saldrás muy pronto.

Lorenzo hizo un gesto negativo.

—De nada te servirá la resistencia—prosiguió el señor cura—sino de atraer un conflicto mayor: tendrás que ir á la fuerza, y lo que hoy es nada, puede tomar tales proporciones, que mañana habrá de venir el juzgado, y Dios sabe si ganarás un presidio por resistirte á la autoridad.

—Véte, hijo, véte—dijo á su vez Bruno, que habia oído los últimos consejos que el digno vicario dirigia á Lorenzo;—ya me compondré yo con Juan María, y le

diré lo mal que se ha portado: no la eché yo nunca de alcalde con él cuando lo era.

—Eso no, Bruno—dijo el cura;—olvidemos todo esto como cosa pasada: de una cosa tan pequeña como es, no hagamos salir males mayores: en nada degrada á Lorenzo el obedecer, porque ya ves que ha empezado enviando á su mismo hijo. Juan María es recto y justo, y esto lo hace para dar el ejemplo.

El señor vicario conoció que habia persuadido al licenciado, y ántes de ver una recaída en sus buenas disposiciones, dijo al alcalde:

—Lorenzo está pronto á obedecer; vamos andando para recogernos, que se ha hecho ya muy tarde.

—¡Ya sabe lo que le iba á pasar si no obedecía!—murmuraron algunos mozos.

—¡Silencio!—dijo el alcalde;—cada uno á su casa y á dormir, para levantarse á trabajar con el día. Lorenzo Martínez y Pedro Carrasco, venid conmigo.

Los dos echaron á andar delante del alcalde, quien, solo y severo, los condujo á un antiguo convento de capuchinos, situado cerca del pueblo, que servía de cárcel provisional.

Abrió con la llave, que nunca dejaba: detras de la puerta, colgadas cada una de su correspondiente clavo, habia otras varias: el alcalde tomó dos numeradas.

Anduvo luego por un largo corredor en que habia muchas puertas, abrió una é hizo una seña á su hijo, que entró; luego volvió á cerrar y se guardó la llave.

Dos puertas más abajo encerró á Lorenzo: éste, al entrar, le lanzó una mirada llena de encono, y le dijo:

— Me parece que ya no pensará V. en que me case con su hija, ¿no es verdad?

— Otro día hablaremos de eso— respondió el alcalde.

— Pues yo le digo á V. desde ahora que le puede buscar otro marido.

Juan María no contestó: aunque rústico labrador, nacido; criado y enancado en una aldea de treinta vecinos, que jamás había abandonado, era imposible hallar un hombre más digno, más recto y más firme.

Cerró la puerta y colgó la llave del clavo que le correspondía: otro tanto hizo con la del encierro de su hijo; y luego cerró la puerta exterior, cuya llave volvió á su sitio habitual, que era su faja de seda morada, y emprendió con sosegado paso el camino de su casa.

VIII.

SEDUCCION.

Eran cerca de las cuatro del día siguiente cuando el señor cura y Bruno, que habían alcanzado del alcalde el permiso de ser ellos los que abriesen la puerta de la cárcel á Lorenzo y á Perico, se cruzaron con una brillante cabalgata que llegaba á Cabañas de la ciudad vecina.

Eran diez caballeros, casi todos jóvenes, es decir, de veinte á treinta y cuatro años de edad, que llegaban llenos de polvo y de calor.

Detras de ellos, y á caballo tambien, iban cuatro ó seis criados.

Vestían elegantes trajes de campo, pero cubiertos de polvo y de sudor, porque el calor había sido muy fuerte durante el día y seguía siéndolo aún á aquella hora.

Entre los criados iba Leandro, el de la fisonomía picaresca, que había acompañado á Enriqueta en la mañana del día anterior.

Al pasar por delante del señor cura y de Bruno, dijo uno de los jinetes:

— ¡Qué satisfecha estará Enriqueta con el chasco que ella y yo estamos dando á mi mujer!

— En verdad que el chasco es pesado por demas, respondió aquel á quien se dirigía.

El digno vicario no pudo oír otra cosa, porque el rápido paso de los caballos se lo impidió.

Al llegar Lorenzo á la luz clara de la campiña, su aspecto asustó á Bruno y al vicario; estaba pálido en extremo, tenía los ojos irritados y hablaba de un modo convulsivo y cortado; era indudable que tenía fiebre.

Perico, por el contrario, estaba tranquilo y sonrosado; había dormido muy bien.

Escuchó en silencio las amonestaciones del señor cura para moderar su carácter y no dejarse llevar de sus arrebatos; pero cuando acabó de hablar, respondió:

— Señor cura, cuantas veces vea amenazar á mi madre ó á mi hermano haré lo que hice ayer; eso va en genios.

Dejémoslos llegar á la aldea, y sigamos á los jinetes hasta la quinta.

El ruido de los caballos hizo asomar á Enriqueta á lo alto de la escalera; sin duda que la jóven esperaba á

aquellos huéspedes, porque estaba vestida con un gusto exquisito, aunque con una sencillez enteramente campestre.

Llevaba un traje de muselina tan fina, que parecía formada de una nube; el fondo era blanco y estaba sembrado de lunares bastante grandes, de color celeste; un ancho cinturón, del color de los lunares, se anudaba en su costado izquierdo, y caía en dos anchas bandas que terminaban en un fleco.

Aquel fresco matiz formaba la más graciosa armonía con la blanca tez y los negros cabellos de Enriqueta; su talle lucía su maravillosa elasticidad, y su pecho y su espalda estaban semivelados por una pañoleta de encaje blanco, cerrada en aquél con otro lazo de cinta azul.

Los huéspedes, al llegar al fin de la escalera, le fueron dando la mano con una mezcla de cordialidad y de franqueza muy notable, por cuanto aquella franqueza encerraba un carácter especial; ninguno hubiera saludado así á la esposa ó á la hermana de un amigo.

Cuando hubieron subido, Enriqueta se apoyó en el brazo del que celebraba el chasco que daba á su esposa, y todos se perdieron en las habitaciones interiores.

Dos horas más tarde, Lorenzo, sentado en el banco de la plazuela de árboles, situada delante de la quinta, oía, con el corazón destrozado, carcajadas, canciones, chocar copas, y todo ese bullicio que acompaña el final de una comida alegre.

¿Qué hacía allí el hijo de Bruno?

Ni él mismo sabía definir qué especie de filtro mágico le atraía á aquellos sitios.

Ya la luna iluminaba la campiña cuando él se hallaba clavado en su sitio, como un sombrío centinela de la bacanal.

Pero los cánticos y las carcajadas se habían extinguido; era evidente que cada uno había ido á entregar al sueño sus conturbados sentidos y que buscaba la reparación de las fatigas del viaje.

Lorenzo, en medio de sus sombrías meditaciones, vió aparecer ante sus ojos la misma encantadora y blanca figura de la tarde anterior, y no pudo reprimir un gesto de júbilo.

—¡Silencio!—dijo Enriqueta, pues ella era.—He sabido por Teresa lo ocurrido anoche, pues se lo han contado en el pueblo; le he visto á V. aquí desde mi ventana, triste y preocupado, y he venido á consolarle.

—¡Cómo!—exclamó Lorenzo, en el que residía, á pesar de todos sus defectos, el santo candor de la honradez;—¿sabe V. que he estado una noche y casi un día en la cárcel, y no teme V. acercarse á mí?

—¡Pobre joven!—dijo Enriqueta con una risa que no era más que sardónica, pero que Lorenzo creyó llena de tristeza;—¡ciertamente que no merecía V. ese castigo!

—¡Ah!; pues entónces nada me importa lo que piensen los demás!—exclamó Lorenzo, cuyos ojos brillaron en el mismo instante con una alegría indecible.

—¡Pues qué!—preguntó Enriqueta—¿es por ventura para V. de tanta valía mi buen concepto?

— ¡ Sólo por V. sentia yo la arbitrariedad de ese malvado viejo ! ¡ De lo que puedan pensar los demas no me importa nada !

— Veo que trata V. con poco respeto al que ha de ser su suegro — dijo Enriqueta con una media sonrisa.

— ¿ Mi suegro él ? ¡ Jamas !

— Pero ¿ y su hija ? ¿ Qué tiene ella que ver con lo que haga su padre ? ¿ No es muy bonita ?

— ¡ No lo sé ! — respondió Lorenzo. — Desde que usted llegó aquí lo he olvidado.

— ¿ No la ama V. ?

— No, señora.

— ¡ Pues dicen que la ha querido V. mucho !

— Más me ha querido ella á mí.

— Entónces es V. un ingrato.

— Con Celeste creo que sí.

— ¡ Y no hay que fiar en la duracion de su afecto !

El silencio siguió á estas palabras; eran tantas las que se agolpaban á los labios de Lorenzo, que no supo cómo darles salida; sólo hablaron sus ojos, pero con tal elocuencia, que Enriqueta hubo de bajar los suyos.

El alma ardiente de Lorenzo palpitaba con una fuerza inusitada en cada una de sus facciones; hasta entónces sus amores, humildes como su condicion, no le habian satisfecho; siempre quedaba dentro de él un vacío inmenso, el de la vanidad; aquella beldad elegante, delicada, de aire noble y desdenoso, era el ideal con que tantas veces habia soñado, era la mujer que tanto habia llamado sin esperar encontrarla jamas.

Porque las mujeres de elevada clase que le habian

fascinado con su hermosura sólo habian respondido con el desprecio á sus miradas de admiracion.

Enriqueta le hablaba, le sonreia; casi habia en sus ojos promesas de amor..... y esto era más de lo que necesitaba para llenar de esperanzas locas aquella débil y vacía cabeza, que sólo soñaba en lo que veia difícil de alcanzar.

Las últimas palabras de la jóven provocaban una declaracion; no era tan escasa la penetracion de Lorenzo que no lo comprendiese así; pero ¿ qué miras se llevaba aquella bella mujer en trastornar el juicio de aquel labriego ambicioso? Ni ella misma hubiera podido decirlo quizá; el afan de homenajes y el afan de distraer el tedio constante que la consumia, eran tal vez los únicos móviles de su extraña conducta.

— Señorita — dijo Lorenzo — desde que V. ha llegado aquí, yo soy otro hombre; todo lo que ántes me agradaba, me es hoy odioso; el apetito y el sueño han huido de mí; sólo quisiera vivir al lado de V., verla, oirla y obedecer los menores deseos que viese escritos en sus ojos: ¿ cómo se llama esto que siento por V. que hasta hoy jamas habia sentido !

— Amor — respondió Enriqueta con una sencillez tan llena de naturalidad, que era el colmo de la inocencia ó el del descaro.

— Ya me lo figuraba yo — dijo Lorenzo, que no pecaba de tímido y que era ademas muy presuntuoso.

— Pues entónces, ¿ por qué me lo pregunta V. ?

— Porque no estaba seguro de ello.

La cortesana se mordió sus finos labios: aquel patan

la vencia en astucia, y resolvió asustarlo para alejarle de ella ó para atarle definitivamente al carro de sus triunfos.

—Lorenzo—le dijo—yo soy libre y puedo dejarme querer, y amar yo misma á quien me acomode; pero mi pasado es sombrío y quizá culpable; ¿quiere V. conocerle ántes de ligarse á mi con promesas vanas?

—¡Que si quiero!—exclamó Lorenzo impetuosamente;—ésta es una dicha que yo compraría con la mitad de mi vida.

—Voy, pues, á dársela á V. de balde—repuso Enriqueta—y verá que hago bien, porque nada vale.

Sentóse la jóven en el mismo banco de piedra que habia ocupado el hijo de Bruno, y empezó así, en tanto que éste, colocándose á su lado, fijaba en ella una mirada ansiosa.

IX.

CONTINÚA EL ANTERIOR.

«—Ignoro quién es mi padre, si vive, ó si ha salido ya de este mundo.

» Mi madre, casada hacía ya cuatro años con un hombre grosero, vulgar y que sólo la habia hecho su esposa seducido por su belleza, se cansó de los malos tratamientos de su marido y dió oídos á los suspiros amorosos de un hombre durante un largo viaje que su marido hizo á Ultramar con una comision del gobierno.

» Este viaje duró un año; cuando volvió, estaba mi madre en los últimos dias de su embarazo, y la furia de mi padre no conoció límites.

» Así sucede siempre: el esposo ultrajado no se detiene jamas á reflexionar si dió ocasion con su conducta al ultraje, y lo que es más, la ley, al darle sus bárbaras atribuciones, no lo reflexionó tampoco.

» En el matrimonio de mi madre hubo falta y castigo con las circunstancias ordinarias.

» El amante rendido venció al deber de amar al marido grosero, y el marido dejó escapar al amante é hizo á su esposa víctima de todo su furor.

» Una noche de Diciembre, lluviosa y fria, la sacó á la puerta de la calle, del brazo, y la dijo:

«—Váyase V.; la arrojé de mi casa como á una mujer perdida.

» Mi madre, según me ha contado despues, se arrodilló, lloró mucho y suplicó; pero ya cerca de la aurora, temiendo los juicios de los vecinos y el servir de escarnio á los transeuntes, huyó de aquel sitio.

» Se hallaba en Sevilla: al salir de la calle tropezó con un hombre que iba á volver la esquina y que se detuvo al ver la peregrina belleza de aquella mujer tan pálida y que lloraba con tanto desconsuelo.

» Mi pobre madre no tenia aún veinte años, y respondió con todo el candor de la verdad á las preguntas de aquel hombre.

«—¿Á dónde va V., hermosa jóven?—le dijo.

«—No lo sé—respondió ella abatida;—no tengo asilo!

la vencia en astucia, y resolvió asustarlo para alejarle de ella ó para atarle definitivamente al carro de sus triunfos.

—Lorenzo—le dijo—yo soy libre y puedo dejarme querer, y amar yo misma á quien me acomode; pero mi pasado es sombrío y quizá culpable; ¿quiere V. conocerle ántes de ligarse á mi con promesas vanas?

—¡Que si quiero!—exclamó Lorenzo impetuosamente;—ésta es una dicha que yo compraría con la mitad de mi vida.

—Voy, pues, á dársela á V. de balde—repuso Enriqueta—y verá que hago bien, porque nada vale.

Sentóse la jóven en el mismo banco de piedra que habia ocupado el hijo de Bruno, y empezó así, en tanto que éste, colocándose á su lado, fijaba en ella una mirada ansiosa.

IX.

CONTINÚA EL ANTERIOR.

«—Ignoro quién es mi padre, si vive, ó si ha salido ya de este mundo.

» Mi madre, casada hacía ya cuatro años con un hombre grosero, vulgar y que sólo la habia hecho su esposa seducido por su belleza, se cansó de los malos tratamientos de su marido y dió oídos á los suspiros amorosos de un hombre durante un largo viaje que su marido hizo á Ultramar con una comision del gobierno.

» Este viaje duró un año; cuando volvió, estaba mi madre en los últimos dias de su embarazo, y la furia de mi padre no conoció límites.

» Así sucede siempre: el esposo ultrajado no se detiene jamas á reflexionar si dió ocasion con su conducta al ultraje, y lo que es más, la ley, al darle sus bárbaras atribuciones, no lo reflexionó tampoco.

» En el matrimonio de mi madre hubo falta y castigo con las circunstancias ordinarias.

» El amante rendido venció al deber de amar al marido grosero, y el marido dejó escapar al amante é hizo á su esposa víctima de todo su furor.

» Una noche de Diciembre, lluviosa y fria, la sacó á la puerta de la calle, del brazo, y la dijo:

«—Váyase V.; la arrojé de mi casa como á una mujer perdida.

» Mi madre, según me ha contado despues, se arrodilló, lloró mucho y suplicó; pero ya cerca de la aurora, temiendo los juicios de los vecinos y el servir de escarnio á los transeuntes, huyó de aquel sitio.

» Se hallaba en Sevilla: al salir de la calle tropezó con un hombre que iba á volver la esquina y que se detuvo al ver la peregrina belleza de aquella mujer tan pálida y que lloraba con tanto desconsuelo.

» Mi pobre madre no tenía aún veinte años, y respondió con todo el candor de la verdad á las preguntas de aquel hombre.

«—¿Á dónde va V., hermosa jóven?—le dijo.

«—No lo sé—respondió ella abatida;—no tengo asilo!

»—¿Por qué llora V. así?

»—Porque mi marido me ha arrojado de su casa en la pasada noche.

»El caballero echó una mirada sobre el talle de mi madre, y ya no la preguntó nada más.

»—Si V. quiere venir conmigo —le dijo— yo la daré un asilo.

»—¡Ah, caballero, mil gracias! —respondió mi madre; — voy á seguir á V., porque, en verdad, no sé qué partido tomar en mi cruel situación.

»Siguió, pues, al desconocido, que le presentó el brazo con galantería, y la condujo á su casa.

»Era un pintor jóven y de talento, pero pobre y depravado por toda clase de excesos.

»Seis dias despues de vivir con él mi madre nació yo, y exigió de un modo terminante que se me diese á criar fuera de su casa; y mi madre, que ya no tenía otra voluntad que la de aquel hombre, hubo de acceder.

»Fuí, pues, á poder de una buena labradora de una aldea, y mi madre conseguía á muy duras penas de su segundo amante el dinero preciso para pagar á mi nodriza; de mi padre nada sabía, porque habia desaparecido de Sevilla pocos dias despues de su llegada, y no le habia escrito una sola línea que le noticiase su paradero.

»Ya tenía yo seis años, y aún permanecía con mi nodriza, á la que cada vez se pagaba peor; la pobreza del artista, lejos de ir á ménos, habia crecido; sin embargo, así la pobre mujer, como su marido y sus hijos, adoraban en mí; todos los cuidados, todas las atenciones imaginables en su rústica sencillez me eran prodi-

gados, y si me hubieran abandonado del todo, ellos hubieran partido conmigo su pan con la mejor voluntad del mundo.

»Mi madre venía á verme una vez á la semana, y siempre por la noche; su hermosura se apagaba dia por dia, como una flor que carece de brisas y de rocío; ya no habia vida en sus ojos, y sin embargo, se hallaba en la edad en que la belleza ostenta todo su brillo y toda su fuerza.

»Habia cambiado la grosera tiranía conyugal por la abyeeta tiranía del amor ilegítimo; las expresiones duras, las mezquindades del esposo por los golpes y la miseria del amante. ¡ Los hombres son siempre nuestros verdugos!

»Una noche tempestuosa entró en casa de mi nodriza: tenia yo sólo siete años y aún recuerdo su aspecto desolado como si la viese ahora.

»Tenia la frente herida y ensangrentada; su palidez era casi lívida, sus ojos se habian hundido á fuerza de llorar; corrió á la camita donde yo estaba acostada con una hija de mi nodriza, me levantó en sus brazos y me besó muchas veces, regando mi rostro con sus lágrimas.

»—¡Vén, hija mia! —dijo.— ¡Vén, ya no nos separaremos, nunca; trabajaré por tí y para tí; yo seré feliz sólo con verte; ya he huido de la atroz tiranía que me mataba hacia tanto tiempo! ¡Vén, y consueta á tu infeliz madre de la falta de haberte dado la vida!

»Salió llevándome en sus brazos, á pesar del llanto de mi nodriza y de sus hijos: á la puerta habia un carraje que habia llevado á mi madre, y que nos condujo

á las dos á Sevilla : durante el trayecto, mi pobre madre me tuvo constantemente sentada en su regazo; de cuando en cuando me estrechaba contra su pecho, y murmuraba :

— »; Estoy libre; tengo á mi hija; soy feliz!

» Nos hospedamos en una de las fondas más pobres de la ciudad, y al amanecer salimos para Madrid.

» Mi madre tomó una habitación muy pequeña y se puso á trabajar con un valor heroico; yo al ménos, que jamas he hecho nada, así lo considero : era primorosa en el bordado, y muy pronto halló obra abundante y bien pagada.

» Seguía siendo pobre, pero vivía con la mayor tranquilidad; y dos meses de una vida apacible y de un alimento sano y nutritivo bastaron para devolverle su belleza mil veces más radiante de lo que jamas se había ostentado.

» La galantería volvió á asediarla, y no pudiendo ya separar de su frente el primer borron, se rindió de nuevo á sus halagos : en la carrera de la infamia el primer paso cuesta mucho; pero los demas son ya tan fáciles, que se dan sin que la voluntad se aperciba de ello.

» Pronto mi madre se vió rodeada de lujo: tuvo carrajes, trenes, palco en los teatros, diamantes y encajes que realzasen su hermosura; su casa se trasformó en un asilo mágico, y mil adoradores se postraron á sus piés para quemar el incienso de sus lisonjas.

» Yo tuve maestros de todas clases y la educación más brillante que puede recibir una niña; crecí entre halagos y caricias, y nada parecía faltar á mi dicha,

porque mi belleza era proverbial entre las amigas de mi madre, todas alegres como ella, y como ella dedicadas á la galantería.

» No quiero molestar á V. con la relacion de los sucesos desde los siete á los catorce años de mi edad; era yo muy inocente, pero á pesar de eso, los malos ejemplos eran como una semilla que un dia ú otro debía germinar en mi alma como en terreno á propósito para ello.

» Mi madre fué al fin herida de una enfermedad implaceable, mortal : la enfermedad de pecho; habia pasado muchas noches en orgías y festines, muchos dias de inquietudes, porque esas existencias, en la apariencia tan brillantes, encierran muchos dolores hondos y silenciosos.

» Murió cuando yo habia cumplido catorce años; me dejé heredera de una brillante fortuna y de un porvenir inseguro y nebuloso : una de sus amigas se constituyó en mi tutora; pero bien pronto su tiranía me fué odiosa, y determiné sacudirla á toda costa.

» Tuve un amante y hui con él, abandonando mi fortuna por conquistar mi libertad.

» Mi amante, con el que pasé tres años en París y Londres, me dejó por fin; pero yo tenia dieciocho años y comprendí que debia reclamar el fruto del oprobio de mi madre : no podía comprar ménos cara mi propia deshonra; volví á Madrid, cité ante los tribunales á la usurpadora de mis bienes, y gracias á mi belleza— que segun decian era entónces muy notable—logré interesar á mi abogado, que ganó el pleito de la manera más completa.

» Rica otra vez, quise vivir sola y libre: la libertad era para mí la dicha; y aunque por gratitud, no me atreví á rechazar las protestas de amor de mi abogado; le impuse tales condiciones, que no me las pudo poner él á mí sino muy pequeñas.

» Corrí de fiesta en fiesta, y empecé á darlas magníficas en mi casa; pero por huir de las quejas de mi defensor—á quien los celos habian convertido en mi fiscal—volví á salir para París, donde podia vivir más á mi gusto y más á mi libertad.

» Allí permanecí seis años, y allí di fin á todos los bienes heredados de mi madre.

» Bastante escrupulosa en materias del corazón, mi hermosura no me ha servido de lucro alguno, y siempre que me ha sido posible, he vivido sin dueño y á mi costa con la mayor espléndidez.

» Poco más de año y medio hará que llegó á París el dueño de esta quinta, rico capitalista, y casado con una señora de la nobleza, también muy opulenta; me vió y le agradé; y hallándome sin recursos, volví á Madrid con él.

» Hace pocos dias dijo á su esposa que necesitaba venir á visitar sus haciendas y me propuso el viaje, al que accedí consumida de tedio y de tristeza.

» Ahora ya sabe V. cuál es mi vida, Lorenzo, y espero que esta confesión mía habrá apagado su loca afición por mí; afición nacida tan repentinamente, que espero morirá para siempre, y que V. recobrará su tranquilidad; además, estoy arruinada completamente, llena de deudas, y no me es posible dejar esta vida que sigo

sin entusiasmo, porque he visto demasiado cuán vana y azarosa es: voy ya tocando los límites que separan la juventud de la edad madura, de esa edad en que los hijos recompensan los afanes que han costado, y en que la mujer sólo es dichosa en su hogar: yo no tengo hogar, ni familia, ni puedo romper las cadenas de mi esclavitud.»

Calló la cortesana, y el hijo del *rico* parecia aún pendiente de sus labios: ella también le miraba de soslayo para ver el efecto que sus palabras habian producido, esperando encontrar el dolor ó el hastío en el semblante de Lorenzo; pero no halló huella alguna de esos sentimientos: los ojos del jóven expresaban sólo el entusiasmo y la admiración.

No hay conquista que parezca más sabrosa á un galanteador novel que la de una mujer aventurera: el vicio tiene para ciertas almas invencibles seducciones, y la de Lorenzo tenía la vanidad más feroz y más helada de las vanidades: la vanidad del mal que deseaba y se creia capaz de hacer.

—¿No me responde V., Lorenzo?—preguntó Enriqueta con su acento más dulce y halagüeño;—¿en qué piensa V.?

—Pienso—respondió el prometido esposo de Celeste—en que si V. se casara conmigo rompería para siempre las cadenas que la sujetan y que tanto la lastiman.

Las lindas fácciones de Enriqueta no pintaron gozo ninguno al oír esta proposición; por el contrario, su triste sonrisa atestiguó una profunda expresión de hastío.

Era un corazón herido y enfermo, en el que no hallaba eco ningún sentimiento generoso, y ménos las utopias del entusiasmo.

Sin embargo, supo dar á su rostro, pasado el primer movimiento, una expresion tierna y llena de admiracion, y exclamó:

—¿Qué dice V.? ¿Casarme con V.?

—¿Por qué no?

—¿No le he dicho ya lo que soy?

—Sí por cierto; y despues de haberlo oido, la preguntó si quiere ser mi mujer.

—¡Olvida V. que estoy pobre y arruinada!

—Yo soy hijo de Bruno *el rico*.

—¿Pero que dirá su padre de V.?

—No lo sé; pero ya está acostumbrado á dejarme hacer mi gusto.

Enriqueta quedó meditabunda, en tanto que Lorenzo la contemplaba con una ternura profunda y apasionada.

—Amigo mio—dijo ella—permítame V. reflexionar, y entre tanto oiga un consejo que voy á darle para asegurar nuestra mutua tranquilidad: la familia del alcalde cree que gusta V. de mi camarera: la misma Teresa lo cree tambien: no deshaga V. este error; aparente estar enamorado de esa muchacha.

—¡Yo enamorado de ella! ¡Si no lo estoy!

—Ya lo sé: creo que me ama V. á mí, por más que lo sienta mucho.

—¿Lo siente V.?

—¡Sí!

—Pero ¿por qué?

—¿Por qué? Porque no soy digna del amor de V.

Enriqueta pronunció estas palabras con tan estudiado sentimentalismo, que otro cualquier hombre dotado de más experiencia y conociendo la clase de mujeres á que la jóven pertenecía, hubiera soltado la carcajada; pero Lorenzo no tenía experiencia alguna, y ademas estaba ciego por su vanidad.

¡Cómo! aquella mujer tan hermosa, tan adorada, acostumbrada á todos los halagos de la fortuna, del amor, y sobre todo del vicio; aquella jóven elegante, discreta, desdeñosa, de ademan casi regio, decia que no era digna de su amor: esto era mucho más de lo que se necesitaba para volver loco al pobre Lorenzo.

Ya lo he dicho: el vicio es la mayor de las seducciones para ciertas almas débiles y mezquinas: la virtud angelical de Celeste no podia ser, á los ojos de Lorenzo, más que nulidad y rústica ignorancia: sólo su hermosura podia haberle seducido hasta entónces; pero ¡qué era aquella belleza dulce y pura como una flor á medio abrir, comparada con la hermosura gastada, marchita ya, y apasionada de Enriqueta!

Hay seres que no han conocido el amor culpable, pero que han gastado su corazón á fuerza de soñar con él: pobres esclavos de una enfermiza fantasía y de un temperamento no más sano.

Satisfecha la cortesana del efecto que habia hecho en el campesino su arranque de burlona modestia, continuó sin dejarle lugar para que contestase:

—Fingirá V. que ama á Teresa, porque yo se lo suplico así.

—Haré lo que V. quiera—respondió Lorenzo.

—Esto evitará que nuestras relaciones lleguen á oídos de la persona que me ha traído aquí, á la que debo consideraciones.

—¿Y por qué?—preguntó impetuosamente Lorenzo;
—¿por qué le debe V. consideraciones? ¿Por qué no rompe V. en seguida esos lazos?

—¡Impaciente!—murmuró Enriqueta con una hechicera sonrisa;—lo haré así, porque yo lo deseo más que V. todavía; pero entre nosotros no se hacen las cosas tan bruscamente como en las aldeas; hay que tomar algunas medidas y no cansar escándalos, que no sirven más que para agravar todas las situaciones.

Levantóse, dichas estas palabras, y añadió:

—Separémonos ya.

—¡Oh, tan pronto!—suspiró Lorenzo.

—Es forzoso.

—¿Y va V. á pasar la velada entre todos esos hombres?

—¡No! me retiraré á mi cuarto á leer, celoso—respondió la jóven, empleando de nuevo su mágica sonrisa.

—¿De véras?

—Sí; se lo prometo, á pesar de tener muy mala luz.

—Mañana la tendrá V. mejor—dijo Lorenzo—y ya la hubiera V. tenido hoy á no ser por el encierro forzoso á que me condenó ese viejo bribon.

Enriqueta no comprendió al parecer la oferta de Lorenzo; pero dijo en su interior que á la noche siguiente tendría un magnífico quinqué.

El espíritu especulativo es siempre el que domina en las mujeres de su clase.

—¡Adios!—dijo, dando la mano á Lorenzo;—hasta mañana.

—¿No me permitirá V. que la acompañe hasta la quinta?—preguntó Lorenzo.

—No—contestó Enriqueta—eso sería una imprudencia.

—Me retiraré ántes de salir de la sombra de los árboles.

—He dicho que no—respondió Enriqueta con un acento que no admitía réplica.

Lorenzo guardó un humilde silencio; la jóven prosiguió:

—¿Piensa V. ir pronto á la ciudad?

—Mañana—respondió Lorenzo.

—¿Le incomodaré á V. si le hago un encargo?

—¡A mí incomodarme! ¡Ah, señora, qué injuria!

—Pues bien, para que V. vea si me inspira confianza, le ruego que vaya á la calle de Valverde, número 81, cuarto tercero, y diga á la señora de la casa que dentro de dos dias espero poder enviarla sus dos mil reales.

—Esta bien—dijo Lorenzo, en cuyos ojos brilló una viva alegría.

—Adios, amigo mio—dijo Enriqueta estrechando su mano con un movimiento apasionado.—Adios, y sea usted muy prudente; de eso depende *nuestra* felicidad.

Y Enriqueta se alejó diciendo entre sí:

—Ya tiene dos mil reales que guardarme la marmota de mi encargada para los primeros gastos cuando nos

volvamos á Madrid : á bien que no serán los últimos, porque la mina es rica y tardará en agotarse.

Lorenzó la signió con los ojos hasta que desapareció el último pliegue de su vestido de muselina.

Después se dejó caer en el banco, casi ebrio de felicidad, oprimiéndose la frente con las manos para convenirse de que no estaba loco ni soñaba.

X.

EL GOLPE DE MUERTE.

¿Qué era entre tanto de Celeste, principal personaje, gentil figura, rayo de blanca luz que he buscado para que ilumine las sombras de esta pobre historia?

Vamos á encontrarla en su casa, y en el jardinillo que con tanto placer cultivaban el honrado Juan María y su hijo Pedro, para el recreo de Joaquina y de su hija.

Á la misma hora que el señor cura y Bruno fueron á poner en libertad á los dos contendientes encerrados en la cárcel por la severa providencia del alcalde, Celeste, sentada bajo un gran cerezo cargado de roja fruta, tenía cruzadas las manos sobre sus rodillas en actitud de profundo abatimiento.

De vez en cuando, sin embargo, y al oír algun leve rumor hacía la parte de la casa, alzaba la cabeza, brillaban sus ojos, y sus mejillas se cubrían de un vivo sonrosado.

Á su desmayo de la tarde anterior habian sucedido una fiebre lenta y muchas lágrimas : en vano habia procurado conmover el corazon de su padre con ellas para que pusiera en libertad á Lorenzo : Juan María permaneció inflexible.

Joaquina, sentada al lado de su hija, cosía una camisa de lino para su hijo menor con la prodigiosa actividad propia de su carácter vivo y hacendoso.

De cuando en cuando levantaba la vista á hurtadillas y se quedaba con la aguja en suspenso contemplando dolorosamente el abatimiento de su hija.

Pero así que se apercibía de que Celeste podía verla, volvía á su labor con su ligereza acostumbrada.

Entonces se hablaba á sí misma dentro de su corazon, con esa voz que sólo Dios oye, y se decía :

— ¡Ay, santo Dios! ¡qué descolorida está! ¡qué ojerosa! ¡hija de mi alma! ¿qué haré yo para consolarla y para desenojar á Lorenzo, que ahora estará como una fiera contra su padre y contra mí? ¡Dios mio! yo le insulté, y Juan María le envió á la cárcel! ¡Qué mal hemos hecho! ¡Siquiera por esta criatura debíamos haber sido más sufridos! ¡Y luego, que la queremos, y que la queremos! ¡vaya un modo de querer!

Joaquina acababa este monólogo interior volviendo á mirar á su hija; y entonces, una ancha lágrima se formaba pesadamente en el ángulo de su párpado y corría con lentitud por su mejilla.

Como todos los caracteres fuertes que están unidos generalmente á un noble y sensible corazon, la alcaldesa, pasado el primer arrebato de su justa cólera, se acu-

saba de ella y se echaba la culpa de todos los acontecimientos desagradables de su casa, por más que no la tuviera.

—Hija mía—dijo despues de un largo silencio—¿cómo te sientes?

—Mejor, madre—respondió Celeste.

—¿De véras?

—Sí, señora; ya se me han ido los mareos de la cabeza; y si V. me dejase ayudarla en la costura, estaria mejor.

—¿Coser? ¡Para eso estás tú! ¡no faltaba más!

—¡Así me distraeria un poco, madre!

—¡Vamos, vamos, déjate de labores, que ya vendrá pronto quien te distraiga!

—¡Venir él—exclamó Celeste, quien, como si aquellas palabras hubieran respondido á la voz de su corazón, comprendió al instante de lo que se trataba;—¡venir él! ¡Ay, Dios mio! ¡estará muy enfadado y no querrá!

—¿Enfadado? Puede.... que sí....—dijo Joaquina algo confusa;—pero.... ya se le pasará: hija, ¿hay alguna cosa que no haga olvidar el amor? Por otra parte, ya ves, tu padre es alcalde, y el que manda; todo el pueblo le obedece, porque sólo manda lo justo....

—¡Si yo no acuso á mi padre, madre mía!—repuso Celeste, enjugándose con su delantal de cotonía azul una lágrima rebelde;—lo que él hace, bien hecho está.... eso lo sabemos, y yo la primera; pero ¡cuánto tardan, Dios mio, cuánto tardan! El señor vicario ha ido tambien á buscarles, ¿verdad?

—Sí, con Bruno.

—Madre, ¿cree V. que Lorenzo vendrá en seguida?

—Por supuesto—respondió la alcaldesa con mal seguro acento.

—¡Es que como ayer sólo vino un momento por la mañana!....

—Hoy se estará aquí toda la velada; ya lo verás.

—¿Estará enojado?

—Lo habrá estado ántes; pero los genios fuertes como los nuestros, á una vuelta de cabeza ya se nos pasó todo; ¿no ves lo que sucede conmigo? Pues igual es Lorenzo, igualito: ¡ni que yo le hubiera parido!

—¡Ay, madre! ¡pues yo no encuentro esa igualdad!—murmuró suspirando Celeste;—¡ojalá se le pareciese á V. Lorenzo!

—¿Por qué?

—Porque él es más rencoroso que V.

—¿Y habia de guardar rencor al padre de la que va á ser su mujer? ¿Y tú qué culpa tienes de eso?

—Ninguna; pero ¿no oyó V. que dijo que le importaba muy poco que yo no me casara con él?

—¡Bah! los hombres cuando están enojados dicen todo lo que se les ocurre: ¿quién hace caso de ellos? Pero el que vendrá hecho un basilisco será Perico; y eso que no existió cuando tu padre le mandó ir á la cárcel.

—Madre, ¿quiere V. que me asome á la puerta á ver si vienen?

—Anda, mujer, asómate; pero mira que estás muy débil; deja, que iré contigo.

—No, no, madre, yo puedo ir sola; estoy fuerte y buena; mírelo V.

Y Celeste se levantó y fué con paso rápido á asomarse á la puerta del huerto que daba á la calle.

— ¡Ay, santo Dios! ¿qué va á pasar con esta criatura si á ese cazurro le da la gana de estar enojado algunos días? — pensó con terror Joaquina: — nos quejábamos porque no quería novio, y ahora hemos de sentir el que lo tenga.

Entre tanto Celeste permanecía en pié en el umbral de la puerta; el aire tibio y embalsamado de la tarde agitaba en derredor de su triste y serena frente algunos cabellos cortos y ensortijados, más dorados que los últimos rayos del sol; la juguetona brisa alzaba graciosamente los pliegues de su falda de percal azul, y descubría sus piecitos calzados de medias blancas, finas, y zapatos negros de seda; un pliegue de su pañuelo de muselina, castamente cerrado, se había desunido y mostraba su virginal y linda garganta ceñida por una sarta de granos de ámbar, cerrada por un broche de plata.

Estaba sumida en una observación ansiosa, y ni reparaba en el rayo del sol que caía á plomo sobre su cabeza, ni en el aire que agitaba sus cabellos y sus vestidos.

Por fin, todo su cuerpo se agitó violentamente.

Había visto venir á cuatro personas por el camino, que remedaba una larga calle, y su corazón, ántes que su vista, se las dió á conocer.

Delante venían Perico y el señor cura, que parecía proteger al muchacho contra la cólera de Bruno y de su hijo.

Detrás.... ¡oh! detrás venía Lorenzo con su padre.

Celeste dejó escapar un acento, medio suspiro, medio

grito, y su madre al oírlo comprendió lo que pasaba y corrió á la puerta.

Tanta era la emoción de Celeste, débil aún por efecto de la fiebre que la había aquejado en aquella mañana, que su madre hubo de sostenerla.

Pronto llegaron á la puerta los cuatro, que venían de la cárcel; su paso era rápido y seguro, y tenían forzosamente que pasar por casa del alcalde y por delante de las dos mujeres, que, trémulas de emoción, les esperaban.

El señor cura llegó el primero junto á ellas, acompañado de Perico, que le daba la derecha con gran respeto; empero, Bruno y su hijo, pocos pasos ántes de llegar á casa del alcalde, pasaron al otro lado del camino.

El señor cura, que no se apercibió de aquella rencorosa evolución, dijo á la alcaldesa:

— Buenas tardes, Joaquina; aquí tiene V. á su hijo.

— ¡Ay, hijo de mi alma! — exclamó la buena mujer — ¡no sabes el trabajo que me ha costado el no ir á esperarte! ¡Pero por no dejar á tu hermana que está tan mala!.... ¡En cambio, te guardo hecha una merienda, que ya verás!

— ¿Está mala Celeste? — preguntó Perico.

Y luego añadió casi con temor:

— ¿Y padre, dónde está?

— Hijo, le han avisado de Pinseque para una riña de unos mozos, y me dijo al irse:

— No siento más que no poder ir á buscar á mi Pedro; pero la obligación es lo primero: irás tú con el señor cura, que me ha ofrecido ocupar mi puesto, ya que es el padre de todos.

—¿Y Celeste?—le dije yo.

—Celeste no irá; no se crea ese vanidoso que va por él; que se quede en casa.

—¡Pero hombre—repuse yo—si está tan mala!

Tu padre se enojó y respondió de mal humor:

—¡Qué mala, mala! Por tenerla llena de mimos, ¿no te has de portar como debes con tus demás hijos? que se esté sola media hora, que no comerá tierra; y no deses de ir con Mariano á buscar al chico: mira, Joaquina, que por tanto mirarnos en esa hija Dios nos ha de castigar y nos la ha de quitar, porque así pasa siempre.

—Tu padre se fué; pero, hijo, no me determiné á dejarla, y también Mariano se quedó por sí hacía falta algo: como dice tu padre, el señor cura es el padre de todos: ¿verdad que no te enfada lo que he hecho?

—No por cierto, madre; lo que me hubiera enfadado es que ella se hubiera quedado sola.

—¡Ya lo sabía yo, hijo de mi alma! ¡Dame un abrazo, que eres más bueno que el pan de flor!

Joaquina abrazó á Pedro, y éste sintió que las lágrimas de su madre caían en su morena frente.

Todo esto había tenido lugar en tanto que llegaban Bruno y su hijo, que caminaban con paso tardo.

Al mismo tiempo que Joaquina abrazaba á su hijo, pasaban aquéllos al otro lado de la calle para no tener que saludar á las dos mujeres y huir en lo posible de su vista.

Pero Celeste, cuyos ojos estaban clavados en Lorenzo, y que tenía en ellos toda el alma, quedó como herida de un rayo al ver la acción de Lorenzo y de su padre.

Luégo, una inmensa desesperación penetró en aquella alma tierna y apasionada, y se arrancó de ella un quejido de angustioso dolor.

—¡Lorenzo!—gritó—¡Lorenzo! ¿por qué huyes de mí? ¿qué te he hecho? ¿Así me dejas despues de tantas horas que no te he visto? ¡Pero se va sin escucharme!..... ¡Madre, madre! ¡Lorenzo ya no me oye! ¡Lorenzo se va!.....

En efecto, Bruno y su hijo llegaban ya al fin de la calle, y entraban en otra más pequeña, y que no era otra cosa que un sendero abierto en los campos, á cuya orilla se elevaban algunas casas.

Al fin estaba su alquería.

La desventurada niña comprendió, por una intuición terrible, que todo había acabado entre ella y el hombre á quien tanto amaba.

Desolada, y no pudiendo sus fuerzas sostenerlas, se dejó caer en el umbral de su puerta, sollozando con una angustia desgarradora, pero sin que de sus ojos brotase una lágrima.

Cubrióse el rostro con su delantal, como para no ver la luz, y bien pronto á sus gemidos sucedió una queja angustiosa como si estuviese herida de muerte.

—Hija, por Dios, ¿á qué affigirse así?—exclamó Joaquina, acongojada ante aquella explosion tan ajena al carácter dulce, tímido y modesto de Celeste.—¡Déjale, que ya volverá! ¿es natural que esté enojado ahora! Pero ¿crees que no ha de pasarle? ¡Yo conozco á los hombres y sé que eso no ha de durar!

El señor cura no dijo nada, pero echó á andar con

paso rápido; cuando se halló al alcance de que su voz fuese oída por Bruno y por su hijo, llamó á éste.

Padre é hijo estaban parados á la orilla del sendero y departían con calor.

Aquél trataba de persuadir á éste de alguna cosa, y el mozo se negaba con ademan resuelto é irritado.

El señor cura llegó hasta ellos, y Joaquina, que le miraba con ansia, le vió tomar la mano de Lorenzo, hablarle con ternura y gravedad y señalarle á Celeste.

Pero Lorenzo contestó tambien con ademanes negativos, y echó á andar en direccion á su cortijo.

Su padre le siguió lentamente, y el señor cura, despues de levantar los ojos al cielo, volvió al lado de las mujeres.

Cuando llegó, la queja de Celeste era más lenta y débil; áun tenia la peregrina cabeza sepultada entre los pliegues de su delantal; pero la mano que sostenia aquella tela estaba fria, y sus delicados hombros se agitaban con un temblor convulsivo; la otra mano pendia con desaliento como la rama de un árbol roto por el huracan.

El señor cura tomó aquella mano, y dijo á la jóven con voz dulce y suave:

— Levántate, hija mia, y entremos en tu casa; y usted, Joaquina, deje de llorar; ¿á qué afligirse así? Lorenzo ha dicho que vendrá; y aunque no viniera, no merecen las pasiones de la tierra tanta desolacion: vamos, todo se arreglará.

— ¿Ha dicho Lorenzo que vendrá? — preguntó Celeste alzando su semblante con un ansia indescribible.

— ¿Lo ha dicho? — preguntó á su vez la madre, que se estremeció al ver la alteracion del semblante de su hija.

El digno vicario esquivó el responder á la jóven; pero respondió á la madre con un movimiento de triste negativa.

— ¡ Ese truhan ha de morir á mis manos! — murmuró sordamente Pedro, en tanto que su madre y el señor cura sostenian los pasos vacilantes de Celeste.

En aquel instante se oyó en el portal la voz de Juan María, que gritaba:

— ¡ Eh! ¡ Joaquina, Joaquina!

— ¡ Aquí estoy! — respondió la alcaldesa.

— ¿ Ha vuelto el chico?

— Sí, ya hace rato.

El alcalde fué al huerto, y sintió tal gozo de ver á Pedro, que sólo en él se fijó.

— Vaya, hijo — le dijo paternalmente — cuidado con volver á buscar camorra; los hombres de corazon no son pendencieros. ¿ Has merendado?

— ¡ Ay, padre! ¡ para meriendas estamos! — respondió Pedro con una mezela extraña de sentimiento y de ira.

— Pues ¿ qué pasa?

El chico se apartó un poco y mostró á su padre la pálida figura de su hermana, que se acercaba lentamente, sostenida por la religion y por el amor maternal.

— ¡ Hija! ¡ Dios santo! ¿ qué pasa? — exclamó el alcalde precipitándose hácia Celeste.

Luégo la levantó en sus brazos como á un niño enfermo, y la colocó en su lecho.

—¡Un médico al momento, Pedro! — gritó con aquel acento de autoridad que conmovía tan hondamente á sus hijos; monta en la mula parda y vé á Alagon: ¡ah, escucha! ¡lleva otra del diestro para la vuelta!

—¿Para qué? llegaré ántes con una sola; volveré á pié.

Y Pedro salió como una exhalacion del cuartito de su hermana, que habia quedado inmóvil en su lecho como una estatua de alabastro derribada de su pedestal.



XI.

DOBLE EMBOSCADA.

Al día siguiente por la tarde Enriqueta tenía una elegante lámpara, un almuerzo de china, un servicio completo de tocador, y pagados los 2.000 reales que habia encargado á Lorenzo dijese á su corredora pagaria dos dias despues.

Aquella primera prueba de amor abrió en el arcon de Bruno *el rico* una brecha de 3.000 reales.

¿Pero qué es una gota de agua en el mar ó una chispa en un incendio? ¡Bien poca cosa en verdad!

Todos aquellos objetos fueron entregados á Teresa, que los recibió haciendo arrumacos.

La camarera estaba elegantemente vestida; queria evidentemente conquistar al heredero de *el rico*.

Éste, siguiendo los consejos de Enriqueta, á la que

creía dotada de la sabiduria suprema, hizo el amor á la muchacha, y con bastante destreza, pues el género de camareras le era muy conocido desde que, siendo ya sargento, estuvo una temporada de guarnicion en Madrid.

El pensamiento fijo de Lorenzo era Enriqueta, y quiso hacer hablar algo á su criada acerca de su pasada vida; pero Teresa fué impenetrable, porque estaba acostumbrada á serlo.

Volvió con gran destreza á la conversacion de sus amores, y tan bien se manejó, que Lorenzo, no creyendo comprometerse á nada, pronunció la palabra *casamiento*.

—¡Ah! ¿de vérás? ¿pensarás en casarte conmigo?— preguntó Teresa, que habia sido la primera en proponer un tratamiento llano.

—¡Ya lo creo!— respondió Lorenzo con fatuidad;— ¿no eres jóven y muy linda? Yo tengo veintiocho años, y ya es hora de que piense en casarme.

—¿Pero hemos de vivir en este pueblo?

—Ó en la ciudad ó en Madrid; donde tú quieras.

—Entónces, en Madrid. ¡Oh, la vida de Madrid es deliciosa! ¡No comprendo cómo se puede vivir en una aldea sin morir de fastidio! ¡Cuánto me hubiera yo aburrido aquí, Dios mio, si no te hubiese hallado á tí!

—¡Ya te daré yo el pasatiempo!— dijo para sí Lorenzo.

—En Madrid— prosiguió Teresa— es muy diferente; como serémos ricos, podremos tener diversiones; tú llevarás levita y yo vestidos de seda, lazos en el cabello y bonitas manteletas; tú, vestido de caballero, es-

—¡Un médico al momento, Pedro! — gritó con aquel acento de autoridad que conmovía tan hondamente á sus hijos; monta en la mula parda y vé á Alagon: ¡ah, escucha! ¡lleva otra del diestro para la vuelta!

—¿Para qué? llegaré ántes con una sola; volveré á pié.

Y Pedro salió como una exhalacion del cuartito de su hermana, que habia quedado inmóvil en su lecho como una estatua de alabastro derribada de su pedestal.



XI.

DOBLE EMBOSCADA.

Al día siguiente por la tarde Enriqueta tenía una elegante lámpara, un almuerzo de china, un servicio completo de tocador, y pagados los 2.000 reales que habia encargado á Lorenzo dijese á su corredora pagaria dos dias despues.

Aquella primera prueba de amor abrió en el arcon de Bruno *el rico* una brecha de 3.000 reales.

¿Pero qué es una gota de agua en el mar ó una chispa en un incendio? ¡Bien poca cosa en verdad!

Todos aquellos objetos fueron entregados á Teresa, que los recibió haciendo arrumacos.

La camarera estaba elegantemente vestida; queria evidentemente conquistar al heredero de *el rico*.

Éste, siguiendo los consejos de Enriqueta, á la que

creía dotada de la sabiduria suprema, hizo el amor á la muchacha, y con bastante destreza, pues el género de camareras le era muy conocido desde que, siendo ya sargento, estuvo una temporada de guarnicion en Madrid.

El pensamiento fijo de Lorenzo era Enriqueta, y quiso hacer hablar algo á su criada acerca de su pasada vida; pero Teresa fué impenetrable, porque estaba acostumbrada á serlo.

Volvió con gran destreza á la conversacion de sus amores, y tan bien se manejó, que Lorenzo, no creyendo comprometerse á nada, pronunció la palabra *casamiento*.

—¡Ah! ¿de vérás? ¿pensarás en casarte conmigo?— preguntó Teresa, que habia sido la primera en proponer un tratamiento llano.

—¡Ya lo creo!— respondió Lorenzo con fatuidad;— ¿no eres jóven y muy linda? Yo tengo veintiocho años, y ya es hora de que piense en casarme.

—¿Pero hemos de vivir en este pueblo?

—Ó en la ciudad ó en Madrid; donde tú quieras.

—Entónces, en Madrid. ¡Oh, la vida de Madrid es deliciosa! ¡No comprendo cómo se puede vivir en una aldea sin morirse de fastidio! ¡Cuánto me hubiera yo aburrido aquí, Dios mio, si no te hubiese hallado á tí!

—¡Ya te daré yo el pasatiempo!— dijo para sí Lorenzo.

—En Madrid— prosiguió Teresa— es muy diferente; como serémos ricos, podremos tener diversiones; tú llevarás levita y yo vestidos de seda, lazos en el cabello y bonitas manteletas; tú, vestido de caballero, es-

tarás encantador; tomaremos una cocinera, una doncella y un criado que haga tus recados y cuide de tu ropa, además de servir á la mesa; iremos al Prado y á la Fuente Castellana en carruaje; además iremos al café y al teatro. ¡Oh, será una vida deliciosa!

—Sí, sí, mucho—respondió Lorenzo;— será muy deliciosa.

—¡Lo dices con un tono! ¿Serás avaro? ¡Mira que lo sentiría mucho! Es defecto que aborrezco en los hombres, y en tí, querido Lorenzo, siendo tan rico, sería imperdonable; ¡lo oyes, imperdonable!

—¿Yo avaro?—exclamó Lorenzo con una risa forzada, porque se fastidiaba grandemente con la charla de la muchacha, que á su vanidad parecia insupportable.

—No vayas á pensar por eso—prosiguió Teresa— que yo te amo por lo que tienes; no, señor: lo mismo te querria si fueras un pobre artesano; la prueba de que yo soy en extremo desinteresada, es que pude casarme con un rico comerciante catalán, y no quise; con un coronel, y lo rehusé; sí, señor, lo rehusé: á los dieciocho y veinte años es una accion infame venderse.

—Sí, tienes razon—respondió Lorenzo, cuyos nervios, irritados ya, no podian sufrir más.—Pero, querida mia, perdona que te deje; tengo que hacer.

—¡Dios mio, qué poco galante eres, Lorenzo! ¡acordante ahora de tu quehacer!

—Yo volveré.

—Pero ¿cuándo?

—Lo ántes que pueda.

—Pues que no tardes.

—No; adios.

—¡Adios, vida mia!—dijo Teresa con gazmoñería;— no te olvides de mí.

—Pierde cuidado.

Y Lorenzo echó á andar, muy contento de haber escapado de las melosas protestas de aquella ambiciosa muchacha.

Así como algunos hombres de elevada clase, y ya gastados por los refinamientos de la civilización y del buen gusto, emprenden á veces la conquista de una camarera y hallan en ello placer y diversion, los hombres de la clase de Lorenzo buscan en los sueños de su ambicion lo que creen más elevado y más noble; lo superior les fascina; sus iguales les son odiosos.

Además, en aquella mutua ficcion habia algo de repugnante; no es lo mismo, ni se asemeja en nada, la camarera de una gran señora honrada y la camarera de una cortesana; entre las primeras hay dechados de virtud, entre las segundas reside lo más abyecto de la corrupcion social.

Mucho de monstruoso habia en la alianza de Lorenzo y de Teresa; cada uno por su lado creia enganar al otro; Teresa se volvia loca de alegría al pensar en que iba á encontrar un marido rico; ni pensaba siquiera en Bruno: ¿qué son para esa gente los lazos de la sangre? Esas mujeres reniegan de su familia y de todas las demas; su Dios es el oro, y para llegar á él son capaces hasta del crimen.

Teresa se manejó tan bien, que todo el pueblo sabía,

á los dos días de haber llegado, que era galanteada por Lorenzo, y todos compadecían á la pobre Celeste.

¿Pensaba el hijo de Bruno en aquella pobre niña?

Ni por un instante siquiera se habia compadecido de su dolor.

Jamas la habia amado; y ademas, su rencoroso natural no podia permitirle perdonar la ofensa que el alcalde le habia hecho.

Sólo habia sido aquel amor una ilusión de sus sentidos, ó un entretenimiento á la ociosidad de su vida.

No era aquel ángel de pureza, de virtud y de inocencia quien podia cautivar el ánimo de Lorenzo; éste necesitaba el estruendo del torrente, y Celeste era el arroyo tranquilo que reflejaba el azul del cielo.

Un alma fuerte gusta de la serenidad, de la calma suave y de la dulzura de un ángel.

Un alma débil anhela tempestades, pasiones culpables y borrascosas.

¿Quién era Enriqueta? ¿lo que ella habia dicho?

Tal vez sí; hija del crimen, y educada en las fatales máximas del vicio, su destino era envolver en su ruina á cuantos la amasen, ó ser esclava del capricho de los poderosos.

Su alma estaba gangrenada, su salud perdida, porque la devoraba el tedio y el hastío de sí misma; y sin embargo, Lorenzo debía preferirla, y la prefería á la pura y dulce niña que Dios habia puesto en su camino. Algunos días pasaron en buscar Teresa ocasiones de hablar á Lorenzo, y éste en huirlas.

El licenciado no vivía más que por la noche, esto es,

á la hora en que podia ver á Enriqueta, que bajaba, como una blanca sombra, á encontrarle en la plazuela de los árboles.

En una de estas entrevistas, y ya al retirarse, apoyó su cabeza en el hombro de Lorenzo y dejó escapar un débil suspiro.

—¿Qué tienes?— preguntó el incauto, que hubiera subido al cielo en busca de las estrellas por verla sonreír.

—¡Oh, no puedo decírtelo!— respondió ella meciendo tristemente la cabeza.

—¿Por qué?

—¡Es una cosa tan amarga de expresar! ¡Perdóname que guarde silencio!

—¿Por qué me dices que me amas?— preguntó Lorenzo con amargura.

—¿Por qué? porque es verdad.

—¡No, no! no es verdad, cuando me ocultas tus penas.

—Se trata de una de mis deudas.....

—¿De una deuda? ¿y eso me ocultas?

—Sí..... es una suma crecida, y no quiero que la pagues como aquel pico que.....

—¿Á cuanto asciende esta deuda?— preguntó Lorenzo con la misma ansiedad que si quisiera ejercer un acto heroico.

—¡Oh, asciende á mucho!— respondió la cortesana pasando sus dedos por los cabellos de Lorenzo.

—¿Pero á cuánto?

—¡Te vas á asustar!.....

—¿Asustarme yo por cuestión de dinero?—dijo Lorenzo con una vanidad feroz; ¡dime lo que es!

—¡Esa deuda..... asciende á seis mil duros!

Lorenzo respiró como si hubieran quitado de su pecho una montaña de plomo.

—¡Ya ves qué exorbitancia!—dijo Enriqueta.

—¡Yo creí que era más!—repuso él;—¡eso no es gran cosa, y así que sea tu marido pagaré, no sólo esa, sino todas las demas!

—¡Casarnos!—murmuró Enriqueta;—¿qué falta nos hace? ¡Odio las cadenas!

—¡Si casi me has prometido ser mi mujer!

—¡Qué quieres!..... un momento de tontería..... yo soy toda caprichos..... hoy pienso de otro modo, y creo que para quererse mucho es lo mejor no casarse: ¿á qué esa obligación? Deja que nos ate sólo nuestra voluntad, y no esos nudos pesados, por lo mismo que son imposibles de desatar.

La bella cara de Lorenzo se revistió de una triste expresión al escuchar estas cínicas palabras, y quedó pensativo durante algunos instantes; pero aquella nube del alma ó aquel secreto aviso de su conciencia le preocupó durante muy pocos instantes, y volvió de nuevo á recobrar su expresión animosa y apasionada.

Lorenzo era muy débil campeón para luchar con aquella heroína del vicio.

—Tienes razón—contestó—tienes razón como siempre; ¿á qué buscar otra dicha que la de amarnos? Sólo necesito estar á tu lado y verte continuamente: ausente de tí, mi vida sería un martirio insoportable; no existo

ahora más que para esperar los instantes en que te veo, y el día no es otra cosa para mí que un largo tormento.

Una sonrisa burlona entreabrió los labios de Enriqueta: aquella elocuencia exagerada no alcanzaba á conmover su corazón frío y gastado, y no era extraño, porque el entendimiento más sencillo la hubiera encontrado, sin saber por qué, chocarrera y falsa.

Nada hay más ridículo que el lenguaje romántico y exaltado que adoptan las personas de escaso talento para encubrir su nulidad: la más grosera sencillez es mucho más sublime, y aquella mujer, dotada de talento y amaestrada en la escuela del mundo, sintió, á pesar de su depravación, cierto sentimiento de repugnancia hácia aquel hombre, que sin ningún género de lucha olvidaba sus más sagrados deberes para apegarse á ella que le despreciaba y que sólo trataba de arruinarle.

En las mujeres de la clase de Enriqueta hay nobles instintos.

Esas criaturas aman la virtud en los demas por la sola razón de que ellas huellan todas sus leyes: estragadas de alma no ménos que de cuerpo, sólo aman aquello que no pueden alcanzar, y para ellas no hay en su vida galante, y tratándose de los hombres, más que dos extremos: dominar como déspotas, ó arrastrarse como esclavas á las plantas del hombre en quien hallan la superioridad del talento, del valor y de la virtud.

Lorenzo debía ser la mosca infeliz que enredase en su diáfana pero terrible tela aquella araña de gasa, cuya alma, más que su cuerpo, era lo que tenía mayor semejanza con aquel asqueroso insecto.

Su risa, al oír las protestas de Lorenzo, hubiera podido decir al jóven lo que debía esperar de ella; pero no pudo verla á causa de la oscuridad de la noche y de la doble oscuridad de su obcecacion.

— De modo — dijo Enriqueta, decidida ya á engullir aquella presa algo desabrida, pero tan rellena de oro; — ¿de modo que cuando yo me vaya, me seguirás?

— ¡Quién lo duda! — respondió Lorenzo, sin oír un ligero ruido que sonó entre los hojaranzos del seto.

— ¿Y dejarás á tu padre? — preguntó de nuevo Enriqueta, que tampoco habia oído nada.

— ¡Sí, todo lo dejaré por tí!

— ¿Y á tu novia?

— ¡No me hables de ella! — murmuró Lorenzo como avergonzado, porque ya estaba en el caso de avergonzarse de todo sentimiento bueno.

— ¿Ya no te acuerdas de Celeste?

— La olvidé para siempre desde el instante en que te vi.

El ruido de los hojaranzos volvió á oírse, pero mucho más fuerte: separáronse las ramas y apareció Teresa pálida, convulsa y jadeante de ira.

La muchacha estaba horrible: tal era la contraccion de sus facciones, que se advertia á la vaga claridad de la luna, muy alta ya aquella noche.

Tanta era su cólera, que no podia salir de su garganta, ni hallaba acentos que la expresasen, y durante mucho rato permaneció mirando, ya á su ama, ya á Lorenzo, con ojos encendidos y extraviados.

— ¿Conque así me engañabas? — gritó por fin mirando al hijo de Bruno; — ¿conque te burlabas de mí?

¿conque te has fingido enamorado de mí para desorientar á las gentes? ¿Quién te ha enseñado tales astucias, labriego ruin, con humos de señor? Pero yo no sé por qué me canso en preguntarte viéndote al lado de quien estás: ¡no es tu mollera vacía la que ha discurrido este chasco, no! ¡eres tú demasiado majadero para eso! ¡Pero no importa! ¡ya verás el pago que encuentras; y mientras llega, ya verás lo que tienes que pasar y lo que te suceda! Y V., señora, demasiados pájaros tiene entre manos que desplumar para venir tambien á dar cuenta de éste: yo pensé que V. se estimaba en más y que despreciaría á este campesino presumido con esas manos tan negras y esos piés tan grandes.

— ¡Teresa — gritó Enriqueta indignada — repórtate!

— ¿Que me reporte? ¿y por qué? ¿no estamos iguales, supuesto que V. me ha quitado mi novio? Es verdad que en otra ocasion yo la desbanqué á V. con el Marqués de.....; pero á aquél no le quedaba un cuarto y hué de contentarme con algunos regalillos.

— ¿Callarás?

— ¡No, señora! ¿qué he de callar, si ya no soy su doncella de V? ¡Ya verá V. si me echa en falta! ¡ya verá quién la ayuda como yo en sus tramoyas! He de contar al señor lo que pasa, y le he de decir que se la pega usted con un rústico labriego; ¡yo sé lo que he de hacer!..... Y tú, majadero, necio, presumido, destripaterrones, sábetete que te quieren porque eres hijo de Bruno el rico, y hasta que dejes á tu padre limpio de cuanto dinero tenga; ¿lo oyes? En el pecado llevas la penitencia. ¡Ya verás el pago que te dan!

Teresa, dichas estas palabras, desapareció dejando petrificados á los dos amantes, pues Enriqueta, á pesar de su serenidad, tampoco pudo volver fácilmente de su sorpresa.

Á la mañana siguiente, y ántes de dar las seis en el reloj de la iglesia de Cabañas, la familia del alcalde y algunos de sus vecinos se hallaban al rededor del lecho de Celeste, que había pasado la noche delirando.

También se hallaba allí el médico á quién había ido á buscar Pedro, y que había llegado á eso de las once de la noche anterior conducido por el muchacho.

Éste se hallaba sentado á los piés del lecho con los brazos cruzados, sombrío y pensativo: el cansancio se retrataba en sus toscas y enérgicas facciones; pero esta expresión estaba eclipsada por otra de dolor agudo y concentrado.

Los espesos cabellos oscuros de Perico estaban pegados á sus sienas por el sudor de su carrera cuando había vuelto de acompañar al médico; sus labios, contraídos, estaban plegados por una amarga sonrisa; su cara, rosada y llena siempre, estaba ahora pálida, y sus ojos se hallaban rodeados de profundos círculos oscuros.

Cerca de él, el rubio Marianito lloraba porque veía llorar á su madre, que ora se cubría la cara con su delantal, ora se acercaba al lecho donde yacía Celeste.

Juan María, sentado á la cabecera del lecho, tenía las manos cruzadas sobre las rodillas, en actitud de amarga y profunda desolacion; de cuando en cuando brotaba una ancha lágrima de sus párpados, que corría por su tostada mejilla hasta su pecho, perdiéndose entre los blancos pliegues de su camisa de hilo.

Al violento delirio de Celeste había sucedido una inmovilidad completa; aquella naturaleza débil no podía resistir por mucho tiempo tan violentas sacudidas, y yacía como una pobre azucena trinchada por el viento y doblada sobre sí misma.

Apénas se distinguía la blanura de su rostro de la de sus almohadas; sus grandes ojos azules estaban cerrados y guarnecidos por la doble franja de sus pestañas rubias, cándido y virginal adorno de los ojos de las niñas.

Su boca, pocos días ántes tan fresca y rosada, se asemejaba ahora á una flor arrancada por el viento; tal estaba de pálida y marchita.

Extendíase por las almohadas la espléndida masa de su rubia cabellera, que destrenzada por las angustias del delirio y libre de toda sujecion, formaba gruesos anillos naturales y elásticos tirabuzones; en fin, su frente tan blanca, tan serena siempre, se contraía de vez en cuando, como si un pensamiento amargo traspasára su cabeza como un dardo de fuego.

Las vecinas estaban junto á la puerta en pié y sin

atreverse á turbar á la familia en su desolacion. Entre las faldas de indiana y los pañuelos de colores de las mujeres se veía la blanca camisa de algun padre, hermano ó marido que por afecto á la familia de Juan María habia retardado el ir al trabajo, y que asomaba con tristeza su tostado semblante por entre los de las mujeres.

El médico fué la primera persona que rompió el silencio que hacía rato reinaba: levantóse de la silla que habia ocupado al lado de la mesita, y se acercó á Juan María:

—Vamos, valor, alcalde—le dijo;—Celeste no está tan mala como VV. suponen.

—¡Ah, don Benito! ¿eso es verdad?—exclamó Juan María levantándose;—¿no me engaña V. para tranquilizarme?

—No—respondió el médico—ya me conoce V. de muchos años y sabe que no soy capaz de eso: Celeste no está hoy en un grave peligro; esta crisis pasará; pero quedará sujeta á una debilidad extrema, de la que tardará en recobrase. Yo ahora me marchó y volveré á la noche; pero ántes de irme deseo hablar con V. dos palabras solas.

—Vamos á la otra pieza—dijo Juan María sobresaltado.

—No hay que asustarse—dijo el médico con bondad; es sólo una pregunta la que deseo hacer.

El alcalde y el médico salieron del aposento, abriéndoles paso todos los vecinos.

Cuando se hallaron en la sala que servía de dormito-

rio á los esposos, don Benito tomó de la mano á Juan María y le llevó hácia la ventana.

El alcalde con toda su voz gruesa y severo aspecto se puso á temblar.

—Repitó que no hay que asustarse—dijo el médico—y vamos al caso: es preciso que me responda usted con toda sinceridad: ¿Celeste quería mucho á su novio?

—¡Mucho!—respondió Juan María.

—¿Por qué han reñido?

—¡Si ella no ha reñido con él! No sé á qué haya venido la incomodidad de Lorenzo, á no ser porque mi mujer le reprendió por su poca afición al trabajo: él insultó á mi mujer y la levantó la mano, y entónces mi hijo Pedro, que estaba allí por casualidad, le sacudió; yo oí el ruido, fui allá y metí á los dos en la cárcel.

—¿De modo que los novios no han reñido?

—¡No, señor!

—Entónces hay esperanzas de que Lorenzo, así que se le pase el enfado, vuelva.

—Yo así lo espero.

—Y es preciso que suceda; sólo la vista de Lorenzo puede volver la salud á esa pobre niña.

—Entónces iré yo mismo y le pediré perdon del castigo que le impuse: duro es, pero mi hija sobre todo.

—Usted hará lo más conveniente, Juan María, porque le prevengo que es preciso para Celeste el amor de ese hombre: nunca hubiera sospechado en ella, con su dulce aspecto, un alma tan apasionada.

El médico salió dichas estas palabras, y Juan María

le siguió: aquél bajó la escalera, y éste volvió al cuarto de su hija.

Celeste no habia cambiado de postura y permanecía inmóvil.

—Hijo—dijo Juan María á Pedro—véte á descansar un poco: debes estar rendido.

—No estoy cansado—respondió el muchacho bruscamente;—déjeme V. aquí.

—¡Pero si has hecho tres leguas á caballo y tres á pié!

—Eso no importa.

Juan María no pudo responder: se oyó en la escalera el crujido de un traje de seda, y un momento despues, apartando con ímpetu á las atónitas aldeanas, se presentó Teresa en la estancia.

Llevaba sobre su traje una manteleta y una papalina de viaje.

—Me alegro de hallar aquí á tanta gente reunida—dijo—porque de ese modo será más público lo que voy á decir: buena mujer—prosiguió acercándose á Joaquina—ha de saber V. que si Lorenzo no viene por aquí es porque se halla muy metidito con esa señora que ha llegado á la quinta.

El estupor paralizó todas las lenguas.

¡Lorenzo en relaciones con una dama de la ciudad, y aquella hermosa señora haciendo caso de Lorenzo!

Era tan monstruosa la noticia, que los aldeanos y toda la familia de Juan María se miraron como para preguntarse si estaban soñando.

El primero que volvió de la sorpresa, ó mejor dicho, que no se sorprendió, fué Perico.

Volvió su rostro torvo y contraído hácia Teresa, y le dijo con voz terrible:

—¿Y á tí quién te manda venir aquí á rompernos la cabeza?

—Es que yo quiero vengarme de ellos—repuso Teresa:—¡los dos me han engañado! él me habia dicho que se casaria conmigo.

—¡Dios mío! ¿conque para él no hay mujer segura?—exclamó la alcaldesa en el colmo del horror;—¿conque ha sido infiel por dos veces á esta pobre criatura?

—¡Y lo que es ahora en buenas manos ha caido!—prosiguió Teresa;—aunque parezca vanidad, mejor le hubiera ido entre las mias.... ¡pero con esa hiena!....

—¡Ay, santó Dios! muchacha, ¿cómo habla V. así de esa señora?—exclamó una anciana labriega juntando cándidamente las manos.

—¡Señora, señora!—exclamó irritada Teresa;—¡si es una infame! ¡si es una mujer que se dedica á tragar caudales como un perro moscas, y que no cobra cariño ni á la camisa que lleva! ¡una bribona que se viste de seda y encajes, robados, como quien dice!

—¿Y eso es tu señora?

—¡Eso y mucho más! Pero poquito á poco, que ya no es mi señora; esta noche he dormido ya en casa del ordinario, mediante un duro que le he dado, y ahora mismo me voy á la ciudad, y desde allí á Madrid; ¡la culpa tuve yo por venir á estos andurriales!

—¿Pero cómo has sabido tú que Lorenzo está festejando á esa otra bribona como tú?—preguntó Pedro severamente.

—¿Que cómo lo he sabido? Como que los he visto y oído: todas las noches va él á la plaza que hay delante de la quinta, y ella baja á estar con él de conversacion.

—¡ De ese modo — repuso el muchacho, cuyo raciocinio era muy exacto — la persona que echó á correr la otra tarde al oírme llegar á mí, no eras tú como yo me figuraba!

—¡ Qué habia de ser yo! ¡ era mi señora! ¡ era ella, que le va persiguiendo desde que llegó! — dijo Teresa; — ¡ que no le dejará de la mano hasta que le saque todo cuanto tenga, porque es pájaro de cuenta, y ántes de llegar aquí, ya sabria que era rico!

—¿ Pero cómo podia saberlo? — preguntó Joaquina, que atónita con aquella vergonzosa narracion, no podia darse cuenta de si dormia ó si estaba despierta; — ¿ quién se lo habia de decir?

—¿ Y para qué necesita ella que se lo diga nadie? esas mujeres huelen el dinero, como los cuervos los muertos — respondió la camarera, olvidándose de que ella pertenecia tambien á la misma clase vergonzosa.

— Basta ya de conversacion — dijo el alcalde, que hasta entónces habia permanecido callado, adelantándose severamente; — basta, y salga V. de mi casa: á no ser porque deseaba saber toda la verdad, jamas hubiera usted ofendido los oídos de mi mujer con tan desvergonzada relacion: ya lo ve V., á pesar de sus cincuenta años, está colorada y llena de pasmo.... porque no sabia ella que la raza de V. y su ama existiese sobre la tierra; pero se trataba de la vida de mi pobre hija, y he necesitado oír todo lo que V. ha querido decir: ahora, que

ya sé á qué atenerme, váyase V., y del pueblo tambien.

Teresa, amedrentada al oír al alcalde, salió sin decir una sola palabra, y el honrado labrador se puso á pasear por el cuarto, meditabundo y sombrío, mientras que Joaquina, que habia visto hacer un breve movimiento á Celeste, acercaba á sus labios una bebida cordial que el doctor habia dejado preparada.

XIII.

EL SEÑOR CURA.

Un instante despues entraron el señor cura y su madre; los dos habian pasado una gran parte de la noche anterior en casa del alcalde.

Voy á dar al lector una idea, si bien muy ligera, de estas dos personas, modelos de bondad y consuelo de todos los afligidos del contorno.

Era la señora Plácida una viejecita muy próxima á cumplir los setenta años de su edad, de poca estatura, pero robusta y sonrosada: habitualmente residia la alegría en su semblante; pero cuando veia una afliccion ó le referian una desgracia, demostraba la más extremada sensibilidad.

Casada muy jóven con un rico arrendador, habia tenido por único fruto de su enlace al hijo que, siendo despues un ministro del Señor, habia ademas de ser su mejor guía y su más cariñoso amigo.

—¿Que cómo lo he sabido? Como que los he visto y oído: todas las noches va él á la plaza que hay delante de la quinta, y ella baja á estar con él de conversacion.

—¡ De ese modo — repuso el muchacho, cuyo raciocinio era muy exacto — la persona que echó á correr la otra tarde al oírme llegar á mí, no eras tú como yo me figuraba!

—¡ Qué habia de ser yo! ¡ era mi señora! ¡ era ella, que le va persiguiendo desde que llegó! — dijo Teresa; — ¡ que no le dejará de la mano hasta que le saque todo cuanto tenga, porque es pájaro de cuenta, y ántes de llegar aquí, ya sabria que era rico!

—¿ Pero cómo podia saberlo? — preguntó Joaquina, que atónita con aquella vergonzosa narracion, no podia darse cuenta de si dormia ó si estaba despierta; — ¿ quién se lo habia de decir?

—¿ Y para qué necesita ella que se lo diga nadie? esas mujeres huelen el dinero, como los cuervos los muertos — respondió la camarera, olvidándose de que ella pertenecia tambien á la misma clase vergonzosa.

— Basta ya de conversacion — dijo el alcalde, que hasta entónces habia permanecido callado, adelantándose severamente; — basta, y salga V. de mi casa: á no ser porque deseaba saber toda la verdad, jamas hubiera usted ofendido los oídos de mi mujer con tan desvergonzada relacion: ya lo ve V., á pesar de sus cincuenta años, está colorada y llena de pasmo.... porque no sabia ella que la raza de V. y su ama existiese sobre la tierra; pero se trataba de la vida de mi pobre hija, y he necesitado oír todo lo que V. ha querido decir: ahora, que

ya sé á qué atenerme, váyase V., y del pueblo tambien.

Teresa, amedrentada al oír al alcalde, salió sin decir una sola palabra, y el honrado labrador se puso á pasear por el cuarto, meditabundo y sombrío, mientras que Joaquina, que habia visto hacer un breve movimiento á Celeste, acercaba á sus labios una bebida cordial que el doctor habia dejado preparada.

XIII.

EL SEÑOR CURA.

Un instante despues entraron el señor cura y su madre; los dos habian pasado una gran parte de la noche anterior en casa del alcalde.

Voy á dar al lector una idea, si bien muy ligera, de estas dos personas, modelos de bondad y consuelo de todos los afligidos del contorno.

Era la señora Plácida una viejecita muy próxima á cumplir los setenta años de su edad, de poca estatura, pero robusta y sonrosada: habitualmente residia la alegría en su semblante; pero cuando veia una afliccion ó le referian una desgracia, demostraba la más extremada sensibilidad.

Casada muy jóven con un rico arrendador, habia tenido por único fruto de su enlace al hijo que, siendo despues un ministro del Señor, habia ademas de ser su mejor guía y su más cariñoso amigo.

Á la muerte de su padre ya desempeñaba el joven sacerdote las funciones de párroco en la iglesia de Cabañas; además ayudaba en las snyas á los otros vicarios de algunas villas mayores de las cercanías.

La fama de su elocuencia oratoria era tal, que todos los sermones difíciles se le encomendaban, y es imposible reunir más sencillez á un estilo más elevado y á unas maneras más dignas y cultas.

Un día vinieron á decirle la urgencia de fundar un hospital, pues se había desarrollado en el país una fiebre maligna que lo asolaba y los infelices labradores morían en medio de los campos; el párroco se informó de los medios con que contaban, y viendo la escasez y casi nulidad de ellos, levantó el hospital por sí solo, gastando en tan piadosa empresa más de la mitad de su legítima.

Su madre, léjos de oponerse á ello, lloró de gozo el día que tomó tal determinación y la bendijo con toda el alma.

Cinco años despues, la fortuna del joven párroco se había amenguado mucho más: no había desgracia que él no socorriese.

¿Había sido el año malo?

El párroco daba la mitad de la contribucion.

¿Hacían pasto las llamas de alguna habitación?

Allí estaba el señor cura, que daba una buena suma para reedificarla.

¿Caía enfermo un padre, una madre de familia?

El señor cura se encargaba de pagar al médico y al boticario, y la señora Plácida de llevar al enfermo buen

chocolate, bizcochos, azúcar y alguna gallina bien cebada, que para estos casos guardaba siempre.

Donde se lloraba ó se padecía, allí se hallaban siempre el señor cura y su madre.

No era, pues, extraño el verlos en casa de Juan María en el día de la desolacion y de las lágrimas para aquella honrada familia.

La señora Plácida, á pesar de su edad, estaba ágil y robusta, efecto de la tranquila felicidad de toda su vida.

Había sido rubia y delicada como Celeste, pero ya era su cabello blanco como las medallas de plata de su rosario.

Había sido delgada y esbelta, y ahora era gruesa, aunque sin obesidad; en una palabra, había llegado al término de la vida sin borrascas y sin grandes dolores, y era lo que Celeste hubiera sido si su mala suerte le hubiera permitido llegar á una edad tan avanzada.

Estas delicadas jovencitas que parecen ángeles sin alas en la primavera de su vida, se hacen torneadas cuando llegan á su estío, y al llegar á su ancianidad se convierten en buenas mujeres gruesas y encarnadas, que rien al ver las gracias de sus nietecillos.

El señor cura no tenía más hijos que los pobres, y los pobres eran los nietos de su madre, como era natural.

La anciana vestía como las labradoras bien acomodadas: falda de percal azul, jubon de alepin negro y pañuelo al cuello de fondo blanco con grandes ramos de rosas.

Juan María miró á su mujer, irresoluto y confuso.

—¿Quieres que vayamos ahora?— preguntó ella;—el llanto sobre el difunto.

—Vamos— respondió el alcalde;— mucha pena me causa este paso; pero lo que ha de ser tarde, que sea luego.

—Van VV. á sacar lo que el negro del sermón—grató Perico:— los piés frios y la cabeza caliente; á ese *mainate* (1) le arreglará mi garrote, y no las razones y las palabras.

Los pobres padres iban tan preocupados que no oyeron las palabras de su hijo, y salieron de su habitacion; pero el señor cura dijo al muchacho:

—Pedro, la violencia no trae nunca nada bueno, y la prudencia suele arreglar muchas cosas: deja que tus padres prueben los medios suaves.

Joaquina y su marido volvieron á entrar en la habitacion cuando Pedro bajaba humildemente la cabeza ante el razonamiento del señor cura.

Preocupados con su desagradable empresa, habian bajado la escalera; pero, vueltos en sí, subian para abrazar á su hija.

Uno despues de otro, los dos consortes se inclinaron sobre el cuerpo de la doliente Celeste y besaron su blanco y dulce rostro con tiernísimo amor, dejando Joaquina en aquel semblante virginal la huella de las lágrimas que sin cesar brotaban de sus ojos.

(1) Lechuguino ó presumido.

—Vamos, hijos, id con Dios, y buen ánimo—dijo la señora Plácida;—aquí quedamos mi hijo y yo; además, están los dos chicos. Tú, Perico, levanta la cabeza: ¿para cuándo es el valor en los hombres? Y tú, Mariano, ¿por qué lloras como un niño de mantillas? ¿Acaso está la chica en peligro de muerte? Dios castiga las aflicciones sin motivo.

El alcalde y su mujer echaron hácia el lecho la última mirada, y bajaron la escalera cabizbajos y tristes.

XIV.

LA MADRE.

Aunque el cortijo de Bruno estaba cerca de la entrada de la aldea, y por consiguiente de la casa de Juan María, éste y su mujer tardaron bastante en llegar á él.

—Joaquina—dijo el alcalde—de véras te digo que no sé por dónde empezar: la cólera me hierve en el pecho, y de mejor gana empezaria á palos con ese mal hombre, que con razones.

—Pues mira, hombre, déjame á mí principiar—repuso la alcaldesa;—las mujeres tenemos mas explicativa, porque tardamos más en enojarnos; y puedes creer, Juan María, que todo se lo perdonaba con tal que ofreciese casarse con nuestra chica en un tiempo dado, aunque fuera tardando algo más de lo que tenia ofrecido.

—¿Y qué hacemos con darle á la chica á semejante truhan?—preguntó el alcalde deteniéndose y cruzando las manos;—que nos la mate á pesadumbres en un año.

—¡No, hombre, no! ¡Si al lado de Celeste es bueno el hombre más malo! ¡Ella le volverá una oveja! ¡Vaya! ¡yo lo creo! ¡Si ella viviría entre infieles! Y además, tú ya sabes lo vergonzoso que es para una muchacha el que se le deshaga una boda.

—Todo el pueblo sabrá por lo que es.

—¡Bien! pero eso no quitará para que ella se ponga mala y se muera. ¡Ay, Juan María! á costa de lo que me queda de vida quisiera ver á nuestra santita casada con Lorenzo, y esto sólo para tapar bocas envidiosas que, aunque una digan, otra les queda!

Llegaban, al decir esto, á la puerta del cortijo.

Acostumbrados á la cordialidad que usan entre sí los vecinos de las aldeas, entraron en el patio buscando con los ojos alguna de las dos criadas que servían á Bruno y á su hijo; pero hácia el fondo del patio, liando un cigarro, vieron al mismo Bruno que acababa de almorzar en la cocina é iba ya á salir al campo para dar una vuelta á sus peones.

El matrimonio se adelantó con paso lento, y casi con cortedad: ellos tan altivos, tan honrados, iban á aplacar la cólera injusta de aquel hombre, resentido del ultraje que, segun él, se le habia hecho á su hijo.

—Buenos dias, Bruno—dijo Joaquina, por ella y por su marido.

—Buenos dias—respondió el colono lacónicamente.

Al ver aquel continente duro y helado, la alcaldesa sintió desmayar su valor, y su marido tuvo la boca abierta para dar la orden de partida; pero la pobre Joaquina contuvo á su marido con una mirada suplicante, y continuó:

—Bruno, siempre hemos sido buenos amigos; nos hemos criado juntos, como quien dice: tú quisiste á mi pobre hermana, con la que te hubieras casado si Dios no la hubiera llamado ante sí: ahora venimos á hablar contigo y con tu hijo de una cosa que nos interesa más que la vida, y creo nos oirás.

—Vamos arriba, pues—dijo Bruno, en quien aquel acento dolorido y los recuerdos que evocaba habian hecho profunda impresion; vamos arriba y hablaremos: que no porque yo tenga queja de vosotros, he de dejar de ser quien soy.

Subieron la escalera, que era angosta, y entraron en el cuarto que servía de dormitorio al colono.

—Vamos, sentaos y hablad—prosiguió Bruno.

—Lo primero que te diré, Bruno—dijo el alcalde—es que no tienes motivo ninguno para tener queja de nosotros: tu hijo estuvo imprudente, el mio tambien: á los dos castigué como alcalde para no dar mal ejemplo.

—Las habladurias de tu mujer tuvieron la culpa de todo.

Juan María volvió á montar en cólera; pero Joaquina no dejó que aquella cólera estallase, porque contestó al padre de Lorenzo con humildad:

—Tienes razon, Bruno: yo tambien me propasé, y

así, ahora mismo vengo á pedirlos que lo olvidéis, lo mismo á tí que á tu hijo: le llamé haragan y mal trabajador, en lo que hice muy mal.

—Ya sé yo que lo es—respondió Bruno, que era en el fondo muy buen hombre, y cuyo carácter era débil, sobre todo con su hijo, á quien adoraba;—ya sé yo que es un haragan, y algunos ratos de sueño me quita este pensamiento; pero ¿qué quereis? al fin es mi hijo, y no me hace buen estómago que otro se lo diga, ni á él tampoco, como es natural.

—¡Pues ya lo creo!—repuso Joaquina, contenta con aquel rayo de luz que le mostraba á lo léjos una reconciliacion completa;—¿á qué padre ó madre le agrada el oír que sus hijos son malos? Ya ves que Perico es bruto de véras; pues bien, lo mismo su padre que yo reñiríamos con nuestra sombra si pudiera hablar y se lo llamára. Nada, nada, lo que ántes dije: yo tuve la culpa de que el chico se incomodase, y di lugar á que Juan María le corrigiera; y ya ves..... eso lo hizo por no dar mal ejemplo.

—Luego—prosiguió Bruno como si siguiese en su cabeza el curso de un pensamiento que le martirizaba;—luego, como soy rico, y Lorenzo es solo, le dejo que no trabaje como debiera..... porque me digo: ¿para quién ha de ser todo?

—Esa es mala cuenta—dijo Juan María con una severidad que no pudo reprimir;—el mundo da muchas vueltas, y se han visto caer torres más altas.

Una mirada suplicante de la pobre Joaquina le detuvo: era el amor maternal que luchaba con la probidad ri-

gida del hombre honrado que, para acusar lo malo, se olvidaba hasta de que era padre; era la voz grave de la razon, dura y descarnada, enfrente del más delicado de los instintos y del más tierno de los afectos.

—¡Diré la verdad y tres más!—respondió el alcalde á la mirada doliente de Joaquina—que para eso soy amigo hace cuarenta años de Bruno: ¡sí, señor! Ha hecho mal en dejar que su hijo se acostumbre á la holganza, y que por lo mismo se aburra y aborrezca al pueblo y á todos los que vivimos en él, es decir, á todo lo que debía estimar y querer.

—Pero ¿qué querias que hiciese, Juan María?—exclamó *el rico* dejando ya la máscara, para dar lugar en sus facciones á una amarga expresion de pena;—ya le di buenos consejos..... ya le aconsejé; pero tenia cuando volvió veintisiete años, y á esta edad, lo que no hace la razon no lo consigne nada. Yo no me quejo á nadie, porque un padre no debe publicar las faltas de su hijo; pero cree que tengo siempre delante de mi alma una sombra negra..... negra como la noche, y que en nada hallo alegría.

—¡Pobre Bruno!—murmuró la alcaldesa enternecida, y enjugándose una lágrima.

—Dios da á todos su cruz—prosiguió el labrador—y los que envidian la riqueza no saben por qué: yo tengo dinero de sobra, y en cambio no tengo una hora buena, ni la he tenido nunca. Mi mujer era vanidosa y con nada se contentaba: á pesar de ser yo bueno para ella, siempre estaba triste y soñaba con galas, con una cruz de oro y con pendientes de plata; para que tuviese todo esto

quise ser rico, y lo conseguí, porque el hombre deja de conseguir pocas veces lo que quiere, si lo quiere de veras: mi mujer tuvo su cruz de oro, sus ricas arracadas de piedras finas, trajes lujosos y algunos duros en el arca á su disposicion; pero aún no habia empezado á disfrutar de todo eso, cuando Dios me la quitó.

Bruno se detuvo y enjugó una lágrima, que habia brotado en sus ojos, con el dorso de su mano; luego prosiguió:

—Si ella hubiera vivido ya no tendria vanidad, porque sería vieja, y me hubiera acompañado en la soledad en que me deja ese hijo; pero si era la voluntad del Señor que me quedara solo, ¡ bendita sea!..... Por cuidar de mi hijo, por no darle madrastra, no he querido volverme á casar..... sólo lo hubiera hecho con tu hermana Joaquina; ésta tambien murió..... ya no me quedaba más que Lorenzo, y éste me dejó para ir á la guerra, y volvió ingrato y duro para su padre, que tanto ha hecho por él..... ¿Qué remedio hay? ¡ Ninguno! Dios es el amo de todos, y á mi me ha destinado para la soledad y la tristeza.

Calló Bruno, y otra vez aquella gruesa lágrima, signo elocuente de su fatigosa afliccion, se deslizó por su mejilla tostada y curtida por las rudas faenas de los campos; tras de una larga pausa, prosiguió así:

—Juan Maria, Joaquina, os agradezco más de lo que podeis pensar el que hayais dado este paso, porque os quiero como á mis hermanos, y sólo en vuestro corazon podria yo desahogar mis penas..... ya veis, esto no se puede decir á todos, y yo hasta al señor cura se lo he

callado..... porque me da vergüenza el decir..... que mi hijo me desprecia..... pero es la verdad..... sí, ¡ se avergüenza de su padre porque es un rústico!

La lágrima se convirtió en sollozos: el pobre padre abría á sus amigos, como un libro, su corazon dolorido, y que todos creian henchido de satisfacciones.

—Vamos, Bruno, ¿á qué afligirse así? —preguntó Joaquina, que lloraba á lágrima viva: —Dios da el remedio segun es la pena..... ¡ aunque parezca que alguna vez se olvida de nosotros, no es así, y detras de la lluvia, sale el sol!.....

—¡ Caramba, Bruno — dijo á su vez Juan Maria — ten valor, que tu hijo no es ningun mal hombre, ni ha hecho nada de que te puedas avergonzar!..... ¿Que tiene mala cabeza? Él la sentará. ¿Qué tiene *fantesia*? ¡ Poco más, poco ménos, todos la hemos tenido!..... Desde chiquitos, que hemos sido como hermanos, y ya sabes la guerra que daba yo á mi madre para que me comprase una faja de seda cuando se me antojaba: vamos, todo eso pasará; Lorenzo es un buen chico, ¿y qué ha de hacer más que tener vanidad? ¡ Ya sentará!

Y el buen Juan Maria, que habia ido allí como actor, se convirtió en abogado del hijo al ver la afliccion del padre.

—Todo esto se arreglará así que se case con mi Celeste, y tengan un hermoso chico; y si te he de decir la verdad, Bruno, á hablar de eso venimos con Lorenzo.

Joaquina dijo estas palabras precipitadamente y como quien desea salir pronto de una situacion penosa, para respirar despues con más libertad.

— Descemos — añadió el alcalde — ver en qué está respecto á la boda; y si está en ello, lo mejor será que los unamos cuanto ántes, porque, Bruno, mi Celeste se nos muere si Lorenzo la deja.

Aquí fué la voz de Juan María la que se volvió sorda y ahogada.

— ¡Qué dices! ¿está mala Celeste? — preguntó *el rico*.

— ¡Muy mala! — respondió el alcalde, en tanto que Joaquina sollozaba — ¡muy mala! Ayer, despues del desayuno que le hizo Lorenzo, cuando volvía contigo de la cárcel, le dió una lloradera terrible: de lo que se sofocó, se le levantó calentura y despues cayó en una congoja que no le pasa, y parece muerta: por consejo del señor cura, venimos á hablar á Lorenzo, porque si se vuelve atras..... entónces..... ¡ay, Dios mio! de pensarlo se me eriza el pelo.

En efecto, Juan María temblaba como un calenturiento ante la idea de perder á su hija.

— ¿Volverse atras? — exclamó Bruno con indignación; — ¡á eso podríamos llegar! Juan María, tú mismo lo has dicho: Lorenzo no es un mal hombre, y sólo un mal hombre podría hacer eso: voy á buscarle.

Bruno salió, y Joaquina dijo á su marido:

— Yo no sabía si nombrarle á esa señora forastera para que viera que tenemos miedo con razón de que no cumpla su palabra.

— No hay para qué — repuso gravemente el alcalde, que ya se habia repuesto de su emoción; — pueden ser habladerías y chismes de esa criada, como dice el señor

cura, y no hay para qué dar á Bruno una desazon: ahora verémos, porque ya los oigo acercarse.

En efecto, se oían los pasos de Bruno y de su hijo que subían la escalera, y un instante despues entraron en la habitacion donde se hallaban Juan María y su mujer, cuyos corazones palpitaban aceleradamente al pensar en que se iba á decidir la suerte de su hija, de su adorada Celeste.

XV.

SENTENCIA DE MUERTE.

El hermoso semblante de Lorenzo presentaba una mezcla extraña y odiosa de cólera y de burla.

El contacto con la cortesana le habia maleado de tal modo, que todo instinto de justicia, de equidad y de buen parecer habia desaparecido de su alma.

— Buenos días — dijo con el aire que podría emplear un gran señor al dar audiencia al ayuda de cámara que hubiera despedido por haberle robado; — mi padre me ha dicho que VV. querían hablarme, y aquí estoy.

— Sí, hijo, queremos hablarte — dijo Joaquina, que era siempre la que tomaba la iniciativa, pero que se sentía trémula y turbada al ver la expresión del semblante del jóven; — queremos hablarte, y sobre todo yo.....

— Pues ya puede V. empezar lo que tenga que decirme — repuso Lorenzo con tono brusco é impaciente.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Avda. 1525 MONTEARRY, MEXICO

— Descamos — añadió el alcalde — ver en qué está respecto á la boda; y si está en ello, lo mejor será que los unamos cuanto ántes, porque, Bruno, mi Celeste se nos muere si Lorenzo la deja.

Aquí fué la voz de Juan María la que se volvió sorda y ahogada.

— ¡Qué dices! ¿está mala Celeste? — preguntó *el rico*.

— ¡Muy mala! — respondió el alcalde, en tanto que Joaquina sollozaba — ¡muy mala! Ayer, despues del desayuno que le hizo Lorenzo, cuando volvía contigo de la cárcel, le dió una lloradera terrible: de lo que se sofocó, se le levantó calentura y despues cayó en una congoja que no le pasa, y parece muerta: por consejo del señor cura, venimos á hablar á Lorenzo, porque si se vuelve atras..... entónces..... ¡ay, Dios mio! de pensarlo se me eriza el pelo.

En efecto, Juan María temblaba como un calenturiento ante la idea de perder á su hija.

— ¿Volverse atras? — exclamó Bruno con indignación; — ¡á eso podríamos llegar! Juan María, tú mismo lo has dicho: Lorenzo no es un mal hombre, y sólo un mal hombre podría hacer eso: voy á buscarle.

Bruno salió, y Joaquina dijo á su marido:

— Yo no sabía si nombrarle á esa señora forastera para que viera que tenemos miedo con razón de que no cumpla su palabra.

— No hay para qué — repuso gravemente el alcalde, que ya se habia repuesto de su emoción; — pueden ser habladerías y chismes de esa criada, como dice el señor

cura, y no hay para qué dar á Bruno una desazon: ahora verémos, porque ya los oigo acercarse.

En efecto, se oían los pasos de Bruno y de su hijo que subían la escalera, y un instante despues entraron en la habitacion donde se hallaban Juan María y su mujer, cuyos corazones palpitaban aceleradamente al pensar en que se iba á decidir la suerte de su hija, de su adorada Celeste.

XV.

SENTENCIA DE MUERTE.

El hermoso semblante de Lorenzo presentaba una mezcla extraña y odiosa de cólera y de burla.

El contacto con la cortesana le habia maleado de tal modo, que todo instinto de justicia, de equidad y de buen parecer habia desaparecido de su alma.

— Buenos días — dijo con el aire que podría emplear un gran señor al dar audiencia al ayuda de cámara que hubiera despedido por haberle robado; — mi padre me ha dicho que VV. querian hablarme, y aquí estoy.

— Sí, hijo, queremos hablarte — dijo Joaquina, que era siempre la que tomaba la iniciativa, pero que se sentía trémula y turbada al ver la expresión del semblante del jóven; — queremos hablarte, y sobre todo yo.....

— Pues ya puede V. empezar lo que tenga que decirme — repuso Lorenzo con tono brusco é impaciente.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Avda. 1525 MONTEARRY, MEXICO

—Pues, hijo mio, lo primero que deseo—prosiguió la pobre madre, cuya voz temblaba— es que me perdones mis malos modos de anteanoche..... tengo un genio tan pronto, y tan.....

—Adelante: ¿qué más quiere V.? — volvió á interrumpir Lorenzo.

—Quiero ademá decirte..... que Celeste..... está muy mala á causa del desaire que le hiciste ayer.....

—Señora Joaquina — respondió Lorenzo — ayer, al entrar en la cárcel, pregunté á su marido de V. si pensaba que aún me podría yo casar con su hija, y no me respondió: ¿es esto cierto, señor alcalde?

—Sí, es verdad — respondió Juan María, que ya ardía en cólera; — me preguntaste eso, y yo no quise responder.

—Mal hecho — dijo Lorenzo; — cuando uno es preguntado, debe responder siempre: si entónces me hubiera V. contestado, no estarían VV. aquí ahora hablándome de una cosa que me enoja: para acabar pronto, les diré que no quiero casarme con Celeste.

—¡Lorenzo! — gritó con voz terrible Bruno; — qué es esto? ¿te has vuelto loco?

—Padre — respondió Lorenzo mirando á *el rico* con insolencia; — estoy muy cuerdo: no quiero casarme con Celeste.

—¿Así faltas á tu palabra?

—¡Qué quiere V.! Si habíamos de cumplir todas las palabras que se dan, ¡frescos estábamos!

—No nos enojemos, por la Virgen Santísima — dijo Joaquina, al ver que Bruno y Juan María se iban po-

niendo de color de púrpura — y hablemos en razon. Lorenzo, dinos siquiera los motivos que tienes para darnos semejante feo. ¿Qué dirán de nosotros? ¡Vamos, dinos, por Dios, ¡qué motivo hay para que desprecies así á mi hija! ¿Tienes algo que decir de ella? ¿Ha hecho alguna cosa que te haya desagradado? ¡Habla, hombre, que hablando se entiende la gente!

—No me ha hecho nada Celeste — respondió Lorenzo; — es demasiado tonta para eso.

—¡Tonta, si te da á tí quince y falta! — gritó Joaquina, herida en su orgullo maternal.

—Luego, dominándose con un esfuerzo heroico para no enojar á Lorenzo, añadió:

—¡Si nos echa á todos la pierna encima! ¡Si tiene una labia y un saber! ¡Si dice el señor cura que tiene más talento que todo el pueblo junto! ¡Si podía gobernar un reino con haber estudiado un poco!

—Cállate ya, mujer — dijo Juan María — y deja que ahora hable yo.

—¡No, no, déjame á mí! — dijo la desgraciada madre, que temblaba ante la cólera de los hombres; — yo lo arreglaré; Lorenzo me dirá.....

—He dicho que voy á hablar yo — repitió el alcalde con voz terrible.

Joaquina no volvió á decir una palabra, y sólo se oyó salir de sus labios un profundo suspiro.

Luego levantó los ojos al cielo y pareció que rezaba.

Juan María fijó en Lorenzo una mirada firme, y éste tomó al instante su aire militar, ó de perdonavidas, que aumentó la cólera del alcalde.

— Dí, y pronto, si no tienes otros motivos para despreciar á mi hija que el hallarla tonta — dijo con voz terrible.

— Aún tengo otro — respondió Lorenzo, con aire de desaffo, metiendo las dos manos en los bolsillos de su pantalon y columpiándose en la silla.

— Dilo al momento — repuso el alcalde.

— Allá va: no quiero casarme con la hija de un hombre que me ha metido en la cárcel.

— ¿No hay más motivos?

— No hay más.

— Y yo te digo que mientes — gritó Juan María con una cólera que tenía algo de majestuosa; — sí, mientes; ¡no te casas con mi hija porque galanteas á otra mujer!

El alcalde se había levantado, al decir estas palabras, y había lanzado aquella acusacion, que él creia formidable, con los brazos cruzados sobre el pecho.

Lorenzo no se levantó, ni dejó de mecerse, contentándose con reir con insolencia de la actitud solemne del padre de Celeste.

— ¡Á otra mujer! — repitió Bruno. — ¿Y qué mujer es ésa, Lorenzo?

— ¿Qué mujer? — exclamó Juan María; — ésa que nos ha recomendado el señor Marqués; esa señora que vino á caballo; ésa que, segun ha contado su camarera, ó criada, ó lo que sea, engañada tambien por tu hijo, es una perdida á quien mantiene hoy uno y mañana otro.

Bruno quedó estupefacto: luégo que volvió un poco de su sorpresa dijo al alcalde:

— ¡Juan María, tú estás loco! ¿no es verdad, hijo, que está loco?

— No por cierto — respondió Lorenzo; — dice la verdad.

— ¿Como no lo niegas? ¿Has podido pensar en esa locura? ¿No oyes lo que dice Juan María? ¡que es una mujer sin honor!

— Tambien es cierto — respondió el jóven con una especie de orgullo feroz.

— ¿Y qué piensas hacer siguiendo en esas relaciones? — preguntó Bruno, que apenas podia creer á sus oídos.

— ¿Qué haré? — respondió Lorenzo; — eso desearia yo saber, y no puedo atinarlo: haré lo que ella quiera, porque no tengo más voluntad que la suya.

— ¿Pero dónde has conocido á esa mujer?

— La he conocido aquí.

— ¡Aquí! ¡pues si apenas hace cinco dias que llegó!

— Cuatro, padre — respondió Lorenzo, que sentia una especie de gozo feroz en hacer alarde de su amor por Enriqueta delante del alcalde, para que el dolor del pobre padre le vengase del insulto que habia recibido.

— ¿Y cuatro dias bastan para olvidar á una mujer y querer á otra, y más cuando la que se olvida es honrada y la otra no lo es?

— No sé si otro cualquiera encontraria ese tiempo corto — repuso Lorenzo; — para mí sé decir que ha sobrado, porque al dia siguiente de verla la queria como hoy.

Bruno miró á su hijo con la misma estupefaccion que si de pronto le hubiera hallado demente sin saber nada

de su mal. Juan María, por el contrario, sentía que á cada instante fermentaba mayor cantidad de cólera en su pecho, y no pudo contenerse sin decir á su amigo con una especie de amargo enojo:

—¿No comprendes lo que puede resultar de todo esto, Bruno, ó es que de repente te has vuelto tonto?

Bruno le miró sin contestar; el dolor, la sorpresa, le tenían como un sonámbulo.

Su amigo le sacudió del brazo, y repitió más alto:

—¿No entiendes esto?

—¡No!—respondió Bruno, desmintiendo sus palabras con el temblor de su voz.

—Pues mira—continuó el alcalde—voy á explicártelo: esa mujer, como yo te he dicho, y tu hijo no niega, es una pérdida; hasta ahora, como en nuestro lugar ni en todos los de alrededor, las mujeres sólo están mantenidas por sus padres y sus maridos, no sabía yo que hubiera mujeres que se dejan mantener por cualquiera..... pero, supuesto que las hay, y que esa buena pieza es una de ellas, mira lo que va á pasar: á tí te llamamos por acá *el rico*; ella lo debe saber desde el día que llegó, y querrá gastar tu dinero, que tu hijo te robará con ese fin.....

—¡Juan María!—gritó Bruno, que salió de su estupor al oír la palabra *robo*, más terrible que la de *asesinato* para los oídos de los pacíficos aldeanos.

—Digo—repitió Juan María con una calma terrible—que tu hijo te robará, te dejará pobre, y se gastará con esa mujer lo que tú has juntado con tantos sudores; y esa mujer, despues que le haya dejado en la

calle, le despedirá como á un criado. Ea, vamos, mujer, nada tenemos ya que hacer aquí.

Salió el alcalde, y su mujer le siguió con paso lento y aire lúgubre, volviendo á su casa sin que ni uno ni otro pronunciasen ni una sola palabra.

—¿Qué hay?—preguntó el señor cura al verles entrar.

Juan María meció la cabeza con amargura, y Joaquina rompió á llorar.

—¿No hay, pues, esperanza en Lorenzo?

—Ninguna, señor cura.

—Me lo temia, porque esas mujeres desecan el alma más buena y más generosa; pero era preciso probar todos los medios: no importa, ya habeis cumplido con vuestro deber para salvar á vuestra hija; ahora, poned toda vuestra confianza en Dios, que consuela siempre á los afligidos!

XVI.

EL ANGEL CAMINA Á SU PATRIA.

Han pasado algunos dias.

Celeste, sentada al lado de su madre, tejia una media de lana sin pié, de las llamadas calcillas, para Juan María.

Madre é hija se hallaban sentadas en el patio pequeño

y fresco y no sentían nada el calor de aquella mañana de Agosto, que era por cierto bastante fuerte.

El piso del patio era de tierra, húmeda y fresca á la sazón, por haberlo regado Joaquina desde muy temprano.

Á la izquierda, y entre las junturas de las piedras que formaban la pared, brotaba una gran zarza verde y jugosa, que daba abundante cosecha de negro fruto, pero que esquilaba Marianillo con una afición y una actividad prodigiosas. Jamás se dejaban ver juntas una docena de moras del todo negras; pero los pequeños dientes de Mariano podían decir las que trituraban cada mañana, ántes de levantarse nadie, acompañadas de un pedazo de pan sabroso y amarillo, amasado por la diestra mano de su madre.

En otro rincón había una grande y frondosa mata de reseda, visitada muy á menudo por las lagartijas, que, en busca del fresco, no dejaban de correr por la pared, bajando y subiendo con eternas carreras.

Además de los dos arbustos, nacían hierbecillas á lo largo de la pared: un día quiso Mariano arrancarlas; pero apenas había empezado á poner por obra su pensamiento, sintió por detrás un vigoroso puntapié.

Tan conocida tenía aquella corrección, que no tuvo que volverse para ádivinar de dónde venía.

—¡Mandria!—gritó Perico—¿no tienes otro que hacer?

—¡Esto estorba aquí!—murmuró el muchacho confuso.

—¿Que te estorba á tí, eh? Pues si es así, te aguantas, porque no me da la gana de que las arranques; ¿no

ves que acompañan á madre y á Celeste cuando están aquí? Y además, ¿te alegraría á tí que te cogiesen de los cabellos, y te sacasen del pueblo, y te echasen á un estercolero? Pues el *pueblo* de esas pobres plantas, que á nadie hacen daño, es este patio, y no hay para qué las mates.

—¿Quién te ha enseñado á discurrir así, Pedro?—preguntó detrás de los dos muchachos la voz grave y dulce del señor cura.

—¡Toma, á mí, *naide*!—respondió Perico volviéndose confuso;—sólo que á mí me *paice* que, cuando las hierbas crecen, hay *drento* de ellas algo que las hace vivir y medrar, ¿verdad?

—¡Sin duda hay en ellas una savia, como en nosotros hay sangre y vida natural!

—*Pus habiendo vida*, han de sentir dolor cuando las pisan y han de morir si las arrancan; ¿y por qué se las ha de hacer mal cuando ellas alegran la vista, y con *naide* se meten?

—Pedro—dijo el señor cura mirando atónito al muchacho—me admiro mucho de que, teniendo buen corazón, te complazcas en sacudir de continuo á tu hermano; te interesan las flores y no te duele pegarle á él.

—¡Toma!—repuso Perico;—es que él es un ladino, que si puede me *arrea* una pedrada, y se come lo mejor cuando merendamos juntos; y las hierbas no hacen nada de eso; y si no, ¿ve V. cómo no casco á mi hermana? Pues es porque no es terca, y en vez de quitarme las tajadas y dejarme los *guesos*, me da lo mejor. Pero este mosca muerta ha de ver V. si da que rascar. Dios me

libre de agua mansa, y me dé la que corre y hace ruido.

El resultado de aquella escena fué que Mariano no se atrevió á arrancar las hierbas altas que tenía su hermano muy contadas, pero que destruían las que empezaban á nacer, con un cuidado minucioso y maligno.

No asomaba una verde hojita sobre el oscuro pavimento del patio, que no fuese destruída por Mariano.

Al lado de aquellas hierbas trabajaban Celeste y su madre en la tarde de que voy hablando.

La jóven parecía sosegada y tranquila: sus ojos grandes y rasgados, de un azul tan puro como la flor de la hierba doncella, ora se inclinaban sobre su labor, ora miraban en torno suyo, sin que por eso dejase de mover sus delgados dedos con suma agilidad.

Vestia su traje de costumbre: basquiña y jubon de indiana, pañuelo blanco al cuello, y el cabello recogido en una larga aguja de cristal.

Sin embargo, á pesar de la tranquilidad de sus facciones encantadoras, su gracioso y casi infantil semblante habia adelgazado de un modo harto visible, y á través de la plácida resignacion que respiraban sus facciones, un observador inteligente hubiera visto en ellas la huella de un dolor mortal.

Aquella tierna y generosa naturaleza habia recibido un golpe terrible en la tarde que Lorenzo, al salir de la cárcel, en vez de correr á ella, habia pasado al otro lado de la calle sin mirarla siquiera.

Luégo le habia áun esperado en vano: desde que pudo levantarse habia pasado largas horas sentada al lado de

su ventana, siempre mirando al cortijo habitado por Lorenzo y su padre.

Una tarde recibió un golpe más rudo: vió bajar á Lorenzo y á la forastera por una senda que llevaba á un olivar que terminaba en una arboleda.

La señora se apoyaba en el brazo de Lorenzo con una actitud que, á pesar de su inocencia, fué un rayo de luz para Celeste; y como si esto no fuera bastante, vió de repente que Lorenzo inclinó la cabeza y estampó un tierno beso en la blanca mano que la forastera apoyaba lánguidamente en su brazo.

Desde aquel día Celeste dejó de esperar en su ventana; y aunque jamas sus padres le refirieron la escena de su visita al cortijo para sondear las intenciones de Lorenzo y su triste desengaño, la desgraciada niña comprendió demasiado lo que sucedia, y que ya no podia contar con ninguna ventura sobre la tierra.

Un dia que Perico se hallaba á solas con ella, la dijo de repente:

—Mira, Celeste, tú quizás estarás echando sobre padre una culpa que no tiene.

—;Yo! —exclamó Celeste sorprendida.

—Si; tal vez piensas que Lorenzo, enojado porque le metió en la cárcel, no ha vuelto por acá; pues no hay tal; desde el dia que llegó esa *lechuguina* de la ciudad, se prendó de ella.

—¿Desde el mismo dia? —preguntó Celeste, en cuyo pobre y herido corazón se habia deslizado la sospecha de que quizá Lorenzo se habia buscado aquellos amores para distraerse de la ofensa que le habia hecho el alcalde.

—Sí—repuso Perico—desde el mismo día; así lo dijo él á padre y á madre cuando fueron á preguntarle qué es lo que pensaba hacer.

—¿Qué! ¿han ido á hablarle?

—¡Yo lo creo! se *abajaron* hasta suplicarle, madre sobre todo.

—¡Ah! ¡pobres padres míos!—exclamó Celeste, dejando caer entre las manos su rostro lleno de lágrimas.

—Y nada bastó; se alabó de no tener más voluntad que la de esa mujer, y por lo que dijo han *caído* padres, y yo también, aunque soy tan bestia, que lo que pasó aquella tarde que yo le castigué, era buscado por él *patronar* contigo; pero ¿qué es eso? ¿no respondes? ¿estás mala?

—Pedro—respondió la jóven alzando penosamente la cabeza—mucho he llorado, mucho he cavilado en qué cosa podría haber ofendido á Lorenzo; mucho le he querido y le quiero aún: hoy conozco lo poco que valia, y no creo que hayan de valer mucho más que él los demás hombres; pero no importa, yo no quiero ya á la tierra, porque nada espero de ella; miraré desde hoy al cielo, de donde lo esperaré todo.

En efecto, Celeste desde aquel día pareció tranquila y resignada; volvió á sonreír, á coser, á peinarse, á cuidar de la casa, de la limpieza, del gallinero, del corral y de sus macetas: advertíase en su bello rostro un profundo sosiego; sólo que todas las tardes iba á la iglesia y rezaba con fervor durante una hora.

Su madre, admirada dolorosamente al ver los surcos

azulados que rodeaban los ojos de Celeste, le preguntó si dormía bien.

—Sí por cierto, madre—respondió ella.

Joaquina calló; pero á la noche siguiente, y á una hora avanzada, dejó su cama callandito y fué á asomarse por la cerradura del cuarto de su hija.

Celeste no dormía; la ventana abierta dejaba pasar los puros rayos de la luna y á su luz vió la madre á su hija medio desnuda y apoyada en la ventana: por la direccion de su cabeza, Joaquina, que era muy perspicaz, comprendió que miraba al cortijo de Bruno.

Allí permaneció largo rato.

Luégo se separó de la ventana y se dejó caer de rodillas ante una imágen del Crucificado, sollozando, y diciendo con voz trístísima y apagada:

—¡No me abandones, Dios mío! dame paciencia y valor.

Luego se acostó, y todo quedó en silencio; pero Joaquina ya no pudo cerrar los ojos en toda la noche, y al día siguiente dijo á Celeste:

—Hija mía, desde esta noche voy á dormir en tu cuarto.

—¿Por qué, madre?—preguntó la jóven admirada.

—Tengo gusto en ello; así cuidaré de tí, porque creo que no te arropas bien.

La jóven no respondió.

Desde aquel día se vió privada de aquellas dulces y amargas horas de meditacion y de recuerdos, que la mataban, es cierto, pero que eran las que mejor pasaba en su vida helada y sin objeto.

La presencia de su madre en el virginal dormitorio de la niña no atrajo el sueño sobre sus ojos: pasábase la noche en un perpétuo y doloroso insomnio, y ya que no podía durante la noche, se levantaba así que el alba derramaba su blanca luz, y se dirigía á la ventana del dormitorio de su padre, que se iba al campo desde muy temprano, para mirar al cortijo que encerraba todo lo que más amaba en el mundo.

Dos veces más vió durante las horas de aquella dolorosa observación á Lorenzo; pero siempre iba con Enriqueta, entretenido en dulce y amorosa conversacion, y ni uno ni otra se acordaron de alzar los ojos para mirar á las ventanas de Celeste.

Ésta se retiró con los ojos llenos de lágrimas, pero delante de sus padres mostraba en su semblante una serenidad plácida y profunda.

Esta expresion era la que resaltaba en la fisonomía de la jóven la mañana en que volvemos á hallarla de nuevo en el fresco patio, perfumado con el aroma de la gran mata de reseda, y con algunas de albahaca, colocadas en limpias y humildes macetas de barro encarnado.

—Hija mia—dijo cariñosamente Joaquina—¿por qué no descansas ya? Deja la labor, que ya es hora.

—No me canso, madre—respondió Celeste suavemente;—y ademas, quiero acabar pronto estas medias á padre, para que tenga ese recuerdo mio.

—¿Un recuerdo tuyo!—repitió Joaquina;—¿pues no te tiene á tí? ¿Cualquiera, al oírte, pensaria que ibas á dejarnos! A Dios gracias, nunca sucederá eso, porque tú, hija mia, cerrarás nuestros ojos.

Una lágrima brotó de los párpados de Celeste, que no respondió nada; su madre prosiguió:

—Yo creo, hija mia, que ya estás buena casi del todo, ¿no es verdad? y tambien ménos triste que ántes.

—Es cierto, madre mia; ya estoy buena, y soy feliz.

—Para distraerte, quiero que vayamos dentro de tres dias á las fiestas de La Joyosa, y te compraré un vestido de percal azul, que siempre he deseado que tuvieras: se lo he dicho á tu padre, y me ha respondido: Pnes, mujer, ¿no eres tú el ama de todo el dinero, y no sabes que, siendo para los chicos, todo me parece poco? Cómprale á Celeste lo que quieras.»

—¿Qué bueno es mi padre!—exclamó la jóven con los ojos llenos de lágrimas.—¿Qué buenos sois todos para mí! En cambio, yo sólo pesadumbres os he dado, y aún me falta que daros la mayor.

—¿Qué dices?—preguntó Joaquina, porque su hija habia hablado tan bajo que apenas habia oído sus últimas palabras.

—Digo, madre mia, que iremos á la fiesta de La Joyosa, y comprarémos el vestido azul.

—Y le coserás al momento, ¿verdad?

—Sí, señora.

—Con ese traje y el pañuelo nuevo de muselina bordado, estarás hecha una imágen.

Joaquina, alegre ya y tranquila acerca del estado moral de su hija, se levantó para ir á dar una vuelta al fogon, y la jóven, no bien se hubo levantado, se enjugó furtivamente dos lágrimas, que, desprendidas de sus ojos, iban á caer sobre su labor.

—¡Ah, pobres padres míos!—exclamó;—vosotros merecíais que yo viviera para cuidaros en vuestros últimos años y pagaros tanto cariño, pero yo no puedo vivir sin él.

Ocultó su semblante entre las manos, y prorumpió en sollozos, que en vano trataba de contener.

—Celeste—dijo de pronto una voz juvenil con el acento de la tristeza y del asombro.

La jóven levantó la cabeza y vió en la puerta á su hermano Pedro.

Una sonrisa quiso dibujarse en los pálidos labios de la jóven al mirar á su hermano; pero éste meció tristemente la cabeza, y le dijo:

—Mira, hermana, no te canses en fingir conmigo, porque ya no me engañarás.

—Tienes razon—repuso la jóven, cuyas facciones volvieron á tomar su expresion desolada y triste;—¿para qué he de fingir contigo? Vén á sentarte aquí, á mi lado, que tenemos que hablar.

Pedro dejó en el suelo la azada que llevaba al hombro, y se sentó en el suelo al lado de su hermana.

XVII.

LÁGRIMAS.

Celeste dejó su labor sobre las rodillas y tomó entre sus manecitas, blancas y abrasadas por la fiebre, la mano ennegrecida y callosa de su hermano.

Luégo le miró durante algunos instantes con dulce y tiernísima expresion, y le habló de esta suerte:

—Pedro, tú eres ya un hombre y puedo abrirte confiadamente mi corazon, ¿no es verdad?

—Sí—respondió el muchacho;—dime lo que quieras, y de mi pecho no saldrá.

—Pues bien, Pedro; quiero que seas, ademas de mi hermano, mi amigo, y decirte lo que á nadie en el mundo puedo decir; que me voy á morir muy pronto.

Celeste pronunció estas palabras con una sencillez tan perfecta y tanta conviccion, que Pedro se estremeció; porque ya sabemos que, á pesar de su fortaleza aparente, estaba dotado del más sensible corazon.

—Ya ves—continuó la jóven—que esto no lo puedo decir á nuestros padres, porque se affigirían demasiado; bastantes sentimientos les he dado en este mundo, y bien sabe Dios que sólo por ellos quisiera vivir..... pero no puedo.

—¡Quién sabe!—exclamó Pedro;—ya estás mejor, hermana mia, y tal vez estarás muy pronto buena y alegre.

—Buena y alegre estoy ahora, Pedro—repuso la jóven—ó á lo ménos mi cuerpo se halla bueno; estoy alegre, porque voy al cielo; lo que está enfermo y herido de muerte es mi corazon.

—¡Cómo! ¿áun piensas en Lorenzo!—exclamó Pedro, soltando con un impetuoso é involuntario movimiento la mano que Celeste tenia entre las suyas.

—Sí—respondió la jóven;—pienso en él siempre, sin cesar; yo quisiera remediarlo..... pero no puedo.

—¡Ah, pobres padres míos!—exclamó;—vosotros merecíaís que yo viviera para cuidaros en vuestros últimos años y pagaros tanto cariño, pero yo no puedo vivir sin él.

Ocultó su semblante entre las manos, y prorumpió en sollozos, que en vano trataba de contener.

—Celeste—dijo de pronto una voz juvenil con el acento de la tristeza y del asombro.

La jóven levantó la cabeza y vió en la puerta á su hermano Pedro.

Una sonrisa quiso dibujarse en los pálidos labios de la jóven al mirar á su hermano; pero éste meció tristemente la cabeza, y le dijo:

—Mira, hermana, no te canses en fingir conmigo, porque ya no me engañarás.

—Tienes razon—repuso la jóven, cuyas facciones volvieron á tomar su expresion desolada y triste;—¿para qué he de fingir contigo? Vén á sentarte aquí, á mi lado, que tenemos que hablar.

Pedro dejó en el suelo la azada que llevaba al hombro, y se sentó en el suelo al lado de su hermana.

XVII.

LÁGRIMAS.

Celeste dejó su labor sobre las rodillas y tomó entre sus manecitas, blancas y abrasadas por la fiebre, la mano ennegrecida y callosa de su hermano.

Luégo le miró durante algunos instantes con dulce y tiernísima expresion, y le habló de esta suerte:

—Pedro, tú eres ya un hombre y puedo abrirte confiadamente mi corazon, ¿no es verdad?

—Sí—respondió el muchacho;—dime lo que quieras, y de mi pecho no saldrá.

—Pues bien, Pedro; quiero que seas, ademas de mi hermano, mi amigo, y decirte lo que á nadie en el mundo puedo decir; que me voy á morir muy pronto.

Celeste pronunció estas palabras con una sencillez tan perfecta y tanta conviccion, que Pedro se estremeció; porque ya sabemos que, á pesar de su fortaleza aparente, estaba dotado del más sensible corazon.

—Ya ves—continuó la jóven—que esto no lo puedo decir á nuestros padres, porque se affigirían demasiado; bastantes sentimientos les he dado en este mundo, y bien sabe Dios que sólo por ellos quisiera vivir..... pero no puedo.

—¡Quién sabe!—exclamó Pedro;—ya estás mejor, hermana mia, y tal vez estarás muy pronto buena y alegre.

—Buena y alegre estoy ahora, Pedro—repuso la jóven—ó á lo ménos mi cuerpo se halla bueno; estoy alegre, porque voy al cielo; lo que está enfermo y herido de muerte es mi corazon.

—¡Cómo! ¿áun piensas en Lorenzo!—exclamó Pedro, soltando con un impetuoso é involuntario movimiento la mano que Celeste tenia entre las suyas.

—Sí—respondió la jóven;—pienso en él siempre, sin cesar; yo quisiera remediarlo..... pero no puedo.

Celeste pronunció este *no puedo* con la misma expresión con que ántes habia dicho *no puedo vivir*.

—Pero—dijo Pedro—¿no hay otros muchos mozos en el pueblo y en otros pueblos, que te querrian más que él? Yo conozco dos que no te han pretendido aún, porque sabian que íbas á casarte con Lorenzo; pero que así que sepan que ya se acabó eso, te pedirán á padre y podrás elegir.

—Dios ha elegido por mí—hermano mio—y me llama junto á Él: no soy yo de las mujeres que pueden querer dos veces; he querido una, he sido despreciada, y no puedo volver á querer; no sabes tú aún lo que he pasado, y te lo voy á decir..... Mira, yo era muy infeliz cuando pensaba que Lorenzo me guardaba rencor por la corrección de padre; pero esperaba que volviese..... Después..... le vi un día paseando con la forastera, á la que miraba como jamas me ha mirado á mí, y la besó la mano..... Casi al mismo tiempo supe que padre y madre habian ido á rogarle, y que él dijo delante de ellos que queria aquella mujer..... Ya comprenderás que entónces perdí toda esperanza... Aun me quedaba la de olvidarle, y pedí muy de véras á la Virgen que me alcanzase de su divino Hijo aquel favor... pero no me convendria, porque no me lo concedió.

Detúvose aquí Celeste; su voz estaba embargada por las lágrimas; conocíase que su corazón se destrozaba al hablar así, y que lloraba invisible pero amargamente.

Pedro la miraba como asustado: aquel muchacho valeroso hasta la osadía, insolente hasta la brutalidad, contemplaba con una especie de pasmo doloroso la pali-

dez de Celeste, su agitacion y el temblor de sus labios, que apénas podian articular las dolorosas frases que subian desde su corazón.

—¡Calla, calla!—dijo al fin el pobre rústico;—calla, que estás padeciendo mucho y me quebrantas el alma.

—¡Ay, Pedro! ¿á quién más que á tí puedo abrir la mia?—exclamó Celeste, que al fin prorumpió en llanto:—déjame contarte lo que he pasado; ¡ha sido tanto, que de seguro iré al cielo, si Dios me lo toma en cuenta!

—Prosigue—murmuró Pedro con una especie de sombria calma y de paciencia feroz.

—Desde que dejé de esperar la vuelta de Lorenzo—prosiguió la jóven—y aún más, desde que dejé de verle por acá, le empecé á ver con los ojos del pensamiento: si me dormia un instante, allí estaba Lorenzo..... la sombra de un árbol me parecia él..... el ruido de las hojas me parecia el de sus pasos..... el rumor del viento me parecia su voz..... siempre, siempre estaba delante de mis ojos..... Pedro, dime, ¿por qué pondrá Dios esos amores en el corazón, que se aferran á él como esa zarza á las piedras de la pared? Sólo ¡ay! que las piedras no se desgarran, ¡y el corazón sí! En fin, ¡yo no le olvidaba un momento! Luego perdi el sueño..... ¡Si vieras, Pedro, cuántas noches hace que no duermo!

—Desde hoy—dijo el muchacho enjugando sus ojos con el dorso de su callosa mano—bájate al huerto y hablaremos los dos: yo te divertiré y tú te desahogarás como ahora contándome tus pesares..... ¡Si te pones peor, te llevaré en los brazos á la orilla de aquel arroyo que corre al pié de la avenida de los sauces, y que tanto te

gustaba: allí he plantado una manta de azucenas, que te esperan para alegrarte los ojos: ¡si vieras qué bien huelen! Todo al rededor trasciende, y parece que el aire está lleno de sus perfumes; yo, aunque soy más pequeño que tú en años, tengo fuerza como seis veces, y no tienes que temer que me canse aunque está algo léjos.... Vamos, Celeste, no te mueras.... ¿qué será de todos si nos dejas? Iré á ver á Lorenzo.... ¡le besaré la mano para que me perdone y volverá!....

Pedro, que había empezado á hablar con voz serena, acabó sollozando de tal modo que tuvo que callar.

Celeste meció tristemente la cabeza, respondiendo al último pensamiento de su hermano.

Éste comprendió aquella respuesta muda; tragó el gran caudal de gemidos que había en su garganta y que le impedía respirar, y prosiguió con voz que temblaba:

—¿Por qué no puede volver? Puede que, como yo he sido siempre tan bruto con él, no quiera casarse contigo por no llamarme hermano.... ¡pero yo le diré que seré más suave que la seda, y lo cumpliré, y por mí no habrá ya mas disgustos!

—No pienses en eso, mi querido y generoso Pedro—repuso Celeste besando á su hermano en la frente;—Lorenzo no volverá.... no me quiere ni me ha querido jamas.... Como yo era la hija del alcalde y, segun ha dicho muchas veces, la muchacha más bonita del pueblo, me quiso por vanidad.... Vino luégo otra, que era una señora, y la vanidad le obligó á quererla.... ¡Los que vamos á morir vemos todo conforme es y no nos engañamos nunca, créeme!

—¿De modo—dijo Pedro pensativo—que no habrá medio ninguno de que Lorenzo vuelva aquí y se case contigo?

—No—respondió Celeste dolorosamente.

—¿Ni áun diciéndole que te mueres?

—Tampoco; y si entónces volviera, sería por lástima; ya ves que yo no puedo querer que vuelva así.

—Yo tampoco quiero que se case contigo por lástima, ni padre lo consentiría nunca; pero ten por seguro, hermana, que la hora de tu muerte será la del fin de su vida.

Al oír estas palabras, al ver la sombría resolución que se advertía en las facciones de su hermano, Celeste se levantó pálida y temblorosa.

Sus facciones, descompuestas por el espanto y destituidas por completo de la engañosa tranquilidad que disimulaba los estragos de su mal, retrataron entónces la proximidad de un fin seguro.

—¡Dios mio—exclamó la jóven elevando al cielo sus manos—¿no he padecido aún bastante, que quereis que deje detras de mí delitos y lágrimas? ¡Pedro! ¿no quieres darme lo único que está en tu mano, una muerte tranquila? ¿Quieres añadir á la pesadumbre que mi pérdida causará á nuestros padres otra mayor y que les quitará la vida, la de verte convertido en asesino? ¡Pedro, por Dios y su santa Madre, por lo mucho que he padecido, déjame morir tranquila y bendiciéndote!

—¿Y se ha de quedar ese tunante sin castigo?

—¡Dios se lo dará!—repuso la jóven con voz profética;—¡sí, no dudes que Dios castigará el haber destroza-

do mi corazón! Lo verás volver á esta aldea pobre, abatido, viejo ántes de tiempo, y acordándose de mí con amargura; entónces, Pedro, en vez de reconvenirle, tiéndele en nombre mio una mano generosa..... y dile: «Pensaba matarte; pero Celeste me dijo ántes de morir que te favoreciese en lo que pudiera, y quiero obedecerla; esto lo hago en nombre suyo; ella vela por tí desde el cielo.» Esa es la mayor venganza que puedes tomar de él.

Conforme la niña habia ido hablando, las rudas facciones de Pedro habian ido perdiendo la feroz expresion de rencor y de encono que las animaba, sustituyéndola otra de tristeza pensativa.

—Bien — dijo — siéntate, Celeste, y está tranquila; haré lo que tú me mandes; no quiero que lleves contigo ninguna pena causada por mí.

—¡Oh, sí! ¡y sería muy grande esa pena, muy grande! — dijo Celeste dejándose caer de nuevo en su asiento; — mi pobre alma no descansaría tampoco en el otro mundo, y despues de haber pasado el purgatorio en vida, hallaría otro despues de mi muerte, porque sería la causa de tu delito. ¡Déjame, pues, que descanse en paz allá arriba, ya que tan desdichada he sido acá abajo! ¡Dime que perdonas á Lorenzo!

—Le perdono.

—Bien, gracias, hermano; ahora aún he de pedirte otra cosa.

—Pide lo que quieras.

—Mira..... mi muerte dejará tristes á nuestros padres, porque ya sabes lo que me quieren; yo les consolaba en

sus desazones y ayudaba á madre en cuanto podia..... en mí tenían confianza, y gustaban de mi compañía..... Pedro, cuando yo falte..... mira..... ¡siento decirte esto, y no quisiera ofenderte!

—Habla sin temor.....

—Pues bien..... procura suavizar tu condicion, ya que tu corazón es tan excelente; ámalos, consuélalos y obedécelos en cuanto te manden, pues ya sólo les quedais Mariano y tú; el pobre pequeño de poco puede valerles, y tú serás el sosten de la casa y el apoyo de su vejez, si eres más dulce en tus modales; amándoles como tú les amas, ¿qué cuesta dárselo á entender?

—Procuraré obedecerte en todo, aunque soy rudo y bestia — respondió Pedro. — ¡Ay, Celeste! ¡si tú vivieras con nosotros fácil te sería lograrlo, porque me ayudarias con tus consejos! ¿Por qué te empeñas en irte?

—Dios se me lleva, hermano, y Dios ayudará tu buena voluntad..... además, te ruego que no maltrates al pobre Mariano..... es mucho más chico que tú y el pobrecillo está amedrentado con tu genio fuerte.

—¡No sabes tú lo socarron que es ése! — exclamó Pedro; — ninguno de casa le conoce como yo; ¡es un hipócrita con más picardías que un perro viejo! ¡Ya, ya *dará que rascar!*

—Es un niño, y tú ya eres un hombre, Pedro, acuérdate de esto; y de que el fuerte debe siempre proteger al débil.

—Bien está, hermana, haré cuanto me digas — repuso Pedro; — descuida en mí.

La jóven subió hasta sus delicados labios la callosa

mano del chico que habia vuelto á tomar entre las suyas, y dejó en ella dos lágrimas de gratitud.

Pedro rompió á llorar de nuevo, y estrechó á Celeste contra su robusto pecho, sollozando tristemente; luego, deseando hacerse superior á aquella pena que le anonadaba y que producía en su hermana una emoción tan peligrosa, se arrancó de allí, y salió á la calle, perdiéndose pronto entre la sombra de unos grandes árboles.

Ya era tiempo: Joaquina volvía de la cocina, en la que á la vez que habia estado aderezando la comida, habia estado calculando cuántas varas de percal azul necesitaba Celeste para su traje.

¡Pobre madre! ¡La inocente niña por quien tanto se afanaba sólo necesitaba ya un blanco sudario.

XVIII.

CIENO Y DOLOR.

¿Quién era Enriqueta? ¿Una mujer mala?

Era una desgraciada criatura de las que hay infinitas en la extensión de la tierra.

Algunos las culpan, jamás las he acusado yo.

Pobres almas, desecadas por la mano impía de la fatalidad y del vicio antes de que su corazón haya empezado á latir, bastante infelices son en no haber hallado el camino del bien en la tortuosa senda donde las arrojó su destino.

Es cierto que ellas no se emplean nunca en esas pobres y mecánicas labores á que se sujetan las mujeres honradas.

Es cierto que no las cercan los míseros y fatigosos cuidados de la vida; que no cosen, que no toman cuentas á sus criadas, que no reparten una módica suma del mejor modo posible para que atienda á los gastos de cada mes: es verdad que las rodean el fausto y la opulencia; pero ¿acaso puede consolarles esta vida sin objeto, fría, por decirlo así, de haber perdido la estimación del mundo y su propia estimación? ¿No es más dichosa la pobre madre de familia, la esposa casta y honrada, cosiendo con afán y limpiando su casa, que ellas, obligadas á ocuparse constantemente en cazar caudales, á fingir sonrisas, cuando están devoradas por el hastío, y á prodigar caricias al hombre que desprecian?

No tienen ni los desvelos de la esposa, ni las esperanzas de la madre: no leen, no escriben, no meditan, no rezan: ¿para qué? ¿para qué cultivar su inteligencia? ¡Dichosas podían llamarse si su alma y su entendimiento desapareciesen, fundiéndose en los instintos materiales, que son sus únicos medios de subsistencia! ¿Para qué han de mirar al cielo si viven en el abismo? ¿Para qué han de buscar el sol si sólo hallan pan en la oscuridad? Y para colmo de desgracia, la educación de esas pobres criaturas suele ser siempre esmerada, y su parte intelectual brillante y desarrollada: mucho más desventuradas que las meretrices que convidan por las calles con sus postizos atractivos, necesitan ser positivamente bellas, positivamente amables y bien educadas, y cada noche

ven desde su palco, con profunda amargura, á la honrada esposa, que cuenta más años que ella, y que ostenta en su persona la primera flor de la hermosura conservada por una vida tranquila y serena, en tanto que su hermosura empezó á marchitarse cuando empezó á florecer, y se marcó con la triste expresion del disgusto y del hastío.

El vicio desnudo y desvergonzado que se ostenta es ménos digno de lástima que ese vicio cubierto de seda y flores que exige tambien su decoro, que necesita revestirse de los atractivos de la decencia. ¿Hay algo más horrible que la degradacion del cuerpo unida á la ilustracion del entendimiento? ¿Saber música, pintar, gustar de buenos libros, poseer, en fin, todas las aficiones, cuyo cultivo elevan el alma al cielo, y arrastrarse en las sinuosidades del abismo?

No os admireis nunca de la honradez de una mujer, cuando está dotada de buena luz natural: de un lado las privaciones y hasta la miseria, y de otro el fausto, los carruajes y los diamantes, prefiere, y tiene razon, elevar la frente rodeada del modesto tul de su mantilla, á humillarla cargada de diamantes, y las penalidades de su posicion, á la *nada* espantosa que deja en el alma la precision de robar caudales ajenos.

Estas reflexiones ocupaban á Enriqueta al dia siguiente de la tarde en que Celeste tuvo con su hermano su larga y dolorosa conversacion.

Eran las once de la mañana y acababa de levantarse.

El anfitrión de aquella casa, su amante, en fin, habia salido á cazar con sus amigos, y la jóven se hallaba

sola, como de costumbre, y reclinada en un sofá relleno de almohadenes.

Aquel dia era su palidez más intensa que de ordinario: hacia dos años que padecia un mal desconocido que la sumergia en una languidez invencible, y que no podia sacudir de su cuerpo ni de su espíritu.

El amor del campesino la habia divertido el primer dia; despues la habia aburrido, como la aburría todo: no obstante, como la aburría más el banquero, que era ademas bastante avaro, y que la tenía como un objeto de lujo, se dijo que nunca podia hallar más favorable ocasion para salir de su dominio.

Lorenzo era rico: conduciendo á Lorenzo al extremo de fugarse con ella, llevándose el caudal de su padre, cuya mayor parte estaba en dinero, huía de su actual dueño y se ponía á cubierto de la necesidad para siempre.

De esta suerte, perdía á Lorenzo, es verdad; pero ¿qué era Lorenzo para ella? Un instrumento que podía romper cuando ya no le hiciese falta.

Medio echada sobre los almohadones, con los ojos entornados y cargados aún con el peso del insomnio, pudiera asegurarse que Enriqueta no pensaba en nada; tampoco era lo que le ocupaba el proyecto de la fuga.

Abrióse suavemente la puerta, y apareció en el hueco que dejaba entre sus dos hojas la pálida cabeza de Lorenzo.

Nadie más que su padre ó Celeste pudieran haberle reconocido: tal era el estrago que se advertía en su semblante, producido por la continua ansiedad en que le tenía el carácter de aquella mujer.

—¿Qué hay?— preguntó ella.

—Vengo á decirte— respondió él— que ya está todo preparado. He avisado al carruaje, y dentro de hora y media estará aquí: ¿tienes algo más que llevar á la ciudad?

—No— respondió ella— gracias, querido Lorenzo: voy á vestirme, y así que llegue el cochero marcharé.

—Toma— dijo Lorenzo echando sobre la falda de la jóven algunos paquetes de billetes de Banco; luégo sacó de debajo de su ropa un taleguito pequeño, pero que parecía muy pesado, y añadió:— Encárgate tú de todo eso.

Enriqueta tomó el talego, y lo colocó con los billetes en el sofá ocultándolo todo con los almohadones del mismo. Luégo mirando á Lorenzo con una expresion de desprecio que no pudo disimular del todo, preguntó:

—¿No hay más?

—Sí— respondió Lorenzo con salvaje orgullo— hay algo más que llevaré conmigo.

—¿Á cuánto ascenderá?

—Son otros tantos billetes como esos.

—Pues me parece, si no hay más, mal aplicado el sobrenombre de *el rico* que se da á tu padre.

—Es, sin embargo, la persona más rica de este país.

—Y..... ¿le dejas algo?

—¡Ni un real!

—Bueno; así le imposibilitas de seguirte: ¿y cuándo nos remirémos?

—Esta tarde á las cuatro: tú véte así que llegue el carruaje, y espérame en la fonda consabida; así que yo

llegue tomarémos los billetes para Madrid, y saldremos esta misma noche.

En aquel instante se oyó una voz gruesa y varonil, que decia como respondiendo á alguna objecion:

—¿Y á mí qué me importa que esté en su cuarto? ¡Quiero verla, y la veré!

—¡Mi padre!— exclamó Lorenzo.

—Entra ahí y sal por la puertecilla que da al olivar— dijo Enriqueta señalando al jóven una puerta situada á su izquierda; luégo añadió:— Suceda lo que quiera, hasta la tarde.

Lorenzo desapareció, y ya era tiempo, porque su padre se presentó en el umbral de la puerta de entrada cuando áun se agitaban los pliegues de la cortina que cubria la puertecilla que le habia dado paso.

Bruno se adelantó hácia Enriqueta con una especie de resolucion amenazadora: parecia haber envejecido mucho en el breve espacio de algunos dias: estaba flaco y sombrío.

—Señora— le dijo sin saludarla y con tono brusco é irritado— vengo á preguntar á V. qué es lo que piensa hacer con mi hijo.

—¿Yo?— respondió Enriqueta, que era naturalmente valerosa;— ¿qué he de hacer? ¡No sé que me sea útil para nada!

—Vamos claros— repuso Bruno.— Usted es una buena pieza y sabe más que él; vengo á decirle que le dé dimisorias ya que le ha vuelto el seso.

—Buen hombre— repuso la jóven— déjeme V. en paz: su hijo de V. me fastidia, me aburre, y se lo he

dado ya á entender más de una vez..... enciérrele usted y será mejor para los dos. ¿Qué tengo yo que ver con él, ó para qué le necesito?

Enriqueta, al decir estas palabras, hizo un movimiento desdeñoso, que descubrió una punta del taleguito lleno de oro, que acababa de entregarle Lorenzo.

Para desgracia suya, Bruno, como atraído por una fuerza magnética, fijó sus ojos en el saco; en el mismo instante, su mirada se dilató; sus facciones se vistieron del carmin de la cólera, y gritó con voz ronca y terrible:

— ¡Ladrona!

Enriqueta palideció hasta ponerse livida, porque comprendió al instante lo que pasaba: atónita, desatinada, quiso cubrir con los pliegues de su peinador aquel objeto fatal; pero la mano ruda de Bruno la arrancó bruscamente del sofá, descubriendo también los billetes de Banco.

— ¡Ladrona! ¡infame! — gritó de nuevo y con mayor furia: — ¿conque me robas mi hijo y mi dinero? ¿Conque querias dejarme solo, miserable, desesperado? ¡Ahora verás lo que se hace aquí con las perdidas como tú!

Y acercándose á la ventana, sin soltar á la infeliz joven, cuyo brazo tenía asido con su mano de hierro, gritó con estentórea voz:

— ¡Á mí!..... ¡favor!..... ¡llamad al alcalde!

— ¡Por Dios, buen hombre! — exclamó la pobre mujer, trémula de angustia y de pavor; — suélteme V. y yo le explicaré..... yo le diré todo lo que pasa..... recoja usted su dinero..... yo no lo quiero..... yo no lo necesito.....

— ¡Á mí! ¡favor! — volvió á gritar Bruno, que sentía temblar entre sus manos aquel frágil cuerpo, sin que un movimiento de piedad agitase su honrado corazón: tanto era su encono contra aquella mujer.

— ¿Qué pasa? — preguntó en la calle una voz.

— ¡Ah! ¿eres tú, Meliton? — preguntó Bruno; — anda, vé á llamar al alcalde y á la pareja de guardias civiles que acabo de ver en su casilla; ¡anda, pronto!

— Pero ¡Dios mio! ¿qué le he hecho yo á V.? — gritó Enriqueta retorciéndose con desesperacion; — ¿no tiene ahí su dinero? Ni un real falta..... ¡ni lo he visto!..... ¿qué más quiere?..... ¡es cosa infame maltratar así á una pobre mujer!..... ¡y estoy sola!..... Teresa me dejó y todos están de caza.

— ¡Y tú también lo estás á lo que parece — repuso *el rico* con sardónica sonrisa. — No te retuerzas, porque no te soltaré..... ¡Ah!..... ya está aquí el alcalde.

En efecto, Juan María apareció en la puerta de la estancia, seguido de la pareja de guardias civiles, desatada en Cabañas, y de algunos vecinos de la aldea.

— Esta mujer me ha robado — dijo Bruno arrojando á la desgraciada hácia los guardias: — allí sobre aquel sofá está el hurto, que ella tapaba con sus vestidos.

— Verdad es, — dijo una labradora; — me acuerdo que la mujer de Bruno hizo ese saco, poco ántes de morir, de un pedazo de seda fuerte que yo le di: ¿no os acordais de que yo he tenido una colcha de novia de esa tela?

— Sí, sí — dijeron otras dos mujeres; — ese saco es de Bruno, y ayer lo tenía lleno de dinero: como que tomó

de él para pagarme á mí unas simientes que mi marido me encargó que le llevase.

— Á la cárcel con ella — dijo Juan María á los guardias, señalando á la desdichada con una mirada llena de encono; — y así que la dejemos bajo llave, uno de ustedes irá á llevar el aviso al juzgado.

Enriqueta se cubrió el rostro con las manos y empezó á sollozar de un modo desgarrador.

— Vamos andando, señora — dijo uno de los guardias — y no se desespere así: si es inocente pronto saldrá en libertad.

La jóven bajó la escalera y salió al campo: su paso era desigual; ora se detenía, ora lo aceleraba, y todo el resto de pudor que existía en ella se rebelaba contra su ultraje.

El trayecto hasta la cárcel era muy corto: al llegar á la plazoleta, donde tenía sus citas con Lorenzo, la presa y sus guardias, seguidos del alcalde y de Bruno, se cruzaron con Pedro.

— ¿ Á dónde vas? — le preguntó su padre.

— Como está cerca hoy el trabajo voy á almorzar á casa, y de paso á ver cómo está Celeste.

— ¡ Hoy mucho peor! — repuso el alcalde; — ha vuelto la calentura.

— ¿ Y qué es eso, padre? — preguntó Pedro señalando á la jóven que marchaba entre los dos guardias.

— Que llevamos presa á esa buena prenda.

— ¡ Presa!

— ¡ Sí! ha robado á Bruno: mira por qué mujer ha despreciado Lorenzo á tu hermana.

El alcalde dijo estas palabras con profunda amargura: la presa en aquel instante se dejó caer de rodillas sollozando.

Las rudas facciones de Pedro expresaron de repente una compasión profunda, y su perspicaz instinto conoció de lo que se trataba.

Lorenzo había robado á su padre para comprar á aquella mujer, y ella, víctima del encono de Juan María y de Bruno, pagaba el hurto de Lorenzo. ¿ Cómo había *el rico* de acusar de ladrón á su hijo? ¡ Imposible! ¿ Cómo había de perder la ocasión de vengarse de la que le robaba su hijo y su caudal? ¡ Más imposible todavía!

Pedro, sumergido en estas reflexiones, llegó hasta la puerta de la cárcel. Juan María abrió, descolgó de los clavos donde estaban las llaves una de ellas, abrió una de las celdas del antiguo convento que servían de calabozos, y haciendo entrar en ella á la jóven, volvió á cerrar y se guardó la llave.

En seguida se volvió á su casa; Bruno entró en la suya, y la reunión se dispersó.

Celeste no se había levantado aquel día; una fiebre aguda la postraba: su hermano y su padre se acercaron al lecho de la pobre niña, á cuya cabecera floraba Joaquina, y la contemplaron con profundo dolor.

— Padre — dijo Pedro de repente y en voz baja al alcalde — ¿ qué va á comer esa tunanta?

— No había pensado en eso — repuso Juan María; — ya se le llevará alimento.

— ¿ Quiere V. que lo lleve yo agua y pan para que vaya pasando?

—Vé—respondió Juan María;—el Juzgado tardará aún tres horas en hallarse aquí; toma la llave, llévale un pan y un jarro de agua, y no le digas nada.

Y Juan María se volvió hacia su hija, de la cual parecía no poder separar los ojos.

Pedro echó sobre Celeste una última mirada, salió del aposento, y poco después de su casa; pero no llevaba en la mano ni agua ni pan para la prisionera, y caminaba con rápido paso hacia la cárcel.

Llegó á ella en breve: los guardias se habían retirado á su casilla, situada cerca de la habitación del alcalde. Pedro abrió, tomó la llave del calabozo y le abrió igualmente.

Sentada en una silla de madera, y con el semblante oculto entre las manos, se hallaba Enriqueta, que, al oír la puerta, volvió su pálido rostro, llena de terror.

—¡Salga V., y pronto!—le dijo Pedro bruscamente.

—¡Qué salga!—repitió Enriqueta asombrada.

—¡Vamos! ¿hablo en turco? Que tome V. al momento el portante..... yo le doy libertad y le libro de lo que merece en nombre de mi hermana..... ¡no me aguanté el corazón el ver sufrir á una mujer!.....

—¡Dios mío! ¿qué oigo!—exclamó la jóven;—¿puedo salir de aquí? ¿Quién eres, generoso muchacho?

—Soy el hijo del alcalde..... el hermano de Celeste, Pedro Carrasco..... que no se deja engañar como los demás..... Yo sé que el canalla ladrón es Lorenzo y no usted..... y la doy suelta. ¡Si sabe V. rezar, rece para que que no se nos muera mi hermana!.....

Pedro pasó la mano por sus ojos; luego, haciéndose

superior á su emoción, tomó á Enriqueta por un brazo y la sacó de la cárcel; entonces le dijo:

—Ahora corra V. y no deje que la vuelvan á atrapar.

En aquel instante se oyó el ruido de un coche. Pedro cerró la cárcel y se guardó la llave.

La prisionera corrió hacia el carruaje: abrieron la portezuela y se metió en él.

—¡Alto!—gritó de repente una voz.

Pedro se volvió: había conocido el acento de Lorenzo, que bajaba corriendo desde su casa á la cárcel; su padre acababa de enterarle, sin duda, de la prisión de Enriqueta: ésta sacó la cabeza por la portezuela y dijo á su amante con acento contenido:

—¡Calla y sube!

—¿Qué es esto?—preguntó Lorenzo, dentro ya del coche.

—¡Aquel chico me ha salvado!—respondió la cortesana, señalando al hijo del alcalde, quien inmóvil en medio del camino les miraba con una risa sardónica.

—¿Pedro?—preguntó absorto Lorenzo.

—¡Á escape!—gritó Enriqueta al oído del cochero por toda respuesta.

El carruaje arrancó, y bien pronto desapareció en una revuelta del camino.

—¡Id con Dios!—murmuró Pedro;—¡tal para cual! ¡Bien castigado estás, cobarde verdugo de mi hermana! Y tomó con paso firme el camino de su casa.

XIX.

BAJO LOS SAUCES.

Todo el dinero de *el rico* volvió á su poder.

Pero ¿de qué le servía ya? ¡Su hijo, aquel hijo criado con tanto amor y tantos desvelos, su ingrato hijo, le habia abandonado!

Nadie supo jamas cómo habia huido Enriqueta de la cárcel, ni de qué modo se le habia reunido Lorenzo: Pedro fué impenetrable.

Su padre, seguro de su lealtad y aún de su dureza, no llegó á sospechar ni por un instante que él fuese el libertador de aquella pobre mujer, pária del mundo, que huía con su última presa.

No se apercibió nadie de la fuga de Enriqueta hasta que llegó el Juzgado; pero entónces ya era demasiado tarde para alcanzarla.

Su delito era leve, por otra parte, pues habia dejado todo el dinero de Bruno en poder de la justicia; mejor dicho, no habia delito. Lorenzo era el robador de su padre.

Algunos labradores ocupados en sus faenas vieron pasar un coche por el camino, á todo escape; pero llevaba las cortinillas corridas, y le juzgaron ocupado por alguno de los moradores de la quinta, acostumbrados

como estaban á verlos ir á la ciudad cada dia en caruaje.

Una vez fuera del partido, no era fácil dar con la fugitiva, que era astuta, y tenía sus medidas muy bien tomadas.

Una sombra fúnebre se extendió por el alma y por el semblante de *el rico*: nadie le dijo que su hijo le habia abandonado por seguir á aquella mujer; pero no lo dudó ni por un instante, porque se lo avisaba su corazón.

Á no ser por los consuelos del señor cura, Bruno se hubiera vuelto loco de dolor en su triste soledad; pero la religion acudió en su ayuda y derramó un bálsamo benéfico sobre las heridas de su alma.

Era una hermosa tarde de Octubre cuando se hallaban reunidas en el cuarto de Celeste algunas personas.

La jóven, recostada en una silla-poltrona, que le habia enviado la madre del señor cura, tenía el semblante sereno y alegre, á pesar de la profunda alteracion que se notaba en sus facciones.

Sus mejillas estaban casi diáfanas; tanta era la delgadez de aquella preciosa carita, ántes tan redonda y sonrosada.

Parecian mucho mayores sus rasgados ojos azules, en los que brillaba una serenidad plácida y risueña: las largas y espesas trenzas de sus cabellos rubios se enroscaban en el asiento de la poltrona.

Celeste estaba vestida con el mismo gracioso *aseo* que siempre; pero la muerte extendia ya sus alas sobre aquella frente angelical.

Llevaba su traje de labradora, su pañuelo blanco y su gargantilla: sus pequeños piés salían por debajo de su falda y estaban cruzados con una gracia púdica y virginal.

En derredor de ella estaban sus padres, sus hermanos, el señor cura, su madre y Bruno, que la miraba con profunda pena.

Juan María, sentado al lado del sillón de su hija, tenía la cabeza doblada sobre el pecho; de cuando en cuando brotaba de sus ojos una lágrima, que se deslizaba lentamente por su mejilla.

El dolor de Joaquina era más expansivo: sentada en una de las humildes sillas de madera de piés cortos que le servían para hacer labor, tenía el semblante oculto con su delantal y sollozaba de un modo convulsivo.

Y sin embargo, el corazón más dolorido de cuantos se hallaban allí era el de Pedro.

Imposible sería á ninguna pluma describir la desgarradora pena estampada en aquella fisonomía dura y enérgica: no lloraba, pero una angustia terrible tenía su semblante más pálido y alterado que el de su moribunda hermana.

La huida de Lorenzo había sido el golpe cruel que había acelerado la muerte de Celeste, y él era el que había ocasionado aquella huida, abriendo la prisión de la aventurera.

— ¡Él, cuyo mayor anhelo era echar á aquel hombre de la aldea, para que su hermana le olvidase! ¡Él, que había querido alejarle de Celeste, para que jamás la pobre niña volviera á encontrarle!

Así reflexionaba Pedro, acusándose en su interior con honda amargura de haber apresurado el fin de su hermana.

Levantóse el señor cura y se acercó á Celeste, haciendo señas á Juan María para que le cediese su asiento al lado de la poltrona.

Entónces todos miraron con terror á la enferma: era evidente que su alma iba á volar al cielo cuando el sacerdote se acercaba para encaminarla.

Los sollozos se redoblaron.

— Hijos míos — dijo el vicario — no hay que afligirse así: los ángeles se regocijan y abren sus alas para recibir á esta hermana suya: no turbeis sus últimos instantes, porque desde que ayer recibí su confesion he procurado no separarla de Dios, que la llama.

Calmáronse los gemidos, y Celeste, con voz segura y dulce, dijo, dirigiéndose á sus padres:

— Voy á ser dichosa allá arriba, donde esperaré á ustedes y á él también. Madre mía — prosiguió — soy mucho más dichosa saliendo de este mundo que lo era en él..... aquí no gozaba de ningún reposo; ¡si supiera usted, madre mía, cuánto he sufrido!..... Le veía dormida, despierta, de todos modos y á todas horas..... ¡y el ver únicamente con los ojos del pensamiento es muy triste!.....

Celeste, fatigada, calló, y su respiración se hizo más penosa: su linda cabeza rubia se movió por el respaldo de su asiento con el desasosiego de la agonía, y luego volvió la vista hácia su hermano mayor.

— Ven..... acércate, Pedro — dijo.

El muchacho se acercó tambaleándose, como si estuviera ebrio.

— Acuérdate de lo que te dije aquella tarde que me despedí de ti, hermano mio— murmuró Celeste;— aquella tarde en que todos me creían buena..... en que mi madre—añadió con una triste sonrisa—quería llevarme á la feria de La Joyosa y comprarme allí un vestido azul..... hoy empieza la feria..... y yo voy á buscar mi vestido más lejos..... ¡voy por él al cielo!.....

Pedro se ahogaba, como sucede á todas las personas que, sintiendo mucho, no pueden llorar en las grandes crisis; y fué tal su angustia, que, sin saber á quién se dirigía, miró al señor cura y le dijo:

— ¡Agua..... un poco de agua!.....

El vicario sacó del bolsillo un frasquito de sales y lo aplicó á la nariz de Pedro, que respiró con un poco más de libertad; en seguida se volvió hácia su hermana, que prosiguió con voz que iba siendo cada vez más débil:

— ¡Pedro..... no des desazones á nuestros padres..... que ya no tienen más amparo que tú..... sé para con ellos obediente y dulce, ya que tienes tan buen corazón; y si Lorenzo volviera, perdónale..... y no procures vengar mi muerte: ahora desata mi gargantilla, es para tí; guárdala, y el día que te cases, dásela á tu mujer.

Pedro desató con mano trémula la sarta de cuentas de ámbar que ceñía el delicado cuello de Celeste, y la llevó á sus labios, guardándola despues en su pecho.

— Padre—dijo la jóven—y V., padre Bruno, acérquense acá, que les quiero pedir una cosa.

Los dos labradores se acercaron.

— Padres míos—prosiguió Celeste—pues á los dos miro como á tales: si algun día vuelve Lorenzo, perdónenle VV., y díganle que yo tambien le perdoné de todo corazón ántes de morir..... Ahora quisiera que me llevarán allá, bajo los sauces, donde mi hermano plantó una mata de azucenas.

Los dos hombres miraron perplejos al señor cura.

— Llémosla—dijo éste;— la tarde está hermosa, y ella, desgraciadamente, ya no puede empeorar.

Bruno y Juan María tomaron el sillón por los brazos, y bajaron la escalera con sumo cuidado.

Detras de ellos iban el señor cura, su madre, Joaquina, sus dos hijos y algunas vecinas del pueblo que se incorporaban al triste convoy.

— ¿Á dónde llevais á Celeste?—preguntaban algunos.

— Bajo los sauces—respondió Bruno.

Pedro respondió una vez, con voz sorda y oprimida:

— ¡Á morir!

Pronto llegaron al sitio que habia indicado Celeste.

Era una avenida formada por cuatro senderos y rodeada de sauces, esos árboles melancólicos, adorno de las tumbas, y cuya sombra sirve de asilo á los enamorados.

Un hilo de agua cristalina brotaba al pié del sauce más antiguo, y se derramaba, dando á aquel sitio una frescura deliciosa.

Junto á la fuente, la mata de azucenas plantada por Pedro para su hermana ostentaba su frondosidad y lozanía, y elevaba erguidas palmas cuajadas de nevadas

flores, cuyos cálices estaban llenos de esencia que se diseminaba por el ambiente: los pajaritos cantaban en la arboleda vecina, como si entonasen á Celeste el himno de eterna despedida.

El sillón fué colocado allí, y la moribunda cerró los ojos, advirtiéndose en su plácido rostro un destello de paz profunda y de sereno bienestar.

Á sus piés corría la fuente, y á su lado estaban las azucenas, cuyas blancas flores llegaban al alcance de su mano.

El señor cura se arrodilló al lado del sillón é inmediato á las azucenas, símbolo de la pureza y de la religión.

El otro lado del asiento fué ocupado por Juan María, su mujer y su hijo mayor. Marianillo lloraba entre las mujeres espectadoras de aquella dulce y suave agonía.

Caja la tarde: era la hora en que los labradores, concluidos los trabajos del día, regresan á sus hogares: se oía arrastrar el arado y las campanillas de los perezosos bueyes que volvían á sus establos.

Empero nadie cantaba como en otros días; todos sabían desde el día anterior que Celeste se moría.

Cada uno iba á dejar en su casa los útiles de labranza, y avisados unos por otros, se dirigían á la avenida de los sauces.

Pronto todo el pueblo estuvo allí reunido y arrodillado á los piés del asiento de Celeste.

La luna llena aparecía entre los álamos de la arboleda, y se enseñoreaba del cielo, luchando con las últimas luces del crepúsculo, y asemejándose á un gigantesco

fanal: en la arboleda cantaba un ruiseñor su dulce y nunca aprendida melodía.

Las ranas cantaban también en el arroyo, y entre la hierba menuda de los senderos iban apareciendo gusanitos de luz, que brillaban como pequeñas linternas.

En medio de aquel solemne silencio se oía el rezo del señor cura, que oraba á media voz en latín, con acento expresivo y grave, pero que algunas veces se hacía trémulo, no pudiendo dominar su profunda emoción.

¡ Cosa extraña! Cuando la voz del ministro del cielo se alteraba, todos los presentes prorumpían en sollozos; cuando aquél recobraba su firmeza se reprimían los gemidos, y las pobres aldeanas ocultaban los semblantes cada una en su delantal.

De repente se levantó una voz sorda y dolorida: era la de Juan María.

— ¡ Bien decía yo, Dios mio! — exclamó — que nos habías de quitar esta hija tan amada.

— Suya soy — respondió Celeste. — Él me envió á vosotros, y él me llama á sí. ¿ Por qué os quejais? ¡ Yo soy feliz! ¡ Morir aquí, rodeada de todos vosotros, aquí, donde vi á Lorenzo por la primera vez..... está hermosa tarde..... viendo la luna y oyendo..... el canto de los pájaros, es una cosa muy hermosa!.....

El vicario, que había suspendido sus rezos, tocó las sienes de Celeste y volvió á orar, con un acento tal, que todos vieron á la muerte cernerse sobre aquella rubia cabeza.

En efecto, Celeste medio se levantó del sillón con una

fuerza sobrenatural; apoyóse con una mano en uno de los brazos del asiento, y con la otra señaló al horizonte, rojo aún por el reflejo de los últimos rayos del sol.

Su semblante, iluminado por la luz de la luna, adquirió una expresión profética; pasó por sus ojos un rayo deslumbrante, y exclamó:

— ¡Allí.... allí viene.... pobre.... enfermo.... triste.... viene pensando en mí!.... ¡Ah, Lorenzo!.... perdóname.... no puedo.... no puedo esperarte ya más.... ¡Te he aguardado tanto tiempo!.... Cada noche que no dormía, y que pasaba apoyada en mi ventana, creía verte allí abajo, entre los árboles, y ahora me llama Dios, ¡y es demasiado tarde!

Desplomóse de nuevo sobre el sillón; apagóse la luz en sus pupilas, y articuló débilmente:

— ¡Aquí estoy, Señor.... Dios mío!....

Cayó hacia atrás su cabeza y lanzó un débil suspiro.

El vicario se levantó con solemnidad, y dijo:

— ¡Ya está en el cielo!

La aldea entera prorumpió en un sollozo unánime, y luego de todos los labios brotó una oración.

La muerte de aquella sencilla é inocente aldeana fué más gloriosa que la de muchos poderosos de la tierra.

En el cementerio de aquella pequeña aldea, que lleva por nombre Cabañas, se ve en una sencilla losa de mármol blanco el dulce nombre de *Celeste*.

¿Qué fué de Enriqueta?

Lo que de tantas otras desdichadas: barrióla como hoja seca el huracán de su destino, y ni siquiera tie-

ne, como Celeste, una humilde piedra que recuerde su nombre.

¿Qué de Lorenzo?

En otro de mis libros le volverán á ver mis lectores.

No hay culpa que no tenga su expiación, y la de Lorenzo debía ser terrible, y tener lugar ante la tumba de Celeste.

El sepulcro de la jóven fué cercado de flores: cada tarde, al anoecer, se arrodillaba allí un hombre de alta estatura, rezaba y lloraba.

Era Pedro.



EL ALMOHADON DE ROSAS.

PARTE PRIMERA.

I.

LA FAMILIA DE JUAN MARÍA.

Los que hayan leído una novela mía titulada *Celeste* conocen ya á Pedro Carrasco.

Para los que no conozcan ni la obra, ni á este personaje, voy á hacer de él un retrato, si bien con poca belleza de colorido, con mucha verdad.

Pedro Carrasco, en la época en que empieza esta historia, era un muchacho de veintiseis años, pero que aparentaba treinta bien cumplidos.

Era muy alto, bastante rollizo y muy tosco. Su cara, ruda y ceñuda casi siempre, hubiera sido regular si la hubiera animado la expresión de benevolencia que tan bien sienta en todas las edades, y que es el mayor encanto de la juventud.

Pero Pedro no había sido jamás benévolo, y cualquie-

ra hubiera podido asegurar que había nacido viejo y gruñón.

Su cara ancha y basta estaba tan tostada por el sol, que parecía un indio, porque Pedro, desde que pudo hacer algo, se había dedicado al cultivo de la tierra.

Sus ojos, semicubiertos por unas espesas cejas color de castaña, eran grandes y de un color indefinible, que participaba del negro y del azul.

Tenia la nariz larga y gruesa, la boca grande, la frente elevada y ancha, á pesar del desórden de su cabello, que de castaño claro que le tenía cuando niño, se le había vuelto de un negro apagado y sin brillo.

Su barba, que llevaba siempre afeitada, mostraba por su color azulado que era cerrada y fuerte.

El traje de Pedro era limpio y decente, pero él lo llevaba del mismo modo que lleva un perro su piel. Su blanca camisa de hilo dejaba descubierta un pecho hercúleo, negro por el sol y cubierto de vello; para que las mangas no le molestasen, se las recogía hasta cerca del codo, y dejaba ver unos brazos robustos y compañeros del pecho.

Llevaba los calzones de pana sueltos junto á la rodilla para que no le molestasen, y casi nunca se ponía la chaqueta, porque en el verano le daba calor y en el invierno no sentía el frío.

Pedro vivía en compañía de sus padres, buenos ancianos, de carácter dulce, y de un hermano suyo, cuatro años más joven, y que se llamaba Mariano.

Este muchacho, que en la novela á que me refiero apareció niño, y no hizo más que pasar vagamente por

entre los personajes importantes de aquella triste historia, tenía á la sazón veintidos años.

Difícil es reunir, como él lo había reunido, un aspecto más dulce y carácter más ladino: más sensibilidad aparente y ménos corazon; más bondad exterior y unas inclinaciones más perversas.

Era de una maldad solapada, fría y lenta, por decirlo así.

Pedro era muy bueno y parecía malo, gracias á su rudeza.

Mariano era malo y parecía un ángel, un modelo de ternura y de cariño.

Cuando eran muchachos, Pedro llamaba á su hermano *mosca muerta*, que equivalía á llamarle hipócrita.

Mariano no llamaba nunca con ningún dictado á su hermano; pero en su interior no le apeaba el de animal, oso, y otros semejantes.

Si el interior de los dos hermanos difería, no difería ménos su exterior.

Mariano era esbelto, de ojos azules llenos de dulzura, de facciones finas y agraciadas: vestía con mucho más lujo que su hermano, y envidaba de su persona con esmero.

Pedro amaba á su hermano aunque le reprendía duramente todas sus *gaterías*, según él las llamaba: Mariano aborrecía á Pedro, porque á todos ménos á él engañaba con sus zalamerías.

La envidia hacía presa en él como en todas las naturalezas mezquinas.

No procuraba ser bueno, y todo lo bueno que había en su hermano le irritaba como una usurpacion.

La fuerza de Pedro le humillaba: su austeridad y la fama que gozaba en el pequeño pueblo de Cabañas, donde vivían, de honrado, de laborioso, de buen hijo, de excelente labrador, le enojaban como un insulto.

Pedro nada de esto conocía, ó si lo notaba, se hacía el desentendido: su padre, que había sido alcalde durante muchos años, ya no trabajaba; aquél cuidaba de la hacienda y hacía ir á su hermano con él, al rayar la aurora, obligándole á trabajar aunque no tuviese gana, según su costumbre.

Pedro trabajaba como un león: cada vez que su hercúleo brazo clavaba la azada en la tierra, valía por cuatro de las que la clavaba su hermano.

Éste era haragan, y se paraba á cada instante; entonces Pedro se contentaba con levantar la cabeza, miraba á Mariano y le decía severamente:

— Trabaja.

— Me canso — respondía Mariano.

— Cuando te mueras descansarás con todo el cuerpo.

Mariano volvía á trabajar, no porque quisiera obedecer á su hermano, sino porque temía á éste por un efecto de ruin cobardía.

La verdad era que mientras habían sido muchachos los dos, Pedro había aplicado sendos puntillones á Mariano, y que, aún en la actualidad, le enviaba alguno cuando le replicaba.

Mariano nunca había devuelto un golpe á su hermano.

No se atrevía á hacerlo, pero en cambio le odiaba.

Los padres adoraban á sus dos hijos.

Llamábase él Juan María; ella Joaquina.

Ninguno de los dos tenían mucha edad, pero ya parecían decrepitos.

El pesar había blanqueado sus cabellos, arrugado sus mejillas y encorvado sus cuerpos; porque trece años antes habían perdido á su única hija, Celeste, niña buena y hermosa como los ángeles, asesinada por el abandono de su novio.

No obstante, cuando veían á sus hijos aún brillaba en los ojos del anciano matrimonio una centella de orgullo y de placer.

He dicho que á los dos amaban igualmente, y en efecto, era imposible decir á cuál preferían de los dos.

La casa estaba bastante rica, y tenían una erizada; pero ninguna mañana dejaba de levantarse Joaquina á preparar la alforja de sus dos hijos.

Cada día, ó la mayor parte de ellos, tenía lugar la conversacion siguiente:

— Hijo mio, Pedro — decía Joaquina — te voy á echar un pedazo de magra.

— Ni por pienso — respondía Pedro rudamente; — la magra es para mi padre.

— Ya queda más.

— No importa, me basta con la tortilla.

— Pero, hijo....

— Si me echa V. más, volveré á casa.

— Tampoco quiero yo magra — decía Mariano; — écheme usted un pedazo de longaniza, madre.

— Tú, hijo — respondía Joaquina, — pareces tonto y no lo eres: ya no queda más que una vuelta de lon-

ganiza, y la guardo para la viejecita madre del señor cura.

— ¿No somos ántes los de casa?

— No, hijo, no — respondia Juan María; — *bocado comido no gana amigo.*

— Éste — decia Pedro — *no tiene más parientes que sus dientes.*

— Y tú — respondia Mariano por lo bajo — tienes siempre muchas ganas de hablar.

Si á pesar de decir esto, ó cosa semejante, con acento contenido, llegaba á los oídos de Pedro, regalaba éste á su hermano un mojicon de padre y muy señor mio; pero que se lo diese ó no, la ternura paternal y materna mediaba de nuevo entre los dos hermanos.

— Vamos, te daré longaniza — decia la buena Joaquina.

— ¿Longaniza? ¡ni pensarlo! — respondia Pedro. — ¡No faltaba más sino que este mandria se saliese con la suya! ¿Dónde está la que queda?

— Ahí — respondia Joaquina, casi atemorizada por el enojo de su hijo.

— Toma, Marta; llévala á casa del señor cura.

Y Pedro daba á la criada la longaniza, que miraba su hermano con lastimosos ojos.

Marta, la sirvienta de la casa, era una muchacha de diecisiete años, tan linda, que no tenía semejante en el pueblo: largos y sedosos cabellos castaños se recogían en espesas trenzas detras de su cabeza.

Tenía los ojos muy grandes y del negro más intenso y afelpado; las mejillas, redondas como dos manzanas; la

boca, coralina; las cejas y las pestañas, pobladas y sedosas.

Era hija de la viuda de un jornalero, ya muy anciana, y que habiendo quedado reducida á la mayor pobreza y sabiendo que en casa de Juan María se buscaba una criadita que descansase á Joaquina, les rogó que admitiesen á su hija.

Celebróse el convenio, y Marta quedó admitida en la casa, á la edad de quince años, y siendo tan bonita como una flor de Mayo.

La ladina viuda tuvo presente que habia dos hijos mozos y que Marta, ademas de ser linda, era lista y *viva como la pimienta y lagotera* cuando queria serlo.

En efecto, es imposible imaginarse toda la gracia picante é incitativa reunida en aquella chiquilla, que poco ántes jugaba desgrefñada y sin zapatos en la plaza de la iglesia; su padre, hombre tan cándido y honrado como sagaz y taimada era su mujer, habia estado durante muchos años ganando su jornal en casa de Juan María, por cuya razon su viuda tenía conocida la bondad del corazón del antiguo alcalde y de su esposa, la digna y grave señora Joaquina.

Sin embargo, Marta empezó, á los pocos dias de estar en la casa, á quejarse de los continuos regaños de Pedro, cuyo genio, el rato que pasaba en ella, no se podia sufrir; por el contrario, alababa la mansedumbre de Mariano, que la miraba y echaba flores, y el paternal cariño con que la trataban Juan María y su mujer.

Pero el que hubiera observado á Pedro con cuidado

hubiera notado en él una trasformacion extraña desde pocos dias despues de haber entrado Marta en la casa de sus padres.

Él, tan duro y tan hurafío para todos, hablaba á aquéllos con una dulzura infinita; él, que en toda su vida habia concedido una mirada á la campiña, ni á la bóveda celeste, se pasaba despues largas horas de la velada mirando las estrellas, y las primeras de la mañana contemplando el plantío de los sauces y de los tilos, que se extendia como la arboleda fantástica de Armida, alumbrada por los dorados rayos del sol naciente; y durante su contemplacion no era extraño ver desprenderse de sus ojos una lágrima y deslizarse por su tostada mejilla, perdiéndose entre los pliegues de su camisa de lino.

Él, á quien ántes importaba poco oír misa ó no, no faltaba ya ningun domingo ni dia festivo á la mayor, y por la tardcecita entraba en la iglesia á saludar á la Virgen, que se parecia á Marta, con su florida y risueña belleza, y era como ella morena, y como ella tenia los ojos negros y la cabellera rizada y abundante.

Pedro amaba: la gracia atrevida y picante de aquella niña pobre y huérfana, á la que habia empezado por compadecer, á la que habia dado tantas veces un pedazo de pan cuando jógaba á la puerta de su casa descalcita y hambrienta, aquella gracia provocativa habia labrado la ruda indiferencia de Pedro.

Y sin embargo, era tan extraño, y por decirlo así, tan incómodo para él el sentimiento que se deslizaba en su corazon, que se enojaba contra aquella chiquilla apénas

formada, que al dar una vuelta dejaba ver una pierna hecha á torno, que llevaba sus largas trenzas sueltas á la espalda, y cuyo corsé marcaba coquetamente la redondez de su seno, mal cubierto por un pañuelo de muselina.

¡Oh perpétua desgracia de las almas buenas! No era digna aquella muchacha casquivana, ligera y presumida, del grave y generoso amor de Pedro; pero es bien cierto que por eso la queria, y que los instintos de Marta, malos sin saber él que lo fueran, eran los que sobre todo le obligaban á amarla.

Si su hermana, si aquella Celeste cuya pérdida habia puesto blancos los cabellos de sus padres, hubiera vivido, su hermano le hubiera confiado su amor y ella le hubiera dicho con su voz tan dulce, que parecia el canto de un ángel:

— Olvida á Marta: no te amaré ella jamas: no es digna de tí.

Y entónces Pedro hubiera procurado obedecerla; pero ¡ay! Celeste habia ya volado al cielo, llevándose consigo la alegría y la dicha de toda su familia.

Si ella hubiera vivido, haria descansar tanto á su madre, que jamas ésta hubiera necesitado de más ayuda que de la de su hija dentro de su casa.

Pedro no sabia darse cuenta del mal que sentia; de aquel mal que hubiera adivinado la dulce mirada de Celeste.

Abandonóse, pues, aquel hombre austero, casi pro-
vecto en la primavera de su vida, á toda la violencia de sus sensaciones, y su amor creció con tanta rapidez,

que él, aún sin saber que era amor, se asombraba de cómo llenaba toda su alma aquel sentimiento tan nuevo y tan grande.

Marta no reparaba en el efecto que producía, aunque, respecto de ese asunto, era demasiado lista; no sólo conocía cuando agradaba, sino que muchas veces se figuraba agrandar, cuando ni aún pensaban en ella; pero ¿cómo había de conocer que agradaba á Pedro, cuando la reñía sin cesar, cuando ella casi le tenía miedo?

Más esperanzas abrigaba respecto á Mariano, que le decía algunas cosas dulces, y la miraba de un modo que la hacía ruborizar.

Y luego, ¿cómo había ella de mirar á Pedro, tan tosco, tan hurano y de tan mal carácter?

Los ancianos esposos y sus dos hijos llamaban tú por tú á Marta, como que la habían visto nacer; y ella llamaba también de tú á los muchachos, porque si con Pedro no había jugado, había jugado con Mariano, y recibido muchas veces de la mano del otro frutas, y aún algún pedazo de queso que mitigase su hambre de niña casi pordiosera.

II.

UNA NOTICIA GRAVE.

Eran las siete de una noche de invierno, fría, pero serena y estrellada, cuando la familia Carrasco se hallaba reunida, para cenar, en la cocina de su casa.

Además de la familia, había otras personas, pues algunos vecinos se reunían allí para pasar la velada después de haber cenado cada uno en su respectiva casa.

Sentada la señora Joaquina en una silla pequeña de anea y madera blanca, junto al hogar, hilaba un copo de blanco lino sujeto á su rueca, que llevaba atada á la cintura con la cinta de su delantal.

Era una mujer que inspiraba á un tiempo cariño y respeto.

Siempre había sido muy delgada; pero á la muerte de su hija le acometió una enfermedad que, después de hacerla padecer mucho, dió por resultado el arrebatarle aún una parte de las pocas carnes que siempre había tenido.

Vestía con gran limpieza y con traje de labradora, si no nuevo, en buen uso y perfectamente cortado.

Sus cabellos blancos hacían un contraste muy marcado con su cutis muy moreno y con sus negros ojos; su cabeza, pequeña, vivaz, inteligente, se movía gallardamente sobre su cuello un poco largo, rodeado de una gargantilla de corales, de la que pendía una medallita de plata.

Al otro lado del fogón estaba sentado Juan María, fumando gravemente, en compañía de otros tres ó cuatro labradores ancianos, su tabaco negro.

Era un hombre alto, feo y serio; pero en sus facciones irregulares había escrita tanta bondad, y prometían tanta calma y prudencia, que ejercía al instante sobre el que le miraba la influencia de la más grande y justa simpatía.

Su traje era limpio y casi nuevo, porque ya no iba al campo; todos los trabajos agrícolas los dirigía Pedro con tanto tino como inteligencia; también tenía los cabellos blancos y sujetos por un pañuelo de seda de colores vivos.

Al lado de su madre estaba sentado Pedro, vestido con unos calzones viejos, una faja de seda, que su padre había desechado, y una camisa muy limpia.

Era más alto que Juan María, y como dos veces corpulento; su fisonomía, muy dura y muy ceñuda á primera vista, presentaba, examinándola con cuidado, todas las señales de una gran bondad.

Tenía la frente espaciosa, los labios gruesos, los ojos grandes y transparentes, la dentadura hermosa y blanca.

Hablaba con una labradora joven, que había ido con su marido á pasar la velada, y que era, con corta diferencia, de su edad.

Algo más léjos, Mariano, sentado en un banquillo de madera, departía amigablemente con dos ó tres jóvenes; el hijo segundo estaba vestido como un señor, porque así que volvía del campo, donde le hacía trabajar la ruda autoridad de su hermano, arrojaba sus vestidos hasta la mañana siguiente, y se ponía un traje limpio y lujoso.

El vestido de aquella noche era de pana azul con botonadura de plata cincelada; sus calcillas (1), blancas y

(1) Medias sin piés ó de estribera.

caladas por la ágil mano de su madre; su faja de seda, casi nueva.

Á este atavío daba más realce la delicada belleza de sus facciones y de toda su figura; era alto y esbelto, con gallardo talle, que ajustaba perfectamente su rica faja.

Sus ojos azules eran pequeños, pero dulces y alegres; su nariz, delicada; sus labios, rosados y finos, enseñaban al reirse una linda dentadura; se parecía, en una palabra, á su hermana Celeste, en el tipo, no en la expresión: la que animaba el semblante de aquella era el reflejo del candor y de la inocencia; la que se advertía en el semblante de Mariano era ruin, solapada y llena de falsedad.

Su dulzura empalagaba.

Su sonrisa era desagradable, porque ocultaba la maldad y algun propósito perverso ó tenebroso.

No obstante, las sencillas gentes de la aldea le admiraban como el joven más gallardo y mejor parecido del contorno.

Ademas de estas ventajas, Mariano poseía otras varias: tocaba la guitarra hasta *hacerla hablar*; cantaba muy bien y bailaba primorosamente; decia, ademas, á las muchachas flores y requiebros, con tanta gracia que parecía un andaluz. ®

Con todas estas ventajas, no hay que admirarse de que Mariano Carrasco fuese el coquito de todas las muchachas de Cabañas, que se disputaban sus miradas y su elección en el baile de los domingos en la plaza.

Por entónces todas envidiaban á Marta; porque sólo

á ella dirigia Mariano sus miradas, aunque es preciso decir que era la jóven más linda del lugar.

Todos hubierais convenido en ello si la hubierais visto en la noche de que vamos hablando ir y venir por la cocina, disponiendo la cena para la familia.

Era una muchacha que, como ya he dicho, sólo contaba diecisiete años, y que, gracias á su poca estatura, á su viveza y á su gracia juvenil, áun aparentaba uno ménos.

La señora Joaquina, que necesitaba amar á cuantos estuviesen á su lado, la habia tomado gran cariño, y le hacia cada año dos vestidos; con esto Marta parecia una pintura, segun le decia Mariano, y como era aseada y primorosa, nadie sabia lucir mejor que ella sus modestas galas.

Era Marta pequeña y delgada, pero de un modo tal, que la delgadez le servía para tener la cintura muy fina y las manos y piés muy bonitos; en la garganta, hombros, pecho y brazos, parecia hecha á torno.

Su falda corta dejaba ver un pié chiquito, calzado con media de hilo blanco y zapato fino de cordobán, de los llamados escarpines; bajo la falda se descubria un zagalejo color de grana, adornado con una cinta azul, alternando con dos terciopelos negros; un jubon de indiana y un pañuelo de merino encarnado, fino y flexible como la seda, y que decia muy bien con sus negros ojos y su tez morena y sonrosada.

Marta ponía la mesa; colocó en ella cinco cubiertos completos—pues ella se sentaba tambien con la familia—y luégo sacó del fogon una gran cazuela de pata-

tas con tocino que puso en medio de la mesa, y que difundió por la cocina un aromático olor.

Era tan grande la porcion que contenia, que al colocarla, Marta se quemó ligeramente la mano, y dejó escapar un ¡ay! que no pudo reprimir.

Al oirlo, Pedro se puso descolorido y corrió á ella. Mariano la oyó tambien, pero no dejó la conversacion que sostenia con sus amigos.

—¿Qué te ha sucedido?—preguntó Pedro á la jóven.

—Me quemé un poco..... Nada..... Ya se pasó—respondió ella.

—¡Qué aparatos y qué necedades!—refunfuó Pedro volviéndose á su asiento, ruborizado interiormente de su arrebató.

—¿Por qué las oyes?—preguntó Marta;—para nada necesitaba que hubieras venido.

—Vamos á la mesa—dijo Juan María arrojando la colilla de su cigarro;—la cena se enfria, mujer, siéntate.

—El que no haya cenado que se sienta tambien—dijo cordialmente Joaquina, ocupando su sitio.

—Gracias, señora Joaquina—respondieron todos;—ya lo hemos hecho.

Pedro se colocó al lado de su madre.

La otra cabecera la ocupó Juan María.

En el lado único que quedaba desocupado se sentaron Mariano y Marta.

Era la primera vez que sucedia aquello; la muchacha se habia sentado siempre al lado de Joaquina; pero aquella noche, no sabemos por qué especie de tácito convenio, los dos jóvenes se habian colocado así.

Pedro lo vió, y su semblante se cubrió con la púrpura de la ira; pero reconcentrado como siempre, guardó el más absoluto silencio.

—¿Ya sabréis la novedad que corre?—dijo uno de los labradores viejos que habia llegado de los últimos.

—¿Qué se casa la sacristana con el cojo?

—¿Que el botero ha comprado una viña?

—¿Que festeja *Relojes* á la chica del *Empapelado*?

—¡Ca! Nada de todo eso—respondió el labrador, mirando á los que habian hecho las anteriores preguntas y meciendo la cabeza;—¡es cosa más gorda!

—¿Más que eso?

—¡Mucho más!

—Pues yo no sé que haya en el pueblo otras novedades.

—Ni yo.

—Ni yo tampoco.

—Pues yo sí, y allá va una que os va á atontar. Lorenzo ha vuelto.

Un rayo que hubiera caído en medio de la asamblea no la hubiera aturdido más que estas sencillas palabras.

Joaquina dejó caer el bocado que llevaba á la boca.

Juan María palideció como un cadáver.

Pedro, que iba á beber vino, lo derramó todo en el mantel, porque su mano temblaba convulsivamente.

¿Quién era aquel Lorenzo, cuyo solo nombre producía aquel efecto en toda la familia?

La conversacion de los presentes nos lo dirá.

III.

ARDIDES DE MARTA.

Juan María fué el primero que adquirió fortaleza para hablar.

—¿Cuándo ha podido llegar.... *esa persona*?—dijo como si las palabras le abrasasen los labios.

—Ha llegado anoche, segun me ha dicho Juan, el que cuida de la casa desde la muerte del pobre Bruno.

—¿Y no teme ese mal hombre que se le caigan encima las paredes de la casa de su padre?—exclamó Joaquina con vehemencia.

—Parece que no.

—Pues casi debía esperarlo—dijo una labradora jóven.

—¡Pobre Bruno!—añadió otra;—¡su bribon de hijo le mató!

—¡Y cuánto padeció ántes de morir!

—Me ha dicho Juan—prosiguió el que habia dado la noticia de haber llegado aquel misterioso personaje—que Lorenzo viene desconocido; hecho un viejo, arrugado y calvo.

—¡Él, que era tan buen mozo y tan gallardo!—dijo una labradora.

—No tiene edad para eso—repuso otra de las más ancianas, y madre de la anterior;—apénas tendrá cuarenta y un años.

Pedro lo vió, y su semblante se cubrió con la púrpura de la ira; pero reconcentrado como siempre, guardó el más absoluto silencio.

—¿Ya sabréis la novedad que corre?—dijo uno de los labradores viejos que habia llegado de los últimos.

—¿Qué se casa la sacristana con el cojo?

—¿Que el botero ha comprado una viña?

—¿Que festeja *Relojes* á la chica del *Empapelado*?

—¡Ca! Nada de todo eso—respondió el labrador, mirando á los que habian hecho las anteriores preguntas y meciendo la cabeza;—¡es cosa más gorda!

—¿Más que eso?

—¡Mucho más!

—Pues yo no sé que haya en el pueblo otras novedades.

—Ni yo.

—Ni yo tampoco.

—Pues yo sí, y allá va una que os va á atontar. Lorenzo ha vuelto.

Un rayo que hubiera caído en medio de la asamblea no la hubiera aturdido más que estas sencillas palabras.

Joaquina dejó caer el bocado que llevaba á la boca.

Juan María palideció como un cadáver.

Pedro, que iba á beber vino, lo derramó todo en el mantel, porque su mano temblaba convulsivamente.

¿Quién era aquel Lorenzo, cuyo solo nombre producía aquel efecto en toda la familia?

La conversacion de los presentes nos lo dirá.

III.

ARDIDES DE MARTA.

Juan María fué el primero que adquirió fortaleza para hablar.

—¿Cuándo ha podido llegar.... *esa persona*?—dijo como si las palabras le abrasasen los labios.

—Ha llegado anoche, segun me ha dicho Juan, el que cuida de la casa desde la muerte del pobre Bruno.

—¿Y no teme ese mal hombre que se le caigan encima las paredes de la casa de su padre?—exclamó Joaquina con vehemencia.

—Parece que no.

—Pues casi debía esperarlo—dijo una labradora jóven.

—¡Pobre Bruno!—añadió otra;—¡su bribon de hijo le mató!

—¡Y cuánto padeció ántes de morir!

—Me ha dicho Juan—prosiguió el que habia dado la noticia de haber llegado aquel misterioso personaje—que Lorenzo viene desconocido; hecho un viejo, arrugado y calvo.

—¡Él, que era tan buen mozo y tan gallardo!—dijo una labradora.

—No tiene edad para eso—repuso otra de las más ancianas, y madre de la anterior;—apénas tendrá cuarenta y un años.

—Trae una niña de doce, hija suya.

—¡Hija suya! ¿Se casaría por fin con aquella mujer?

—No lo sé, ni creo que lo sabremos nunca; lo que habrá de positivo es que tendrían esa niña y que ella la abandonaría para no tener sujeciones.

—Es lo probable; esa clase de mujeres no tiene ningún apego á sus hijos.

—¿Y la chica es bonita?

—Como un sol: blanca como la leche, con un pelo negro que le arrastra, y unos ojos así de grandes, negros también.

Y el narrador apoyó la punta del índice de su mano derecha en la mitad del de la izquierda, para señalar el tamaño de los ojos de la hija de Lorenzo.

La cena prosiguió callada y triste despues de sabida esta noticia, y casi todos dejaron de comer.

—Siento mucho que haya venido ese hombre aquí— dijo Juan María;— aunque le perdoné, rogaba á Dios que no le trajese nunca delante de mis ojos.

—Y yo también— dijo Pedro con voz concentrada y sombría.

—No tiene que temer ningún mal de nosotros— prosiguió el antiguo alcalde, que leía en el corazón de su hijo mayor:— el ángel que nos dejó para irse al cielo nos hizo ofrecer que no le pediríamos cuenta de su vida: ¿te acuerdas, hijo?

—Me acuerdo, padre— respondió Pedro enjugándose una gruesa lágrima— y no tenga V. miedo de que yo falte á la palabra que le dí..... ¡aunque han pasado trece años, la tengo grabada en el alma!..... No me meteré con

Lorenzo, pero digo lo que V., mejor quisiera que no hubiera venido.

—¡Jesús! ¡cuánto llorar la muerte de tu dichosa hermana!— dijo Marta en voz baja á Mariano;— ¿cuándo acabarán de gimotear por ella?

—Chica, nunca— respondió Mariano;— aquí es el cuento de nunca acabar en tocándose ese asunto.

Pedro seguía con torvo ceño la conversacion en voz baja de su hermano y de Marta.

—¿Quién ha plantado aquel hermoso rosal en la avenida de los sauces y al lado de la fuentecita?— dijo una de las jóvenes para variar de conversacion.

—Yo no— dijo Mariano.

Pedro guardó silencio, pero se puso encarnado.

—Es milagroso— añadió otra labradora;— aunque es invierno, crece allí que da gusto su varita, y pronto echará yemas; y á la primavera estará lleno de rosas, que despedirán un olor á gloria.

—No he ido allí hace algún tiempo— dijo Joaquina— hace ya muchos años por mejor decir..... ¡allí cerró los ojos para siempre mi pobre hija!

—Yo he ido algunas veces á rezar por ella— añadió Juan María con voz alterada.

—Ya volvemos á los gimoteos— dijo Marta impaciente.

—¡Ya vuelves tú á ser desvergonzada!— gritó Pedro con voz de trueno:— lista, levanta la mesa, que ya hemos acabado todos.

La muchacha se mordió los labios; había creído que nadie la escuchaba.

— Marta se va haciendo una guapa chica — dijo uno de los labradores con aquella buena fe de las aldeas que sólo desea consolar al humillado.

— Le sobra una cosa — dijo Pedro.

— ¡Y qué es!

— Lengua y *fantasia*; pero madre tiene la culpa, que le da humos de princesa.

— Vamos, hijo, ¿cuándo te veremos contento? — dijo Juan María; — ¿ni qué mal hay en que tu madre dé gusto á la pobre Marta, que desea andar bien puesta?

— Ella le dará el pago.

Y Pedro, dichas estas palabras, se fué á sentar á su sitio de costumbre, al lado del fogon.

Levantada la mesa, y arreglada la cocina, Marta se sentó, tomó su rueca, y Mariano se colocó á su lado, como habia hecho ántes.

— Me alegro de que vengas aquí — le dijo ella; te voy á decir una cosa.

— Dila — replicó el jóven.

— Mañana salgo de esta casa para ir á servir á otra parte.

Mariano la miró con aire sorprendido, pero de ningun modo alarmado ó triste.

— ¿Por qué te quieres ir? — le preguntó riéndose con incredulidad.

— Porque no puedo sufrir el genio de tu hermano.

— No le hagas caso.

— Esto lo pude hacer mientras era una chiquilla; pero ahora tengo diecisiete años, y me avergüenza á cada instante delante de las gentes.

— Vamos, ¿no sabes que lo mismo hace conmigo? Es su genio: mi padre debia habérselo domado de pequeño y no lo ha hecho: ahora nadie le puede sufrir; pero haz como yo, que es lo mejor: no le hagas caso.

— Tú agnántale, si quieres, que para eso es tu hermano: pero yo no tengo necesidad de eso, y me voy.

— Cuando gruña como ahora, piensa en que yo te quiero — repuso Mariano con más ternura y algo sorprendido del pertinaz deseo de marcharse, que Marta manifestaba.

— ¡Ah! — suspiró ésta poniéndose colorada; — ¡si tú me quisieras como dicees!.....

— ¿Qué?

— ¡Otra cosa sería!

La bella cara de Mariano tomó una expresion muy pronunciada de desprecio, y respondió despues de una corta pausa:

— Oye, no me vengas á hablar de casamiento, como siempre que te digo que te quiero: ya no es la primera vez que te digo que á los veintidos años no puedo casarme, ni de hacerlo, lo haria contigo tampoco.

Lágrimas de rubor y de ira se agolparon á los ojos de la jóven al oír estas palabras: realmente, amaba á Mariano, y era el primer hombre á quien habia querido: deseaba con ánsia casarse con él, mucho ménos por su hacienda, que por el verdadero cariño que le profesaba; en una palabra, Marta estaba enamorada como se está en los primeros años de la juventud y la primera vez que se ama.

Mariano, enojado con la insistencia de la muchacha,

miró á otra parte, y no pudo ver el efecto que sus duras palabras habian causado en Marta; pero ésta se encargó de hacer que se volviera hácia ella.

—Entónces—observó—repito lo que ántes dije: mañana me voy.

—¿Es empeño?—preguntó el jóven:—en ese caso, véte con Dios.

—No; no es empeño—repuso ella sin poder contener las lágrimas, sólo que veo que aquí incomodo á todos.

—¿Y mi madre?—preguntó Mariano.

—Tu madre hallará pronto otra criada.

—Eres ingrata y ambiciosa, Marta, y eso ya lo sabía yo; aquí no estás mirada como criada, sino como hija de la casa: yo te quiero..... y eso es sin duda lo que te ha metido en la cabeza ese empeño de que nos casemos así, en seguida..... ¿no puedes esperar? Da tiempo al tiempo..... ¿quién sabe? ya te he dicho que soy muy jóven, y tú lo eres más.

—¡Tantas se casan de nuestro tiempo!

—No importa: yo sé que, haciéndolo ahora, daría un disgusto á mi padre; en fin, espera y luégo verémos.....

Parte de la tertulia se levantó para marcharse, con gran contento de Mariano, que ya habia agotado todas sus razones para convencer á Marta, y que sentía que persistiese en la idea de marcharse.

Le gustaba la muchacha, y al sentirse cerca de perderla, le parecía que le gustaba más que ántes.

Todos los concurrentes se despidieron, porque eran ya las diez, y poco despues el silencio y la tranquilidad reinaban en casa de Juan María.

Sin embargo, pasiones nobles y pasiones bastardas se agitaban en aquella cocina, donde habian quedado solos el padre, la madre, los dos hijos y Marta.

Pedro miraba á la jóven con profunda pena: si alguna vez le habia dirigido ella los ojos, habia sido con expresion rencorosa y enconada, porque no podia perdonarle sus continuas reprimendas.

Y sin embargo, ¡él la amaba tanto!

Mariano estaba inventando el medio de retener á Marta que se le escapaba: su fisonomía, solapada y nebulosa, expresaba la reflexion: tenia plegados sus delgados labios y fruncida la frente.

—Vaya, hijos, á dormir—dijo bondadosamente Juan María;—que os levantaiis con el alba para el trabajo y estaréis cansados.

—Y la pobre Marta se levanta á la misma hora, ó ántes, para hacerles el almuerzo—añadió Joaquina.

—Por eso se cansa—respondió súbitamente Mariano.

Marta se puso como las amapolas: su deseo de marcharse no era tan firme que no sintiese verle descubierto.

—Ya lo creo que se cansará—respondió sencilla y bondadosamente Joaquina;—para ayudarla me levantaré yo mañana bien temprano.

—Puede que ya no la halle V. en casa, madre—repuso el jóven malignamente.

—¡Que no la halle ya en casa—exclamó la madre admirada!

—Eso ha dicho.

—Pero ¿por qué?

— ¡Dice que se quiere marchar!

— ¿Se quiere marchar? — preguntó admirado también Juan María; — ¿por qué? ¿á dónde?

— ¿Por qué? Porque dice que no puede sufrir el genio de Pedro, que siempre la está riñendo. ¿Á dónde? Á servir á otra casa.

— ¡Eso no puede ser! — exclamó Joaquina afligida y acercándose á tomar la mano de Marta: — hija, ¿á dónde has de ir que no sufras algo? ¿No sabes lo que te queremos Juan María y yo? Y mi hijo, á pesar de su genio fuerte, tiene un corazón de oro.... ¿Qué culpa tiene él de no ser de condición tan suave como Mariano? Hija, *¡genio y figura, hasta la sepultura!*

Marta tenía la cabeza baja y estaba como avergonzada. En aquella alma fría y egoísta no penetraba ninguna de las tiernas palabras de la anciana: sólo la avergonzaba un poco, porque al fin sólo contaba diecisiete años, el que hubiera descubierto Mariano un proyecto que sólo le había comunicado para conocer sus intenciones respecto á ella.

— Hija mía — prosiguió Joaquina — todos tenemos que sufrir unos de otros: el que piense otra cosa vive engañado: nadie es justo, y debemos disimular con paciencia las faltas de los demás, para que nos disimulen las nuestras: yo te quiero como una madre; mi marido también: ¿para qué quieres ir á conocer caras nuevas? Hay un refrán que dice, *más vale malo conocido que bueno por conocer.*

— Puede que la chica esté enojada porque no queremos aquí á su madre — observó Juan María; — pero, hija,

cree que su compañía no te conviene: es murmuradora, entrometida, preguntona: todo lo quiere saber, y luego levanta chismes en la punta de un alfiler; además, es tan interesada, que no te puede dar buenos consejos: á tu pobre padre le hizo pasar el purgatorio en vida. ¿Es ella la que te ha dicho que te vayas de casa?

— No, señor — respondió Marta; — nada me ha dicho.

— Lo había sospechado así, y no sería extraño; pero, en fin, no hay por qué nos dejes. Pedro no volverá á meterse en lo que hagas, ni á regañarte; pero, si lo hace, mira antes de incomodarte si es con razón, y enmiendas la falta que te reprenda para otra vez. ¡Ea! Fuera rencillas: recemos el rosario, y á dormir en seguida para ganar el pan de cada día.

Joaquina sacó el rosario de su bolsillo, y empezó á rezar, contestando todos, ménos Mariano, que, según costumbre de cada noche, se dormía profundamente á la segunda: Ave-María.

IV.

LOS DOS HERMANOS.

Rayaba la aurora del día siguiente cuando los dos hermanos se dirigían al campo, acompañados de algunos jornaleros de su casa, para emprender las acostumbradas tareas.

La mañana estaba fría y serena: el cielo morado y sin nubes presagiaba un bello día y un brillante sol: casi todos los vecinos de Cabañas iban también en dirección á los campos, llevando delante sus caballerías de labor.

Detrás de los dos hermanos Carrasco iban también, conducidas por los peones, cuatro poderosas mulas de labranza.

Pedro, que tan silencioso había oído en la noche anterior el deseo de Marta de dejar la casa de sus padres y las cariñosas reflexiones que éstos le hicieran, iba callado y meditabundo; sin embargo, la palidez de sus facciones y los círculos violados que rodeaban sus ojos decían demasiado claro que no había dormido casi nada en la pasada noche.

Llegados al campo, los peones se pusieron á trabajar. Mariano se sentó y sacó su bolsa de cuero para fumar un cigarro.

Pero viendo que su hermano sacaba también la suya, volvió á guardarla y esperó.

Pedro estaba tan distraído que no reparó en esto: sacó la bolsa, puso tabaco en su mano, y dijo al otro: —¿Quieres fumar?

—Venga—dijo Mariano, que contaba con la generosidad de Pedro.

—Vamos á sentarnos un poco sobre la hierba, y fumaremos mientras te hablo—dijo Pedro gravemente á su hermano.

Éste le miró asombrado: el sentarse era cosa muy extraña en los hábitos laboriosos é infatigables de Pedro.

Pero como todo lo que fuese holgar le gustaba mucho, no le hizo observación alguna y se sentó.

Pedro se sentó también en un ribacito á su derecha.

—Mariano—dijo con voz insegura y chupando, para disimular su turbación, el cigarro que tenía en la boca —óyeme, y te ruego que, á lo ménos una vez en tu vida, seas franco al responderme.

—¿Pues cuándo he dejado yo de serlo?—respondió Mariano, que jamás había dicho una verdad.

—Has nacido con doblez—continuó Pedro—y no es tuya la culpa; yo he nacido bruto, y tampoco la culpa es mía. Dios sabrá por qué nos ha hecho así: yo no me meto á preguntárselo, ni me quejo de ello: como soy un bestia, de genio duro, y como me gusta llamar al pan pan y al vino vino, pocas personas se acomodan conmigo; pero las que se acomodan, las que me entienden, las que saben que aquí no hay más que caridad y amor para todos—y Pedro se golpeó el pecho con su grande y gruesa mano—esos me quieren siempre y dicen como madre: *Genio y figura, hasta la sepultura*: es un cordeiro con piel de lobo.

—Bien; pero ¿á qué viene todo eso?—preguntó Mariano muy admirado.

—Ahora lo verás—repuso Pedro, que había hallado en el cigarro que chupaba con furor, una animación y una facundia admirables;—calla y espera un poco, que ahora lo verás. Tú eres de genio más suave, y tienes más *pésquis* que yo: eso lo conoce cualquiera: en cambio eres solapado, fingido, incapaz de querer á nadie; así, pocos te querrán á tí de veras: gustarás más que yo,

pero te estimarán ménos : ahora bien, ya hemos llegado á lo que tenia que decirte. ¿Tú quieres á Marta?

— ¡Psit!..... así, así — respondió Mariano dándose importancia.

— Eso no es responder. ¿La quieres? Si ó no, como Cristo nos enseña.

— Me gusta, no te lo quiero negar.

— ¿Pero mucho?

— Mucho : es la muchacha más bonita del lugar.

— ¿Te gusta hasta el punto de pensar en casarte con ella?

— No por cierto — respondió Mariano con firmeza: — para casarse con una mujer no es bastante que nos guste, sino que sus prendas nos convengan.

— ¿Y no te conviene Marta?

— ¿Me habia de casar yo con la criada de casa?

— ¿Y qué tiene eso que ver? ¿Porque sea pobre ha de ser mala?

— No digo tal cosa ; pero nunca me casaré con ella.

— ¿Deja de ser, porque nos sirva, honrada y linda?

¿No nos servía nuestra pobre hermana?

— Ya decia yo que no dejarías tú de sacar á colacion á nuestra pobre hermana — dijo Mariano con una risita falsa y de malvada burla.

— Mariano — respondió Pedro con cierta solemnidad severa — en toda mi vida tomaré una resolución formal y decisiva sin acordarme de aquel ángel que me quería tanto, y á quien yo quería del mismo modo : desde que perdimos á Celeste, le pido consejo para todo, lo mismo que cuando vivia.

— ¡ Que le pides consejo ! ¿ De qué modo ? — preguntó Mariano grandemente asombrado.

— Rezando — respondió su hermano con voz alterada por una emocion profunda.

— ¿ Rezando ?

— Sí, rezando.

— Chico, la verdad — respondió Mariano — te habia tenido siempre por muy bruto, pero nunca por loco.

— No extraño que ahora pongas en duda mi juicio — repuso Pedro con una melancólica sonrisa, y sin irritarse, segun costumbre, con los dicterios de su hermano: — tú no puedes entender lo que te digo ; pero volvamos á hablar de Marta : si no piensas casarte con ella, ¿ por qué te pones siempre á su lado ? ¿ por qué le hablas al oido ? ¿ por qué bailas siempre con ella ? en fin, ¿ por qué la comprometes á los ojos de todos ?

— Chico, pues si uno se hubiera de casar con todas las mujeres que le gustan ó galantea.....

— Es que la pobreza obliga. Si Marta tuviese padre, ó fuera hija de alguna vinda acomodada, no le harias tanto daño, y puede que áun hallára marido ; pero como no tiene nada, será difícil que lo encuentre si tú la dejas cuando te canses de aparentar lo que no sientes.

— ¿ Y á mí qué me importa ?

— ¿ No te importa perder á una mujer ?

— Por eso no se pierde.

— Dejemos disputas — dijo Pedro con autoridad — y óyeme : si no quieres verdaderamente á Marta, si no piensas en casarte con ella, yo la quiero y la haré mi mujer.

— ¡Tú! — exclamó estupefacto el joven.

— Yo.

— ¡Pues si ella quería irse por no aguantarte!

— Ya lo sé.

— ¿Y piensas que se querrá casar contigo?

— Allá verémos; pero te advierto una cosa, y te encargo que no se te olvide.

— ¿Y qué es?

— Que desde hoy no dirijas los ojos á Marta más que como á una hermana; porque si haces otra cosa, ¡pobre de tí! Ya te he preguntado ántes que si la querías ó no.

— Y te he respondido la verdad: me gusta, pero no la quiero.

— Pues haz por que no te guste ya, y olvida él que te haya gustado: ya sabes que hablo poco y no te lo he de volver á decir de palabra, sino de obra.

Pedro, al acabar de pronunciar estas palabras, tomó su azada y se puso á trabajar con vigor.

Su hermano le lanzó una mirada rencorosa: el que la hubiera visto hubiera conocido todo el ódio que se ocultaba bajo ella para el honrado y austero Pedro.

Poco á poco aquella expresion fué sustituida por otra muy diferente: alumbró sus ojos una malvada alegría, y la claridad de aquellos ojos, de expresion falsa y melosa como la del gato, descubrió un mundo de pensamientos malvados y hostiles.

En efecto, su entendimiento vivaz y rastreiro le habia mostrado un sendero tortuoso, pero alumbrado por la luz deslumbradora de lejanos placeres y de la venganza, fruto sabroso de las almas ruines.

Marta le agradaba, y le hubiera sido en extremo doloroso perder su conquista: no quería casarse con ella; pero, casándose ella con otro, se creaba un inconveniente, que él podia llamar ingratitud, aunque lo bendijese interiormente: podia quejarse, lamentar que su hermano hubiese tomado lo que él no habia querido, y alcanzar recompensa por aquel dolor que la ingrata le habia causado.

Tal fué el raciocinio de Mariano.

Marta casada con Pedro, era más suya, mucho más suya que siendo libre.

Es verdad que la venganza del *lobo*, como él le llamaba, podia ser terrible; pero, ¡bah! ¿para qué habia de saber lo que pasaba? Siempre son los maridos los últimos que saben esas cosas, y él era bastante astuto para obrar del modo que Pedro no lo supiera nunca.

Entre tanto, Pedro cavaba sin sospechar los negros pensamientos que llenaban la cabeza de su hermano: la paz y la alegría habian descendido á su corazon al pensar sériamente en casarse con Marta. ¡Era feliz! Sus facciones se habian dilatado, y se leia en ellas una expresion sublime de inefable y serena esperanza.

De vez en cuando alzaba la cabeza y miraba al cielo como para darle gracias ó como si su vista buscase, para fijarse, un punto luminoso como el que él sentia dentro de su corazon.

V.

EL ROMICO.

Dejemos prepararse los sucesos, y vamos entre tanto, querido lector, á hacer conocimiento con nuevos personajes de esta historia.

Ya fuera de la reducida aldea de Cabañas, y encajonado entre un olivar y frondosos viñedos, se levantaba un edificio que ni era alquería, por lo rústico de sus proporciones, ni cortijo, porque la parte destinada á la habitacion de personas racionales era demasiado espaciosa.

Participaba, pues, de alquería y cortijo, y con ambos nombres era designado, sin que sus dueños se ofendieran ni por las pomposas pretensiones del primero, ni por la humildad del segundo. Verdad es que hacía tiempo carecía de dueño: el que lo había sido dormía ya el frío sueño del sepulcro, al que había bajado no por efecto de los años, aunque ya era anciano, sino asesinado lentamente por una pena profunda.

Llevaba cuando vivo el nombre de Bruno y el sobrenombre de *el rico*; y en el pueblo se contaba una lúgubre historia de ingratitud y robo, que le achacaban á un hijo que le había dado el cielo.

Ya sabremos la historia, muy triste por cierto, de este anciano: ahora diré sólo que, desde su muerte, cuidaba del cortijo—elegirémos el nombre más modesto—un antiguo criado y arrendador sayo.

Este buen hombre se llamaba Francisco, pero ni él mismo ni nadie en el pueblo se acordaba ya de su nombre de pila: conocíasele sólo por *el Romo*, á causa de lo corto de su nariz, y quizá también por lo exiguo de su entendimiento.

Pero esto no obstaba para que fuese bueno y honrado como el que más, y para que llorase cada día la muerte de su amo *el rico* á la par de la de su mujer *la Roma*, quien, aunque tenía la nariz muy larga y no muy corto el discernimiento, había participado, por la ley conyugal, de su apodo.

La Roma había tenido muchos hijos, pero todos se habían ido al cielo de niños; sólo dejó uno á su esposo, como una memoria suya; ¡pero que triste memoria!

La Providencia, al llevarse á la gloria algunos nobles y virtuosos seres, deja en el mundo retoños suyos, que ultrajan su recuerdo como una calumnia.

El Romico—el apodo se iba heredando—era casi idiota á la edad de catorce años; pero la poca razón que le quedaba la empleaba sólo en cosas depravadas.

No pocas veces, estando durmiendo al sol un pobre perrillo, le machacó la cabeza con una gran piedra; algunas también sacó los ojos á los pajarillos, cortó el rabo á los lechones jovencitos, peló vivos á los gallos, y apedreó á los conejos en el corral de su casa.

Un día arrancó de un bocado un dedo á un niño pequeño: la madre de la criatura lloró: su padre juró matar al que hubiera hecho aquello con su hijo; pero *el Romico* se contentó con reirse socarronamente.

Nadie le había visto hacer aquella gracia.

Pasando á hazañas de menor calibre, echaba todo en la ropa lavada que tendían las pobres mujeres; les tiraba el jabón al agua; entraba en las cocinas, cuando no había nadie en ellas, y comía lo que se le entojaba de los pucheros; tirando lo demás: metía el pan de la artesa en un barreño de agua; rompía el vidriado, y hacía, en fin, todo cuanto daño podía.

Todo esto lo ejecutaba al compás de una canturía de su invención, eternamente igual, que participaba del rugir de un pequeño lobo y del graznido de un ave de rapina: aquel canto causaba miedo, y cuando aparecía el que lo entonaba, el espanto crecía muchos quilates.

He dicho que el muchacho—se llamaba Francisco, como su padre—tenía catorce años; pero su pequeña estatura no aparentaba ni diez: la más espantosa raquitis se había apoderado de aquella débil criatura desde los primeros meses de su vida: á los ocho años se arrastraba, porque todavía no sabía andar: su cabeza era enorme, y estaba cubierta de espeso pelo rubio, deslucido y lacio, que tiraba á amarillento: sus ojos, verdes y cristalizados, llenos de una estupidez affictiva, se abrían bajo su frente, tan estrecha, que el pelo nacía donde debieran estar las cejas, porque éstas no existían: su boca, muy grande, no podía cerrarse nunca, á causa de que sus labios no alcanzaban á cubrir sus dientes larguísimos, anchos y muy claros: tenía la nariz mucho más chata que la de su padre, y las orejas enormes y tan despegadas de la cabeza, que se asemejaban á dos abanicos.

Daba horror el ver aquella cabeza gorda, redonda y

estúpida, donde la inteligencia no había derramado jamás un rayo de su soberana luz: sólo de vez en cuando una chispa de brutal malicia se reflejaba en sus ojos inmóviles y huraños.

Sostenía la cabeza deforme de aquella especie de monstruo un cuello tan delgado y tan largo, que se admiraba, al verlo, el que no se quebrase con el enorme peso que sustentaba; al cuello seguía un pecho angosto y hundido y unos hombros puntiagudos, de los que salían dos brazos huesudos y muy largos; después se veía un vientre tan colosal como la cabeza, y unas piernas tan delgadas como los brazos, pero muy cortas y en extremo torcidas.

En cambio de la exigüidad de su estatura, sus manos y sus piés habían crecido de suerte que parecían cortados de un coloso.

Tal era *el Romico*: todos los vecinos del pueblo sentían por él una mezcla extraña de enojo, repugnancia y compasión; además, el padre intercedía por el hijo, porque no era posible encontrar un hombre más humilde y tíeramente servicial que *el Romo*.

Y después, la memoria de la madre pedía también favor desde el cielo para aquel pobre pária, sin destino fijo en la tierra, y condenado á morir de hambre el día que su padre faltase, si no le abrigaba la piedad de los buenos aldeanos de Cabañas.

El Romico tenía una pasión, una pasión extraña en su edad: la de beber vino.

Siempre andaba husmeando á la puerta de las cantinas del camino—en el honrado y laborioso pueblo de

Cabañas no había taberna—y los marchantes y los trajineros le hacían cantar y le obligaban á beber hasta embriagarle; entónces *el Romico* bailaba acompañando su tonada una danza monótona y llena de brutal estupidez.

Pero no bailaba jamás en tanto no le diesen vino, y aún cuando se dirigía á las cantinas, dejaba su eterna canción para no divertir de balde.

En el pueblo poco le importaba cantar; porque, en vez de excitar la risa, molestaba de un modo insupportable á todos.

Á pesar de su estupidez extrema, *el Romico* sabía bien todo eso.

La letra de su canción variaba, según las circunstancias, y era siempre adecuada á ellas.

Cuando meditaba alguna maldad, la relataba cantando; pero si no se hallaba solo, cantaba entre dientes y él solo se entendía.

¿Cómo se había formado aquel monstruo de fealdad repugnante, de brutal malicia y de odiosa estupidez en las entrañas de una mujer buena, activa, dotada de un recto buen sentido y de clara razón, casi bella, piadosa y honrada?

Misterios son éstos que, con todas sus decantadas vigiliias, no han descifrado aún los sabios de ningún país, y que sólo Dios pudiera aclarar, si nuestra mezquina inteligencia mereciera comprender los castigos que envía como expiación á las culpas de raza.

El pobre *Romo* decía cándidamente:

—Todos los hijos que se me han muerto se asemejan á su madre: éste se parece á mí.

¡Sublime calumnia paternal, destinada á vindicar la memoria de sus demás hijos, y á disminuir la miseria del que quedaba!

Una tarde estaba sentado *el Romo* á la puerta del cortijo: ya había vuelto del trabajo, y merendaba, con gran apetito, una cebolla cruda que acompañaba con un pedazo de sabroso pan.

Su hijo, cerca de él, devoraba una sopa con torreznos hecha por la mano de su padre, pues el apetito del idiota era insaciable, como sucede á todos los infelices privados de inteligencia.

—Hijo, ¿qué te has hecho hoy?—preguntó *el Romo* á su hijo.

Éste tenía la boca llena de sopas, y sin pensar en tragárselas, cantó con voz ronca y empañada:

Estar sentado al sol
Dormir al sol
Comer al sol.

—¿Has tenido frío, pobrecito mío?

El idiota no respondió.

Al cantar, se habían escapado de su mano las sopas, y la cazuela se le había vertido en el vestido.

Arrojó el continente, vacío ya, con una rabia cómica, y se puso á recoger el contenido con sus largos dedos negros y huesudos; pero luego, viendo que recogía muy poca cantidad, se puso los puños en los ojos y empezó á llorar dando berridos atronadores.

En medio de su llanto, cantaba con voz cavernosa:

— ¡Me quedé sin comer!
¡Quiero comer!

— Calla, hijo, calla, — dijo *el Romo*; — ahora te daré un pedazo de cecina: ¿te gusta la cecina?

El idiota volvió á cantar:

— ¡Sopas, sopas, sopas!
¡Sólo quiero sopas!

— ¿Quieres una magra?

— ¡Sopas, sopas, sopas!

— Vamos, y te haré otras sopas — dijo *el Romo* suspirando; — no te has de quedar sin cenar.

Levantóse el buen hombre, y ya iba á entrar en el cortijo, cuando habiendo cesado los gritos de su hijo, oyó un ruido extraño que ántes no había podido oír, y que se acercaba rápidamente.

Francisco se detuvo, y su hijo lo hizo también para esenchar, embargado por una estúpida admiración.

Eran las campanillas de un carruaje de posta que ya se distinguía.

Á la portezuela venía un hombre, que parecía contar cincuenta años, aunque en realidad tenía diez ménos; estaba muy flaco, y sus cabellos casi blancos; sus facciones, regulares y hermosas, estaban marchitas y apenas presentaban ya vestigios de belleza; su traje negro era muy elegante.

Enfrente de aquel hombre marchito, descolorido, triste, se veía una cabeza deslumbradora, llena de belleza,

de gracia, á un tiempo cándida y grave, y ostentando juntas la flor última de la adolescencia y la más temprana de la juventud.

Era una niña por la edad; una jovencita fresca y graciosa por sus precoces encantos y por la expresión reflexiva de su frente, adornada por espesas trenzas de cabellos dorados y brillantes.

Sus ojos no tenían color y los tenían todos, aunque el que más sobresalía en ellos era el gris aplomado, que hacía un contraste divino con sus dobles y rasgadas pestañas negras y sus delicadas cejas, negras también.

Su nariz era pequeña, recta, rosada: ¡qué linda nariz, arrancada de su pura y tersa frente por una línea llena de pureza y suavidad! ¡qué bonitos dientes enseñaba su media sonrisa! ¡qué graciosos hoyuelos descubría en sus mejillas!

Su traje era bastante extraño, pues participaba de la humildad de la hija de un menestral y de la presuntuosa coquetería de una jóven de mal gusto; su vestido de percal inglés estaba rodeado de volantes, como si hubiera sido de seda, y tal vez había costado más dinero que si lo hubiese sido; un pañolón de capucha, de colores vivos, pendía de sus hombros, y rodeando su preciosa carita, como un marco de nieve, llevaba una gorrita orlada de valencienes.

El Romo apenas miró á la jóven; toda su atención se hallaba fija en el hombre que la acompañaba; y aún le estaba mirando con una ánsia que participaba de la admiración y del enternecimiento, cuando el carruaje se detuvo á pocos pasos del cortijo y al pié de una colini-

ta, que en la primavera se cubria de verdor esmaltado de flores.

El hombre triste habló algunas palabras con el postillon, y le dió algunas monedas, en tanto que la jóven-cita extendia alegremente sus bellos y dulces ojos por la campiña.

Luégo, el coche tomó de nuevo el camino que conducia á la ciudad, y las dos personas que habian bajado de él se dirigieron al cortijo.

Ya se hallaban muy cerca, cuando sin duda se disipó la incertidumbre de *el Romo*: corrió hácia el recién llegado, extendió hácia él los brazos, y exclamó:

—¡Lorenzo!

—Francisco, Dios te guarde—dijo á su vez el que llegaba, con voz hueca y profunda.

—¡Don Lorenzo!—añadió *el Romo*, cortado, despues de haber echado una mirada sobre el traje del hombre triste;—perdone V., pero como le he conocido de muchacho.....

—Llámame como quieras—dijo Lorenzo—y vamos á casa.

Y volviéndose á la jóven, que aún miraba á la campiña, añadió con acento dulce:

—Vamos, Susana.

—¡Ah, papá! ¡qué hermoso es esto!—exclamó la niña, volviendo la espalda con pesar al risueño panorama que se extendia á su izquierda, y que empezaban á envolver las brumas de la tarde.

—¡Sí! ¡muy hermoso!—respondió su padre suspirando; y ambos siguieron al *Romo*, que les hizo atrave-

sar el patio, tomando delante de ellos la angosta escalera que llevaba á las habitaciones superiores.

El Romico siguió á todos, miéntras atravesaron el patio, moviendo sus torcidas piernas como un perro patizambo; pero así que empezaron á subir la escalera se echó en el suelo boca arriba para mirar los lindos piecitos de Susana, que subia la escalera, y la entrada de su bonita pierna.

El Romico, absorto en su contemplacion, se puso á reir con expresion bestial, pero en la que se traslucia cierta malicia sórdida y sombría.

De aquella sonrisa brotaba una luz, quizás la primera que habia mostrado desde que aquellos labios deformes sabian sonreir; pero era la luz cárdena del relámpago que brota de entre una masa de negras nubes pre-sagiando la tempestad.

VI.

LOS AMORES DE PEDRO.

Al día siguiente, por la mañana, fué cuando Pedro habló á su hermano acerca de su amor á Marta, amor que la jóven ignoraba, creyendo sólo inspirar aversion al hijo mayor de Juan María.

Durante la noche, la decision de abandonar la casa de la familia de Carrasco habia decaído bastante en el ánimo de Marta: ésta era una muchacha sagaz, que de-

seaba ver hasta dónde podía llevar cada cosa, amaestrada por su madre, que era mucho más sagaz que ella.

Pero al ver la frescura con que Mariano había oído su decisión, y al oírle decir que no se casaría con ella, comprendió que aquel paso aventurado sólo conseguiría dos cosas: sin conmovier la terca voluntad y el helado egoísmo de Mariano, dejar de ver á éste, al que amaba con toda su alma, y provocar el enojo de su madre; esta consideración, aunque ménos triste que la anterior para la jóven, no dejaba de ser también de gran peso, por cuanto temía á la anciana, que le había dado pruebas en más de una ocasión de su férreo carácter.

Marta no durmió nada aquella noche: la pobre muchacha la pasó desvelada y llorando: creía sinceramente que Mariano la amaba; y al convencerse de lo contrario, sintió dentro del alma ese dolor corrosivo, agudo y amargo que sentimos cada vez que perdemos una de nuestras ilusiones más queridas.

Sin embargo, ni su dolor ni su desengaño fueron bastante poderosos para arrancar las raíces, ya demasiado hondas, de aquel malhadado amor, en el que tenía no poca parte la vanidad: Mariano Carrasco brillaba en la aldea como el mozo más gallardo, más discreto, más lijoso, en una palabra: las muchachas, no sólo del lugar, sino de otros varios de los alrededores, se disputaban sus miradas, sus requiebros y sus sonrisas; y más de un novio se vió desdeñado por Mariano Carrasco y se fué en su desesperación á servir á su patria por no ver á su rival, que cantaba el himno del triunfo sobre la ruina de sus esperanzas.

Pero ¡ay! pobres jóvenes, presas en las redes de aquel sultan vanidoso y ligero. ¡Cuán pocas saborearon, por un espacio más largo que el de ocho días, las dulzuras de un amor feliz y correspondido! Mariano se encargaba de vengar con sus desdenes á todos los amantes abandonados por aspirar á su cariño, y todas perdían el amor verdadero por correr tras de uno soñado.

De Marta se había posesionado, al mismo tiempo que una pasión profunda, el demonio de la vanidad que llenaba su cabeza: ella, pobre mendiguilla, recogida por la caridad de Joaquina, y criada en su casa, era la que había conseguido fijar la atención de aquel Tenorio campesino, durante un espacio de tiempo mucho más dilatado que las hijas de los ricos arrendadores y de los labradores mejor acomodados; y aunque al mirarse al espejo se decía á sí propia que había razón para ello, no por eso dejaba de estar orgullosa con su triunfo.

Puédese, pues, imaginar cuál sería su dolor al ver que el triunfo se le escapaba, y que su amor estaba herido de muerte: después de pasar la noche en una profunda angustia, se levantó pálida, con los ojos cercados de anchos círculos oscuros, y se entregó á las labores de la casa, sin cuidarse, durante todo el día, ni áun de recoger las largas trenzas de su cabellera.

De esta suerte se la encontró Pedro, al volverse á casa cerca de las cuatro, muy en contra de su costumbre, que era la de no abandonar el trabajo en tanto que Dios tenía la luz en el mundo; pero aquel día una idea fija le preocupaba: la de ver á Marta lo ántes posible, porque aquel corazón tan duro en la apariencia, pero en

realidad tierno y sensible como el de un niño, temblaba en la cárcel de su pecho, por el temor de que su criada se fuese en busca de otros amos á quienes servir.

Toda la culpa de aquella violenta determinacion se la achacaba Pedro á sí mismo, á su rudeza, á sus malos y duros modales para la pobre Marta; así es que, al verla pálida y desaliñada, su corazón se conmovió hondamente, y se acusó como el reo de su dolor y de su aflicción.

Marta se hallaba sola en casa á la llegada de Pedro, y se ocupaba en preparar la cena: la señora Joaquina habia ido á ver á una vecina enferma; el señor Juan María, á dar una vuelta con el señor cura, que gustaba de su conversacion sencilla y grave. Mariano habia quedado en el campo, y Pedro se halló á solas con la jóven, lo que le alegró en extremo.

Entró en la cocina y se sentó en uno de los bancos del fogón, despues de decir con voz algo trémula:

— Buenas tardes.

— Buenas tardes — respondió Marta sin dejar su actual ocupacion, que consistia en dar vueltas en la sartén á una fritura de magras.

Moro, el gran mastin de la casa, habia seguido á Pedro y se sentó gravemente al lado de su amo, que empezó á acariciar maquinalmente su hermosa cabeza leonada.

Marta no habia alzado siquiera sus ojos para mirar á Pedro.

Éste tenía los suyos fijos en la llama.

Pero conociendo que estándose callado no adelantaba

nada, se resolvió á hablar, y dijo con voz trémula y oprimida:

— Marta..... ¿es verdad que te quieres ir de casa?

— Sí..... — respondió la jóven, con acento que era tambien algo inseguro, porque su resolucion habia flaqueado considerablemente; — es verdad que he pensado en marcharme.

— Y..... ¿por qué..... causa?

— Porque, segun veo, te incomodo — respondió Marta, volviendo á adoptar el pretexto que habia dado á Mariano, y que era en realidad el solo que podia alegar.

— ¡Incomodarme á mí!..... — exclamó Pedro, cuyas facciones expresaron una ternura infinita, y cuya voz era apasionada y vibrante.

Marta, sorprendida, levantó la cabeza, y miró á Pedro: éste, que hacia todo lo posible por dominar su emocion, prosiguió:

— Marta, deja lo que haces, y vén aquí, á mi lado: tengo que hablarte.

— Pero..... ¿y la cena? — dijo la muchacha, que miraba á Pedro con verdadero terror.

— La cena la harás luégo; ahora óyeme.

Marta dejó la sartén y fué á sentarse, temblando, al lado de Pedro: éste, que era valeroso en todos sentidos, dominó su emocion y dijo á la jóven con voz ya serena y firme:

— Marta, yo he sido contigo arisco y regañon, y ahora te pido que me perdones; ese es mi genio y, por más que hago, no lo puedo remediar: cuanto más quiero á una persona, peores *modos* tengo con ella..... y como

á tí te quiero mucho, los he tenido contigo muy malos.

Marta, asombrada, no supo qué responder: Pedro continuó así:

— Sí, Marta; no te lo quería decir, ó más bien, no me había atrevido á ello..... pero yo te quiero, y si tú me quisieras también, nos casaríamos al instante.

— Pero — dijo la jóven — ¡yo no sé qué pensar de lo que me estás diciendo, Pedro! ¡quererme así..... tan de repente..... no es para creído, te digo la verdad!

— ¿Tan de repente, dices? No, Marta, no te he querido de repente: desde la primera vez que te vi sentí una cosa que me llenaba el corazón y que nunca había sentido: era una cosa así, como un rayo de luz, que alumbrase una gran oscuridad: tenía deseos de rezar y de llorar cuando te veía..... y esto, aunque era dulce, me hacía sufrir y me causaba enfado contra tí..... ¡Llorar yo! Sólo una vez lo he hecho en toda mi vida, y esto fué cuando murió Celeste.

— ¡Ya pareció aquello! — se dijo Marta, que iba recordando poco á poco la serenidad de su ánimo, y que sentía cierta alegría interior al pensar que, casándose, se vengaba del ingrato Mariano, puesto que al fin entraba en la familia por su boda con Pedro.

— Pero — dijo en voz alta — ¿qué dirán tus padres de esta boda? y ¿cómo han de querer que te cases con una muchacha tan pobre como yo?

— Mis padres me quieren — respondió Pedro — jamás me han quitado mi gusto y ménos lo harían en el casamiento; además, contigo tienen la ventaja de estar ya acostumbrados á tí..... nada cambiará en casa; tú ayu-

darás á mi madre y viviremos aquí para no dejarles solos; el que se casará y se irá el día que ménos lo esperamos será Mariano.

Marta se puso descolorida al oír este nombre, pero Pedro no vió su emoción; en la ceguedad honrada y generosa de su amor nada temía, y despues de haber oído á su hermano, le parecía que todo lo habido entre aquél y Marta era sólo el principio de un devaneo.

En aquel momento entró en la cocina la madre de Pedro, de vuelta de su visita á la vecina, y vió á Marta conmovida y á su hijo con el semblante animado.

— ¡Qué! ¿ya habeis tenido pelea? — preguntó la buena mujer, acostumbrada á las continuas reyertas de Pedro y de su sirvienta.

— No, madre, no hemos regañado — contestó Pedro con ternura; — por el contrario, yo estoy muy contento con Marta.

— ¿Muy contento? ¿de véras?

— De véras, madre.

— ¿Y cómo es, hijo mio, que te has vuelto hoy tan temprano del trabajo?

— Porque tenía que hablar con Marta.

— ¿Con Marta? repitió maravillada la anciana.

— Sí, madre; con ella y despues con mi padre y con usted también.

— Tu padre ya no tardará en venir; pero ¿qué cosa es ésa que nos quieres decir á los dos? Dímelas, entre tanto que tu padre llega.

— Pues bien: es que me quiero casar.

La señora Joaquina se hizo dos pasos atrás; tan ex-

trañas le parecieron las palabras de su hijo, que al oírlas creyó que soñaba.

Así ella como su marido, desde que Pedro hubo cumplido veinte años — edad en que, por lo común, se casan en aquel país los jóvenes aldeanos — le habían instado muchas veces para que se casara; pero Pedro, que conocía su rudeza y su carácter brusco mejor que nadie, respondía siempre:

— No soy para casado.

Seis años habían pasado en instancias y en negativas, y tanto el padre como la madre habían perdido completamente la esperanza de que Pedro eligiese esposa.

Así fué que, al oír decir á Pedro que se quería casar, la sorpresa dejó muda á la anciana.

— ¡Que te quieres casar! — repitió ésta tras una larga pausa: — ¿y con quién? ¿quién es tu novia?

— Ann no la tengo, madre — respondió Pedro; — hace ya mucho tiempo que la quiero bien, pero hasta hoy.....

— ¿Qué? — preguntó Joaquina al ver que su hijo vacilaba en proseguir.

— Hasta hoy..... no me he atrevido á decirle que la quería.

— Eso también lo creo.

— Pero hoy se lo he dicho; y como me quiero casar al momento, si V. y mi padre son servidos, tendré muy pocos días novia, para tener muy pronto mujer.

— ¿Y quién es ella?

— Marta.

— ¡Marta!

— Qué está presente.

— Pero, hijo, ¡si me dejas lela! — exclamó la señora Joaquina; — ¡si yo creí que no la podías aguantar! ¡si el que parecía que la quería *festejar* era tu hermano!

— Mi hermano sólo quería divertirse con ella: ya lo había yo conocido así, y además, él me lo ha dicho hoy; por cuyas razones, madre, como yo quiero de veras á Marta; como ya está hecha á la casa; como ya sabe descansar á V., y es una muchacha juiciosa, me casaré con ella, tan pronto como V. y mi padre dispongan.

— ¡Cómo, hijo! ¿tan pronto quieres?

— Madre, cuanto ántes: el llanto sobre el difunto.

— Aquí viene tu padre — dijo Joaquina, que sólo deseaba salir del atolladero en que la ponía el carácter ejecutivo de su hijo.

En efecto, Juan María, acompañado del señor cura, entraba en aquel momento en la cocina, de vuelta de su paseo, y ambos se dirigieron al fogón, cuyos bancos tan agradable asilo ofrecían en aquella helada tarde de invierno.

VII.

LA TIA POTAMIANA.

Los dos ancianos presentaban un aspecto muy distinto, pero ambos agradable y simpático.

El señor cura, que contaba ya cerca de cincuenta años, era de estatura alta y algo obeso; sus hábitos ta-

trañas le parecieron las palabras de su hijo, que al oírlas creyó que soñaba.

Así ella como su marido, desde que Pedro hubo cumplido veinte años — edad en que, por lo común, se casan en aquel país los jóvenes aldeanos — le habían instado muchas veces para que se casara; pero Pedro, que conocía su rudeza y su carácter brusco mejor que nadie, respondía siempre:

— No soy para casado.

Seis años habían pasado en instancias y en negativas, y tanto el padre como la madre habían perdido completamente la esperanza de que Pedro eligiese esposa.

Así fué que, al oír decir á Pedro que se quería casar, la sorpresa dejó muda á la anciana.

— ¡Que te quieres casar! — repitió ésta tras una larga pausa: — ¿y con quién? ¿quién es tu novia?

— Ann no la tengo, madre — respondió Pedro; — hace ya mucho tiempo que la quiero bien, pero hasta hoy.....

— ¿Qué? — preguntó Joaquina al ver que su hijo vacilaba en proseguir.

— Hasta hoy..... no me he atrevido á decirle que la quería.

— Eso también lo creo.

— Pero hoy se lo he dicho; y como me quiero casar al momento, si V. y mi padre son servidos, tendré muy pocos días novia, para tener muy pronto mujer.

— ¿Y quién es ella?

— Marta.

— ¡Marta!

— Qué está presente.

— Pero, hijo, ¡si me dejas lela! — exclamó la señora Joaquina; — ¡si yo creí que no la podías aguantar! ¡si el que parecía que la quería *festejar* era tu hermano!

— Mi hermano sólo quería divertirse con ella: ya lo había yo conocido así, y además, él me lo ha dicho hoy; por cuyas razones, madre, como yo quiero de veras á Marta; como ya está hecha á la casa; como ya sabe descansar á V., y es una muchacha juiciosa, me casaré con ella, tan pronto como V. y mi padre dispongan.

— ¡Cómo, hijo! ¿tan pronto quieres?

— Madre, cuanto ántes: el llanto sobre el difunto.

— Aquí viene tu padre — dijo Joaquina, que sólo deseaba salir del atolladero en que la ponía el carácter ejecutivo de su hijo.

En efecto, Juan María, acompañado del señor cura, entraba en aquel momento en la cocina, de vuelta de su paseo, y ambos se dirigieron al fogón, cuyos bancos tan agradable asilo ofrecían en aquella helada tarde de invierno.

VII.

LA TIA POTAMIANA.

Los dos ancianos presentaban un aspecto muy distinto, pero ambos agradable y simpático.

El señor cura, que contaba ya cerca de cincuenta años, era de estatura alta y algo obeso; sus hábitos ta-

lares eran nuevos y decentes, porque profesaba el principio de que el primer deber de un sacerdote es honrar la religion y respetarse á sí mismo.

—Jamás—decía algunas veces—jamás he comprendido el sórdido descuido de algunos sacerdotes; su calzado torcido, su traje sucio y descompuesto: creo que la propia dignidad es exigente, y que puede respetarse áun con la más escasa fortuna: ¿qué manos deben estar más blancas y cuidadas que las que cada día se emplean en el santo sacrificio de la misa? ¿qué cabeza más aseada que la que está adornada por la sagrada corona del sacerdocio? El que se respeta á sí propio, puede estar seguro de inspirar respeto y consideracion á los demas.

Pensando así, el señor cura llevaba medias de seda negras, y zapatos en muy buen estado y adornados con elegantes hebillas de plata; sus hábitos eran de rico sa-ten negro; su sombrero, nuevo; sus manos estaban blancas como la nieve, y su aspecto todo tenía algo de tan plácido y dulce que consolaba el alma.

Juan María tenía doce años más que el señor vicario: era un anciano alto, delgado, grave y casi austero; pero ya conocemos su excelente corazón, su caridad y el amor que profesaba á su familia, con la cual era casi débil, á despecho de la severidad que anunciaba su porte.

Conocía tan perfectamente la fisonomía de su mujer y de sus hijos, que al dirigirles la primer mirada comprendió que algo de nuevo pasaba allí, sobre todo en Joaquina, cuyas facciones se hallaban bastante alteradas.

En efecto, la anciana habia sentido oprimirsele dolo-

rosamente el corazón, al hablar su hijo de su deseo de casarse con Marta; y no era por la pobreza de la jóven, no: era porque un presentimiento oculto le decia que aquel enlace debia hacer la desgracia de su hijo predilecto, de aquel Pedro á quien siempre habia defendido con toda la fe y todo el calor de su entusiasmo maternal.

Al entrar el señor cura y Juan María, Joaquina, su hijo y Marta se levantaron para saludar al vicario; pero así que todos hubieron tomado asiento, incapaz Joaquina de disimular su inquietud, dijo á su marido con voz un tanto alterada:

—¿Sabes lo que me decia Pedro? ¡que se va á casar!

—Ya es hora, y me alegro—respondió gravemente Juan María.

—¿Y quién es la novia?—preguntó alegremente el señor cura.

—¡La novia..... es Marta!—respondió Joaquina.

—¡Hola, picarilla!—dijo paternalmente el buen Juan María—¿conque lo has sabido tener tan callado?

Al pronunciar estas palabras, el acento del Labrador era tan cordial y alegre como si se hubiera tratado de la muchacha más rica del pueblo.

Joaquina miró asombrada á su marido, pero éste prosiguió:

—Mujer, ¿qué tienes, que pones esa cara de entierro? ¿que la chica es pobre? Déjala, que áun tenemos pan que darles: que sea una muchacha honrada, que quiera y haga dichoso á Pedro, y no hay que pedir más.

—Marta, tu madre te llama—dijo un niño pequeño de una vecina, asomando á la puerta su cabecita rubia.

Marta, que no desplegaba sus labios, salió muy satisfecha de escapar de aquella posición embarazosa, y dejó á su amo y al señor cura arreglar la cuestión de su boda.

— Juan María — dijo el señor vicario así que la joven hubo desaparecido — y tú, Pedro, escuchadme: me parece que ese casamiento desagrada á Joaquina, y la madre y la esposa debe ser consultada en estos casos: veamos qué razones tiene su oposición, porque pueden ser muy atendibles.

— ¡Es claro, mujer! habla — dijo bondadosamente su esposo; — ¿por qué te has puesto tan triste? Vamos, di sin reparo todo cuanto quieras; eres madre del chico, y puedes tener razón.

— ¡Ay, Dios mio! — exclamó la pobre mujer, á cuyos ojos se agolparon gruesas lágrimas; — ¡si yo no sé qué decir! Nada de malo hallo en Marta..... pero mi corazón se ha helado al oír hablar de esa boda..... yo la quiero..... la estimo..... todos ven que la trato lo mismo que á mi hija..... pero no quisiera que fuera la mujer de mi Pedro.

— ¡Pobre madre! — murmuró el vicario; — y sin embargo, nada de lo que dice son razones; son aprensiones, y nada más, y eso no basta para contrariar y deshacer quizá la dicha de su hijo.

— ¡Oh, no, no! ¡yo no digo nada, nada, que se case! — exclamó la pobre mujer, que no podía contener el llanto.

— Pero, madre — dijo Pedro — ¿tiene V. algo que decir de Marta? ¿sabe V. algo de ella, que no sepamos los demás?

— ¿Yo? nada, hijo, nada: la tengo por honrada como la que más.

— Pues, entónces.....

— Vaya, aprensiones..... tonterías — dijo Juan María; ellos serán dichosos y nosotros también al verlos: ¿que no es rica? Pedro no es pobre: hablemos ahora de otra cosa, y cuando deje á la chica la bruja de su madre y entre aquí, convendremos en el día que se ha de celebrar la boda.

Joaquina, que profesaba á su marido un respeto á toda prueba y un cariño inmenso, procuró serenarse y desterrar de su alma sus tristes pensamientos; pero sólo á costa de un esfuerzo violento le era dado ocultar lo que sufría interiormente.

La conversacion se arrastraba lenta y penosa, y Marta no volvía á entrar, entretenida en hablar con su madre.

Esta mujer, anciana, de aspecto repugnante y que se embriagaba todos los días, tenía prohibida la entrada en la casa donde su hija había hallado un amparo tan cariñoso; Joaquina la miraba con una especie de horror, porque mil veces la había hallado á la orilla del camino completamente privada de sentido por sus excesos en la bebida.

Así, pues, cada dos ó tres días se acercaba á la puerta de Juan María y hacía llamar á su hija, que salía y hablaba con ella bajo el cobertizo.

Aquella noche, la conversacion era más animada que otras veces.

La hija dió parte á su madre de la boda, con semblante triste y la voz alterada por el llanto.

—¿Y te quejas de que vas á casarte con Pedro Carasco?— preguntó la tía Potamiana, que así se llamaba la madre de Marta, dando á ésta un pellizco de padre y muy señor mío.

La muchacha calló y se echó á llorar, ya por el dolor de la corrección materna, ya porque se ahogaba de pena.

—Pues ¿cuándo podías tú haber esperado esa suerte?— preguntó la vieja irritada:—bribonzuela, remilgada, ¿te parece poco lo que logras? ¡entrar de criada, y casarte con el hijo mayor de la casa! ¡Si no te veo yo al momento la cara de pascua, vas á bailar sin ganas y sin música! Lo que ahora es menester es que hagas lo que puedas por llevarme á vivir á tu compañía, porque ya es hora de que yo descanse.

—Eso no puede ser, madre— respondió asustada Marta;— ya sabe V. que nadie de esta casa la quiere; que me tienen mandado que no la deje pasar á V. del umbral.

—¿Y por qué?— exclamó la vieja furiosa.

—Porque lleva V. fama de mala mujer; porque echa usted las cartas, y porque á cada paso se la encuentran á V. tendida en el campo y sin conocimiento á fuerza de beber vino y aguardiente.

—Eso no importa para que tú, una vez casada y ama de tu casa, me recibas en ella.

—Pero ¿cómo quiere V. que haga eso? Jamas seré yo el ama de mi casa. Pedro no querrá dejar á sus padres; ya me lo ha dicho; ni sus padres tampoco querrán que salga de aquí.... ya sabe V. lo que le quieren, y que él solo es el que manda.

—Por lo mismo podrás mandarle tú.

—¿Yo?

—Esos geniazos son los que mejor se dejan dominar, sobre todo si la mujer tiene picardía para manejarse; pero ahora no hablemos ya más: véte á dentro, que es forzoso contemplarlos hasta agarrar la presa: despues ya te diré yo cómo te has de componer para hacer la tuya.

La malvada vieja se alejó cojeando, y su hija volvió á entrar en la cocina.

—Hija—dijo Juan María—dentro de un mes se hará vuestra boda;—¿qué dices á eso?

—Que me avengo á lo que VV. dispongan—respondió la muchacha.

Mariano, que ya habia vuelto del trabajo, se hallaba sentado en un extremo de la cocina.

—¿Conque vamos á tener boda?— preguntó con una risa amarga y socarrona:—vaya, ya lo sabía, pero no pensaba que fuera tan pronto.

—Lo que se ha de hacer vale más que sea pronto—respondió Pedro duramente.

El señor cura se levantó para marcharse, y Marta se levantó tambien á fin de preparar la mesa para la cena, y para alumbrar la cocina con el candil de hierro que pendía todas las noches de su clavo de la chimenea, porque ya era la hora que acostumbraba á ir reuniéndose la tertulia.

Mientras ejecutaba sus diversas evoluciones, iba seguida por dos miradas de expresión muy diferente.

La de Pedro era húmeda, tierna y llena de amor; la de Mariano, sombría y profunda como una amenaza de muerte.

VIII.

EL BÁLSAMO DE LAS PENAS.

Algunos días despues, y en una hermosa tarde de Febrero, dos personas se hallaban reunidas en una de las pequeñas estancias del cortijo que ántes habia sido de Bruno *el rico*.

Era la habitacion más grande de lo que suelen ser las de su clase, y estaba limpia, pero desordenada, como si una mano inexperta y casi infantil hubiera presidido á su arreglo.

Y en efecto, era así: Susana y *el Romo* eran los que se repartian todos los quehaceres de la casa, y los que cuidaban del padre de aquélla, que en otro tiempo era llamado Lorenzo en Cabañas, y al que ahora todos llamaban D. Lorenzo, dictado que él no rechazaba, y que recibia con una indiferencia sombría y un tanto altanera.

Lorenzo, ó D. Lorenzo, habia sido uno de los mozos más gallardos de la aldea: su padre se miraba en él; pero él, ingrato y desconocido como casi todos los hijos únicos y mimados, habia querido cambiar el arado por el fusil, y la soledad del campo por el bullicio de las grandes ciudades.

Partió, pues, como voluntario, y dejó solo y triste á su padre.

Éste esperó su vuelta, contando, durante los primeros años de su ausencia, los meses y las semanas, despues los días y las horas, y por último los segundos: le vió, al fin, venir y tuvo la indecible alegría de hallarle ileso y más gallardo que nunca.

Pronto buscó novia y se fijó en la hija de Juan María, que era alcalde y uno de los más ricos vecinos del pueblo.

Ademas, ¡era Celeste tan bonita!

¡Era tan codiciada por los jóvenes!

¡Era tan envidiada de las muchachas!

Tal vez por todas estas consideraciones se aficionó á Celeste Lorenzo y llegó á hacerse amar de ella con ese amor único y exclusivo que sólo una vez se puede sentir en la vida.

Bruno *el rico* estaba lleno de alegría con la perspectiva del enlace que se preparaba á su hijo; pero tan risueñas y doradas esperanzas fueron eclipsadas por una negra nube que, en forma de una mujer, pasó un día por aquella pacífica aldea.

Una mañana apareció allí una hermosa extranjera, Lorenzo la vió, y ya no pudo separar de ella los ojos.

Con gran sorpresa suya, ella le miró tambien y se sonrió con dulzura; el amor, acompañado de la más loca vanidad y de las más dulces esperanzas, se posesionó del alma del licenciado.

Huyó con aquella mujer despues de robar á su padre, robo que se frustró providencialmente, no bien se hubo consumado.

La infeliz Celeste murió al verse abandonada.

Al empezar esta historia, hemos visto volver á Lorenzo envejecido, tético y acompañado de una hija á la morada paterna.

¿Qué le llevaba allí?

No tardaremos en saberlo.

Su aparición en la aldea causó una sensación de horror, más fácil de comprender que de explicar.

No era sólo de una muerte de lo que se acusaba á aquel hombre: se le acusaba de haber causado también la de su padre con su segundo abandono.

En efecto, el pobre Bruno empezó á encorvarse bajo el peso de su pena cuando su hijo huyó con la fatal mujer que le había hecho olvidar todos sus deberes, todos los lazos de la sangre, del amor y de la amistad, y se fué inclinando poco á poco hácia el sepulcro, al que descendió al fin, sin que sus labios acusasen una sola vez al hijo ingrato que causaba su muerte.

En la tarde de que te voy hablando, lector mío, se hallaban juntos en un aposento Lorenzo y el señor cura, que le miraba compasiva y silenciosamente.

El sol, reflejando en las blancas paredes y en los muebles de pino, enviaba doradas tintas al semblante marchito y duro de Lorenzo: alumbrados por aquel resplandor, eran más terrible los estragos que el tiempo y los dolores habían hecho en sus facciones, ántes tan bellas y correctas, y ahora tan desfiguradas.

—He escrito á V. para que se dignase venir aquí, señor vicario—decía Lorenzo—porque mi alma flota entre dos abismos, que ya el uno, ya el otro, deben atraerla sin remedio, si V. no sale á mi defensa: todos huyen

de mí en esta tierra en que he nacido, y, lo confieso, un sordo furor se apodera de mi ánimo al ver esta aversión.

—Lorenzo—repuso el sacerdote gravemente—lleva con paciencia esta prueba que Dios impone al que reniega de su patria, de su familia, de la mujer que le amaba, de sus amigos y de todos los afectos tiernos y santos que rodearon su cuna y su juventud; borra esa animadversión á fuerza de beneficios; haz ver á estas pobres y sencillas gentes que fuiste extraviado, pero no corrompido para siempre; no olvides que en el cementerio de esta aldea deponen contra tí dos tumbas; y en vez de irritarte el merecido castigo de tus faltas, pide á Dios que sea más piadoso que justo, y que no castigue en tu hija tu crueldad filial.

—¡Oh, sí!—exclamó sorda y desoladamente Lorenzo;—eso es lo que más temo; eso es lo que roba el sosiego á mis días y el sueño á mis noches: ¿harán desgraciada á mi pobre Susana las faltas que yo he cometido? ¿Caerán sobre su cabeza inocente? ¿Alcanzará á esa infeliz criatura el horror que me manifiestan? Ya hace algunos días que estamos aquí, padre mío, y aún la tengo presa en el cortijo, para que no vea que huyen de ella, ó para evitar otro mal más grande; porque en estos campos donde todo se sabe, donde nada es un misterio, donde la vida es un cristal trasparente, ¿no es muy fácil que haya una boca ofeiosa que le refiera las faltas de su padre? ¡Oh! esta idea no me deja un solo instante de sosiego; yo, que he tenido encerrada hasta ahora á mi hija entre las cuatro paredes de un convento, no quiero apa-

recer ahora y de repente culpable á sus ojos; ¡eso sería horrible..... horrible!.....

—Cálmate, Lorenzo—dijo el señor cura tomando paternalmente la mano del desgraciado;—ten esperanza en la bondad divina y en el ángel que pide por tí á los piés del trono del Señor y que tanto te amó en la tierra.

—¿Será posible que Celeste pida por su verdugo?—exclamó Lorenzo;—¿será verdad que quiera conjurar el castigo del cielo? ¡Ah, padre mio! ¡Si V. supiera las veces que he pensado en ella! Cuando llegué aquí, nada sabía aún de su muerte..... ni de la de mi padre..... pregunté por los dos y *el Romo* me dijo que ya no existían..... El hijo pródigo, al volver á su hogar, ha sido ménos afortunado que el de la Escritura, pues ha encontrado sólo las tumbas de los que le amaban.

—Por lo mismo que es muy grande tu desdicha, Lorenzo, no debes desconfiar de la piedad divina; ¿has cometido crímenes? ¿Aquella mujer te arrastró en su caída por lo pendiente del mal? Sólo los crímenes son los que castiga Dios en los hijos de los culpables, pero las faltas las perdona su infinita misericordia.

—Señor—repuso Lorenzo—si V. se digna oírlo, yo le referiré brevemente mi vida desde que abandoné estos sitios, que nunca debí haber dejado: es V. el solo corazón amigo, á quien puedo abrir el mío y de quien puedo esperar consuelo y consejo.

—Habla, Lorenzo—dijo el sacerdote—todo el que sufre es mi hermano, y jamás dejo de participar de sus penas y de ofrecerle como bálsamo la santa doctrina del Evangelio.

El hijo de Bruno se recogió en sí mismo durante algunos instantes, como para recordar todas las tristes circunstancias que iba á referir, y luégo empezó de este modo:

—Ya sabrá V., señor cura, cómo mi mismo padre descubrió el robo que vergonzosamente le habia hecho para huir con Enriqueta, y cómo ésta, aborrecida de todos los habitantes de esta aldea, fué reducida á prision; aquella prision la abrió la mano generosa de Pedro, y huimos los dos de este país, sin recurso alguno.

»Llegamos á Madrid; la mujer á quien habia unido mi destino estaba arruinada; pero conservaba buenas relaciones, y me alcanzó un empleo decente en una de las dependencias del Estado, utilizando los pocos conocimientos que yo habia adquirido durante mi carrera militar.

»Le propuse que nos casáramo y que viviéramos modesta y arregladamente: aún existían en mí semillas de pundonor y honradez, el amor al hogar, y el horror al vicio y al desórden: por ella, además, me sentía capaz de una existencia humilde y laboriosa, en la que hubiera sido dichoso, porque ella sabía embellecer con la magia de su talento todas las posiciones; pero ella rehusó; no me amaba lo bastante para unirse á mí con los lazos de una eterna union: corazón llagado por los desengaños y las humillaciones, se hastió bien pronto del amor que creyó tenerme, y de haberme hecho faltar, para seguirla, á todos mis deberes: si yo, cuando ella vino á esta aldea, hubiera opuesto á sus manejos de seducción la austera firmeza de mi deber y la consideracion á los com-

promisos que habia contraido, su espíritu vicioso y ligero, atraído por la contradicción, se hubiera tal vez fijado en mí; pero la seguí como un cordero dócil, me llevó por su camino con facilidad, y desde el instante que di el primer paso en aquel camino fatal ya no pude arrastrarla al mío.»

Detúvose Lorenzo, y sus facciones expresaron una aguda pena: llegaba acaso á lo más doloroso de su narración, y vacilaba ante las amargas confidencias que iba á hacer al ministro de Dios.

Mucho debía haber amado á la mujer de quien hablaba, cuando sólo al recordarla sufría tanto y con tanta intensidad.

Después de una pausa, que el vicario no se atrevió á interrumpir, prosiguió así, con voz oprimida y ahogada por la emoción:

— Enriqueta no pudo renunciar á sus hábitos de molice y de lujo: buscó una casa elegante, y llevó á ella servidumbre, compuesta de tres ó cuatro personas; siguió usando sus trajes de seda, sus sombreros, sus encajes, y me dijo que fuera al sastre que más me agradase y que me vistiese bien.

»—¿Pero de dónde le pagarémos?— le pregunté asombrado.

»—No te apures— respondió riéndose;— tengo crédito y algunas personas que me prestarán.

»Yo no me atreví á insistir; tan preso me tenían los lazos vergonzosos de aquel amor, que temí que me despidiera como á un criado importuno: sólo para tener la libertad de hacerlo habia rehusado unirme á mí con los la-

zos de una union legítima y santa; sin embargo, de nada podía yo quejarme; cuando concluía las ocupaciones del día, volvía yo á mi casa, la encontraba sola, leyendo ó recostada en un sofá; tenía palco en los teatros y me invitaba á ir con ella; cuando rehusaba acompañarla no se incomodaba tampoco, y se iba sola en su coche, volviendo muy tarde, y algunas veces casi de día.

»Á pesar de la tranquilidad aparente de aquella cómoda y suave vida, tenía para mí torturas indecibles; yo cobraba mi sueldo, y lo ponía en la falda de Enriqueta; pero ella lo empleaba al día siguiente en pagar á mi sastre y me lo decía con irritante ingenuidad.

»¿De dónde, pues, se mantenía nuestra casa y su lujo? ¿Quién sufragaba tan crecidos gastos? Un día en que me atreví á preguntárselo, me respondió:

»—Amigo mío, no te tomes esos cuidados.

»—Lo que yo necesito saber, señora, es de dónde sale el dinero que V. gasta— le dije irritado.

»—¡Por Dios, no grite V. así!.... eso es de mal gasto— dijo en tono zumbón;— eso huele á aldea de una legua. ¡Qué necesidad hay de dar esas voces para entenderse! Veamos: ¿qué es lo que V. quiere?

»—Saber de qué vivimos, ya lo he dicho.

»—Usted vive de su sueldo; yo de lo que tengo.

»—¿Pero quién le da á V. lo que tiene?

»—¡No sé, amigo mío! mi buena suerte; la Providencia; casi todo lo debo; pero dejemos esto. No he querido casarme con V. por tres cosas: la primera, por no ligarlo á mi destino, en el que hay algo de oscuro y de fatal; la segunda, para que jamás se vea obligado á pagar mis

dendas ; la tercera , para que el día en que el uno se canse del otro nos separemos sin ruido y sin angustias : ya ve usted que , rehusando ser su esposa , le ha dado una prueba de cariño no pequeña ; si ahora está V. cansado de nuestras relaciones , puede separarse de mí cuando guste , porque afortunadamente podemos decir : *no es casamiento.*

»Entonces me arrojé á sus piés , y le supliqué que perdonase mi curiosidad : me veía despedido , y esta idea , en vez de despertar mi dignidad , me sumergió en una aflicción desgarradora.

»— Levántate — me dijo ella , volviendo á tomar su lenguaje familiar , que tan fácilmente cambiaba por el de la extrañeza y el enojo ; — no me agradan las comedias domésticas ; prefiero el drama ; si vivo contigo hace un año sin fastidiarme , es porque tu carácter es bueno y razonable ; el día que se malee , me cansaré de tí.

»Algunos meses despues de esta escena , Enriqueta dió á luz una niña ; era tan parecida á mí , y habia visto á su madre tan solitaria , que la acepté como mia : se dió á criar , y Enriqueta se puso buena en breve , pues su delicada salud se habia robustecido durante su embarazo.

»Cuando se levantó , me hizo llamar y me dijo :

»— Lorenzo , he respetado tu amor y tu hija , pero todo lo que he gastado lo debo ; te hago esta aclaracion , como explicacion de mi conducta venidera : voy á aflojar algun tanto los lazos que me unen á tí ; necesito pagar mis deudas y vivir ; si te conviene vivir á mi lado , lo harás como hasta aquí ; si te chocan mis nuevos hábitos , déjame y no te acuerdes de que me has conocido y amado ;

pero nada de escenas de furoros y reconvenciones , porque nada adelantarias ; poseo mi libertad , que no he querido cederte , como sabes , ni ánn por el precio de ser estimada como esposa y madre.

»Yo no respondí ; esperaba que nuestra vida seguiría , poco más ó ménos , como hasta entónçes ; pero esta esperanza no podia ser más vana.

»Poco tardé en ver mi casa , ó mejor dicho , la de Enriqueta , invadida por esa clase de hombres que van paseando sus vicios en carruaje , y que gastan lo que tienen y se arruinan por las cortesanas . El tren de la casa se aumentó con algunos criados más ; ella dejó de comer conmigo , porque siempre tenía convidados ; un hombre grueso y de edad madura se hizo su constante compañero , y no habia dia en que no le encargase diamantes , encajes , terciopelos , ó al ménos un ramillete de doscientos reales.

»Me quejé furiosamente ; pero ella me contestó sólo mostrándome la puerta.

»— Yo — me dijo una vez — no he consentido en mirar al tuyo mi destino ; por lo tanto , soy libre ; tú te has ligado á mí ; demasiado generosa soy que te dejo la misma libertad que me he reservado.

»Una noche en que ella cenaba con algunas amigas suyas y dos ó tres hombres , yo , encerrado en mi cuarto , oía el ruido de la vajilla de plata , el choque de las copas y las ruidosas carcajadas.

» Quise correr al comedor , pero el rubor me contuvo.

— ¿ Quién eres tú ? me dije : — ¿ olvidas que te despedirá de allí como á un criado importuno ? ¿ Quieres que

se burle de tu angustia, de tu desesperacion? ¡No, no!
¡Más vale morir!

» Tomé una caja de pistolas que había comprado, perseguido ya por un tenaz deseo de morir; apliqué una á la sien y disparé, pidiendo perdon, desde lo íntimo de mi alma, á Dios, á mi padre y á Celeste.

» El temblor de mi mano debió sin duda desviar el tiro, que recibí en la mejilla: no temblaba de pavor; estaba convulso de cólera; cuando volví en mí, me hallaba en la sala de presos del hospital y había perdido la razon.

» Cinco años despues me dieron por sano, y salí á la calle más pobre y desvalido que lo había estado nunca: corrí á ver á la fatal mujer causa de todos mis males: había desaparecido envuelta en el torbellino que arrastra á esas vidas sin pasado, sin presente y sin porvenir.

» Despues de la madre, pensé en la hija; fui á verla, y estaba buena, crecida y hermosa.

» Una mano desconocida pagaba cada tres meses los honorarios de la nodriza, la que me dijo que hacia cosa de cuatro años había ido una señora muy hermosa, muy pálida, y que parecia triste y enferma, á ver á la niña; que la había abrazado, llorando, muchas veces, y que le había rogado que la cuidase, pues nunca le faltaria su sueldo como remuneracion de sus desvelos.

» Algunos dias despues del en que había tenido el inefable placer de abrazar á mi hija, salí para América: solo, pobre, sin recursos, ¿qué podia hacer?»

— ¿Y no pensaste en tu padre?— preguntó el vicario dolorosamente;— ¿no recordaste su tierno cariño, su indulgencia, su amor para tí, Lorenzo? ¡Ah! ¡Si hubie-

ras venido entónces, aún hubieras podido evitar su muerte!

— ¡No me atreví!— respondió Lorenzo;— no podia prometerle aún abjurar mis errores; el recuerdo de aquella mujer estaba grabado en mi alma con caractéres de fuego; el silencio, la tranquilidad de esta aldea, me causaban horror: ¡ella no podia estar aquí, y el deseo de hallarla era lo que me impelia á cruzar los mares. ¡Ay, señor! ¡Sólo cuando el porvenir de mi hija me ha inspirado temores es cuando he venido á buscar un refugio seguro y tranquilo bajo el cielo natal!

» Entónces partí en alas de mis locos deseos; recorrí las Antillas en busca de Enriqueta y de pan; á ella no la encontré, pobre arista perdida entre las tempestades de la vida; sólo la mirada de Dios cobija su destino; pero el pan se me ofreció en abundancia.

» Escribí á la nodriza de mi hija mandándole, así que me fué posible, una cantidad de dinero suficiente para los gastos de pensionista en las Salesas Reales, y cuando supe que ya estaba segura en aquel asilo sagrado, un peso enorme se me quitó del corazon.

» Apenas hará un mes que llegué de América, y he traído conmigo oro bastante para asegurar el porvenir de Susana; además me hallo aquí intacta la rica herencia de mi padre; pero la idea de que yo quise poseerla cuando aún vivia él, y de que acaso mi culpable ambicion apresuró su muerte, me hace mirarla con horror, y la cederia toda á los pobres, si no pensara en mi hija, que es inocente y digna de ella.

» No bien llegué á Madrid, corrí á sacar á mi hija del

convento, y por un deseo irresistible de mi alma, la traje bajo el techo de mis padres, imaginándome que no podía traerla á lugar más puro.

» Ahora bien, padre mio: ¿qué debo yo hacer? ¿Volveré á encerrar á mi hija en el asilo de donde la saqué? Eso me parece injusto. ¿Viviré por ella en una populosa ciudad? Esa infeliz niña no tiene madre y le falta, por lo mismo, la guía mejor y más segura para su inexperta juventud.

» Nada conoce del mundo, nada sabe de él; y por cuanto hay de más rico y precioso sobre la tierra, no quisiera que conociera sus engaños, ni que pisára sus senderos de flores, que guardan tantas espinas: cuanto más culpable ha sido la vida de su madre, tanto más pura quisiera yo hacer la suya, y veria realizado el más hermoso de mis sueños si pudiera hallar para ella un esposo habitador de estos campos, y que fuese lo que yo debí ser, si me hubiera casado por dicha mia con Celeste.»

Calló Lorenzo, esperando la respuesta del vicario, y todas sus facciones expresaron la ansiedad más profunda; pero el sacerdote se había recogido dentro de sí mismo, y parecía meditar aquel consejo que debía decidir de la suerte de una criatura inocente y buena.

Entre tanto se oía en el jardín el canto fresco y alegre de Susana, que, bien ajena de que se trataba de su suerte, corria y cogía flores, que luego dejaba en el agua de un límpido riachuelo para que conservasen su frescura.

— Lorenzo — dijo el señor cura — voy á decirte lo que mi corazón y mi conciencia me dictan: creo que de-

bes permanecer aquí en la tranquilidad, y esperar á que el cielo te designe para tu hija ese marido honrado y bueno, hijo del campo, y que la haria dichosa: aquí será su madre la Naturaleza; en las grandes poblaciones no puede una jóven vivir sin madre: en cuanto á tí, borra con beneficios el recuerdo de tus faltas, y estos honrados campesinos las olvidarán, no lo dudes; la sombra de tu padre, aquí presente, y que refleja en estos bosques, ayudará á tu rehabilitacion; sus virtudes abogan por tí, y tambien la inocencia y la hermosura de tu hija. ¿Ves desde esta ventana esa alta y majestuosa encina, á cuyo pié ha brotado un renuevo amarillento y enfermizo? Esa es la imagen de lo que fué tu padre, de lo que has sido tú: él, árbol poderoso de sombra bienhechora, de pura y limpia savia; tú, retoño raquíptico y devorado por el gusano roedor de la vanidad; pero mira bajo la rama enferma brotar otra pequeñita, frondosa y verde, que pronto se cubrirá de flores. Dios ha dado á la nieta mucho de la rica savia del árbol abuelo, y la salud y la vida han pasado á ella. ¿Quién sabe si aún podrá revivir á su enfermo y demacrado padre? Pronto estará llena de vigor y de fuerza, y quizá aquel vigor llegará hasta las venas del enfermo, que ha languidecido durante tantos años; esa rama tierna, fresca, llena de hermosura, que canta cuando la mece la brisa, que ostenta al sol su brillante verdura, esa es la imagen de Susana, y ella devolverá la paz y la tranquilidad á tu alma, cubierta aún con la sombría imagen de su madre.

— ¡ Ah, señor cura! ¡ Ah, padre mio! ¡ Ved aquí las primeras lágrimas que vierto desde que dejé la casa de

mi padre! — exclamó Lorenzo, de cuyos ojos brotaban, en efecto, gruesas lágrimas. — ¿Qué revolucion es ésta que obra en mi alma su palabra llena de calor y de fe? ¿Quién le ha enseñado á consolar así al que sólo veía por todas partes la oscuridad y la duda?

— Sólo te he dicho algunas palabras de verdad, Lorenzo — contestó sencillamente el vicario; — la verdad, antorcha celeste de la razon humana, es lo que más convence, y la sola que cicatriza las llagas que abren culpables ilusiones; creo que mi consejo es bueno y que debes seguirle por tu bien, no ménos que por el de tu hija.

— ¡Oh, sí! ¡le seguiré! — exclamó Lorenzo con entusiasmo. — Soy rico, haré mucho bien: he sido culpable, procuraré que se olviden mis faltas en gracia de mis beneficios; mi hija, padre mio, es el solo bien que me liga á la tierra, la sola ilusion de mi alma, el solo amor de mi existencia: ¡ojalá estos bosques amigos presten sombra á su dicha, y este valle, que me ha visto nacer, sea el asilo seguro que conserve su inocencia y la libre de los peligros del mundo!

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

PARTE SEGUNDA.

I.

PRESAGIOS DE TORMENTA.

Pasemos un año, lector mio, y aún dos meses más, si tú quieres, y vamos á la avenida de los sauces, en la tarde de un domingo de primavera y á eso de las cinco, y te mostraré el cuadro más bello que pueda admirar tu fantasía, aunque seas poeta ó pintor.

En la avenida de los sauces fué donde Celeste, la hija de Juan María, exhaló el último aliento, minada por la pena devoradora de un amor sin esperanza; allí vió á su amante por primera vez, y allí quiso morir cuando perdió la esperanza de verle.

Era un sitio agreste, en extremo fresco y lleno de una alegría y pureza que no pueden describirse.

Brotaba una fuentecilla de agua cristalina y murmuradora, á cuya orilla habia plantado Pedro, para que divirtiesen los tristes ojos de su hermana, algunas plantas de azucenas: las primitivas habian muerto ya; pero

mi padre! — exclamó Lorenzo, de cuyos ojos brotaban, en efecto, gruesas lágrimas. — ¿Qué revolucion es ésta que obra en mi alma su palabra llena de calor y de fe? ¿Quién le ha enseñado á consolar así al que sólo veía por todas partes la oscuridad y la duda?

— Sólo te he dicho algunas palabras de verdad, Lorenzo — contestó sencillamente el vicario; — la verdad, antorcha celeste de la razon humana, es lo que más convence, y la sola que cicatriza las llagas que abren culpables ilusiones; creo que mi consejo es bueno y que debes seguirle por tu bien, no ménos que por el de tu hija.

— ¡Oh, sí! ¡le seguiré! — exclamó Lorenzo con entusiasmo. — Soy rico, haré mucho bien: he sido culpable, procuraré que se olviden mis faltas en gracia de mis beneficios; mi hija, padre mio, es el solo bien que me liga á la tierra, la sola ilusion de mi alma, el solo amor de mi existencia: ¡ojalá estos bosques amigos presten sombra á su dicha, y este valle, que me ha visto nacer, sea el asilo seguro que conserve su inocencia y la libre de los peligros del mundo!

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

PARTE SEGUNDA.

I.

PRESAGIOS DE TORMENTA.

Pasemos un año, lector mio, y aún dos meses más, si tú quieres, y vamos á la avenida de los sauces, en la tarde de un domingo de primavera y á eso de las cinco, y te mostraré el cuadro más bello que pueda admirar tu fantasía, aunque seas poeta ó pintor.

En la avenida de los sauces fué donde Celeste, la hija de Juan María, exhaló el último aliento, minada por la pena devoradora de un amor sin esperanza; allí vió á su amante por primera vez, y allí quiso morir cuando perdió la esperanza de verle.

Era un sitio agreste, en extremo fresco y lleno de una alegría y pureza que no pueden describirse.

Brotaba una fuentecilla de agua cristalina y murmuradora, á cuya orilla habia plantado Pedro, para que divirtiesen los tristes ojos de su hermana, algunas plantas de azucenas: las primitivas habian muerto ya; pero

¿aún había otras heredaderas de la belleza y perfume de sus abuelas.

Cada año aparecía allí una nueva familia de galanas flores, que embalsamaban el ambiente con su suave y delicado aroma; pero desde aquel año las azucenas tenían otras flores compañeras y no ménos ricas en belleza y en perfume.

Eran las que brotaban de un rosal que había plantado Pedro cuando nació su amor por Marta, para que hasta las flores que ésta pusiese en sus trenzas los domingos, las debiese á su cuidado.

El rosal había dado rica cosecha: era la primavera, y grandes mazorcas de rosas bajaban á mirarse en el cristal de la fuente, dejando caer, las que morían, sus hojas en el agua, y desapareciendo luégo entre las fugitivas y murmuradoras ondas del arroyo.

En la tarde de que te voy hablando, lector mío, Pedro, sentado al lado del rosal y en la húmeda tierra, recogía con semblante grave, pero en el que se retrataba la calma y la dicha, las frescas y aromosas hojas de una rosa que el día anterior por la mañana se había abierto, y que estaba próxima á terminar su corta vida.

Conforme desprendía las hojas, con un cuidado prolijo y exquisito, las depositaba en una bolsita de papel blanco.

Al lado de las rosas y azucenas, y más bella que las flores, estaba Marta, sentada en el cortado tronco de una gruesa encina y teniendo sobre su falda un niño como de tres á cuatro meses de edad.

Las largas y flexibles ramas de un sauce daban som-

bra á la jóven, se doblaban melancólicamente y besaban su blanco cuello inclinado sobre su hijo, que dormía, y las apretadas trenzas de sus cabellos castaños, recogidos en una larga aguja de plata.

Una rosa fresca y recién abierta, adornada de dos ramitas verdes, estaba prendida entre las ondas de aquella rica cabellera.

Marta vestía un traje de percal á grandes cuadros, lila, blancos y verdes; dejaba ver sus piecitos cruzados, calzados con media blanca de hilo fino como la seda, y con zapato de raso negro adornado de un lazo.

Un corpiño de terciopelo negro, de manga ajustada, hacía resaltar la rosada blancura del cútis de la jóven, que era de cara algo trigueña, pero de garganta y seno blancos como la leche.

Sobre el corpiño se cruzaba un pañuelo blanco, de muselina, cuyas puntas, despues de estar graciosamente prendidas en la cintura, desaparecían bajo los pliegues de un delantal de raso azul oscuro.

El traje de domingo de Marta era fresco y encantador, como ya lo he dicho ántes.

El niño que descansaba sobre sus rodillas parecía enfermo, ó muy delicado al ménos; un día que había ido Marta á buscar agua á la fuente, hallándose ya encinta y bastante avanzado su embarazo, vió salir de improviso de entre unos matorrales al hijo de *el Romo*, completamente embriagado, y dando chillidos como un animal salvaje.

El aspecto del idiota era tan feroz, brillaban sus vidriosos ojos de una manera tan fosforescente, que Marta,

amedrentada, echó á correr al ver que el idiota iba hácia ella : así la jóven, como todos los vecinos de Cabañas, sabían que cuando el monstruoso muchacho estaba embriagado, se despertaba en él el instinto sanguinario, que le hacía sacrificar á los pobres animales que podía haber á las manos.

Aquella funesta exaltacion iba creciendo cada dia, y ya se extendia tambien á los niños de la aldea, á los que golpeaba con un placer bárbaro, en tanto que acompañaba los golpes con una risa dañina y con su canto gutural. Marta, al verle ir hácia ella bamboleándose y con una gruesa estaca en la mano, creyó, y no sin razon, que iba á sacndirla, y echó á huir dando alaridos penetrantes y soltando su cántaro, que se hizo mil pedazos.

Unos brazos la recogieron casi exánime ; se volvió, y vió á Mariano que salia de un campo inmediato.

Entónces se separó de él, por un movimiento de púdica dignidad, y emprendió el camino de su casa, en tanto que él la seguía con una torva mirada.

Cuando Marta dió á luz á su hijo, fueron visibles las consecuencias de su terrible susto.

El niño nació pequeño y endeble, aunque muy hermoso de rostro ; y sólo los enidados de que le rodeaba su madre podían sostener su frágil vida.

Cerca de Marta se apoyaba Mariano en el añoso tronco de otro viejo sauce ; vestia con gran lujo, y su sombría mirada envolvía, por decirlo así, á la jóven madre y su hijo.

Marta, para sustraerse á la influencia de aquella mi-

rada amarga y tenaz, ora miraba al niño, ora á su marido, que parecía absorto en su tarea.

Pedro estaba desconocido ; la expresion torva de su semblante se habia cambiado en otra de dicha plácida y serena ; sus hermosos y abundantes cabellos, cuidadosamente alisados, dejaban descubierta su ancha frente ; sus ojos brillaban con la doble é incomparable luz del amor y del cariño paternal ; su boca, aunque cerrada, mostraba que sonreía con frecuencia ; vestia muy bien, y de cuando en cuando dirigia una dulce mirada á Marta, que en cambio le devolvía una sonrisa.

Completaba el cuadro la exigua figura de la tia Potamiana, madre de Marta, sentada, ó más bien, acurrucada cerca de Mariano.

Era una vieja pequeña y flaca : su cara parecía de pergamino, lo mismo que sus manos, aunque acusaban la más absoluta ociosidad ; bajo sus cejas canosas y blancas relucian, más bien que brillaban, dos ojillos grises y perversos ; su nariz, larga y corva como el pico de un ave de rapiña, se inclinaba hácia su barba, que á su vez subía á buscar á la nariz, para ahorrarle la mitad de la bajada ; entre las dos se veía una boca pequeña y humida.

La tia Potamiana ya no iba andrajosa : la mano pródiga de Pedro se habia extendido tambien hasta aquella anciana abyecta y miserable ; y aunque los severos padres, Juan María y Joaquina, no le daban entrada en su casa, ella se pegaba á los jóvenes esposos siempre que podia, para pedirles algo con que sostener su eterno vicio de beber vino.

De vez en cuando la mirada de Mariano se separaba de Marta y se cruzaba con la de su madre.

Aquellas dos miradas daban miedo; pero aún era más pavorosa la de la vieja que la del joven.

— Marta — dijo de súbito Pedro, volviéndose á su mujer y mostrándole una rosa — ¿deshoja ésta?

— ¡No, que es lástima! — respondió ella.

— Pues, hija, la dejó; pero ya poco ha de durar.

— Mañana la deshojarás.

— ¡Canastos con la diversion! — gruñó la tía Potamiana entre mueca y mueca, pues todas ménos dos habían desertado en compañía de los dientes. — ¿Cuándo se acaba de llenar la dichosa almohada?

— Aun falta — respondió con flema Pedro.

— Pero, madre, ¿que se le da á V. de eso? — preguntó Marta. — ¡Se toma V. unas penas más tontas!

— Me las tomo, porque da grima ver á un hombron como á un San Cristóbal, recoger hojas de rosa para hacer una almohadita á un niño!

— Pero ¡si él se divierte así!

— ¡Ya, ya! eso es sobra de tiempo y falta de cuidados.

— Vaya, madre, cálese V. la boca y vaya á recogerse, que ya es hora — dijo Marta, en tanto que su marido se reía bondadosamente.

— Déjala, mujer, déjala — dijo Pedro; — si no habla-se, reventaba tu madre.

— ¡Pa eso á la tuya paice que el rey le guarda los puercos! — respondió amoscada la tía Potamiana; — ¡ni me da la palabra de Dios!

— Señora — respondió Pedro — es menester que usted se guarde muy bien de nombrar á mi madre, ¿estamos? No le habla á V., yo sé por qué, y V. lo sabe mejor.

— Pedro, ¿ahora vas á hacerle caso? — exclamó Marta. — ¿No conoces su genio? Hay que dejarla, como ántes me decias tú á mí, del mismo modo que se deja á un niño.

— Algunas veces hay tambien que atarla corto — respondió el labrador echando sobre la vieja una mirada de enojo — porque si no, se desmanda; pero vamos, vamos, Marta, voy á darte la merienda.

— ¡Qué! ¿me has traído de merendar?

— ¡Pues no! Ahora tienes que comer para dos.

Pedro se levantó y se dirigió á unas frondosas matas situadas á pocos pasos de allí, de donde sacó un envoltorio que tenía por funda una servilleta muy blanca.

— Madre arregló esto — dijo — y creo que te gustará, porque ella sabe todo lo que te gusta á tí.... y si no, mira: aquí hay una hermosa magra, una torta, un pedazo de queso y cerezas; vamos, vamos, come.

— Siéntate aquí, y comerémos los dos — dijo Marta.

— No, es para tí sola.

— Pues si te empeñas en eso, no comeré nada.

— Vamos allá; lo probaré por hacerte compañía.

— Mariano, ¿quieres tú merendar con nosotros — preguntó la joven volviendo con visible trabajo los ojos hácia su cuñado; vén y toma un bocadito, y V., madre, acérquese tambien.

— Gracias — contestó Mariano friamente.

— No tengo ganas — respondió la vieja con despecho;

pues aquella mendiga repugnante y viciosa tenía una envidia feroz de la buena armonía que reinaba en el joven matrimonio.

Acaso el lector se admire, despues de haber vislumbrado el carácter de Marta, de que pudiera hacer feliz á Pedro, pero, sin embargo, era así; aunque su pasión por Mariano no se hubiera apagado, porque era el objeto de su amor, al ménos se habia cubierto de cenizas tan frías y compactas, que sólo revolviéndolas una mano alevosa podian volver á descubrir el fuego que bajo ellas ardía.

El honrado proceder de Pedro, el extremado cariño que le manifestaba, su prudencia, su generosidad, su abnegacion, habian despertado en el alma joven é inocente de Marta sentimientos dulces y graves; poco á poco habia ido su marido haciéndose dueño de su corazón; pero tenía á su lado dos tentadores incansables, y que acechaban á todas horas el instante de perderla.

De estos dos enemigos formidables el más terrible era su madre, que, halagada y seducida por las magníficas ofertas de Mariano, deseaba deber á su hija la comodidad y la embriaguez continúa; el otro enemigo era el mismo Mariano, que acechaba su presa con incansable afán y con una paciencia amarga y sombría.

Cuando los esposos vieron que ni uno ni otro querian tomar parte en su merienda, se pusieron á comer tranquilamente.

Pedro, á pesar de su primera negativa, comia con bastante apetito; de repente se volvió á su hermano, y le dijo:

—¿Cómo van tus amoríos?

—¿Qué amoríos?

—¿Tienes acaso muchos? Yo sólo sé de unos que más quisiera no saberlos.

Mariano se encogió de hombros, y su cara, que se habia puesto pálida á la primera pregunta de su hermano, se volvió del color de la púrpura.

—Razon tienes para avergonzarte— prosiguió Pedro; —dicen que esa muchacha es muy hermosa; pero á pesar de todo, es la hija de Lorenzo, el que ocasionó la muerte de nuestra hermana, y á no ser porque ella me mandó que le perdonase, y porque sé que todo cristiano debe perdonar, á estas horas ya esa chica no tendría padre.

Marta se estremeció al oír hablar con tal seguridad de los amores de Mariano; la ceniza abria su capa, y saltaban las primeras chispas del fuego, avivadas por el agudo dolor de los celos.

—Ya sé que esa chiquilla es muy rica y ése es el mayor mérito para tí, que eres un mandria— prosiguió Pedro; —desde que hemos partido la hacienda, la tuya va á ménos, y dentro de poco habrás de comer de la porción de nuestros padres que administro yo; pero por mucho que tenga ella, debias pensar en dos cosas: en que es hija de una perdida, y en que una buena parte de sus riquezas ha venido á ella por la muerte de su abuelo, causada por su padre.

Un grito agudo, seguido de otros dos ó tres más dolorosos todavía, cortaron las palabras de Pedro.

—En nombrando al rey de Roma— dijo la vieja Potamiana— ya asoma.

En efecto, un instante despues, se precipitó en la plazuela una jóven, con el cabello suelto, pálida y jadeante de miedo y de fatiga.

— ¡ Ah ! ¡ piedad ! ¡ socorro ! — exclamó con angustia. — ¡ Ese chico horrible viene tras de mí !.... ¡ En todas partes le veo, y no puedo separarme un instante del lado de mi padre, sin que él me persiga !

Y la jóven se dejó caer al pié de un árbol y fijó en Mariano una mirada suplicante, mostrándole con una señal muda y elocuente el sitio por donde habia entrado.

Pedro desvió los ojos con disgusto de la recién llegada ; era Susana, la hija de Lorenzo.

Marta, por el contrario, se volvió á ella, y le preguntó afablemente :

— ¿ Ha hecho de las suyas *el Romico* ?

— Sí — respondió la pobre niña, que temblaba aún ; — es decir, el hacer de las suyas conmigo es perseguirme sin cesar ; adonde quiera que voy, viene tras de mí ; ahora se ha quedado ahí, á la entrada de ese sendero escondido entre unas matas.

Mariano se acercó al sitio que indicaba Susana, y lo examinó con cuidado, tardando muy poco en descubrir la grotesca figura del idiota, que acechaba con ojos fosforescentes todas las palabras y todos los movimientos de la niña.

Pero tardó muy poco en apercibirse de que le estaban observando, y entónces cambió por completo la expresión de su fisonomía : puso una cara muy compungida ; sacó de entre los asquerosos pliegues de su camisa un

frasco lleno de vino, y se puso á beber á pequeños sorbos, alternando sus libaciones con una cancion extraña y gutural.

Mariano se acercó á él y le sacudió un fuerte puntapié ; pero el idiota no se levantó de su sitio, sino que se dejó caer en tierra dando gritos roncocos y llenos de ira y de sorda cólera.

— Vamos á casa, Marta — dijo Pedro ; — no me gusta que oigas esos graznidos, que te dan miedo y te hacen poner descolorida.

— Si quieres, Susana — dijo Marta — te dejaremos de paso en el cortijo.

— ¡ Oh, sí ! y mil gracias — contestó la jóven ; — si no, ese chico será capaz de pegarme ; vamos.

Susana, llena de temor, se asió al brazo de Marta, la que, despues de un débil *buenas tardes*, dirigido á Mariano, salió de la avenida de los sauces sin mirarle siquiera.

Pedro tomó al niño y echó á andar delante de los dos jóvenes, llevando cuidadosamente en una de sus manos el envoltorio de papel que contenia las hojas de rosas.

Al ver que se alejaban, la tia Potamiana se levantó y se acercó renqueando á Marta y á su compañera.

— Vamos, carita de rosa — dijo á ésta — ¿ no hay unos cuartos en el bolsillo para la pobre vieja ?

La jóven metió la mano en el bolsillo de su vestido de percal y sacó algunas monedas de cobre, que dejó caer en la mano demacrada de la vieja.

— Tú, vén á curarme mañana temprano, mala hija

—dijo despues mirando á Marta;— ya hace dos dias que me curo sola, y la llaga se me va poniendo peor.

—Mañana iré sin falta—respondió la jóven, que se hallaba bastante léjos.

—Susana—dijo Marta despues, volviéndose hácia Pedro;— haces muy mal en dar dinero á mi madre siempre que te pide: ya sabes que es sólo para beber vino, porque nada le hace falta.

—Ya lo sé—respondió la jóven;—pero ¿qué quieres? Mi padre dice que no se debe negar nada á los pobres, si es que se tiene.

—Tu padre da mucho, ya lo sé; hace mucho bien, y lo mismo tú; pero ni él ni tú debiais dar un enarto á mi madre, porque así su vicio de beber vino va á más en lugar de ir á ménos.

Llegaban entónces á la puerta del cortijo. Pedro se habia adelantado mucho para no ver la que él llamaba la *casa maldita*.

Susana entró en ella, y los dos esposos siguieron hasta la suya.

—Marta—dijo Pedro—¿por qué hablas con esa muchacha? ¿No sabes que, así á ella como á su padre, los aborrezco yo?

—¡Pobres! ¿y por qué?—preguntó la jóven;—si el padre os ha ofendido á tu familia y á tí, ahora hace mucho bien.

—Á nosotros no nos hace ninguno, ni lo necesitamos. Marta no contestó nada, y los dos esposos entraron en la espaciosa cocina de casa de Juan María, donde ya los esperaban impacientes los dos abuelos.

Joaquina tomó al niño, y lo despertó haciéndole caricias; Pedro fué á sentarse al lado de su padre, y sacó un grueso cigarro de papel, que le dió luégo encendido.

II.

ORO Y SANGRE.

En la avenida de los sauces quedaron solos Mariano y la tía Potamiana, sin contar al *Romico*, que tendido entre unos hojaranzos, berreaba de enojo y de rabia impotente, desde que Mariano le habia aplicado su vigoroso correctivo.

La luna habia ya aparecido en el sereno azul del cielo, y su pura y blanca luz iba reemplazando las últimas luces del dia.

Mariano, molestado por los quejidos del idiota, volvió á acercarse donde estaba, y le hizo levantar, sacudiéndole rudamente por un brazo.

—Te vas á marchar ahora mismo de aquí—le dijo—ó te voy á dar de golpes.

El chico se retiró algunos pasos, y este movimiento hizo caer al suelo el frasco de cristal que habia sacado del pecho para beber en la soledad de su rincon, y que en vez de contener vino, como de costumbre, aquella tarde estaba lleno de aguardiente.

Al verle caer, se volvió con rapidez; pero Mariano, más ligero, se apoderó del frasco y le dió un empujón que le hizo andar sin gana algunos pasos; luégo quedó

inmóvil, y por fin se alejó lleno de miedo y sollozando roncamente.

Mariano volvió al lado de la vieja: en su mano brillaba el frasco de cristal á los rayos de la luna.

—Vamos—dijo—ya podemos hablar sin recelo, pues he ahuyentado de ahí á ese pajarraco y estamos solos.

—¿Y qué es eso que llevas en la mano?—preguntó la tía Patomiana, que ya sabía demasiado lo que era.

—Un frasco de aguardiente; pero acabemos, que es ya hora de cenar, y en mi casa me estarán echando de ménos.

—Dame, dame el frasco.

—Tómele V., y á ver si acabamos.

En aquel momento el idiota, que ya habia dado algunos pasos en dirección á la aldea, volvió, arrastrándose por entre los setos como una culebra, y se colocó de nuevo entre los hojaranzos, pero tan quedito, que nadie le sintió.

Entre tanto, la tía Patomiana tenía en la mano el frasco del aguardiente.

—¡Ah, sí! le conozco—dijo;—ese mandria debe haberlo robado en la cantina de abajo: no es del todo malo, aunque un poco flojo.

Y la repugnante vieja se echó el frasco á pechos, apurando casi todo su contenido.

—¡Diablo!—dijo despues, relamiendo sus delgados labios como un gato que ha comido un manjar muy picante:—¡diablo, diablo! es más fuerte de lo que yo pensaba! Conque vamos al asunto: ¿tú quieres hablar un rato á solas con Marta, ¿verdad?

—Eso quiero.

—Podrás lograrlo; pero algo te ha de costar.

—¿Cuánto?

—Lo ménos, veinte duros; hijo, de este negocio he de sacar dos cosas: primera y *prencipal*, pan, cerdo y judías *pa* todo el año, y ademas vino y aguardiente; segunda, dar que mascar y vengarme de ese bestia de Pedro, que me trata como á perro con sarna, y de tu madre, que no me deja poner los piés en su casa: eso es; *las cosas claras y el chocolate espeso*; mi hija es mi hija; ya que ella me *desprecia y no hace fuerza de vela* para que me reciban en vuestra casa, y no me sirve *pa* nada de un modo, que me sirva de otro.

—Vamos; conque, claro, ¿qué es lo que V. quiere?

—preguntó Mariano al ver que la vieja, por efecto de la debilidad de su estómago, tenía todo el aguardiente en la cabeza y empezaba á desbarrar.

—¿Qué quiero? Yo te lo iré diciendo: dame ahora veinte duros, y mañana vén á mi casa y podrás hablar á Marta.

Mariano desató su faja de seda, y sacó de la punta cuatro monedas, que brillaron á los rayos de la luna.

El idiota asomó por el matorral su enorme cabeza, y gruñó entre sus largos dientes:

—¡Oro, oro!

—Ahí va—dijo Mariano;—pero mañana á las siete estoy en su casa de V., y no me voy sin haber hablado con Marta.

—Eso es muy puesto en razon.

—Hasta mañana, pues.

La vieja no respondió nada á estas palabras: se ocu-

paba con un afán ansioso de examinar las monedas de oro, primeras que había poseído en toda su vida.

Luégo, por esa costumbre de las ancianas malas, viciosas y ladinas, se puso á hablar sola y á media voz, animada además por los vapores que se revolvían en su cerebro, excitado por el aguardiente.

—¡Cuánto vino!—murmuró—¡cuánto aguardiente! ¡ya no tendré que pedir fiado á la cantina! ¡ya no tendré que pedir á nadie dinero!..... ¡Bueno!..... es la primera cosa que ha hecho Marta por mí..... y eso sin saberlo, porque si lo hubiera sabido, aunque rabia por ver á ése, no pondría los piés en mi casa..... le tiembla al bestia de su marido..... ¡como si el dar un rato de *palique* á un hombre que la quiere bien, fuese tan gran delito!.....

Pero, vamos; acabaré el aguardiente que queda, y me iré á que me llenen el frasco en la cantina ántes de que cierren.

Apuró, en efecto, el resto de la bebida, y despues tomó su palo para alejarse de allí, lo que ofrecía no poca dificultad á causa del estado de su cabeza, débil y turbada por el aguardiente.

Despues de la avenida de los sauces el terreno tenía un gran declive, ó mejor dicho, una rampa pedregosa, que llevaba á un inmenso viñedo dividido en porciones, y que pertenecía á diferentes vecinos del pueblo.

La tía Potamiana, apoyada en su palo, iba bajando trabajosamente la plazoleta en declive; los años, y sobre todo, el licor espirituoso que había bebido, entorpecían su paso; la cabeza le pesaba más que los piés, y se le bamboleaba de una manera horrorosa.

Pasó vacilando y haciendo eses por delante de la es-

pecie de jara en que estaba oculto *el Romico*, y no vió levantarse la monstruosa figura del muchacho, casi oculta aún por las hierbas.

Al llegar á la rampa, que bruscamente bajaba al viñedo, la anciana comprendió el peligro, y trató de afirmar bien los piés, que se le deslizaban más de lo que ella hubiera querido; entónces, la figura que había salido de entre las ramas acabó de levantarse, estúpida y á un tiempo amenazadora.

Brillaron, á la luz de la luna, los vidriados ojos y los largos dientes de *el Romico*, contraídos por una sonrisa feroz; salió del todo de la jara, extendió sus desmesurados brazos y los apoyó con furia en la flaca espalda de la vieja, que rodó desvanecida.

Un largo gemido se confundió con el susurro de las verdes hojas del viñedo, del otro lado de la rampa: el idiota se descolgó á la hondonada, con una rapidez pasmosa, asiéndose á las piedras con sus largas y huesosas manos, y se acercó, andando á gatas, al cuerpo ya exánime de la tía Potamiana.

Buscó el bolsillo de su vestido, tarareando en voz muy baja una de sus estúpidas canciones, y halló las monedas envueltas en un trapo.

Luégo, sin volver á subir á la avenida, se deslizó como una culebra á lo largo del viñedo, y salió al camino sin dejar de cantar.

El cuerpo de la madre de Marta quedó allí, inmóvil y embargado por el sueño de la muerte.

Dios no quiso que aquella madre culpable viviese despues de vender la honra de su hija.

Á la mañana siguiente se halló el cadáver, no sabiendo nadie que Mariano le habia dado las monedas de oro, ni aún se sospechó que la habian asesinado para robarla.

Greyóse que, embriagada, según costumbre, habia rodado al viñedo.

El mismo Mariano pensó buenamente que le habrian hallado el precio de la seducción de Marta; pero no se atrevió á preguntar por él, y se resignó á que lo echáran en el cepillo de los pobres.

Sólo *el Romico* sabía la verdad, y aquel secreto de oro y sangre quedó sepultado entre las oscuras nieblas de su inteligencia.

El cantinero se admiró algún tanto de verle ir cada día á buscar vino y aguardiente, y no ménos de haberle tenido que cambiar una moneda de oro; pero se dijo con la mayor buena fe:

— ¡Bah! ¡ nada hay más sencillo! Lorenzo, que desde que ha llegado se divierte en desparramar el dinero, le habrá dado esa moneda para que no le pida y le deje en paz por mucho tiempo.

III.

Marta lloró á su madre: era una alma tierna y débil, que no amaba el bien lo bastante, ni se resolvía al mal, por una especie de temor.

Vistió luto, y se halló más bonita que nunca. Á pesar de ser esposa y madre, su vanidad y presuncion eran siempre las mismas.

Sólo una cosa la preocupaba algún tanto: la mala salud de su niño, que seguía débil y enfermizo.

El médico de la vecina villa, pues en Cabañas no lo habia, habia mandado que se le acostase, para fortalecerle, en un colchoncito y almohada rellenos ambos de hierbas aromáticas desecadas al sol.

Juan María y Pedro habian escogido, con el cuidado más afanoso, tiernas matitas de sándalo, toronjil, albahaca y hierbabuena para la cama perfumada del pequeño enfermo; y habiendo oido al doctor que sería bueno mezclar también algunas hojas de rosa, declararon la guerra á todos los rosales del huerto: la abuela opinó que sería excelente idea la de mezclar algunas pasionarias, y habiéndolo aprobado por unanimidad, se encargó ella misma de buscarlas.

Pronto estuvo la camita dispuesta en una cuna de mimbres: las sabanitas, cortadas por la abuela de una muy fina y ya usada de su lecho matrimonial, para que fuesen más suaves, se extendieron sobre el aromado colchoncillo, y á la almohadita se le puso una funda de la misma tela.

Un domingo que se hallaba Pedro sentado al lado de la cama del niño, y que le miraba con tristeza dijo de repente:

— Esta camita no huele todo lo bien que yo creía: el almohadon en que el niño descansa la cabeza debia estar del todo relleno de rosas.

— ¿Cómo puede ser eso? — preguntó Marta; — para conseguirlo se necesitarian muchísimas.

— Yo se lo haré, y sólo con las hojas de aquel rosal

Á la mañana siguiente se halló el cadáver, no sabiendo nadie que Mariano le habia dado las monedas de oro, ni áun se sospechó que la habian asesinado para robarla.

Greyóse que, embriagada, segun costumbre, habia rodado al viñedo.

El mismo Mariano pensó buenamente que le habrian hallado el precio de la seducción de Marta; pero no se atrevió á preguntar por él, y se resignó á que lo echáran en el cepillo de los pobres.

Sólo *el Romico* sabía la verdad, y aquel secreto de oro y sangre quedó sepultado entre las oscuras nieblas de su inteligencia.

El cantinero se admiró algun tanto de verle ir cada día á bnsicar vino y aguardiente, y no ménos de haberle tenido que cambiar una moneda de oro; pero se dijo con la mayor buena fe:

— ¡Bah! ¡ nada hay más sencillo! Lorenzo, que desde que ha llegado se divierte en desparramar el dinero, le habrá dado esa moneda para que no le pida y le deje en paz por mucho tiempo.

III.

Marta lloró á su madre: era una alma tierna y débil, que no amaba el bien lo bastante, ni se resolvía al mal, por una especie de temor.

Vistió luto, y se halló más bonita que nunca. Á pesar de ser esposa y madre, su vanidad y presuncion eran siempre las mismas.

Sólo una cosa la preocupaba algun tanto: la mala salud de su niño, que seguía débil y enfermizo.

El médico de la vecina villa, pues en Cabañas no lo habia, habia mandado que se le acostase, para fortalecerle, en un colchoncito y almohada rellenos ambos de hierbas aromáticas desecadas al sol.

Juan María y Pedro habian escogido, con el cuidado más afanoso, tiernas matitas de sándalo, toronjil, albahaca y hierbabuena para la cama perfumada del pequeño enfermo; y habiendo oido al doctor que sería bueno mezclar tambien algunas hojas de rosa, declararon la guerra á todos los rosales del huerto: la abuela opinó que sería excelente idea la de mezclar algunas pasionarias, y habiéndolo aprobado por unanimidad, se encargó ella misma de buscarlas.

Pronto estuvo la camita dispuesta en una cuna de mimbres: las sabanitas, cortadas por la abuela de una muy fina y ya usada de su lecho matrimonial, para que fuesen más suaves, se extendieron sobre el aromado colchoncillo, y á la almohadita se le puso una funda de la misma tela.

Un domingo que se hallaba Pedro sentado al lado de la cama del niño, y que le miraba con tristeza dijo de repente:

— Esta camita no huele todo lo bien que yo creía: el almohadon en que el niño descansa la cabeza debia estar del todo relleno de rosas.

— ¿Cómo puede ser eso? — preguntó Marta; — para conseguirlo se necesitarian muchísimas.

— Yo se lo haré, y sólo con las hojas de aquel rosal

que planté para tí en la avenida de los sauces. Dios parece que ha echado sobre él su bendición, según las que promete tener.

—¿Y habrá bastantes?

—Creo que sí: el almohadon del niño ha de ser pequeño; y mira, Marta, creo que las hojas de ese rosal han de tener el poder de aliviar los padecimientos de la cabeza de nuestro hijo: algunas veces he bendecido á Dios, con lágrimas de agradecimiento por haber permitido al fin que tú me quisieras: ¿te acuerdas del miedo que me tenías ántes de decirte que yo te quería?

—¡Ya lo creo que me acuerdo!—respondió Marta;— ¡como que no hacías más que regañarme, y me ponías tan mala cara!

—Pues mira, era que me enrabiaaba el quererte tanto como te quería.

—Y eso ¿por qué?

—No creía yo casarme nunca; y ¿te acuerdas del día en que dijiste que te querías marchar de casa?

—Sí—respondió Marta ruborizada, porque recordaba bien que el tal deseo sólo había sido una estratagemata para ver á dónde llegaba el amor de Mariano, y si podía decidírle á hablar de matrimonio.

—Aquel día—prosignió Pedro—conoci al fin cuánto te quería: al pensar en que podía dejar de verte, me pareció que la luz y todo iba á faltarme; y para que no te fueras te dije que me quería casar contigo, la verdad, sin pensar que tú me dijeras que sí; por eso te digo que muchas veces, al cuidar el rosalito, he llorado de agradecimiento, porque Dios había permitido que quisieras

ser mi mujer; y las hojas de esas rosas, sobre las que yo he rezado llorando, no lo dudas, aliviarán la cabeza de nuestro pobre chiquitín.

Pedro espíó, pues, con sumo cuidado, el instante en que cada rosa abría su capullo, despues contaba cada uno de los días de su vida, y así que abría del todo su seno á las caricias de la brisa, la cortaba y la deshojaba, guardando como un tesoro sus suaves y aterciopeladas hojas en un saquito de tela de hilo cosido por Marta.

Una de estas tardes era aquella en que los hemos encontrado en la avenida de los sauces guardando las hojas en un papel.

Entre tanto, en casa de Lorenzo había habido tambien alguna mudanza.

Los aldeanos jóvenes, que no participaban sino de una manera muy débil de la animadversión de sus padres contra el asesino de Celeste, y que debían á éste grandes beneficios en adelantos de dinero para comprar grano con que sembrar sus tierras, se habían ido poco á poco acostumbrando á ir á su casa.

Animábalos además el ejemplo del señor cura, que visitaba tambien casi diariamente al Rico, pues Lorenzo había heredado el apodo de su padre.

Muchas veces había intentado el vicario reconciliar á Juan María y su familia con Lorenzo, pero inútilmente.

—Dios nos manda perdonar—respondía siempre el antiguo alcalde;—pero no nos fuerza á tratar con nuestros enemigos: ni mis hijos ni yo deseamos mal

ninguno á ese hombre: si tuviera hambre le socorriamos: pero su vista nos hace daño y no queremos buscarla.

Una noche en que el señor cura fué un rato á casa del *Rico*, halló la fisonomía de éste revestida de una satisfacción extraña en él: preguntóle la causa con interes, y le respondió:

—Es bien extraña, padre mio: Mariano, el hijo menor de Juan María, quiere á mi hija.

—¡Oh Dios mio! —exclamó el vicario;— ¿se valdrá de este medio tu bondad para apagar la tea de la discordia entre estas dos familias?

—Sólo lo sé hasta ahora —prosiguió Lorenzo— porque me lo ha dicho mi hija: la pobre niña quiere á ese jóven con toda la fuerza, con todo el entusiasmo de su primer amor.

—¿Y él? —pregunto el vicario.

—Segun dice mi hija, él la ama tambien.

—Tanto mejor; pero escucha, Lorenzo: el carácter de ese jóven es poco franco y poco sincero: no dudo yo que el cariño de tu hija obre en él una trasformacion: á la edad de Mariano es muy fácil mejorar, y no hay cosa que no consiga el amor. No obstante, hasta que él te pida su hija no te entregues á lisonjeras esperanzas.

El tiempo confirmó las palabras del venerable sacerdote: Mariano se contentaba con buscar todas las ocasiones de ver á Susana, pero huía de aquellas en que hubiera podido ir á su casa: algun otro plan se agitaba en su interior que le hacía huir de todo compromiso demasiado ostensible.

Desde el casamiento de Pedro se habia partido la hacienda en tres partes iguales.

Una pertenecia á Juan María y á su esposa, en tanto que vivieran.

La otra á Pedro.

La tercera á Mariano.

Muertos los padres, su parte debia repartirse como herencia y con rigurosa equidad entre los dos hermanos.

Despues de las particiones, Juan María dijo á sus hijos con acento grave:

—Ahora, trabajad y aumentad lo que os he dado: mucho sudor me ha costado adquirirlo para vosotros, hijos míos; pero, á Dios gracias, he podido dejaros bien: el que quiera de vosotros dos se encargará de cuidar de la parte de vuestra madre y mia.

Lo natural era que los dos hermanos se hubieran repartido aquel trabajo; pero Pedro se adelantó y dijo:

—Padre, yo trabajaré solo y haré prosperar la hacienda de V. y de mi madre.

—Ya corre, pues, por tu cuenta, hijo —repuso el viejo labrador, echando una mirada severa sobre su hijo menor, que á nada se habia brindado;— cuida de ella y manda en todo como en lo tuyo: con tal que nos deis de comer, Marta y tú, y que deis á vuestra madre algun dinerillo, porque la pobre siempre ha tenido algo, no pido más.

—Éste siempre sabe lo que se hace —dijo bruscamente Mariano.

—¿Quieres tú cuidar de la hacienda de padre? —dijo Pedro con todo el candor de su buena fe;— ¿quieres que la trabajemos entre los dos?

— ¡Ni lo uno ni lo otro! — exclamó Joaquina con enfado: — tú, Pedro, y nada más que tú, has de mirar por tus viejos padres: ya conozeo yo á ese mandria; mientras pensaba que nosotros íbamos á tirar de la cuerda se calló: ahora que ve que tu padre te deja amo y *gobernador* de todo, ya se queja.

— ¡Ah! ¿Es por eso? — preguntó Pedro; — pues no había yo dado en ello.

— Porque tú, hijo de mi alma, no ves nunca el mal. — Mariano — dijo Pedro, volviéndose severamente á su hermano: — bien sabes tú que no he de perjudicar en nada á nuestros padres: si es menester, gastaré toda la parte que se ha conservado para ellos, para que estén cuidados, no como príncipes, sino como reyes: nada quiero, por mi parte, de lo suyo, para despues que Dios les llame; pero como tienes una parte en esa herencia, cada medio año pasarémos cuentas, y verás como no se gasta nada, ni un solo maravedí, de lo que á tí pueda tocarte: gastaré de la mitad de ellos, y si falta, yo tengo, y todo lo que tengo es suyo, por dos cosas: porque ellos me lo han dado todo, y porque yo lo pongo á su mandar.

— Hijo mio — dijo Juan Maria, por cuyas morenas y curtidas mejillas se deslizaban gruesas lágrimas; — ¡tú serás dichoso, porque Dios es justo! ¡Vén, y déjame que te dé un abrazo y que lllore sobre ese pecho noble, apoyo de la vejez de tu madre y de la mía!

El anciano se acercó á su hijo con paso vacilante por la emoción, y le estrechó entre sus brazos, sollozando de gratitud.

— ¡Dios te bendiga, mi querido hijo! — prosiguió despues, poniendo sus trémulas manos sobre la cabeza de su hijo: — ¡bendito seas por mi boca, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo! Pedro de mi alma, sólo has hecho bien en este mundo: desde muy niño, fuiste caritativo como pocos: consolaste la agonía de mi Celeste, y has honrado su memoria, repartiendo en su nombre incesantes limosnas; te has casado con una pobre jóven desvalida; has favorecido á su madre; cuando no tenías que dar á los pobres labradores, agobiados por las malas cosechas, les dabas el auxilio de tus brazos, y por último, ahora quieres ser tú solo el amparo y sosten de tus ancianos padres!

— ¡Sí, sí! — añadió Joaquina; — bien decia yo que el suyo era un corazon de oro.

— ¡Vaya, vaya! — dijo á su vez y para su capote Mariano; — si no salgo de aquí, me va á ahogar esta tempestad de lágrimas y bendiciones.

Y se marchó á la calle.

Aquél fué, si así puede decirse, el último día que trabajó el hermano menor: dueño ya de su hacienda, dijo á Pedro que le habia de dar lo que estimase justo por su manntención y el cuidado de su ropa; pero Pedro rechazó indignado semejante propuesta, y respondió que mientras hubiera un pan en su artesa y un duro en su bolsillo podia su hermano disponer de ello.

Bajo este concepto, Mariano siguió disfrutando las delicias del hogar doméstico y de la mesa de familia; pero su ociosidad era cada día más completa, y bien pronto una buena parte de su hacienda fué enajenada á otros

labradores, no del pueblo, pero sí de las cercanías, creyendo tenerlo así más oculto.

¿En qué gastaba Mariano dinero, se podrá preguntar, no habiendo elementos en una aldea pequeña y de costumbres sencillas? Nada más fácil que esto: á cortas distancias habia grandes villas con elementos para jugar, y con facilidad para entregarse á toda clase de desórdenes.

Pedro veia con pena que su hermano corria hácia su perdicion por una pendiente rápida y segura, y muchas veces le amonestó para que volviera en sí y pensase en lo que hacia; pero el hermano menor contestaba siempre:

—¿Me entrometo yo en lo que tú haces? Déjame, que ya he soltado por fortuna los andadores.

—Tiene razon— se decia Pedro tristemente; —él es dueño de lo suyo, como yo de lo mio, y él no me pregunta por qué trabajo.

Juan María ignoraba lo que hacia su hijo más pequeño: el buen anciano apenas salia de su casa más que para ir á la de algun vecino, ó bien á dar algun paseo con su mujer, la excelente y cariñosa Joaquina: los dos querian á Marta con ternura, y fuerza es confesar que ella lo merecia por lo que los cuidaba.

Segun el expresado mandato de Pedro, los dos ancianos comian su pucherito con gallina, bebian vino de lo mejor y más añejo, y por la noche cenaban una polla asada: Pedro, su mujer y Mariano tenian, á lo labrador, una comida mucho más modesta, sin que admitiesen, sino muy rara vez, alguna fineza de los dos ancianos.

Mariano era muy adicto á estas finezas, y algunas veces eran tantas las que tomaba, que dejaba á su buena madre sin comer.

En aquella alma helada y egoista el *yo* era lo que ocupaba el primer lugar.

—¿No te da vergüenza?—le preguntaba su hermano, ni más ni menos que cuando eran chicos.

—No—le respondia con sorna Mariano.

—Pues debia darte, y mucha, de comerte todo lo que te da madre.

—¿Por qué me lo da?

—Porque ve que lo deseas: con los gorriones pasa como con las mujeres.

—¿Qué tiene que ver lo uno con lo otro?—preguntaba riendo Juan María.

—¿Qué, padre? Mire V., yo se lo diré: mi hermano es un gorrion y dice que come porque se lo dan; pero se lo dan, porque lo pide con los ojos, á los cuales les sale el deseo: las mujeres casquivanas y malas dicen que lo son porque los hombres las buscan; pero ¿por qué las buscan? Porque ellas se dejan buscar, y dicen tambien con los ojos: «Aquí estoy.» Los hombres no van nunca á donde saben que no les han de dar.

Mariano, al oir estas palabras, deslizaba una mirada furtiva sobre el lindo rostro de Marta, que, encendida como una rosa, bajaba sus ojos sobre el plato para ocultar su confusion.

La señora Joaquina descubrió dos ó tres veces esta mirada, y su corazon de madre se estremeció.

En cuanto á Pedro, no reparaba en ella.

Tenia tal convicción de lo que valia, y estaba tan seguro del temor que inspiraba á su hermano, que ya le parecia bastante lo que le habia dicho ántes de casarse con respecto á Marta, á la cual estaba seguro de que no se atreveria á mirar más que como á una hermana.

¡Dichosa y á la vez triste seguridad de las almas honradas!

Tú las adormeces en la tranquilidad durante mucho tiempo; pero, á la vez, ¡cuán amargo es el despertar, cuando ven que sólo ha sido una quimera, y que la verdad es el mal, la falsía y el engaño, que se llevan y destruyen todas sus ilusiones!

IV.

AL BORDE DEL ABISMO.

Una mañana se levantó Marta más temprano que de costumbre, y eso que madrugaba mucho, para disponer el almuerzo de su marido; pero aquel día, al bajar Pedro á la cocina, ya la encontró en ella meciendo al niño, que habia pasado muy mala noche.

—¿Por qué te has levantado, pobrecita?— le dijo su marido;— has dormido muy poco.

—No has pasado tú la noche mejor— respondió ella— y además queria hacerte el almuerzo; pero ya veo que no podré, porque el niño no se sosiega.

—No te apures por eso: madre lo hará, y yo enviaré á buscarlo á uno de los trabajadores desde el campo á la hora de almorzar.

Pedro miró al niño durante un rato con profunda tristeza, luego besó á su mujer en la frente y se marchó á su trabajo.

Un instante despues entró Mariano en la cocina y se sentó al lado de Marta.

—Tengo que hablarte—le dijo con voz poco segura.

—Ya puedes empezar—respondió ella mirando con tranquila y resignada tristeza la pálida carita de su hijo, que se habia dormido al fin.

—Pues bien, Marta: ¡yo te quiero ahora más que ántes de casarte!—exclamó de súbito Mariano con acento conmovido:— ¡no hay un día en que no me maldiga mil veces por haber dejado que te casaras con Pedro, queriéndote yo tanto y pudiendo tú haber sido mi mujer!

Marta se estremeció: aquella voz, la primera que le habia dirigido en el mundo palabras de amor, tenia sobre ella un imperio irresistible; pero la grave y severa figura de Pedro se apareció ante sus ojos reprendiéndola, como de una culpa, hasta de aquel estremecimiento involuntario: procuró, pues, desechar de sí tan penosa impresion, y respondió con voz tranquila:

—Pudiste ser mi marido y no quisiste: ahora ya no tiene remedio.

Y acordándose de súbito de los amoríos que atribuian á Mariano con la jovencita Susana, hija del Rico, añadió, no sin amargura:

—Ya has hallado con quien consolarte.

—¡Qué! ¿Te parecerán también verdades las habladurías que andan por ahí?—preguntó el jóven.—Marta, lo que yo te digo es la verdad; á nadie he querido en el mundo más que á tí; á nadie querré nunca tampoco, y no me casaré jamas.

Marta temblaba; pero lo que oía la halagaba de tal modo, que quiso ver si era verdad: el fuego oculto se despojaba cada vez más de la ceniza y se descubria vivo y devorador.

Después de la mirada que enviaron sus ojos á Mariano, sus labios le enviaron una triste sonrisa de duda y de perdon.

—Ya es esto algo—se dijo el meloso holgazan;—la que calla otorga; la que se rie no se enoja; el zopenco de su marido tiene razon: los gorriones y las mujeres presumidas se parecen mucho.

—¿No me dirás si me quieres tú, Marta?—prosiguió Mariano;—¿en otro tiempo me esperabas cuando volvía del campo!

—Ahora no vas—respondió ella.

—Por no dejar de verte: mi hacienda se pierde por no alejarme de tí.

—¡Sí, sí! se pierde porque no quieres trabajar; holgazan fuiste siempre, y llegarás á pobre.

—Tal vez será, temiendo eso, por lo que no quisiste casarte conmigo.

—El que no quiso fuiste tú.

—¡No, tú! ¿Por qué no tuviste un poco de paciencia?

¿No éramos muy jóvenes?

—Mi madre me dió prisa—repuso Marta, cuyo co-

razon palpitaba violentamente, y cuyos ojos se habían animado con la inefable sonrisa del amor.

Y después de dar esta débil excusa, que ultrajaba las cenizas de su madre al mismo tiempo que manifestaba su debilidad, bajó los ojos y sus mejillas se cubrieron de un encarnado de púrpura.

—Marta—respondió Mariano, que era demasiado astuto para no comprender que iba ganando terreno á más y mejor—si hubieras esperado yo me hubiera casado contigo; te enfadaste porque no lo hacia entonces, y por darme en ojos te casaste con mi hermano: tanto peor para mí; yo soy el desgraciado, que tengo que verte todos los dias, á todas horas, que no te puedo olvidar.... pero eso á tí ¿qué te importa? ¡Ni me quieres, ni nunca me has querido!

—¡Ay, Dios mio! ¡Que nunca te he querido!—exclamó la pobre jóven, bastante incauta é inocente para caer en el lazo que le tendian aquellas pérfidas lamentaciones.—Pues ¡á quién he querido yo más que á tí! ¡Me has visto cortejar con algun otro, ni dar oidos á nadie!

—Quien bien quiere nunca olvida, Marta.

—¿Y quién te ha dicho que yo....

La jóven se detuvo.

El instinto del pudor le avisaba de que corría á pasos de gigante al precipicio donde querian sepultar su honra.

—Déjame, Mariano—dijo tras una pausa;—es muy malo lo que haces; ya no puedes decirme que me quieres, ni yo debo oirlo: soy la mujer de tu hermano, que es muy bueno, y para el cual debo yo de ser honrada: déjame y no te acerques más á mí.

Mariano guardó silencio durante algunos instantes; la rabia puso pálido su gracioso y apacible rostro, y sus facciones, pequeñas y delicadas como las de una jóven, se descompusieron con una expresion feroz.

Pero aquel cambio sólo duró un momento; á costa de un gran esfuerzo sobre sí mismo pudo volver á recobrar su sangre fria, y clavando en Marta una mirada lastimosa, le dijo con voz suave y triste:

— Está bien; te obedeceré.

— Mariano — respondió Marta — no me quieras mal porque yo quiera ser buena; si me hubiera casado contigo, me hubiera tenido por muy feliz y hubiera sido tambien lo que ahora quiero ser; mujer honrada: tu hermano no merece ménos que tú.

— Merece más y voy á dárselo — respondió sombríamente Mariano.

— ¿Qué dices?

— Digo que me voy para que mi hermano tenga paz, y me iré á tal sitio, que mi parte de hacienda sea muy pronto suya.

— Pero ¡Dios mio! — exclamó Marta, pálida de terror y clavando en Mariano sus ojos llenos de lágrimas. — ¿Á dónde te vas á ir? ¿Qué quieres hacer?

— Me voy á ser contrabandista.

— ¡Ay, Dios santo! ¡Ahora que el contrabando está tan perseguido por las partidas! Eso es ir á una muerte cierta.

— ¡Ya lo sé!

— Pero ¿por qué quieres morir?

— Para dejarte en paz.

— ¿Y es necesario para eso que te des á esa vida tan mala, tan llena de peligros?

— Es preciso que yo me vaya de aquí, porque si sigo viviendo á tu lado, te diré todos los dias una misma cosa.

— ¿El qué? — preguntó Marta temblando.

— Que te quiero.

Marta no tuvo fuerzas para responder una sola palabra.

Ante aquel soplo de tempestad, toda la ceniza que cubría el fuego de su amor habia desaparecido como por encanto.

La inocente creyó de buena fe que el hipócrita queria morir y que ella era la causa, y entónces el amor, oculto en el fondo de su alma, se levantó con insólita fuerza gritando en favor del desgraciado, á quien habia amado desde que su razon empezó á despuntar.

Mariano, que adivinaba la lucha interior de la pobre jóven, se dirigió á la puerta sin pronunciar una sola palabra.

— ¿Á dónde vas? — exclamó ella tomando á su hijo entre sus brazos y levantándose con impetuosa angustia, en tanto que el niño, asustado, soltaba un llanto amargo y lastimero, despertado bruscamente de su sueño.

Mariano no respondió y siguió andando hácia la puerta.

— ¡Díme á dónde vas! — gritó Marta lanzándose hácia él y tomándole por el brazo.

— Me voy á donde te he dicho.

— Pero ¿ahora?

—Cuanto ántes mejor.

—¿Y tus padres? ¿No piensas en ellos?

—Sólo pienso en tí. ¡Adios!

—Pues bien, Mariano, hermano mio: por mí, por mi sosiego, no vayas á emprender esa vida de fatigas y de azares: no vayas á buscar una muerte segura al fin de muchos trabajos y sobresaltos.....

—¿Y qué haré aquí? ¡Verte todos los dias y sufrir todos los tormentos del infierno al considerar que eres de mi hermano! Marta, ya he probado á olvidarte, á estar siempre ocupado, distraido..... ¡y no puedo!

—Busca una jóven honrada y cástate.

—¡No puedo! Es preciso que me vaya, y más vale que sea ahora que no está aquí ninguno de mi familia. ¡Adios, Marta!

—¡Oyé, por Dios!

—¡Nada quiero oír!

Mariano traspasó el umbral de la cocina; pero Marta se arrojó hácia él y le retuvo con una fuerza que no hubiera podido esperarse en ella.

En aquel momento se oyó sobre sus cabezas el paso seco y precipitado de Joaquina.

—Ya baja tu madre—dijo Marta:—¡gracias á Dios!

—¡Lo mismo me iré estando ella aquí!—repuso Mariano.—¡Conque déjame que me vaya ahora!

—¡Calla, que ya está aquí!

—Marta—dijo Mariano—óyeme: ¡ó me ofreces estar esta tarde en casa de tu madre, ó me voy ahora mismo, aunque estén aquí mis padres!

—¡Estaré!—respondió Marta.

—Á las cuatro.

—¡Sí!—respondió Marta con voz débil.

Mariano se desasó snavemente de la débil presion que le imponian las manos de Marta, y le dijo echándole una tierna mirada:

—Ahora ya puedes estar tranquila, que no me iré.

Salió, dicho esto, de la cocina, al mismo tiempo que entraba su madre en ella.

V.

LOS AMORES DEL IDIOTA.

Á la caída de aquella tarde Mariano salia de una casuca pobre y muy pequeña, especie de cabaña ó de cueva que la caridad de Pedro habia habilitado para abrigo nocturno de la madre de su mujer.

Aquella covacha, gracias á los cuidados de Marta y á los de Joaquina, que, madre tambien, habia querido ayudar al bienestar de otra madre anciana y pobre; aquella covacha, digo, habia llegado á ser muy habitable.

Al abrir la puerta, cerrada con llave, se entraba en la única pieza que habia, sin que estuviera precedida de portal alguno: servía de cocina, y una separacion de gruesas cortinas de estopa formaba la alcoba en el ángulo más lejano del sitio destinado al pequeño fogon de yeso, don-

—Cuanto ántes mejor.

—¿Y tus padres? ¿No piensas en ellos?

—Sólo pienso en tí. ¡Adios!

—Pues bien, Mariano, hermano mio: por mí, por mi sosiego, no vayas á emprender esa vida de fatigas y de azares: no vayas á buscar una muerte segura al fin de muchos trabajos y sobresaltos.....

—¿Y qué haré aquí? ¡Verte todos los dias y sufrir todos los tormentos del infierno al considerar que eres de mi hermano! Marta, ya he probado á olvidarte, á estar siempre ocupado, distraido..... ¡y no puedo!

—Busca una jóven honrada y cástate.

—¡No puedo! Es preciso que me vaya, y más vale que sea ahora que no está aquí ninguno de mi familia. ¡Adios, Marta!

—¡Oyé, por Dios!

—¡Nada quiero oír!

Mariano traspasó el umbral de la cocina; pero Marta se arrojó hácia él y le retuvo con una fuerza que no hubiera podido esperarse en ella.

En aquel momento se oyó sobre sus cabezas el paso seco y precipitado de Joaquina.

—Ya baja tu madre—dijo Marta:—¡gracias á Dios!

—¡Lo mismo me iré estando ella aquí!—repuso Mariano.—¡Conque déjame que me vaya ahora!

—¡Calla, que ya está aquí!

—Marta—dijo Mariano—óyeme: ¡ó me ofreces estar esta tarde en casa de tu madre, ó me voy ahora mismo, aunque estén aquí mis padres!

—¡Estaré!—respondió Marta.

—Á las cuatro.

—¡Sí!—respondió Marta con voz débil.

Mariano se desasó suavemente de la débil presión que le imponían las manos de Marta, y le dijo echándole una tierna mirada:

—Ahora ya puedes estar tranquila, que no me iré.

Salió, dicho esto, de la cocina, al mismo tiempo que entraba su madre en ella.

V.

LOS AMORES DEL IDIOTA.

Á la caída de aquella tarde Mariano salía de una casaca pobre y muy pequeña, especie de cabaña ó de cueva que la caridad de Pedro había habilitado para abrigo nocturno de la madre de su mujer.

Aquella covacha, gracias á los cuidados de Marta y á los de Joaquina, que, madre también, había querido ayudar al bienestar de otra madre anciana y pobre; aquella covacha, digo, había llegado á ser muy habitable.

Al abrir la puerta, cerrada con llave, se entraba en la única pieza que había, sin que estuviera precedida de portal alguno: servía de cocina, y una separación de gruesas cortinas de estopa formaba la alcoba en el ángulo más lejano del sitio destinado al pequeño fogón de yeso, don-

de la vieja hubiera podido guisar su comida si no hubiera sido tan aficionada á la vida vagabunda y holgazana.

Pero en vano habia sido que Marta le preparase limpio vidriado, una mesilla, una arca grande, y una buena cama con cuatro sábanas, una manta y un cobertor; de nada que le llevase periódicamente provisiones: aquella vieja malvada habia vendido las ropas, las legumbres, y áun parte de los muebles de su casa, para comprar aguardiente y vino.

Mariano, al salir de la casilla, llevaba el semblante bañado por una perversa alegría, más espantosa en él que en otros hombres la cólera ó el dolor.

Habia empeñado un duelo con la honra de su hermano, y su obstinacion habia vencido.

En aquella ruin venganza habia entrado por mucho el recuerdo de las severas correcciones, de los puntapiés que el honrado y severo Pedro le habia aplicado desde niño y el despecho de no haberle podido engañar jamas con su meliflua apariencia: todas las ofensas que habia ido acumulando en su alma, en medio de un lago de hiel, quedaban ya vengadas.

Marta, entre tanto, se hallaba sentada sobre el arca vieja de la tía Potamiana: su frente se hallaba cubierta de palidez: sus ojos secos brillaban de un modo extraordinario: la jóven tenia fiebre: sobre la vergüenza de su irreparable falta se elevaba un pensamiento de fuego.

¡Ya no se iria Mariano! ¡ya lo tenia para siempre seguro y cerca de ella! ¡ya no se casaria jamas con otra

mujer! Así al ménos se le habia jurado, y ella, que no conocia de aquella alma negra y cenagosa más que la tersa y engañadora superficie, lo creyó, porque necesitaba creerlo para tranquilizarse á sí propia.

Dos ó tres veces pasó ante sus ojos la grave y austera figura de Pedro; dos ó tres veces le pareció tambien ver ante ella la blanca sombra de su hijo que se elevaba al cielo tendiéndole sus manecitas; pero estas apariciones eran eclipsadas al instante por las apasionadas frases de Mariano.

—Si yo te he sido fiel, y he permanecido libre, áun despues de verte casada—le habia dicho él—¿cuánto más puedes esperar ahora de mí, ahora que me quieres?

Ella, por toda respuesta, pronunció entre sollozos el nombre de Pedro.

—Nada sabrá nunca de nuestro amor—dijo el vengativo hermano.—¿Y para qué ha de saberlo? ¿No es lo más natural que tú sigas viniendo á esta casa que es de mis padres, y donde tu madre ha vivido?

—¡Seguir yo viniendo aquí!—murmuró la pobre jóven deshaciéndose en lágrimas;—¡seguir engañando á Pedro! ¡vivir á su lado y hacerle traicion á todas horas! ¡Oh! ¡eso sería infame y no lo haré jamas! Prefieroirme contigo, huir á otro país, y abandonarle, como á mi hijo, á esa negra traicion de cada dia.

La proposicion de huir sonó tan mal en los oidos de Mariano, que casi estuvo por salir á escape de allí sin volver á darse por entendido de su amor y de su seducción; pero pensó en que aquella mujer era capaz de todo en su desesperacion, y en que quizá provocaria un

escándalo y un conflicto en su familia mayores que los que quería evitar.

— No pensemos ahora en medios extremos — dijo suavemente — y deja al tiempo el cuidado de arreglarlo todo : vendrás aquí cuando quieras ó puedas ; si no quieres volver , no volverás ; yo soy ya esclavo de tu voluntad , querida Marta.

Estas almibaradas frases produjeron el efecto apetecido : Marta no sabía distinguir aquella falaz expresión de la lealtad de una alma tierna y apasionada , y se dejó engañar , y se tranquilizó algún tanto.

Así que la vió algo sosegada , Mariano le hizo observar la necesidad de salir uno ántes que otro , y él fué el primero que se puso en salvo , volviendo Marta á caer en tristes meditaciones.

Así es como la hemos encontrado , y así permaneció aún largo rato , sin advertir que el sol caminaba á su ocaso , y que Pedro podría volver á su casa del trabajo , cuidadoso por el estado de su hijo.

De repente la sacó de su abatimiento un rumor extraño : era un canto gutural y tan cercano á ella , que se hubiera dicho que cantaba á sus espaldas y junto á sus oídos.

Volvióse asustada , y vió la enorme y amarilla cara del *Romico* pegada á la vidriera de la angosta ventanilla que daba luz á la cocina.

El chico , agarrado á los listones de madera que hacían veces de hierro , se mecía bamboleándose con todos los síntomas de una brutal y completa embriaguez , y cantaba roncamente lo que su tardo pensamiento podía retener , expresado en estas palabras :

El sol se va , y él va á verla
Y ella se pone colorada
Como las rosas de Mayo.

Marta se estremeció sin saber por qué : el *Romico* se bajó , y cogió del suelo una gran piedra que mostró en la mano á los ojos asombrados de Marta : prosiguió cantando :

Mas yo guardaré esta piedra
Para matar á Susana.

— ¿ Qué es lo que dices ? — exclamó Marta , levantándose. — ¿ Á quién vas á matar ?

Había tal susto en aquel rostro , que el muchacho no se acordó de hablar cantando según su costumbre , y respondió con ronca voz :

— ¡ Toma ! ¡ á Susana !

— ¿ Por qué vas á hacer eso ? — preguntó Marta , espantada de la ferocidad que respiraban las facciones del muchacho.

— ¡ Otra ! ¡ Porque cuando me ve á mí , corre y grita ; y cuando ve al otro..... le abraza !

— ¿ Á quién ? ¿ quién es ese otro ?

— ¡ Ese que estaba aquí contigo..... y te abrazaba á tí !

La palidez de la muerte cubrió el semblante de Marta : la luz desapareció de sus ojos ; pero hizo un esfuerzo supremo , y preguntó al *Romico* :

— Y..... ¿ quién ha estado aquí ?

— ¡ Otra ! ¡ Mariano !

— ¡ No..... no era él ! — murmuró la infeliz , queriendo desviar aquel pensamiento de la cabeza del idiota.

— ¡Era él!..... ¡era él! — gruñó el chico irritado y con una voz que participaba del graznido y del habla humana.

— ¡Te digo que no era él..... era Pedro!

— ¡Ah! ¡ah! ¡ah! ¡Pedro! — gritó el chico chillando y bailando, para expresar su burla de un modo tan frenético que dejó caer de la mano, para agitar mejor sus brazos, la piedra que había asido. — ¡Pedro me da pan, y frutas, y enartos..... y tortas..... y Mariano me da cada vez que me ve un puntapié!..... El que salió de ahí..... el que te abrazaba..... me dió el puntapié de siempre..... era Mariano.

— ¡Dios mio! ¡Estoy perdida! — repitió la desgraciada, bajando la cabeza sobre el pecho.

— Y ahora — prosiguió el idiota con una especie de rabia concentrada — ahora va por allá..... por allá abajo á verla á ella.....

— ¿Quién es ella? — preguntó ansiosamente Marta, en quien los celos se sobreponían al temor.

— ¡Ella..... es ella!.....

— ¿Susana?

— ¡Sí..... Susana..... ésa que se parece á la Virgen de la iglesia; ésa que tiene dos ojos como las estrellas..... ésa que yo veo siempre correr por los campos, que veo cuando duermo, que veo dentro de las agnas del estanque..... y que echa á correr cuando me encuentra..... y chillar..... porque me tiene miedo..... mucho miedo!.....

— ¿Pero..... ese hombre que ha salido..... que tú acabas de ver, va en busca de Susana?

— ¡Sí. ... sí y sí! ¿Quieres verlos á los dos juntitos

como yo los vi ayer?..... Mira, un rayo de sol caía sobre la cabeza de ella..... y hacía relucir su pelo..... así, como si fuera de oro..... sus ojos se reían..... y su boca también..... él estaba á su lado, y le hablaba y la miraba..... luego la besó en el cuello como á tí, mientras ella, des-cuidada, miraba volar á un pajarito..... y despues hablaron más..... y despues se levantaron para despedirse, y entonces ella.....

El *Romico*, que habia dicho todo aquello interrumpiéndose con pausas frecuentes y con saltos convulsivos, se calló de repente, como si alguna fuerza oculta le impidiese proseguir; bajóse y volvió á asir la enorme piedra que ántes habia tenido en la mano.

— ¿Qué es lo que decias? — exclamó Marta deseando fijar aquel pensamiento que oscilaba como una luz agitada por el viento. — ¿Qué es lo que decias? ¿qué hacia ella? ¿ella le abrazó?

— ¡Sí..... ella le abrazó!..... yo busqué una piedra como ésta..... y no la hallé!

— ¿Para qué la querias?

— ¡Para molerle á ella la cabeza! — respondió el idiota con una expresion de ódio difícil de explicar.

Luego, bajando la voz, añadió:

— También se la rompería á él, pero como es más grande que yo, me daría muchos puntapiés.

Y á la sola idea de este castigo, el idiota se acurrucó en el suelo y empezó á llorar y á hipar del modo más extraño y más grotesco.

Marta cerró la ventana y salió de la casilla, cerrando también la puerta con llave y guardándola segun

costumbre: sin mirar al idiota que lloraba como poseído de un horrible terror, tomó el camino que llevaba á la casa de su esposo, pálida y anonadada, ante aquellos dos aterradores pensamientos que se levantaban como dos fantasmas amenazadores en su cerebro, debilitado por tanto padecer.

El idiota habia sorprendido su cita con Mariano, y estaba á merced de la ciega y brutal estupidez de aquel muchacho.

Mariano amaba á la hija del *Rico*, y tenia citas con ella.

Esta idea cruel ahogó en el alma de Marta todos los temores que la otra podia producir; los celos entraron en ella como un dardo de fuego que la traspasó dejándola absorta y como falta de sentido.

¡En qué instante venia á tener tan horrible certidumbre! cuando, cediendo á las instancias, y á lo que ella habia creído una suprema desesperacion, acababa de olvidar sus deberes de esposa y madre!

¡El castigo de la falta no se habia hecho esperar!

Entre tanto que la desgraciada caminaba lentamente absorta en estas reflexiones, *el Romico* seguia llorando, agazapado bajo la ventana de la casilla, ántes morada de la madre de Marta.

Con mano convulsa apretaba la piedra, y de cuando en cuando decia entre dientes:

—No.... él es muy grande.... sus puntapiés duelen muchos dias.... y si le matára.... me daría tantos....
¡No, no! ¡para ella, para ella!

Así llegó la noche, sin que el idiota abandonase aquella idea fija de muerte y celos.

De celos, porque habia concebido una pasion frenética y bestial hácia la inocente hija del *Rico*.

Desde la misma tarde en que la vió llegar á la aldea, estando sentado con su padre á la puerta de su casa, se quedó deslumbrado por aquella cándida y bella aparicion.

Desde aquella tarde la siguió incansable por todas partes; pero la pobre Susana le tenia tanto miedo, que, al verle, huia pidiendo socorro con penetrantes gritos.

En la tarde anterior, *el Romico* habia sorprendido una cita entre Mariano y Susana: el amante de Marta hacía ya algun tiempo que andaba tras el rico dote de la jóven, y ella le amaba con el desinterés y la alegría de un alma que se empieza á abrir al amor, sin haberle columbrado jamás, y que sólo ve en él la parte noble y bella que excita su admiracion y entusiasmo.

VI.

EL CASTIGO.

Cuando Marta llegó á casa, halló ya reunidos á sus suegros y á Pedro en la cocina. Mariano no habia acudido todavía.

—¿Qué te pasa, mujer?—preguntó Pedro á la jóven; estás descolorida, helada, tiembles.... ¿estás mala?

—Sí—respondió Marta;—fuí....

Sus dientes se chocaron con un temblor convulsivo, y no pudo continuar.

—Vamos, pobrecita mía, ¿á dónde has ido?— preguntó cariñosamente Pedro.

—Á regar los rosales de la avenida de los sauces— respondió Marta, cuya palidez se vistió de púrpura, porque en su vida había mentido.

—¡Vamos! y despues á casa de tu madre, ¿verdad?— preguntó Joaquina.

Marta abrió los ojos espantada.

—Yo..... no..... sí— balbuceó sin saber lo que decía.

—¡Vamos! ¡si ya sé tu maña! No hay vez que salgas, que no vayas allí, para llorar y llorar.....— prosiguió Joaquina;— ¡cómo si esto la hubiera de resucitar ya!

Marta respiró: lo que ella creía una evidencia no era más que una suposición.

—Vamos, ¿y has estado? Dí la verdad— exclamó Pedro, que tenía entre las suyas las manos de su mujer.

—Sí— respondió ella— allá estuve un rato; pero— añadió tendiendo una mirada en torno suyo:— ¿y el niño? ¿dónde está? ¿se halla peor?

—No está mejor— dijo Juan María;— pero no te dé cuidado: sigue como esta mañana: ahora duerme.

—Voy á verle— dijo Marta, que se ahogaba.

—No, no, vén aquí— repuso Pedro;— podrias despertarle, y además, tú necesitas descansar y tomar algo, mi pobre Marta..... tienes frío y tiembblas..... Madre, bueno sería darle una taza de té caliente.

—Al instante estará hecho, hijo mio: mira el agua

ya á la lumbre..... pero miéntras se hace, cuéntale la gran novedad de casa.

—¿Qué novedad?— preguntó la jóven, á la que cualquiera novedad asustaba.

—Una muy grande— dijo Pedro con acento misterioso. Mariano se casa.—

—¿Se casa?

—Sí; acaba de irse el señor cura, que sin duda estaba encargado de hablarnos del negocio para ver qué tal nos parecia; se quiere casar con la hija del Rico.

—¡Santo Dios!— exclamó Marta levantándose, lívida y convulsa;— ¿y VV. consentirán en esa boda?

—Casi me alegró de ella— repuso Juan María— porque pondrá fin al rencor de las dos familias. Dios nos manda perdonar, para que á nuestra vez seamos perdonados: tu marido, que era el más opuesto, se ha convencido ya con las excelentes razones del señor cura.

En tanto que su padre hablaba, Pedro, asombrado de la agitacion de su mujer, la miraba fijamente: jamas la habia visto de aquel modo.

—Esa boda— dijo la jóven volviendo á dejarse caer en su asiento— me parece imposible..... ¿Cómo pueden ustedes olvidar que el padre de esa muchacha ocasionó la muerte de su hija, de esa Celeste que tanto lloran? y luego, ¿Mariano la podrá hacer feliz? ¿Acaso no se casa con ella más que por su dote!

—Hija mía— respondió Joaquina con el egoismo de la madre— una vez casada, cuenta es de la mujer el hacerse amar de su marido: toda la que quiere, lo consigue..... y, como dice el señor cura, no hay mejor medio

para que volvamos á tener paz con Lorenzo, que este casamiento, que todo lo borra y lo hace olvidar.

—Mariano querrá á su mujer, no hay que dudarle — añadió gravemente Juan María: — ¿acaso no es una chica como una plata, rica y con quince años no cumplidos? además, la pobrecita nada conoce del mundo: desde el convento se vino aquí, y es inocente como una paloma.

En aquel instante entró Mariano en la cocina: la oscuridad era ya casi completa, y no vió á Marta, que estaba léjos de la ventana, sentada en una silla muy baja.

— ¡Hola! ¿se viene de ver á la novia? — preguntó Pedro á su hermano, disimulando la pena que le causaba la alteracion de su mujer por aquella boda.

— Sí — respondió el jóven; — por eso me he tardado un poco.

— ¿Y cuándo es el casamiento?

— Su padre quiere que la boda se haga dentro de quince dias, á más tardar, ó ántes si puede ser.

Oyóse un largo sollozo, y luégo el ruido pesado de un cuerpo que caía sobre el limpio pavimento de la cocina.

— ¡Marta!..... ¡hija!..... ¡se ha desvanecido! — exclamó el anciano Juan María, que era el que estaba más cerca, levantando á la desdichada en sus brazos: — ¡mujer, enciende al momento el caudil!

Joaquina obedeció; y la débil luz que iluminó la cocina alumbró también el pálido y alterado rostro de la pobre Marta.

Parecía imposible que tan corto espacio de tiempo hubiera obrado tan dolorosa trasformacion.

Marta, dos dias ántes, tan bonita, tan rosada, tan

fresca, se hallaba ahora desencajada, lívida y marchita: el viento de las pasiones habia ya azotado su frente, poco ántes tan pura.

— Voy á llevarla á la cama, y la llamaré á V., madre — dijo Pedro recogiendo á su mujer, que descansaba en los brazos de Juan María; y con voz trémula, á pesar de sus esfuerzos: añadió: — esto no será nada, y creo que pasará muy pronto.

Diciendo estas palabras, levantó á la jóven y la sacó de la cocina, subiendo con ella al cuarto conyugal.

Depositóla en el lecho, y se sentó á su lado, dejando ya tomar á su fisonomía una aterradora expresion de recelo doloroso y feroz.

— ¡Qué misterio es éste! — se decia el hourado labrador, contemplando el pálido é inmóvil semblante de su mujer: — ¿tanto quiere aún á mi hermano, que la noticia de su boda la trastorna así? ¿Ignora él que Marta le quiere de ese modo? ¡Sin duda que sí, cuando se va á casar con otra! ¡Pobre criatura!; Entónces, más bien debo compadecerla y consolarla, que reconvenirla por su desgracia!; Cuánto habrá padecido la infeliz, con ese amor encerrado en el corazon y sin dejarlo adivinar á nadie!

Pedro suspendió estas reflexiones, tan propias de su noble carácter, para volver á mirar á su mujer con la más tierna emocion: una inefable ternura se retrató en sus ojos, y bien pronto algunas gotas de llanto temblaron en sus párpados.

Pero un fuego súbito secó aquellas lágrimas ántes de que se desprendiesen de sus pestañas.

Recordó que Marta venia pálida y turbada áun igno-

rando el casamiento de su hermano: ¿de dónde vendría? ¿sería verdad que el solo recuerdo de su madre le trastornase así?

El recto juicio de Pedro no podía dejarse engañar por semejante suposición; las relaciones entre madre é hija jamás habían sido estrechas ni cordiales, y la muerte inopinada y repentina de la anciana, no hubiera bastado para trastornar á Marta hasta tal punto.

¿Qué tenía Marta, pues? ¿qué le había sucedido que la inmutase de tal modo? Esto se preguntaba Pedro con una mortal inquietud.

De vez en cuando negros pensamientos atravesaban por su alma, como murciélagos por un cielo azul.

Entre tanto que él se hallaba así preocupado, otra escena bien distinta tenía lugar en la cocina.

Poco despues de haber salido Pedro con su mujer en los brazos, habia entrado Lorenzo con su hija.

El antiguo amante de Celeste se acercó á Juan María, con aspecto humilde y triste á la vez, y le dijo con voz conmovida:

—Vengo, señor Juan María, á dar á V. gracias por la merced que me hace, aceptando á Susana para esposa de su hijo de V.; y la traigo en mi compañía para que conozca á los que, dentro de muy pocos dias, deberá mirar como sus segundos padres.

El anciano alargó su mano al *Rico*, y le dijo con sencillez:

—Bien, Lorenzo; todo queda olvidado, y bendigo á Dios que así lo ha permitido, y al señor cura que ha empleado su valer para esta boda.

Entre tanto, la señora Joaquina, que habia palidecido al ver á Lorenzo, se llevó á Susana, la besó en la frente y la hizo sentar á su lado.

Pero la anciana estuvo poco allí, pues se hallaba muy inquieta por el estado de Marta, y subió á su cuarto para hacerla tomar una taza de agua de naranjo, eficazísima, segun ella decia, para el histérico.

No bien la señora Joaquina hubo dejado su asiento, corrió á ocuparle Mariano para hablar con su preciosa novia, que, al verle, se puso colorada.

Nada podia hallarse, en efecto, que respirase un perfume más penetrante de belleza y juventud que aquella encantadora pareja.

Susana era casi una niña, pero alta para su edad: en sus ojos se veia el casto rubor del amor feliz: muy sencillas y muy cortas habían sido sus relaciones con Mariano: acostumbraba á vagar sola, paseándose por el bosque, y algunas veces le habia visto volver del trabajo, saludándola él con aire de dulzura y gallardía que le era habitual: los dias de fiesta la esperaba á la hora de la misa mayor al lado de la pila del agua bendita, y le alargaba aquellas gotas de rocío consagrado con que la jóven humedecía su frente, al hacer la señal de la cruz; á la salida de misa la esperaba, y acompañaba hasta su casa al padre y á la hija; por último, algunas noches en que Susana, no pudiendo dormir, se sentaba al lado de la ventana de su cuarto, habia visto debajo de ella á Mariano, que la habia dado las buenas noches con voz dulce é insinuante, como diciéndole: ya hace mucho rato que estoy aquí, y te esperaba.

Á las pocas noches de suceder esto, los dos jóvenes trocaron algunas palabras, y no tardó mucho Susana en verse interrogada por su padre, confesándole ella que amaba á Mariano.

Lorenzo la oyó con alegría.

Su hija se casaría en aquella pacífica aldea, y conquistaba para toda su vida una paz inalterable.

Aunque poco religioso, pues los desórdenes de casi toda su vida habían ahogado en su alma las creencias de su niñez, Lorenzo dió gracias al cielo al ver sus votos cumplidos, y al verse perdonado por aquella familia en cuyo seno hubiera debido entrar.

Entre tanto que Mariano departía tiernamente con Susana, olvidado absolutamente de la infeliz Marta, los padres arreglaron las condiciones de la boda, que debía verificarse dentro de quince dias.

Marta había vuelto en sí, gracias á los cuidados de su marido y de su suegra.

Su hijo, que dormía al lado de su cama en su camita de mimbres, fué el objeto de su primera mirada.

La pobre criatura estaba más pálida que de costumbre, y de su entreabierta boquita se escapaba un débil quejido.

Marta salió de su lecho y fué á arrojarse de rodillas al lado de la cuna, llorando amargamente; pero el niño, á pesar de la presión del abrazo maternal, no se movió: la abuela tocó su carita y la halló fría.

—Hijo—dijo Joaquina á Pedro—llévate tu mujer abajo..... el niño está muy malo, no sé lo que tiene.....

—Vamos, mujer, le vas á despertar—dijo Pedro con voz firme, aunque su semblante manifestaba lo que estaba padeciendo.—Vamos abajo.

Echó á andar delante y la joven le siguió maquinalmente, entrando ambos en breve en la cocina, en la que, habiéndose retirado ya Lorenzo y su hija, sólo quedaban Juan María y Mariano.

Marta, abrumada de dolor, se dejó caer en una silla y sepultó el semblante entre sus manos. Mariano se acercó á ella como para informarse del estado de su salud.

—¿Qué tienes?—le preguntó á media voz.

Ella levantó la cabeza, fijó en Mariano una mirada extraviada, y exclamó:

—¿Es verdad lo que he oído?

—¿El qué?—repuso él.

—¡Que te casas!

—¡Calla! y mañana al amanecer vé á esperarme á casa de tu madre.

Mariano, dichas estas palabras, se retiró sin afectación. Marta volvió á su doliente postura; pero ni uno ni otro vieron, á sus espaldas, á un hombre que, con las facciones contraídas y la frente cubierta de sudor, había oído cuanto habían hablado.

Era Pedro: así que aquel culpable coloquio tuvo fin, dió algunos pasos hácia la puerta, y se dirigió tambaleándose hácia el corral.

La luna enviaba desde el cielo su argentado resplandor. El Labrador, deslumbrado por aquella horrible luz que acababa de surgir ante sus ojos, quedó clavado á dos pasos de la puerta.

De pronto, una mano se apoyó en su hombro, y una voz cariñosa y bien conocida dijo estas palabras:

—Hijo, ¿á dónde vas?

—Voy, padre, á ensillar al instante una mula para ir á buscar un médico—respondió el desgraciado con voz que se esforzó en hacer firme y tranquila.—¡El niño se muere!....

—¡Hijo de mi alma! ¡pobre hijo mio!—exclamó el viejo Juan María dando curso á los sollozos y estrechando á Pedro contra su pecho.—¡Todo lo sé! ¡todo lo he oído!

—Cállelo V., pues, padre—respondió Pedro, que correspondió al abrazo del anciano, llorando también.—¡Calle V. mi deshonra—añadió—y déjeme el cuidado de vengarme!

—Pero ¡él es tu hermano, Pedro!—siguió el anciano con acento sofocado y lleno de angustia.—¡No seas otro Caín, tú, que siempre fuiste tan bueno, tan honrado, tan generoso!.... No hagas que Dios te pregunte algun día: «¡Caín! ¿qué has hecho de tu hermano?»

—Padre—respondió el esposo de Marta:—ahora voy á cuidar de la vida de mi hijo: ¡mañana.... mañana, veremos lo que Dios dispone de mí!....

Fué, dichas estas palabras, á la cuadra, aparejó la más ligera de las mulas que había allí, montó en ella y salió á escape para ir al pueblo más cercano en que había médico, poderoso auxilio de que carecía Cabañas.

VII.

TEMPESTAD.

El doctor llegó, y Pedro, á pié, al lado de la mula que le conducía.

Vió al niño, junto al cual se hallaba otra vez su madre, que le miraba con hondo dolor.

Todas las reflexiones de Joaquina habían sido inútiles para hacerla permanecer en la cocina, pues Marta se había obstinado en volver junto á la cuna de la criatura y en darle el alimento de su seno.

El médico observó al niño y meció la cabeza: no obstante, para no desconsolar á la familia, recetó una bebida muy suave, y se dijo á sí mismo que aquella medida, ineficaz para conservarle la vida, podría, al ménos, alargársela por algunos días.

—La madre me parece que tampoco está muy buena—dijo Juan María mirando severamente á Marta.— Señor, haga V. el favor de examinarla, no sea cosa que su leche haga daño al niño.

El médico tomó el pulso de Marta, y dijo despues, mirándola con lástima:

—¡Esta pobre jóven tiene una horrible fiebre nerviosa! Está más mala de lo que VV. y ella misma se figuran, y amagada de un arrebato de sangre al cerebro: es forzoso que se acueste al instante.

De pronto, una mano se apoyó en su hombro, y una voz cariñosa y bien conocida dijo estas palabras:

—Hijo, ¿á dónde vas?

—Voy, padre, á ensillar al instante una mula para ir á buscar un médico—respondió el desgraciado con voz que se esforzó en hacer firme y tranquila.—¡El niño se muere!....

—¡Hijo de mi alma! ¡pobre hijo mio!—exclamó el viejo Juan María dando curso á los sollozos y estrechando á Pedro contra su pecho.—¡Todo lo sé! ¡todo lo he oído!

—Cállelo V., pues, padre—respondió Pedro, que correspondió al abrazo del anciano, llorando también.—¡Calle V. mi deshonra—añadió—y déjeme el cuidado de vengarme!

—Pero ¡él es tu hermano, Pedro!—siguió el anciano con acento sofocado y lleno de angustia.—¡No seas otro Caín, tú, que siempre fuiste tan bueno, tan honrado, tan generoso!.... No hagas que Dios te pregunte algun día: «¡Caín! ¿qué has hecho de tu hermano?»

—Padre—respondió el esposo de Marta:—ahora voy á cuidar de la vida de mi hijo: ¡mañana.... mañana, veremos lo que Dios dispone de mí!....

Fué, dichas estas palabras, á la cuadra, aparejó la más ligera de las mulas que había allí, montó en ella y salió á escape para ir al pueblo más cercano en que había médico, poderoso auxilio de que carecía Cabañas.

VII.

TEMPESTAD.

El doctor llegó, y Pedro, á pié, al lado de la mula que le conducía.

Vió al niño, junto al cual se hallaba otra vez su madre, que le miraba con hondo dolor.

Todas las reflexiones de Joaquina habían sido inútiles para hacerla permanecer en la cocina, pues Marta se había obstinado en volver junto á la cuna de la criatura y en darle el alimento de su seno.

El médico observó al niño y meció la cabeza: no obstante, para no desconsolar á la familia, recetó una bebida muy suave, y se dijo á sí mismo que aquella medida, ineficaz para conservar le la vida, podría, al ménos, alargársela por algunos días.

—La madre me parece que tampoco está muy buena—dijo Juan María mirando severamente á Marta.— Señor, haga V. el favor de examinarla, no sea cosa que su leche haga daño al niño.

El médico tomó el pulso de Marta, y dijo despues, mirándola con lástima:

—¡Esta pobre jóven tiene una horrible fiebre nerviosa! Está más mala de lo que VV. y ella misma se figuran, y amagada de un arrebato de sangre al cerebro: es forzoso que se acueste al instante.

—¿De modo—dijo Joaquina desconsolada—que no podrá dar de mamar al niño?

—Es nocivo para el niño que le dé; pero el dejar de darle es mortal para ella.

—¡Que no le vuelva, pues, á dar el pecho!—exclamó el abuelo sin poderse contener.

—¡Padre!—exclamó Pedro—¿qué dice V.?

—¡Ay, hijo mio!—murmuró el anciano bajando la voz, en tanto que el médico se retiraba un poco para volver á examinar al niño;—¡tu mujer se ha perdido para tí! ¿qué importa, pues, que se muera? ¡Tu hijo es inocente! ¿por qué le ha de matar esa mujer, que no se acordó de él para ser honrada?

—¡No permita Dios que yo cargue mi conciencia con un cobarde asesinato!—repuso Pedro;—sola la fatalidad podría hacerme culpable de tal delito..... y al fin, padre mio..... ¡yo la he querido con el alma, y esto no se arranca fácilmente del corazón!

El anciano calló y enjugó una lágrima que brotaba de su pupila: ¡cosa extraña! los ancianos lloran pocas veces, porque las fuentes del llanto se secan con los años, y sin embargo, los ojos de Juan María estaban constantemente llenos de llanto desde que supo la deshonra de su hijo: ¡le había él transmitido una honra tan pura é inmaculada! ¡habían sido siempre él, su esposa y sus hijos tan estimados de todos, que no podían resolverse á ser compadecidos!

El doctor se marchó ya muy tarde. Marta, abrumada de fatiga y adormecida por la aguda fiebre que, á causa de sus angustias de madre y de esposa, se iba apode-

rando cada instante más de ella, se recostó en el lecho: la buena Joaquina, que ignoraba la horrible tempestad que se cernía sobre su familia, le prodigó toda clase de cuidados, la abrazó y la tranquilizó respecto al peligro del niño, con todas las tiernas palabras que le sugirió su excelente corazón.

Cerca ya de la madrugada, Juan María y su hijo consiguieron que la abuela se separase de la cuna de su nieto, y que se fuese á descansar un rato, diciendo que ellos cuidarían del niño.

Poco despues empezaron á escaparse de los pálidos labios de Marta palabras entrecortadas; parecia que la infeliz había adivinado que la anciana era su ángel bueno, y que, ausentándose ésta, quedaba á merced de aquellos dos hombres ultrajados.

Pedro acercó su oído á los labios de Marta, pero nada pudo comprender más que estas palabras, ahogadas por sollozos:

—¡Pedro..... perdon..... hijo mio..... hijo mio!.....

El ofendido esposo se separó del lecho con los ojos llenos de lágrimas de compasion.

Un instante despues se incorporó Marta; ya empezaban á desaparecer del cielo las estrellas: la joven pasó por la frente sus manos, recogió sus cabellos y bajó al suelo, prestándole fuerzas el afán de acudir á la cita de la casilla.

—¿Á dónde vas?—le preguntó Pedro con una calma terrible para el que hubiera observado la contraccion de sus facciones.

—Voy..... allá..... á la casa donde vivía mi madre—

respondió Marta con voz balbuciente.—Me dejé allí una llave y la necesito..... Pedro..... y V., padre mio, no se separen del niño hasta que vuelva yo.

—Vé—dijo Pedro;—tal vez el aire libre te hará bien.

Marta miró con ansia á la ventana; el alba clareaba ya los vidrios con su blanca luz: dirigióse á la puerta, y ya en ella, se detuvo, se cubrió el rostro con las manos y echó á llorar.

—¿No vas?—le preguntó su marido.

—Sí..... sí..... ¡Voy ahora mismo!—dijo ella.—Es preciso.

Fué á la cuna del niño y se arrojó de rodillas para abrazarlo; pero al lado del lecho infantil, en pié, sombrío y amenazador, se halló á Juan María.

Es imposible explicar cuánto habia de ódio en las facciones del anciano y en la mirada que clavó en la desgraciada Marta.

Esta salió, por fin, sin atreverse á mirar á su marido; su cabeza ardía y en su cerebro se habia enclavado esta idea:

—Me espera..... debo ir para ver hasta dónde llegan su vileza y su infamia.

No bien hubo desaparecido Marta, Pedro se levantó y se dirigió tambien á la puerta.

—¿Á dónde vas, hijo?—dijo su padre.

—Luego vuelvo—respondió Pedro, eludiendo toda contestacion más clara.

—Voy contigo—añadió Juan María.

Pedro se detuvo y pareció reflexionar con aquella ma-

durez de juicio que toda su vida le habia distinguido y le habia hecho parecer de más edad que la que realmente tenia.

—Padre—dijo despues—yo solo debia saber la flaqueza de esa mujer que llamé mia; yo solo debia conocer hoy hasta dónde llega; pero V., ademas de mi padre, es mi amigo y el único que he tenido en toda mi vida: ¡vamos! si ve V. que estoy cerca de cometer un asesinato, contenga mi brazo, porque se trata de mi mujer y de mi hermano; no sea V. juez de ellos, sino su defensor..... para juez, ¡basto yo!

Juan María tomó la mano de su hijo y se la estrechó con fuerza; luego salieron los dos juntos: al pasar por la cocina, dijo el anciano á su esposa:

—Sube con el niño, que queda solo.

—¿Á dónde vais?—preguntó Joaquina admirada.

Ni uno ni otro respondieron y salieron á la calle: ya se distinguian los objetos con toda claridad: padre é hijo bajaron en silencio todo lo que quedaba de la calle, y se hallaron bien pronto en el campo.

De repente, y á la vuelta de un ángulo que formaba la última casa del pueblo, vieron un bulto informe, acurrucado junto á la tapia: parecia un perro enorme; pero acercándose Juan María, vió que tenia forma humana: agitó un poco el bulto y reconoció al hijo del *Romo*.

Ya iban padre é hijo á proseguir su camino, cuando el idiota, que hacia ya dias habia dejado su costumbre de cantar, dijo sollozando y con ronca voz:

—¡Me ha pegado mucho!..... ¡mucho!

—¿Quién?—preguntó Juan María.

—¡Él!..... ¡toma! ¡Mariano!

—¿Ha pasado por aquí?

—¡Me pegó esta noche!..... estuvo hablando con ella en el cortijo.

—Con ella..... ¿quién es ella?

—Ella estaba en la ventana..... y él abajo..... yo me agazapé para escuchar lo que decían..... me vió y me sacudió..... ahora, ha pasado por aquí..... y le he de volver sus golpes.....

El idiota, al decir estas palabras, ocultaba detras de él alguna cosa, con un empeño que tenía algo de feroz y de vengativo.

—Es decir—repuso Juan María, preocupado sólo por sus dolorosas reflexiones;—es decir, que Mariano ha estado esta noche hablando con Susana, ¿no es cierto?

—¡Chit! no la nombres!—dijo el idiota poniéndose el dedo en los labios con una risa bestial.

—¿Por qué?

—Porque así que yo la llamo, echa á correr y á gritar, y viene él, y me pega..... ¡Todo el cuerpo me duele con los golpes que me dió la noche pasada, porque no queria irme de allí!..... ¡Mira!

Y el pobre imbécil entreabrió su camisa y mostró su demacrado pecho, cubierto de manchas moradas, fruto de los golpes de Mariano.

—Pero ¿dónde estabas tú?—preguntó Juan María.

—Yo estaba allí..... al lado de mi casa..... Cuando mi padre y D. Lorenzo estuvieron acostados, abrí y salí á la calle para oír lo que hablaban..... hablan todas las no-

ches, todas..... y como ella lo busca..... y á mí me teme, iba á ver si podía aprender lo que él le decia.

—Y él ¿dónde estaba?—preguntó el anciano atónito, al ver que el amor hacia casi las veces de la razon en aquel pobre idiota.

—¡Él, estaba..... allí..... á mi lado!

—¿Y ella?

—En la ventana..... le esperaba..... y cuando llegó le hablaba con una voz tan dulce, tan dulce, como el canto de los pájaros..... y para que yo no la oyera..... él me pegó..... y yo no queria irme..... ¡y me pegó tanto, que me tuve que marchar!..... ¡pero aquí le espero!—añadió el *Romico* con una rabia reconcentrada.

—¿Y está él allí todavía?

—No..... hablaron hasta que salió el alba..... luego ella se fué, y él tambien.

—¿Ha pasado por aquí?

—Sí..... hace poco..... muy poco..... pero entonces todavía no habia yo hallado lo que necesitaba.

El idiota volvió á acurrucarse, y entonces se puso á entonar, con voz ronca, su canto gutural; pero poco á poco su voz se fué apagando, y quedó todo en el más profundo silencio, turbado sólo por el canto de los pajaritos que se despertaban.

Juan María dejó al idiota y apresuró el paso para alcanzar á Pedro, que ya se hallaba á alguna distancia.

El pobre padre sentia su alma llena de cólera hácia Marta; llena de piedad hácia Pedro; llena de crueles temores por la suerte de Mariano.

Segun lo que acababa de decirle el hijo del *Romo*,

era evidente que su hijo menor había acudido ya á la cita, y que el mayor iba á ponerse en acecho.

Al oír hablar del coloquio nocturno, había tenido por algunos instantes una loca esperanza: se había dicho que tal vez Mariano no acudiría á la cita de Marta.

¡Pero, no! Aquel, hipócrita y fementido, como lo había sido siempre, dejaba á la inocente hija de Lorenzo para correr hácia la culpable esposa de su hermano.

Cuando llegó Juan María á la casilla que la caridad de su esposa había cedido á la miseria de la tía Potamiana, Pedro se hallaba en la más extraña posición que pudiera haberse imaginado.

La casilla figuraba una especie de covacha, según ya queda dicho; pero dentro de la cocina había una escalera, que llevaba á una especie de camaranchon, alumbrado por una gran ventana, que se abría al tejado.

Aquella ventana no tenía hierros, y estaba sólo atravesada por dos barrotes de madera en forma de cruz, ya viejos y careomidos por la lluvia.

Ni Juan María ni su hijo habían pensado en el medio de ponerse á escuchar; pero, al llegar, el padre comprendió que el hijo le había hallado con aquella rapidez de decisión que le era tan natural, y que hacía tan magnífica armonía con la solidez de su juicio.

Pedro se había encaramado por la pared de piedras y argamasa que formaba la espalda de la casilla, y ya tocaba al tejado; su padre le dejó hacer sin decir una palabra, y bien pronto le vió sentarse y arrancar con mano fuerte uno de los dos palos que formaban la cruz de la ventana.

El barrote saltó sin producir el menor ruido; Pedro avanzó hasta el extremo del tejadillo é hizo señas á su padre de que subiera, alargándole las manos.

Juan María trepó con ligereza; apoyóse en la diestra de Pedro, y un instante después padre é hijo desaparecían en el interior de la casilla, introduciéndose por la ventana.

Halláronse en la escalera, y bien pronto, descendiendo algunos peldaños, pudieron ver la escena que tenía lugar en el aposento único de aquel mísero asilo.

VIII.

EL JUEZ.

Marta, sentada en el arcon que ya conocemos, tenía las manos cruzadas sobre las rodillas; conocíase que ya hacía rato que esperaba.

Toda la desesperada vergüenza que puede contener el corazón de una mujer se veía impresa en sus rojas mejillas y en el brillo ardiente de sus ojos; sus labios pálidos temblaban como las hojas de una flor batidas por el viento.

Mariano acababa de entrar: su cara, siempre bella y dulce, estaba tranquila; la dicha sonreía en sus azules ojos; un elegante de aquellos á quienes nosotros concedemos la palma en nuestra gran sociedad, hubiera envi-

diado la graciosa gallardía de toda su persona y la perfección de su talle.

Acercóse á la jóven, se sentó á su lado, y quiso tomarle la mano; pero ella la retiró con altivez, é iba á hablar impetuosamente, si Mariano se lo hubiera permitido.

No pudo decir nada, porque él se lo estorbó tomando la palabra.

—Marta—le dijo—anoche estuviste muy imprudente; cualquiera hubiera creído que te habias vuelto loca.

—¡Calla!—repuso la jóven;—no prosigas hasta despues que hayas respondido á una pregunta que voy á hacerte: ¿vas á casarte?

—Sí—respondió Mariano con extrema sencillez, sin vacilacion y sin temor alguno.

—¿De modo que todo aquello que me decias de hacerte contrabandista, si yo no te correspondia, era mentira?

—Casi: queria que á lo ménos me oyeras; lo conseguí..... y te lo agradezco.

—¿Y despues de lo que pasó ayer piensas aún en casarte?

—¡Sí! ¿pero qué tiene que ver.....

—¡Qué tiene que ver!—respondió Marta, que se ahogaba.

—¡Es claro! ¿qué tiene que ver que me case ó no? Me caso con esa muchacha, porque es rica; pero no por eso dejo de quererte á tí mil veces más que á ella.

Un largo silencio sucedió á estas palabras; Pedro tuvo que contener á su padre, que, ardiendo de ira, queria lanzarse sobre su culpable hijo.

Marta fué la primera que tomó la palabra, levantóse con solemnidad y dijo al hermano de su esposo con acento firme:

—¡Mariano, eres un infame!

—¡Bueno! no quiero contradecirte.

—¡Y no te casarás!

—Eso es otra cosa: es preciso que me case.

—¡No te casarás!

—Me casaré.

—No te casarás—repitió Marta;—por el contrario, saldremos los dos de este pueblo, y no me abandonarás despues de haberme perdido; es imposible que tengas el corazon tan duro.

—Chica, lo dicho; tú te has vuelto loca—dijo Mariano con sorna;—deja las cosas como están, y es lo mejor; vive al lado de tu marido, y yo viviré al lado de mi mujer: ni lo uno ni lo otro impedirá que yo te quiera como á las niñas de mis ojos y que nos veamos siempre que nos dé la gana, aquí ó en otra parte.

—¿De modo que tú quieres que yo siga engañando á mi marido?

—Ojos que no ven, corazon que no llora.

—¿Y que viva á su lado haciéndole traicion todos los dias?

—No se la hagas, si eso te parece mejor.

—¿Qué quieres decir?

—Que no vuelvas á verme más.

—¿Lnego nunca me has querido?

—Marta—dijo Mariano, cuyo dulce semblante tomó instantáneamente una expresion feroz—más vale que te

hable con toda franqueza, y ahorre más rencillas para en adelante; me has gustado siempre como me gustan todas las mujeres jóvenes y bonitas.

—Y..... ¿nada más?—preguntó Marta con los dientes apretados.

—Nada más: lo que ha pasado ayer.....

—¡Acaba!

—Pues bien; más que amor á tí, sentía yo la necesidad de vengarme de mi hermano.

—¡De Pedro!—gritó la jóven con indignacion;—¡de mi querido y generoso Pedro!

—¡Sí, de tu Pedro! ¡de ese Pedro que toda mi vida me ha castigado de obra y de palabra! ¡de ese Pedro, al que jamas he podido engañar como engañaba á todo el mundo! ¡Me he vengado!..... ¡Nada más necesito ya!

—¿Y no temes que castigue tu infamia?

—¿Y quién se la dirá?

—¡Yo!

Mariano palideció al oír esta enérgica afirmativa de Marta; pero, pasados algunos instantes, desapareció su emoción, y contestó con una frialdad desdeñosa:

—Tú..... no harás eso.

—¿Qué sabes tú de lo que soy capaz al verme burlada, ultrajada tan villanamente?—exclamó la pobre mujer, cuyas mejillas ardian otra vez con el fuego de la indignacion.

—¿Y de qué te serviría hacerlo? Conoces á Pedro como yo, y sabes que no me mataría; la vergüenza de semejante confesion sería para él..... y para tí.....

—Tienes razon—repuso Marta;—nos conoces mejor

que nosotros mismos..... pero no importa—añadió con una fuerza casi salvaje, despues de quedar meditabunda por algunos instantes;—áun hay otro medio para que yo pueda castigarte, pobre y abandonada mujer como soy; ya no te quiero..... todo el amor que te tenía, y que tú has sabido encender con tus falsedades, se ha apagado en mí..... pero ahora me queda otro interes, ¡el de vengarme de tí!

—¿De qué modo?—preguntó Mariano con una carcajada sardónica.

—Pronto lo has de saber—respondió Marta, dirigiéndose á la puerta.

—¿Estás loca? ¿á dónde vas?

—¡Al cortijo del *Rico*! Quiero decirle quién es el hombre á quien va á dar su hija..... todo se lo contaré..... mi falta..... y tu infame abandono.....

Marta habia llegado al último grado de exaltacion; su paso era incierto y vacilante, todo su cuerpo temblaba sacudido por una horrible fiebre; en sus mejillas reemplazaba el carmin más arrebatado á una palidez casi lívida.

Mariano, al oírle decir que iba al cortijo, corrió á la puerta, sacó la llave puesta por la parte de afuera, cerró por dentro y se la guardó.

—¡No saldrás de aquí—dijo con voz ronca—á menos que no me prometas callar!

Al decir estas palabras una implacable ferocidad estaba pintada en la poco ántes dulce y risueña cara del jóven; su labio superior se levantaba, dejando ver sus pequeños y blancos dientes apretados; sus ojos lanzaban

chispas, y se conocía, al verle, que no podía titubear ante ninguna violencia, por horrible que ésta fuese.

Marta le miró fiera, jadeante y respirando apénas; tendió en su derredor una mirada penetrante, y luego, lanzándose á la ventanilla que estaba abierta, se arrojó por ella, con tanta rapidez, que Mariano, á pesar de no separar de ella sus feroces ojos, no pudo preverlo.

Pero no bien la hubo visto desaparecer, sacó de su bolsillo la llave de la puerta y fué á abrir rápidamente para lanzarse en busca de Marta.

No pudo, empero, dar un solo paso fuera del umbral: por un hueco cubierto con un pedazo viejo de indiana, y cuya existencia no sospechaba siquiera, se precipitaron en la cocina su padre y su hermano, como dos enviados de la justicia divina, austeros, imponentes y helados.

Pedro, sin sacar arma ninguna—pues jamás las había llevado consigo—sin buscarla en derredor suyo, se acercó á su hermano y le dijo sencillamente, con voz serena y firme, asiéndole del brazo:

—Vas á morir.

—¡Yo!..... ¡á morir!..... ¡perdon!.....—balbuceó el cobarde, que hasta aquel instante había estado petrificado de sorpresa: yo te explicaré.....

—¡Calla..... y reza!.....—respondió Pedro, sin alzar la voz, pero imprimiendo al delgado cuerpo de su hermano un movimiento tan brusco, que le hizo caer de rodillas á sus piés.

Luego continuó, fijando en el miserable una mirada clara, firme y serena:

—Aquí..... á mis piés, sin arma ninguna, deshecho

por mi puño de hierro, que tantas veces te ha corregido y castigado en vano, vas á dejar la vida; voy á aplastarte como se aplasta á la culebra que nos muerde en el campo..... ¡tú no mereces otra cosa ni otro trabajo para matarte!

Y Pedro alzó su brazo de coloso sobre la rubia cabeza de su hermano.

Pero ántes de que aquel brazo cayese, otro cuerpo se introdujo entre los dos, y una cabeza blanca se colocó bajo el terrible puño de Pedro.

Era el padre, que se erigia juez de aquella fatídica contienda.

—Hijo mio—dijo deteniendo el brazo de su primogénito;—mi querido, mi solo hijo, suspende por tí y por mí el justo castigo que ese vil merece: Dios le castigará, no lo dudes; pero vive tranquilo, y no quieras oír entre sueños su terrible voz, al preguntarte: «¡Cain! ¿qué has hecho de tu hermano?» Porque te lo preguntaría, no lo dudes: ¡de estas infamias sólo Dios puede ser el justo vengador!

Luego, volviéndose á Mariano, que se había levantado, le dijo con voz breve é imperiosa:

—¡Vete de esta casa..... y del pueblo! ¡ya no puedes vivir donde habitan tus honrados padres!

Mariano no se hizo repetir esta orden dos veces, y salió á escape de la cocina.

Juan María condujo á su hijo mayor hasta una silla de madera, única que se veía allí y en la que se dejó caer con desaliento.

Pedro el fuerte, el valeroso Pedro prorrumpió en so-

llozós desgarradores, y ocultó su rostro entre sus manos duras y emnegrecidas por el trabajo.

—¡Bendito sea Dios!—murmuró el anciano padre;—le he evitado otra desgracia mayor que la que le aflige: ¡la de ser el asesino de su hermano! Vamos ahora á socorrer á esa desdichada.

IX.

LA VENGANZA DEL «ROMICO».

Juan María salió rápidamente de la cocina y se halló en el campo, ó más bien en una especie de calle desierta, y sólo formada por una tapia medio derruida y resto de un antiguo convento, á cuya espalda corría el río Jalón con sonoro y cadencioso rumor, besando sus arruinados muros.

Había sido aquel un soberbio monasterio de benedictinos, asolado por la guerra de la Independencia.

La huerta de los monjes había sido dividida, arrendada en porciones, y convertida en campos de siembra y en frondosos viñedos.

Delante de aquel terreno rico y floreciente se levantaba, como un nido de buhos, la casuca de la tía Potamiana, dejándosela á la espalda, como un mendigo que arroja una hermosa capa que posee, para excitar la compasion con su fealdad y sus harapos.

La huerta se había abierto para dejar paso á las on-

das del río, ensanchado allí y contenido lo necesario para convertirlo en torrente abundante por una presa practicada desde hacia pocos años.

Delante de la casucha había un pedazo de camino, seco y árido, que se unía á la carretera.

Parecía aquel terreno tan triste y tan erial dar asilo todavía á la sombra de la vieja Potamiana: ni el sol llegaba allí, ni la luna derramaba en torno de la covacha sus plácidos rayos; la madre culpable había dejado en pos de sí la tristeza y la soledad, que son el resultado del vicio.

Tendida delante de la puerta de la misma vivienda halló Juan María á la desventurada hija de aquella vieja culpable; Marta estaba inmóvil; su bello rostro, tres días ántes tan fresco y animado, estaba ahora lívido y contraído; bajo sus pesados párpados se entreabrian sus grandes ojos negros, fijos y vidriosos; en los extremos de sus labios lívidos asomaban dos gotas de sangre, como dos granos de coral.

Á su lado, sentado en el suelo, y ocultando bajo sus piernas cruzadas alguna cosa de gran tamaño, se hallaba el hijo del *Romo*. Parecía que adormía á Marta con una canción extraña; de cuando en cuando se inclinaba hácia ella y pasaba su ancha y huesuda mano por los sedosos cabellos de la jóven, como para hacerla una lastimera caricia.

El sol doraba ya las copas de los árboles más altos; los pajaritos cantaban; era domingo, y la campana alegre y loca de la parroquia volteaba tocando á misa, agitada por las manos de los muchachos.

Despertaba la campiña llena de alegría y de vida; las rosas de la avenida de los sauces, á la que se llegaba por una sendita que tenía pocos pasos, enviaba allí sus perfumes, y las ondas del río cantaban en su lecho de arena y piedrecillas, besando las orillas bordadas de margaritas blancas con cáliz de oro y de azules y modestas *no-me-olvides*.

El viejo labrador sintió su pecho oprimido ante el contraste que formaba la vida risueña de la Naturaleza con la desgracia que abrumaba á su familia: ¡un hijo para siempre infeliz, otro arrojado por su justicia del techo paternal, aquella jóven moribunda, y en su casa, un niño que agonizaba! ¡Sólo él y su esposa, viejas y robustas encinas, quedaban en pié para ver padecer, y quizás morir, á todos aquellos jóvenes retoños heridos al nacer por la desgracia!

Allí, y en el horrible espectáculo que tenía ante los ojos, se hallaban el dolor, la desolacion y el idiotismo, formando contraste con la belleza de aquel risueño día.

El anciano levantó á la pobre Marta entre sus brazos y entró con ella en la casilla.

Pedro se hallaba en el mismo asiento en que poco ántes se había dejado caer, y lloraba aún amargamente; ni el rumor de los pasos de su padre pudo hacerle levantar la cabeza, humillada por el peso de su desgracia y de su vergüenza.

Juan María colocó á Marta en la misma cama, y fué á buscar agua para rociar sus sienes, pero quedó como clavado en su sitio al escuchar un largo y doloroso gemido que subía del campo.

Muy breves instantes duró su sorpresa é indecision: había reconocido la voz de Mariano, del hijo culpable y expulsado por él de su casa, pero que, al fin, era su hijo.

El anciano, presa de mortal zozobra, dejó la cocina y salió al campo, tendiendõ en torno suyo sus desatentados ojos.

¡Gran Dios! ¡Qué horrible espectáculo se presentó ante ellos! Cerca de la casilla se hallaba tendido Mariano; de su cabeza, abierta con una profunda herida que empezaba en la sien y se prolongaba en la parte superior del cráneo, brotaba un raudal de sangre: cerca de aquella cabeza destrozada se veía una piedra enorme, y dando vueltas al rededor del cuerpo inanimado del prometido esposo de Susana, y graznando como un cuervo, se hallaba el idiota.

Ejecutaba una especie de baile frenético y lleno de un júbilo sombrío y brutal, y cantaba roncamente y con voz hueca:

¡Me las pagó! ¡Me las pagó!
¡Ya no despertará! ¡Ya no me pegará!

El idiota estaba entregado á una furiosa embriaguez; él, que el día anterior había dicho á Marta que tenía miedo de pegar á Mariano, porque *aun despues de muerto le daría muchos puntapiés*, se gozaba ahora en su obra de destraccion con una especie de delirio feroz: en su rápido baile al rededor de su víctima no oyó á Juan María, que corrió desolado hácia el jóven, ni le vió hasta que cayó de rodillas á su lado, exclamando con acento desgarrador:

— ¡Hijo mio! ¡Hijo mio!

Aquel grito fué tan desolado y penetrante, que pareció hacer impresion en el mismo idiota.

Entreabrió los pliegues de su camisa y mostró su pecho cubierto de manchas amoratadas; luego dijo, arrojando al suelo un frasco de vidrio que exhalaba un fuerte olor á aguardiente y que indudablemente acababa de vaciar:

— El me pegó mucho..... mucho..... porque no quería irme de debajo de la ventana esta noche..... yo le aguardaba..... le vi pasar de espaldas..... y le tiré la piedra..... Ahora duérme..... duérme..... pronto despertará..... pero ¡yo me esconderé y nada sabrá!

Una risa estúpida y hueca terminó estas palabras.

Entre tanto, el desgraciado padre agitaba en vano el cuerpo de su hijo. Estaba muerto.

De súbito se vió rodeado de gente: un labrador que venia de visitar una de sus viñas y costeaba la orilla del río, vió lo que pasaba, se acercó al lugar del desastre y corrió á dar parte á la aldea.

Juan María, que sollozaba de un modo desgarrador, fué separado del cuerpo de su hijo, y éste, para no asustar mortalmente á su desgraciada madre, conducido á casa de un honrado vecino de la aldea, despues de haber formado sumario la justicia.

Juan María fué llevado á casa del señor cura y el idiota recogido por su padre, que acendió asustado y trémulo al sitio de la catástrofe.

En estas diligencias llegó la caída de la tarde. Volvamos á esta hora al lado de Pedro y de su mujer, que habian quedado solos en casa de la tía Potamiana.

X.

CATÁSTROFE.

Ya se escondia el sol, que tan alegre y radiante habia aparecido en su lecho de pardas nubes, cuando Marta abrió los ojos, arrojó un suspiro y dejó escapar un hondo gemido de su destrozado pecho, que habia sido lastimado por unas piedras al arrojarse por la ventana para ir al cortijo á poner por obra su venganza.

Pedro, que no habia alzado la cabeza desde que su padre le dejara en aquel sitio, la levantó entónces, y miró asombrado el lecho en que yacia su mujer desde algunas horas ántes.

Ésta se incorporó sobre un brazo, miró en torno suyo, y exclamó con voz débil, pero con acento de profunda conviccion:

— Ya estoy de vuelta..... ¡qué poco he tardado! No le digais nada á Pedro..... silencio.

Dicho esto, se deslizó de la cama con suavidad, y despues de estar en pié separó de su frente los largos cabellos castaños que la cubrian y limpió, con una punta de su delantal, las dos gotas de sangre que bañaban los extremos de sus labios.

Estaba pálida, pero en sus mejillas resaltaban dos rosas muy vivas, signo infalible de la horrible fiebre que la devoraba.

Después que hubo reparado un poco el desorden de su traje, tendió en derredor suyo una mirada absorta y apercibió á Pedro sentado á algunos pasos de ella. Entonces ¡cosa extraña! una sonrisa triste, pero dulce é impregnada de consuelo, entreabrió sus labios. Acercóse á él con lento paso, y al llegar á su lado se dejó caer arrodillada.

— Padre— dijo con voz dulce y quebrada— yo me he muerto ya hace muchos días en el mundo de allá abajo, y ahora que te hallo en este otro, que es mejor y más alegre, vengo á contarte una cosa.... ¡Oh! ¡Me acuerdo, cuando yo tenía ocho ó nueve años, de cuánto me querías y de cuánto me acariciabas!.... ¡No, tú no me pegabas como mi madre!

Pedro miró asombrado á su mujer y su dolor cedió ante este tristísimo pensamiento :

— ¡Estará loca!

Miróla con atención y nada más que la vaga mirada de la jóven le indicó que su juicio se hallaba extraviado; una plácida sonrisa vagaba por sus labios; su frente, aunque muy pálida, estaba serena; sin embargo, era demasiado cierto que el juicio de la desgraciada jóven se había trastornado; la leche se había retirado de su seno y había invadido su cerebro; las crueles emociones que desde el día anterior venía sufriendo y la conmoción del golpe al arrojarse por la ventana, habían obrado en su naturaleza un trastorno mortal.

El corazón de Pedro, que ya estaba abierto para la piedad desde que descubrió, oculto en la escalera del desvan, toda la crueldad de su hermano para con la po-

bre Marta, se deshizo de dolor al ver el trastorno de su razón, último y terrible mal que su desgracia le guardaba: trató de levantar á su mujer del suelo, pero no pudo conseguirlo, pues ella le hizo un ademán para que la dejase de rodillas.

— No, padre mío— dijo cediendo aún otra vez á la alucinación de su juicio; — déjame aquí.... he de pedirte perdón de una cosa y tú se lo pedirás á Pedro para mí, porque yo no me atrevo.

— ¡Marta, Marta!— exclamó el pobre esposo. — ¿No me conoces? ¡Soy yo, Pedro.... tu marido, que te quiere y te perdona!

— ¡Ah! ¡No es mi padre!— exclamó Marta cambiando el hilo de sus pensamientos y mirando á su marido profundamente.

— ¡No! ¡Soy tu esposo, que te quiere!.... ¡Ven, Marta! Salgamos de aquí.... vamos á casa.... á ver á nuestro hijo.... ¿Ya no le quieres?

— ¡Sí, sí! Vamos á ver al niño— respondió Marta levantándose apresurada; — vamos, vamos, que ayer estaba muy malo, y yo tengo que acabar de llenar de rosas su almohadoncito.... ¡sí, porque Pedro, que era el que se cuidaba de eso, ya no querrá hacerlo ahora!....

— ¿Por qué?— preguntó Pedro, que pugnaba por llevarla á la puerta.

— ¿Por qué? ¿Quién eres tú, que no sabes lo que ha pasado? ¡Sí es horrible! ¡Oye, Pedro ya no nos querrá ni al niño ni á mí! Yo he sido muy mala.... pero es la verdad que fui engañada.... Aquél.... aquél era un mal hombre.... ¿Oyes? ¡es ése que ahora se está casando!

— Vén, Marta, vén — repitió Pedro asiendo la mano de su mujer; — vamos á casa.....

— ¡Ah! ¡Ya te conozco! — gritó de súbito la jóven, deteniéndose despues de haber dado algunos pasos; — mejor dicho..... ¡ya le conozco á V.!

— ¿Qué dices?

— Es V. el otro padre, ¡no el que murió..... no! mi padre Juan María..... que tambien me quiere..... ¡Ah! ¡perdon, padre mio, perdon!

Algunas de las personas que se habian reunido junto al cadáver de Mariano entraron entónces en la casilla y se quedaron cerca de la puerta al ver á Marta livida y desmelenada á los piés de su marido y á éste que lloraba.

— ¡Perdon! — repitió la pobre jóven entre sollozos convulsivos; — ¡yo creí que era V. mi padre y á V. se lo contaba todo, porque..... me hubiera perdonado..... pero usted no me perdonará..... porque es el padre..... de mi pobre marido..... que tanto me quería y al que tan mal pagué!

Las imágenes de todos los que la habian amado se iban grabando sucesivamente en la memoria de la desgraciada Marta.

— ¡Pobrecita! ¡ha perdido la cabeza! — dijo uno de los labradores que en pié y agrupados contemplaban esta afflictiva escena.

En aquel instante se abrió el grupo para dar paso á una persona que llegaba de la parte exterior.

Era el señor cura: al salir de decir misa habia oido hablar vagamente de desgracia y se habia encaminado al sitio que le designaron, habiendo permanecido todo el

día ocupado en el Juzgado y consolando á Juan María.

— ¡Ah, señor cura! — exclamó Pedro al verle; — ¡en qué trabajos tan grandes me veo hoy!

— Valor, hijo mio — respondió el vicario; — Dios prueba á los que más ama. — É inclinándose dulcemente hácia la jóven, le dijo: — ¡Marta! ¿me conoces?

— ¡Sí, señor! — respondió ella volviendo sus hermosos ojos, en los que se apagaba el fuego de la calentura, para dar paso á las sombras de otra congoja mortal; — sí..... ahora..... creo..... creo que se aparta de mi cabeza la nube de fuego que la envolvía y que veo mejor.

El señor cura sacó su pañuelo de batista, y le pasó por la frente de Marta, á la que levantó en sus brazos con paternal cariño.

— ¡Un poco de agna! — dijo, volviéndose despues á los aldeanos — y aún mejor un poco de vinagre, si lo hay.

Todos acudieron á buscar lo que el señor cura pidió por los rincones de la reducida cocina.

El digno vicario sacó de su bolsillo un frasquito de cristal que contenía algunas sales, y lo acercó á la nariz de Marta, que abrió los ojos y miró en derredor suyo.

— Marta, hija mia, ¿me conoces? — repitió el vicario.

— Sí..... — respondió Marta con voz débil; — es V..... el señor cura.

— Aquí hay vinagre — dijo uno de los labradores acercándolo en un vaso.

El vicario mojó su pañuelo, y lo aplicó á las sienes de la jóven, sin dejar de sostenerla, porque no podía tenerse en pié.

—Vamos, Marta—le dijo con voz suave—vuelve en tí: ahí abajo me han dicho que te has caído por la ventana; pero eso no será nada, porque está muy baja..... el susto nada más..... Ea, ánimo: aquí está Pedro, tu marido, que te quiere tanto..... él y yo te llevaremos á tu casa, y te acostarás para descansar..... ¡Vamos, hija mía, un poco de valor!

Marta se incorporó ansiosamente, y tendió en su derredor una mirada llena de espanto.

—¡Pedro!—repitió—¡está aquí Pedro!

—Aquí estoy—dijo Pedro tomándole una mano.

—¿Desde cuándo?—preguntó ella, por cuyas blancas mejillas se iba extendiendo como una nube de sangre.

—Desde esta mañana..... al amanecer.

—¿De modo que sabes.....

—Todo lo sé..... y te perdono.

Marta se arrojó á los piés de su marido: asió sus manos y las cubrió de apasionados besos: luégo, rápida como el pensamiento, se levantó, echó á correr, y salió al campo.

Su marido y los aldeanos, absortos al principio por lo impensado y repentino de este movimiento, no pensaron en detenerla: pero bien pronto se lanzaron en su seguimiento.

La carrera de la infeliz loca era, sin embargo, tan rápida y desesperada, que al salir á la calle ya había ella dado la vuelta á la casilla, y corría hácia el río.

—¡Hijos, hijos míos! ¡corred!—exclamó el señor cura: —se va á matar.

Los aldeanos se precipitaron en persecucion de la fugitiva, pero á todos adelantaba Pedro, y ya casi tocaba al vestido de su mujer.

No obstante, por un esfuerzo supremo, redobló la infeliz su carrera en los pocos pasos que le quedaban para llegar al río, y se precipitó en sus aguas.

Pedro se arrojó tras ella, y los labradores, con el vicario á la cabeza, se agruparon á la orilla del río, cuyas ondas espumosas tenían gran profundidad.

Pedro apareció por fin, pero á gran distancia y llevado rápidamente por la corriente: conocíase que luchaba y que llevaba asido el cuerpo de Marta: el vicario, incapaz, á pesar de su edad, de permanecer impasible, se despojó de su manto y de su calzado, y se preparó á arrojarse al agua, para salvar al ménos á uno de los dos.

—Eso no, señor cura—dijo un labrador, que á su vez se habia despojado de una parte de su ropa:—el peligro, si le hay, debemos arrostrarlo nosotros.

Otro aldeano imitó su ejemplo, y los dos se lanzaron entre las ondas del río.

Pedro volvió á aparecer en aquel momento; pero se conocia fácilmente que ya no llevaba nada.

Muy pocos instantes se le vió flotar en las aguas, volvió á sumergirse, y los dos hombres que iban á salvarle redoblaban sus esfuerzos.

Aun podía volver á aparecer de nuevo; pero esta vez, si le dejaban sumergir, debía ser para siempre.

El vicario se habia arrodillado sobre la húmeda tierra de la orilla: los aldeanos se habian postrado en torno

suyo, y todos rezaban en voz alta, y con las lágrimas en los ojos.

Llegaron, por fin, los labradores al sitio donde suponían que debían hallarse Pedro y su mujer, y la lívida cabeza de éste volvió á flotar á flor de las aguas: uno de ellos le asió con un esfuerzo supremo, y el otro bascó en torno suyo el cuerpo de Marta.

Nada halló, más que el agua y el vacío.

Volvió á repetir sus pesquisas, tan infructuosas como ántes.

Entonces ayudó á su compañero á trasportar á la orilla el cuerpo muerto de Pedro.

Sólo el que haya contemplado la rápida corriente del Jalon puede comprender lo árduo y peligroso de semejante empresa.

Tan lentamente avanzaban, que otros labradores se preparaban á arrojarse al agua, cuando los vieron adelantarse con una rapidez impensada y bien pronto llegar á la orilla.

Sólo traían el cuerpo de Pedro.

La pobre Marta quedaba en el fondo del río.

Pedro se asemejaba á un cadáver: se le depositó sobre la hierba, y un joven labrador se obligó á ir á pié y corriendo hasta la aldea cercana para buscar al médico.

Habia allí algunos árboles cortados: con las varas más delgadas y el manto del señor cura se improvisó una cama portátil, en la cual fué conducido Pedro hasta la casa de su padre Juan María.

Sólo estaba en ella el niño agonizante, cuidado por algunas buenas vecinas; porque la pobre Joaquina habia

corrido desolada á la casa en que habian depositado el cadáver de su hijo menor, en la que se hallaba tambien su marido.

XI.

HIJA POR HIJA.

Apénas habia trascurrido un mes, cuando todo habia recobrado su acostumbrado y tranquilo aspecto en Cabañas.

El cadáver de Marta fué arrojado por las aguas del río, dos dias despues de su muerte, y sepultado, no sin recibir ántes el bendito rocío de las lágrimas de Juan María y de Joaquina.

El cuerpo de Mariano fué igualmente enterrado.

El idiota, misterioso vengador de los agravios que habia recibido la honra de aquella virtuosa familia, y terrible instrumento de la justicia de Dios, fué encerrado en una casa de dementes de la capital de la provincia por disposicion judicial, pues aquella especie de bestia feroz y salvaje podia ser un azote para toda la comarca, y un criminal impune siempre.

Su desconsolado padre salió de la aldea para ir á buscar á quien servir dentro de la ciudad, donde estaba aquel hijo tan querido por su sencillo y amante corazón, como si hubiera sido el prototipo de todas las bellezas

suyo, y todos rezaban en voz alta, y con las lágrimas en los ojos.

Llegaron, por fin, los labradores al sitio donde suponían que debían hallarse Pedro y su mujer, y la lívida cabeza de éste volvió á flotar á flor de las aguas: uno de ellos le asió con un esfuerzo supremo, y el otro bascó en torno suyo el cuerpo de Marta.

Nada halló, más que el agua y el vacío.

Volvió á repetir sus pesquisas, tan infructuosas como ántes.

Entonces ayudó á su compañero á trasportar á la orilla el cuerpo muerto de Pedro.

Sólo el que haya contemplado la rápida corriente del Jalon puede comprender lo árduo y peligroso de semejante empresa.

Tan lentamente avanzaban, que otros labradores se preparaban á arrojarse al agua, cuando los vieron adelantarse con una rapidez impensada y bien pronto llegar á la orilla.

Sólo traían el cuerpo de Pedro.

La pobre Marta quedaba en el fondo del río.

Pedro se asemejaba á un cadáver: se le depositó sobre la hierba, y un joven labrador se obligó á ir á pié y corriendo hasta la aldea cercana para buscar al médico.

Habia allí algunos árboles cortados: con las varas más delgadas y el manto del señor cura se improvisó una cama portátil, en la cual fué conducido Pedro hasta la casa de su padre Juan María.

Sólo estaba en ella el niño agonizante, cuidado por algunas buenas vecinas; porque la pobre Joaquina habia

corrido desolada á la casa en que habian depositado el cadáver de su hijo menor, en la que se hallaba tambien su marido.

XI.

HIJA POR HIJA.

Apénas habia trascurrido un mes, cuando todo habia recobrado su acostumbrado y tranquilo aspecto en Cabañas.

El cadáver de Marta fué arrojado por las aguas del río, dos dias despues de su muerte, y sepultado, no sin recibir ántes el bendito rocío de las lágrimas de Juan María y de Joaquina.

El cuerpo de Mariano fué igualmente enterrado.

El idiota, misterioso vengador de los agravios que habia recibido la honra de aquella virtuosa familia, y terrible instrumento de la justicia de Dios, fué encerrado en una casa de dementes de la capital de la provincia por disposicion judicial, pues aquella especie de bestia feroz y salvaje podia ser un azote para toda la comarca, y un criminal impune siempre.

Su desconsolado padre salió de la aldea para ir á buscar á quien servir dentro de la ciudad, donde estaba aquel hijo tan querido por su sencillo y amante corazón, como si hubiera sido el prototipo de todas las bellezas

físicas y morales que puede renir la raza humana. Dios, que recompensa todo buen sentimiento, le deparó extramuros un rico y humano labrador, que le fió, mediante un buen salario, el cuidado de sus caballerías.

Juan María y su mujer vestían de luto: no había en sus personas otra claridad que la que despedían sus blancos cabellos y la venerable serenidad de sus frentes.

Adoraban á sus hijos, y la muerte del menor fué para ellos un golpe cruel, sobre todo para su madre, que ignoró toda su vida hasta qué punto había sido culpable.

La honra de Marta quedó también limpia de toda mancha: la misma Joaquina creyó siempre que se había arrojado al río en un raptó de locura, producida por el derrame de la leche en la cabeza: Juan María y su hijo Pedro guardaron, hasta para la anciana, aquel formidable secreto de la culpa de dos muertos, que Dios había ya juzgado.

Pedro, al abrirse de nuevo la acción de esta historia, esto es, un mes despnes de haber perecido tan desgraciadamente su mujer, se hallaba convaleciente de una penosa enfermedad, contraída en las agnas del río, que le habían dejado como recuerdo unos penosos dolores nerviosos.

Otras dos personas había tristes, si bien no vivían en la misma casa de Juan María: eran Lorenzo y su hija; pero la melancolía de Susana era muy diferente de la de su padre.

La pobre niña, al saber la muerte de su prometido, fué sobrecogida de un dolor en el que había mucha parte de espanto: no le amaba con esa pasión única y

profunda que hace tan grandes estragos, y que no permite pensar siquiera en sobrevivir á la persona amada: á esto se oponían su tierna edad, y además el carácter versátil y ligero de su novio; pero le había querido con todo el entusiasmo del primer amor, que es el más lleno de ilusiones, si no el más profundo.

La tristeza de Lorenzo era sombría y casi feroz: en vano había buscado en la soledad de la tranquila aldea, donde había nacido, la paz del alma: su alma necesitaba las tempestades, y cerrada al amor, al que para siempre había renunciado, se volvía á la ambicion, como se vuelve el ciego á la luz.

Allí se ahogaba, se consumía en una impaciencia continua y febril, á la que añadía más amargura la incertidumbre en que había vuelto á quedar con respecto á la suerte de su hija.

Desde la muerte de su futuro yerno había podido leer en su corazón con más claridad que ántes.

Había visto que nada había allí que le ligase ó le hiciese llevadera la existencia: el mismo dolor de su hija le era casi indiferente: el dolor de Susana no podía ser comprendido ni consolado por su padre: aquel dolor era inocente, como había sido su amor.

Desde que pudo salir, la pobre niña buscó la compañía y los consuelos de la madre del señor cura, anciana venerable é ilustrada, al mismo tiempo que tierna y sencilla; además, Susana sentía un melancólico placer en pasar algunos ratos en casa de Juan María, y se apegó á los dos ancianos con el cariño más tierno y más profundo.

Joaquina la quería, por su parte, como á su hija: la

muerte habia arrancado del lado de aquella generosa mujer á las dos jóvenes que alegraban los postreros años de su vida.

Sólo quedaba ya Susana al lado de Joaquina; y ésta amaba á la joven como si realmente fuese la viuda de su hijo, de aquel hijo que tanto lloraba.

En medio de todas aquellas nubes de dolor se destacaba una luz de pura y dulce claridad: el hijo de Pedro y de Marta habia salido del dominio de la muerte, y volvía á la vida sonriendo, y más lindo y alegre que jamas habia estado.

Hé aquí de qué modo se habia operado este milagro, como lo llamaba la sencilla fe de su abuela.

Cuando se supo la doble desgracia de estar Marta muy enferma y de la muerte de Mariano, se recordará que algunas aldeanas acudieron á casa de Juan María para prestar á éste y á su familia sus auxilios y consuelos: Joaquina, al saber que su hijo estaba herido por el idiota, y que habia sido conducido á casa de otro rico labrador del pueblo, salió de su casa medio loca de dolor, y se olvidó de su nieto moribundo, que estaba inmóvil en la cuna.

Algunas de las buenas labradoras se hallaban criando: una de ellas, robusta y fresca muchacha, al ver al niño pálido y desfallecido le tomó entre sus brazos y le acercó á su pecho.

El niño tragó algunas gotas de aquella leche pura y saludable, y á los pocos minutos pareció reanimarse, volvió á dársele alimento, y la caritativa madre siguió así por espacio de algunos dias.

El pequeño enfermo revivió con el cambio de leche; su madre era demasiado endeble para criarle robusto; además, en los últimos dias le habia dado un alimento tan alterado y nocivo, que la criatura llegó á la última extremidad.

Vamos ahora, lector mio, á ver el tranquilo y delicioso cuadro que presentaba la familia de Juan María, acompañada de algunos de sus amigos, y sentada á la puerta de su casa, en la tarde de un domingo.

Acababa Mayo y serian como las cinco: el sol doraba las copas de los árboles, y enviaba hermosos reflejos sobre las figuras venerables de Juan María y de su mujer, que se hallaban completamente de luto.

Al lado de Joaquina se hallaba sentada Susana: era una criatura encantadora, cuya suave belleza estaba aún realzada por su vestido de indiana oscura y su pañuelo negro: su padre no habia querido que vistiese luto completo, pero ella no llevaba más que telas sombrías, y al salir de su casa cambiaba su pañuelo de colores vivos por otro negro.

Era esto un homenaje que rendía su delicado instinto á la memoria de Mariano y al dolor de su familia.

Sobre las rodillas de Susana reía, gorgjeaba el pequeño Juanito, que contaría cuatro ó cinco meses de edad: la criatura llevaba tambien luto, y estaba redonda y encarnada como una manzana.

Al lado de Susana habia un saquito de lienzo, medido de algo que no se sabía lo que era, y más allá, los restos de algunas rosas deshojadas.

Pedro, sentado enfrente de la joven y del niño, los

miraba con inefable placer: la rubia Susana parecía una virgen de Guido Reni, y aunque el sencillo labrador no entendía una palabra de pinturas, ni de artistas, su alma, entusiasta por todo lo bello, podía apreciar la hermosura de la jóven.

La madre del señor cura, sentada al lado de Juan María, miraba al niño; y, por último, cuatro ó cinco vecinas, con sus maridos, completaban el cuadro: pocos pasos más léjos jugaban algunos muchachos, hijos de los labradores allí presentes.

—¿Qué tal van esos ánimos, Pedro?—preguntó uno de los aldeanos al viudo.

—Mejor—respondió éste;—dentro de un par de días voy á ir á trabajar.

—Eso será lo que tase un sastre—saltó Joaquina;—ni tampoco dentro de un par de semanas, irá Anton.

—Pero, madre, ¡si todo está descuidado! Yo no sé cómo hallaré nuestros campos.

—¡Estén como quieran, lo primero eres tú!

—¡Y para los que quedamos, de sobra hay!—añadió Juan María, á cuyos ojos asomó una lágrima.

—Hablando, hablando, nadie se acuerda de mirar al niño—dijo Susana;—¡hoy está más alegre!

—Es cierto—dijo Pedro;—gracias á ti, que le estás divirtiendo, Susana.

—Tómale ahora—dijo la muchacha, que trataba á toda la familia de Juan María como si fuera suya;—tenlo un poco, que voy á acabar de meter esas hojas en mi almohadita.

—¿Signes haciéndola?

—Mira cómo está ya.

Y Susana tomó el saquito que estaba á su lado, le abrió, y al instante se esparció un delicioso perfume.

Pedro tomó al niño: Susana abrió el saquito y tomó de su fondo algunas rosas aún frescas y hermosas, que se puso en la falda, y empezó á deshojar.

—Éstas—dijo—son del jardín de casa: no pienses que he ido á cortarlas de la avenida de los sauces.

—Ya.... ¿qué importa?—murmuró Pedro dolorosamente y doblando la cabeza sobre el pecho.

—Hijo, ¿volvemos á las andadas?—exclamó Juan María:—¡mejores rosas tendrá la pobrecita en el cielo!

Aquellas palabras eran tan generosas en la boca del anciano, que sabía aquella negra historia de deshonor y de lágrimas, que Pedro clavó en su padre una mirada de inefable gratitud.

—Sí—prosignió Juan María—digo que estará en el cielo, porque el señor cura me lo ha asegurado así: no ha sido ella quien se ha dado la muerte, sino su enfermedad, que le trastornó la razón; por lo tanto, ha sido una mártir, y Dios nuestro Señor la tendrá en su santa gloria.

—No te figures, Pedro, que tus rosas se hayan muerto, ó que crecen sin cuidarlas—dijo la madre del señor cura;—cuando vayas á la avenida de los sauces te las encontrarás hermosas y frescas.

—¿Quién ha cuidado de ellas?—preguntó el viudo.

—Susana.

—¡Ah! es muy buena esta pobre muchacha—dijo

Pedro enternecido — y le agradezco que haya mirado por aquellas pobres flores.

— También las azucenas siguen muy hermosas — dijo la jóven con la mirada alegre y con expresion radiante y satisfecha; — pero no hay que agradecerme á mí que las haya cuidado.

— ¿Que no?

— No por cierto: ¡mi padre está tan triste, que en casa me aburro! Las cuidé por divertirme y lo mismo al niño..... y como vi que Pedro no estaba para acabar de rellenar la almohadita, y el médico sigue encargando que duerma sobre hierbas olorosas, dije yo: Le haré otra almohadita, por mi cuenta, de las del huerto de mi casa.

— ¿Y el señor cura? — preguntó Juan María.

— Está en casa de Susana — respondió la madre del vicario; — Lorenzo le envió á buscar, diciendo que deseaba hablar con él..... Allí viene..... ¡Dios mio!..... ¡pero qué alterado parece!

En efecto, el digno vicario se acercaba á paso lento, y en su semblante se pintaba una viva agitacion. Cuando llegó al corrillo que formaban la familia y los vecinos de Juan María, se dejó caer en la silla que le presentaron.

— ¿Qué hay, hijo mio? — le preguntó alarmada su madre.

— Hay, madre mia — respondió el vicario — una cosa muy triste. ¡Lorenzo se va!

— ¿Se va? ¡pues Dios le acompañe! — respondió la anciana; — ¿y eso te apesadumbra?

— ¡Es que va á marchar por muy mal camino, y no

es á Dios seguramente á quien hallará en él! Además, ¡se lleva á su hija!

— ¿Á Susana? — exclamaron todos los presentes, volviéndose á mirar á la jóven, que oía al sacerdote con las manos cruzadas y el semblante pálido de terror.

— Sí, á Susana.

— ¡Pero eso no puede ser, y no será! — dijo Joaquina; — que se vaya él y que deje aquí á la niña! ¡Ella nos quiere, y nosotros á ella!

— Si á lo ménos — prosiguió el señor cura — ese hombre pensára en hacer una vida arreglada..... pero ¡es horrible lo que me ha dicho!..... ¡No, no! Susana no puede seguir á su padre á pesar del feroz empeño de éste; porque habeis de saber que en vano he intentado persuadirle de que debía volverla al convento de las Salesas, donde se ha educado..... No quiere sino que esta criatura siga su azarosa suerte.

— Voy á verle ahora mismo — dijo Joaquina — y á decirle que la deje conmigo: creo que le podré vencer.

— Y yo te acompañaré — añadió la madre del señor cura, levantándose tambien.

Las dos ancianas se alejaron con Susana, que quiso seguir las: temía á su padre á causa de su carácter fático y sombrío; pero lo amaba sinceramente.

Todas las personas, agrupadas á la puerta de la casa de Juan María, esperaron hablando y con cierta ansiedad la solucion de aquel asunto.

— ¿Y qué es lo que va á hacer ese hombre, señor cura? — preguntó uno de los labriegos.

— No seré yo quien lo revele — respondió el digno vicario; — pero sí puedo decir que necesita de la misericordia de Dios.

— Siempre dije yo — repuso otro — que Lorenzo, ni valia para el trabajo, ni para vivir en nuestro lugar: sacó la cabeza tan llena de *fantesía* como su madre.

— ¡Y su padre, el pobre Bruno, tan humilde y tan bueno! ¡aquél sí que era una alma de Dios!

— Si la chica se hubiera casado aquí, él se hubiera marchado también; pero ahora no quiere aguardar á que halle otro novio y á dejarla colocada, y se la lleva.

— No, pues no hubiera tardado mucho en casarse — dijo una de las mujeres; — que es buena, humilde y hacendosa.

— Y además linda como las flores.

— Y sobre esto, rica: conque bien se deja conocer que no le faltarian novios.

— Si yo tuviera otro hijo — observó Juan María — estaria contento de que se casara con ella.

— ¿Quién sabe si Pedro algun dia?.....

El viudo sacudió la cabeza con melancolla, y alzó al niño, que se habia dormido sobre sus rodillas.

— Pues, hijo, otra más dócil ni más buena para el niño no has de hallarla — dijo uno de los labradores.

— ¡Ah! ya vienen aquí la señora Plácida y la señora Joaquina.

En efecto, las dos ancianas llegaban con el semblante alegre.

— Ya es nuestra Susana — dijo Joaquina.

— Y á la verdad, no nos ha costado mucho trabajo — añadió la madre del señor cura: — cuando nos vió Lorenzo atravesar su cuarto, donde estaba sentado muy pensativo, nos dijo:

» — Casi adivino á lo que vienen VV.

» — Venimos — dije yo — á pedirte la chica, Lorenzo: con nosotras está segura y cuidada..... ¿para qué te la quieres llevar? Todos la queremos como á las niñas de nuestros ojos, y sentirémos con el alma que la saques de entre nosotros.

» — Yo — dijo Joaquina — habia ya consentido en llamarla mi hija..... su vista me consuela de haber perdido á mi Mariano..... además, no tengo compañía, ¡y ella me la hace tan buena! Toda la casa se alegra cuando ella llega..... el niño la quiere que la adora..... el dia parece más hermoso cuando ella abre las ventanas..... saca todo lo que hace falta de la despensa, cuida de las flores, da de comer á los pollos, y le canta al niño los villancicos que le enseñaban las señoras religiosas..... ¡Vamos, Lorenzo, déjanosla!..... Al mirarla..... se nos figura que vemos á Celeste!.....

» — Al oír estas palabras — prosiguió diciendo la madre del señor cura — Lorenzo se estremeció..... y su cara, adusta y feroz, cambió de expresion: conoció que se le pedia á Susana para que ocupára el lugar de aquella santa criatura que él mató..... de pena..... y dijo con voz que temblaba:

» — Señora Joaquina, nada puedo negar á V.: conozco que en mí se revuelve otra vez algo malo..... pero usted y el señor Juan María pueden disponer de mi vida y de

cuanto tengo: lo que más estimo en el mundo es mi hija..... pero la quieren..... ¡suya es!.....

»Al decir estas palabras, una lágrima como una avehana saltó de los ojos de Lorenzo y rodó por sus mejillas descarnadas y descoloridas.

»Nosotras, sentidas de haberle afigido, callábamos, y yo miraba á la huerta, en la que habia quedado Susana: Lorenzo prosiguió diciendo así:

»— Sólo les pido que me la dejen dos ó tres dias más..... hasta que me marche de aquí..... Hoy es domingo..... el juéves, por la mañana muy temprano, me iré sin despertar á mi hija..... á las siete se levanta, y se hallará sola en la casa..... vengan VV. á llevársela y á consolarla, porque yo creo que, á pesar de todo, ella me quiere!.....

»Lorenzo volvió á llorar, y nosotras tambien, pero á lágrima viva..... ¡Pobre Lorenzo!..... al fin le hemos conocido de muchacho..... y á no ser por aquella *pezolaga* de mujer que vino á sorberle el seso..... en fin, nos despedimos y estamos acá: el juéves por la mañanita irá Joaquina á buscar á la pobre Susana, á la que no hemos librado de mala, porque su padre tiene una cara que no promete nada bueno.»

Acabada aquí la narracion de la anciana, el señor cura se levantó haciendo la señal de despedida.

Era ya casi la hora de cenar, y cada uno se fué á su casa, prometiendo volver á reunirse despues, en casa del señor cura unos, y otros en la misma casa de Juan María.

Pedro dejó el niño en la cuna: apenas acababa de

acostarlo, oyó en la escalera un paso rápido y ligero, Susana entró en el aposento.

— ¿Qué hay, Pedro? — preguntó.

— Todo se arreglará — respondió el viudo: — cuando se vaya tu padre, te quedarás con nosotros.

— ¡Ay, Dios mio! ¿será verdad?

— Así se lo ha ofrecido á mi madre.

— Pues, adios, que está el pobrecito solo y voy á darle la cena. ¡Ah! ¿y mi saquito?

— Aquí está — dijo Pedro, dándole el en que iba echando las hojas de rosa, y que se habia quedado olvidado.

— Venga.

— ¿No me lo dejas?

— No; ¡que me quitarás rosas para tu almohada! Cada uno llene la suya y verémos cuál acaba ántes: ¿dónde está el niño?

— Aquí, en la cuna; dormido.

Susana se inclinó; besó el niño con ternura; recogió el saquito de las rosas y desapareció ligera como un pájaro.

XII.

EXPIACION.

Algunos dias despues de los sucesos referidos en el capítulo que precede, y una mañana muy temprano, una silla de posta, cubierta de polvo, entró en Cabañas,

cruzó la aldea y se detuvo delante de la puerta de la casa de Juan María.

Éste se hallaba en el patio echando unas gotas de agua sobre aquella descarada y enorme zarza, que hacía tantos años había brotado entre las juntas de las piedras que formaban la pared.

También el reseda crecía sin vergüenza, moviendo sus matitas al compás de la brisa de la mañana.

Las lagartijas, que no son nada tontas, jugaban al escondite en esta última, pero dejaban á la zarza que se defendía de sus travesuras con sus largos pinchos, como se defiende un gato regañón y viejo con sus niñas de las molestas caricias de un niño.

Pero á las lagartijas no se les daba ni un ardite del mal genio de la zarza, porque el reseda les ofrecía un palacio lleno de verdor y de perfumes.

El bueno de Juan María se entretenía en mirar á los bichos subir y bajar á lo largo de la pared, y había algo de bello y de dulce en contemplar á aquel hombre, de cabellos blancos como la nieve, entretenido en tan pueril diversión.

El ruido del carruaje no pudo distraerle de ello, mejor dicho, Juan María no le oyó; pero cuando se detuvo delante de su puerta, volvió la cabeza asombrado, sin dejar el jarro que tenía en la mano, y cuya agua había echado á la zarza para ver si lo consolaba en su soledad y mal humor.

Su sorpresa creció de punto al ver bajar del carruaje á una elegante dama, vestida de camino.

Era una mujer de alta estatura y muy delgada: lle-

vaba un vestido de lana gris, una capa ligera de seda y un sombrero oscuro con un tupido velo de encaje, que le caía delante del rostro, pero que, no obstante lo complicado de los dibujos, dejaba ver los reflejos de dos grandes y brillantes ojos negros, aunque llenos de melancolía.

La dama se dirigió á Juan María, y sin alzar su velo, le preguntó con acento lleno de dulzura y deferencia:

— ¿Querría V. decirme, mi buen señor, si vive aún en esta casa el señor Pedro Carrasco?

— Sí, señora — respondió el anciano — vive aquí.

— Es V. su padre, ¿no es verdad?

— Para servir á Dios y á V., señora.

— Gracias, buen hombre: ¿podría ver al señor Pedro?

— Sí, señora, al momento: voy á llamarle; pero ¿quiere V. pasar? Está allá dentro.

— Sí, ahora entraré — respondió la dama, que pareció sobrecogida de una violenta agitación; — pero ántes quisiera..... preguntar á V. otra cosa.

— Pregunte V., señora.

— ¿Tienen VV. aquí..... en su casa, á una jovencita de quince á diez y seis años, que se llama Susana?

— Sí, señora, y por cierto que la queremos como si fuera nuestra hija.

— ¿Está en casa?

— Sí, señora: ¿desea V. verla también?

— También..... pero despues..... primero veré á su hijo de V., si me quiere llevar adonde está.

— Al momento, señora; y verá V. también á mi mu-

jer, que anda por la cocina: la chica estará por allá arriba y la llamaremos cuando V. quiera.

—Despues..... primero veré á su hijo de V. y á su esposa.

— Bien, señora: pase V. adelante.

Juan María cruzó el patio, y la incógnita le siguió, entrando un instante despues los dos en la cocina.

Joaquina andaba de acá para allá: la cuna del niño estaba colocada en un ladito, y en ella dormia su diminuto propietario, con un sueño tranquilo y apacible.

Pedro, sentado á alguna distancia, esperaba el desayuno que su madre disponia, mirando ora á ésta, ora á su hijo.

—Hijo —dijo Juan María— aquí hay una señora que desea verte, y á tí tambien, mujer.

— Buenos días, señora —repuso Joaquina, acercando una silla con aire obsequioso: — ¿en qué podemos servir á usted?

—Tengo que hablar algunos minutos con su hijo de usted, buena mujer —dijo la incógnita aceptando el asiento; — y deseo que V. y su esposo oigan lo que voy á decir.

Detúvose, dicho esto, y pareció hacer un grande esfuerzo para dominar la emoción que la ahogaba.

Pasados algunos instantes prosiguió, mirando á Pedro:

—Hace cerca de diecisiete años que V., Pedro Carrasco, salvó de la vergüenza y arrebató á la justicia á una mujer culpable..... ¿no es cierto?

—A la verdad, señora, que ya no me acordaba de

tal cosa —respondió Pedro bajando la cabeza avergonzado.

—Lo creo —repuso la dama; — sólo los que hacen el bien por vanidad son los que se acuerdan de él..... Usted, Pedro, lo hace por natural inclinacion..... Pero prosigo lo que tengo que decirle..... Usted salvó á una mujer, á quien su padre, alcalde entónces de este pueblo, acababa de encerrar en la cárcel, acusada de robo..... ¡Esa mujer soy yo!

Y la dama alzó su velo, y mostró un rostro áun distinguido y hermoso, á pesar de llegar á los últimos límites del estío de la vida.

Era el recuerdo de una perfecta hermosura.

Al ver aquel semblante, la memoria de Juan María y de su esposa fué iluminada con un rayo de luz.

— ¡Cómo! —exclamó el antiguo alcalde — ¿es V., señora?

— ¡Qué, hijo mio! ¿no escapó esta pobre mujer como todos creimos? ¿Fuiste tú quien la puso en libertad?

—Yo fui —respondió Pedro mirando á su padre con el mismo respetuoso temor que le miraba á los diez años.

— ¡El fué —dijo á su vez la dama; — y aunque el huracan de mi destino me ha llevado muy léjos de estos lugares, y aunque ya han pasado muchos años desde aquel día, el nombre de Pedro Carrasco ha permanecido grabado en mi alma de un modo indeleble: él era entónces un niño..... ¡y ya supo perdonar y favorecer á una mujer á quien odiaba, porque era la causa de la muerte de su hermana!

— Dios nos manda perdonar —observó Joaquina con

acento grave y apacible—y no hizo más que cumplir con su deber de cristiano.

—No hay, sin embargo, muchos cristianos que perdonen, señora—repuso Enriqueta;—y ahora—añadió dirigiéndose á Pedro—voy á decir á V. el objeto de mi venida: tengo una hija, que Dios ha colocado bajo la santa tutela de sus honrados padres..... ¡Sea V. el marido de mi hija!

—¡Señora!—respondió Pedro—yo.....

—Yo he vivido siempre al lado de los hombres—confió la cortesana con voz lenta y triste;—de todas las condiciones los he conocido: he tratado á algunos de elevada jerarquía, á otros de posición mediana, y muchos, tenidos por intachables, se han enamorado locamente de mí; pues bien, Pedro Carrasco, ¡V. es el hombre más honrado, más noble, más generoso que yo he conocido!

—¡Oh, eso sí!—exclamó Joaquina limpiándose el llanto de orgullo maternal que bañaba sus mejillas;—¡mi hijo es la flor y nata de los hombres de bien!

—Durante algunos años—prosiguió Enriqueta—he fiado mi hija á los cuidados de su padre..... Yo pensaba sólo en enriquecerme para ella..... y allá en el Nuevo Mundo lo conseguí..... Pero, de vuelta á España, indigné y supe que su padre la había traído aquí..... Escribí al párroco, y me ha informado de todo lo ocurrido: de la generosa adopción de VV., y de la cesión que de Susana les había hecho Lorenzo, para ir á entregarse de nuevo en los brazos de su fatal destino..... Pues bien, yo me vuelvo á marchar á países muy lejanos..... y antes he

venido á decirles:—Padre honrado y generoso, ejemplar y santa madre..... os robé una hija con mis artificios, y os cedo para siempre la mía..... Pedro Carrasco, mi noble libertador..... te quité la hermana que tanto querías, y vengo á ofrecerte una esposa..... Dios sabe lo que este sacrificio me cuesta..... porque al sentir de cerca el helado soplo de la ancianidad, la estrella de mi noche, y mi sólo bien, debía ser mi hija!

—¡Es verdad! ¡pobre mujer!—murmuró Joaquina.—¡Cuanto más vieja es una madre, más adora en sus hijos..... eso yo lo sé mejor que nadie!

—¡El sacrificio es muy doloroso!—repuso la cortesana;—pero le ofrezco á Dios en descargo de mis extravíos..... que Él me lo tome en cuenta..... Me voy sola..... enferma, á morir en tierra extranjera..... pero mi hija queda amparada y será dichosa, porque será lo que nunca pudo ser su desdichada madre..... ¡la esposa de un hombre de bien!

Detúvose Enriqueta: los sollozos la ahogaban, y era tan inmenso su dolor, que nadie se atrevió á consolarla.

Levantóse por fin, y con un movimiento rápido sacó de su bolsillo una abultada cartera: con ruboroso ademán quiso ofrecerla á Pedro y retiró la mano con espanto: luego miró á Juan María, y el ademán de presentársela fué aún más tímido; por último, se acercó á la cuna del niño, y la dejó sobre la almohadita, arrodillándose para ponerla allí, como si hiciese á un ángel la ofrenda de todos sus bienes.

La voz de Pedro la hizo levantarse estremeada: el

labrador dejó también su asiento, y dió dos pasos hácia ella, con el rostro alterado por un enojo doloroso.

—Señora—dijo—¿sabe V. quién es este niño?

—Sí—respondió la pobre mujer—es su hijo de V.... y ha perdido á su madre.... pero ¿no debe ser el hijo de Susana? ¡Acepte V., para él, la dote de su madre adoptiva!

—Si me caso con Susana será sin dote—respondió Pedro;—y á ese dinero, que representa tantos dolores y tanta infamia, no podemos tocar ninguno de nosotros: vuelva V. á guardar eso, y V., madre mía, llame á Susana.

La anciana salió, y Pedro prosiguió severamente, en tanto que Enriqueta volvía á tomar la cartera con mano trémula de pena y de vergüenza:

—Señora, no quiero que sepa Susana que es V. su madre: no se dé á conocer como tal.

—¡Jamás he pensado en hacerlo, Pedro!—respondió la cortesana, alzando su rostro bañado en llanto:—es una expiación que yo me había impuesto.... cruel.... dolorosa.... pero justa.... ¡Susana no tiene madre!

—Silencio—dijo Pedro con autoridad;—aquí viene.

Enriqueta volvió á dejar caer el tupido velo delante de su rostro y reprimió su llanto: toda su alma se trasladó á sus ojos para mirar á su hija, y al ver su pura y hechicera belleza, no pudo contener un grito de admiración.

La jóven había dejado su ridículo traje de señorita de aldea y vestía de labradora: estaba aún sin peinar, y sus largas trenzas rubias se extendían por su espalda como dos gruesas cadenas de oro.

Tendió sus hermosos ojos por la cocina y los fijó asombrada en la extranjera, que hacía esfuerzos sobre-humanos para no lanzarse á abrazarla.

—Susana—dijo Pedro tomándola de la mano—acércate, y oye: luego te dirá esta señora quién es: ¿dónde tienes tu saquito de las rosas?

—Allí—respondió la jóven señalando á un banco de ladrillo que se veía bajo la ventana;—esta mañana salí al alba y traje algunas que deshojé.

—Allí está también el mio—dijo Pedro;—tiene pocas hojas para el almohadon del niño, y no puedo echar más, porque ya se han acabado.... ¿Quieres añadir las tuyas, y el almohadon quedará hecho?

—No me gusta eso—respondió la jovencita enseñando sus menudos dientes con una sonrisa—y si lo hago es por dos cosas; porque el niño lo tenga ántes, y porque te das por vencido.

—Sí, has conservado alguna rosas, y las mías se han acabado; pero esencha aún: las rosas que yo guardo deshojadas las planté y cuidé para la pobre Marta.... sólo ella las cortaba.... reuniéndolas ahora á las tuyas para mi hijo, te digo que te quiero tanto como á ella la quise.... ¿Me quieres tú lo bastante para casarte conmigo, Susana? ¿Me quieres lo bastante para ser la madre de mi hijo?

—¡Sí!—respondió Susana sin vacilacion y con voz firme.—¡Te quiero, Pedro, como quise á tu hermano, y aún más.... sí, más que á él!

—Vengan las rosas—dijo Pedro, en cuyo rostro se reflejaba una alegría grave.

—Y aquí está la funda—observó la abuela sacando de una alhacena un saquito de tafetan rosa;—yo también he de tener mi parte en el almohadón: ayer lo cosí.

Pedro tomó el saquito de sus rosas deshojadas y las echó en el de seda; luego tomó el de Susana, y el almohadón quedó hecho: la abuela sacó, como por encanto, una aguja enhebrada con seda color de rosa, y lo cerró con algunas puntadas.

Pedro levantó suavemente la cabeza de su hijo, sacó la almohada que tenía y la arrojó al fuego: Susana puso en su lugar el nuevo almohadón.

—¿Por qué tiras ése?—preguntó la joven.

—Porque está manchado—respondió severamente Pedro mirando á la cartera, que aún tenía la dama entre sus manos:—en adelante, ése y no otro será el almohadón de todos mis hijos, porque lo han hecho las manos de sus padres y las de su abuela: ahora, señora, abraza usted á Susana en nombre de su madre.

La pobre mujer se aprovechó con ánsia del permiso y abrazó con frenesí á la joven.

—¡Cómo, señora!—exclamó Susana—V. conoce á mi madre? ¿vive aún? ¿dónde está? ¡Mi padre decía que había muerto!

—Y decía la verdad, hija mía—respondió la dama;—ha muerto, y antes de espirar me encargó que te viniese á abrazar en su nombre..... ya he cumplido su más ardiente deseo..... Ahora, adios..... y sé honrada para que seas dichosa..... ama y respeta á tu marido como él merece, pues es el mejor de los hombres..... ¡Adios..... adios, y reza alguna vez por tu madre!

La desgraciada se lanzó á la puerta con paso vacilante; pero desde ella volvió y abrazó de nuevo á Susana, con desesperada ternura.

Arrancóse, por fin, de sus brazos; subió al carruaje y partió; pero la honrada familia la vió tender hácia ella los brazos desde las ventanillas del coche, con un ademán de supremo dolor y de eterna despedida.

XIII.

EL ALMOHADON DE ROSAS.

Un mes despues Pedro casó con Susana.

Su regalo de boda fué la gargantilla de Celeste, que también había dado á Marta, pero que ésta jamás quiso ponerse, porque no le gustaba el contraste que hacía con sus cabellos oscuros.

Susana, que era rubia, halló que le estaba muy bien, y aquella prenda de la víctima, llevada por la hija del verdugo, dijo á todos los cristianos hasta qué extremo sabía perdonar la familia de Carrasco.

Pedro probó una dicha, de la que jamás había tenido idea: había en Susana algo de espiritual y delicado que había heredado de su madre, y que fué labrando la dura naturaleza de Pedro.

Nadie como él podía apreciar todo lo que era bello, las nobles prendas de su mujer, y esos mil nada de la

—Y aquí está la funda—observó la abuela sacando de una alhacena un saquito de tafetan rosa;—yo también he de tener mi parte en el almohadón: ayer lo cosí.

Pedro tomó el saquito de sus rosas deshojadas y las echó en el de seda; luego tomó el de Susana, y el almohadón quedó hecho: la abuela sacó, como por encanto, una aguja enhebrada con seda color de rosa, y lo cerró con algunas puntadas.

Pedro levantó suavemente la cabeza de su hijo, sacó la almohada que tenía y la arrojó al fuego: Susana puso en su lugar el nuevo almohadón.

—¿Por qué tiras ése?—preguntó la joven.

—Porque está manchado—respondió severamente Pedro mirando á la cartera, que aún tenía la dama entre sus manos:—en adelante, ése y no otro será el almohadón de todos mis hijos, porque lo han hecho las manos de sus padres y las de su abuela: ahora, señora, abraza usted á Susana en nombre de su madre.

La pobre mujer se aprovechó con ánsia del permiso y abrazó con frenesí á la joven.

—¡Cómo, señora!—exclamó Susana—V. conoce á mi madre? ¿vive aún? ¿dónde está? ¡Mi padre decía que había muerto!

—Y decía la verdad, hija mía—respondió la dama;—ha muerto, y antes de espirar me encargó que te viniese á abrazar en su nombre..... ya he cumplido su más ardiente deseo..... Ahora, adios..... y sé honrada para que seas dichosa..... ama y respeta á tu marido como él merece, pues es el mejor de los hombres..... ¡Adios..... adios, y reza alguna vez por tu madre!

La desgraciada se lanzó á la puerta con paso vacilante; pero desde ella volvió y abrazó de nuevo á Susana, con desesperada ternura.

Arrancóse, por fin, de sus brazos; subió al carruaje y partió; pero la honrada familia la vió tender hácia ella los brazos desde las ventanillas del coche, con un ademán de supremo dolor y de eterna despedida.

XIII.

EL ALMOHADON DE ROSAS.

Un mes despues Pedro casó con Susana.

Su regalo de boda fué la gargantilla de Celeste, que también había dado á Marta, pero que ésta jamás quiso ponerse, porque no le gustaba el contraste que hacía con sus cabellos oscuros.

Susana, que era rubia, halló que le estaba muy bien, y aquella prenda de la víctima, llevada por la hija del verdugo, dijo á todos los cristianos hasta qué extremo sabía perdonar la familia de Carrasco.

Pedro probó una dicha, de la que jamás había tenido idea: había en Susana algo de espiritual y delicado que había heredado de su madre, y que fué labrando la dura naturaleza de Pedro.

Nadie como él podía apreciar todo lo que era bello, las nobles prendas de su mujer, y esos mil nada de la

vida doméstica, que constituyen el todo de la felicidad conyugal.

Marta era la aldeana vulgar, la mujer débil, y por eso fué seducida.

En Susana habia algo de ángel, como si el Todopoderoso hubiera querido sacar la perfeccion del seno de la culpa: el dulce imperio que ejercia sobre todos los que la rodeaban era irresistible: su voz era un canto, su risa un trino, su canto una melodía: el amor y la virtud la habían elevado sobre un pedestal.

Pedro, algo delicado de su salud, dejó los rudos trabajos del campo á instancias de sus padres y de su mujer, y se convirtió, aunque sin dejar su calzon cortó, en un rico hacendado, en el que habia más de hombre culto que de rústico aldeano: su mujer, en las largas noches de invierno, le enseñó á leer, escribir y contar, y él aprendió con la docilidad de un niño.

Una noche leia un periódico al que se habia suscrito en la ciudad vecina: hacia dos años que se habia casado. Juanito, el hijo de Marta, dormia en su cuna: la abuela mecia al primogénito de Susana: ésta, que estaba de nuevo encinta, bordaba, y el abuelo escuchaba atentamente la lectura.

Era despues de la cena, y se hallaban sentados al rededor de la mesa, que una criada acababa de levantar, y alumbrados por un velon de dos mecheros, tan brillantes como el oro.

Pedro, leyendo en la *crónica extranjera*, llegó al párrafo que sigue:

«Un hecho horroroso, pero justo, ha tenido lugar

cerca de *Saint-Troper* (Francia): el feroz corsario negro, de nacion español, que hace dos años apareció en la Provenza, y que tenia asolada la costa, ha llevado su merecido.

» Todos saben que este monstruo, llamado el *tigre del mar*, cometia infinitas crueldades, llevado de su sed de oro y sangre, y que habían sido víctimas de su rapacidad muchos buques ingleses: pues bien, segun las últimas noticias, el buque de guerra *Alberto y Victoria* le dió caza y le entró al abordaje, destruyendo toda la canalla que le tripulaba (casi todos fugados de los presidios españoles), y apoderándose de la enorme suma de 20 millones de duros, encerrados en barriles, y apresados pocos dias hace á un buque mercante de Lima, que fué su última hazaña.

» El feroz capitán fué colgado del palo mayor del buque inglés, y ahora, que ha fallecido, es cuando se han podido tener noticias fidedignas de su procedencia. Era natural de una aldea de Aragón llamada Cab.....»

—¡Santo Dios, qué borrado está esto!— exclamó Pedro, que habia palidecido.

—Dame— dijo Susana sonriendo —yo lo leeré.

—¡Quita allá! ¿Quieres robarme un hijo leyendo esos horrores? ¡Para eso estás tú! ¡Vayan al fuego semejantes historias!

Y Pedro arrojó al fuego el periódico: habia leído, al final de la noticia, los nombres de *Cabañas* y de *Lorenzo Martinez*.

—Madre, ¿ve V. qué poco complaciente está?— dijo Susana algo quejosa.

—Hija, eso es porque te quiere—respondió la anciana.

—Y tú—añadió Juan María—conoces la razón: ¡vaya! en vez de pedir ver esas cosas tan lejanas, ocúpate, hija mía, en preparar el almohadon de rosas: ya sabes que le hemos dejado para que duerma cada niño que tengas los primeros ocho días.

—¡Toma! á la fuerza—dijo Joaquina;—al paso que va, aun guardándolo tanto, habrá lugar de romperlo: ¿y en ese almohadon han de dormir todos los chicos?

—Los mayores—observó Pedro—lo rellenarán para los pequeños, porque las hojas se secan.

—Juanito echó ayer en él bastantes hojas de rosas—dijo Susana;—el pobrecito es cada día más adorable.

—Hija—exclamó Joaquina—no hay ley de Dios para lo que haces.

—¿Pues qué hago, madre?—preguntó Susana admirada.

—A tu hijo, tan pequeño como es, duro en él: le dejas llorar las horas y le quebrantas la voluntad, y á Juanito cada día más mimos y más pasadas: ¿por qué haces eso?

—Porque me acuerdo de que el mio tiene madre, y ese pobrecito no—respondió la joven.

—No, pero tiene *madrona*—observó el abuelo;—¿para qué necesita otra cosa? si tú vales por veinte madres.

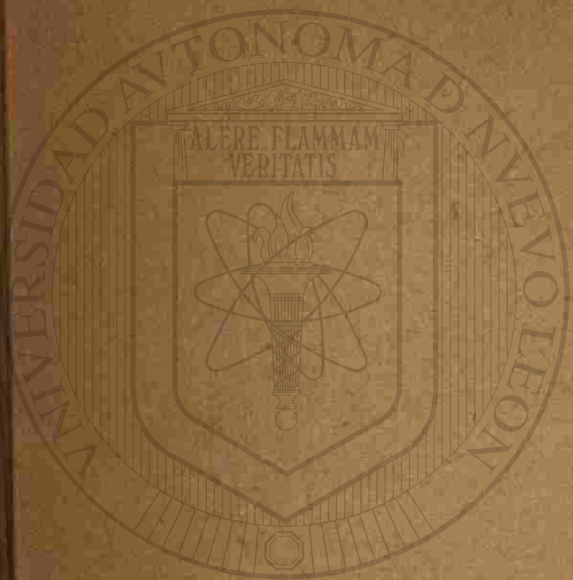
—Me acuerdo, padre mio, de que Dios se me puede llevar á mí, y que mis pobres hijos pueden ir á poder de una madrastra.

—Eso no—respondió Pedro;—el que ha sido tu marido ya no puede pensar en las demas mujeres: sólo

pido á Dios que nos lleve en un día; á bien que si te vas ántes que yo, la pena nos reunirá pronto allá arriba.

Ann viven hoy Pedro, Susana y los abuelos: ya hay en la casa seis hermosos muchachos con Juanito, y todos miran, con religiosa atención, un almohadon que hay debajo de una urna de cristal; está guardado allí porque todos han reposado en él sus cabecitas al nacer, y se le llama EL ALMOHADON DE ROSAS.

FIN DE LA NOVELA.



ÍNDICE.

CELESTE.

	Páginas.
I.— La viajera.....	3
II.— Celeste.....	9
III.— La petición.....	24
IV.— Lorenzo deslumbrado.....	32
V.— Lógica de Perico.....	40
VI.— La declaración.....	49
VII.— Aguila y tórtola.....	60
VIII.— Seducción.....	70
IX.— Continúa el anterior.....	76
X.— El golpe de muerte.....	88
XI.— Doble emboscada.....	98
XII.— Revelación.....	108
XIII.— El señor cura.....	115
XIV.— La madre.....	121
XV.— Sentencia de muerte.....	129
XVI.— El ángel camina á su patria.....	135
XVII.— Lágrimas.....	144
XVIII.— Cienso y dolor.....	152
XIX.— Bajo los sauces.....	164

EL ALMOHADON DE ROSAS.

PARTE PRIMERA.

	Páginas.
I.— La familia de Juan Maria.....	175
II.— Una noticia grave.....	184
III.— Ardidés de Marta.....	181
IV.— Los dos hermanos.....	199
V.— El <i>Romico</i>	206
VI.— Los amores de Pedro.....	215
VII.— La tía Patomiana.....	223
VIII.— El bálsamo de las penas.....	230

PARTE SEGUNDA.

I.— Presagios de tormenta.....	245
II.— Oro y sangre.....	257
III.—.....	262
IV.— Al borde del abismo.....	272
V.— Los amores del idiota.....	279
VI.— El castigo.....	287
VII.— Tempestad.....	297
VIII.— El juez.....	305
IX.— La venganza del <i>Romico</i>	312
X.— Catástrofe.....	317
XI.— Hija por hija.....	325
XII.— Expiación.....	237
XIII.— El Almohadon de rosas.....	347

FIN DEL ÍNDICE.

OBRAS

QUE SE HALLAN DE VENTA EN LOS ALMACENES

DE

DON AGUSTIN JUBERA,

calle de Campomanes, núm. 10, Madrid.

Leyendas y tradiciones populares de todos los paises sobre la Santísima Virgen María, recogidas y ordenadas por una Sociedad religiosa, con licencia y previa censura de la autoridad eclesiástica; un tomo en 4.º mayor muy abultado, con láminas sueltas, 6,25 pesetas.

Misal romano completo, en un tomo, con láminas, 17,50 pesetas.

Misal romano completo, en dos tomos, con láminas, 25 pesetas.

Misal romano completo, en cuatro tomos, con láminas, 35 pesetas.

Misal compendiado, en un tomo, que contiene las Misas de todos los dias festivos del año, las de los patronos de todas las diócesis de España y otros reinos, con las comunes, votivas y oraciones diversas, y otras Misas de Santos de general devoción, con láminas, 15 pesetas.

Misal abreviadísimo, que contiene el Ordinario de la Misa las Misas comunes, votivas y de difuntos, con las oraciones diversas por vivos y difuntos, y otras para recibir los Santos Sacramentos de Penitencia y Comunión, con láminas, 5 pesetas.

Semana Santa ó Mayor, y Semanas de Resurrección y Pentecostés; un tomo, con láminas, 7,50 pesetas.

La diferencia entre las tres clases de **Misales completos**

EL ALMOHADON DE ROSAS.

PARTE PRIMERA.

	Páginas.
I.— La familia de Juan Maria.....	175
II.— Una noticia grave.....	184
III.— Ardidés de Marta.....	181
IV.— Los dos hermanos.....	199
V.— El <i>Romico</i>	206
VI.— Los amores de Pedro.....	215
VII.— La tía Patomiana.....	223
VIII.— El bálsamo de las penas.....	230

PARTE SEGUNDA.

I.— Presagios de tormenta.....	245
II.— Oro y sangre.....	257
III.—.....	262
IV.— Al borde del abismo.....	272
V.— Los amores del idiota.....	279
VI.— El castigo.....	287
VII.— Tempestad.....	297
VIII.— El juez.....	305
IX.— La venganza del <i>Romico</i>	312
X.— Catástrofe.....	317
XI.— Hija por hija.....	325
XII.— Expiación.....	237
XIII.— El Almohadon de rosas.....	347

FIN DEL ÍNDICE.

OBRAS

QUE SE HALLAN DE VENTA EN LOS ALMACENES

DE

DON AGUSTIN JUBERA,

calle de Campomanes, núm. 10, Madrid.

Leyendas y tradiciones populares de todos los paises sobre la Santísima Virgen María, recogidas y ordenadas por una Sociedad religiosa, con licencia y previa censura de la autoridad eclesiástica; un tomo en 4.º mayor muy abultado, con láminas sueltas, 6,25 pesetas.

Misal romano completo, en un tomo, con láminas, 17,50 pesetas.

Misal romano completo, en dos tomos, con láminas, 25 pesetas.

Misal romano completo, en cuatro tomos, con láminas, 35 pesetas.

Misal compendiado, en un tomo, que contiene las Misas de todos los dias festivos del año, las de los patronos de todas las diócesis de España y otros reinos, con las comunes, votivas y oraciones diversas, y otras Misas de Santos de general devoción, con láminas, 15 pesetas.

Misal abreviadísimo, que contiene el Ordinario de la Misa las Misas comunes, votivas y de difuntos, con las oraciones diversas por vivos y difuntos, y otras para recibir los Santos Sacramentos de Penitencia y Comunión, con láminas, 5 pesetas.

Semana Santa ó Mayor, y Semanas de Resurrección y Pentecostés; un tomo, con láminas, 7,50 pesetas.

La diferencia entre las tres clases de **Misales completos**

que tenemos, consiste sólo en lo más ó ménos grueso de la letra que para su impresion se ha empleado.

La abeja; sus costumbres, trabajos y productos, por Luis Alvarez Alvariz; un tomo con grabados tomados fielmente del natural, una peseta.

Virgenes y Mártires, por D. Antonio de San Martín; un tomo, con grabados, 3 pesetas.

Historia descriptiva, artística y pintoresca del Real Monasterio de San Lorenzo, comunmente llamado El Escorial, por D. Antonio Rotondo.

Esta obra consta de un voluminoso tomo en folio imperial, adornado con millares de grabados y láminas en negro y de colores, 100 pesetas.

Tipografía española, ó historia de la introduccion, propagacion y progresos del arte de la imprenta en España, á la que antecede una noticia general sobre la imprenta de la Europa y de la China: adornado con grabados, notas instructivas y curiosas y un gran cuadro cronológico de los lugares en que se ejerció el arte tipográfico en el siglo xv, con la indicacion de la primera obra, con la fecha en que se dió á luz en cada punto y del primer impresor; su autor Fr. Francisco Mendez, segunda edicion, corregida y adicionada por D. Dionisio Hidalgo; un tomo en 4.º mayor, 12,50 pesetas.

La primera edicion de esta obra se hizo rarísima, y de esta segunda edicion quedan muy pocos ejemplares.

El Genio del Cristianismo, ó bellezas de la religion cristiana, por el Vizconde de Chateaubriand; dos tomos en 4.º, con 23 láminas y un magnífico cromó representando la Sacra Familia, 6 pesetas.

El sortilegio de Karnack, por D. José R. Mérida; un tomo, 3 pesetas.

Teatro de los ciegos.—Nuevo y muy sencillo sistema de representaciones dramáticas por los ciegos, practicable, sin aparato ni gasto, en cualquier casa. Van á continuacion algunos diálogos, como primeras muestras en que ensayar el sistema, por D. Francisco Cutanda, de la Academia Española. Obra curiosísima y entretenida; un tomo en 8.º, 1,50 pesetas.

Vocabulario de todas las voces de la lengua castellana que faltan á los diccionarios de la Academia, de Salvá, de Peñalvar, de Domínguez, de Barcia, de Campuzano, de Caballero, etc., ó sea suplemento necesario á los diccionarios indicados de la lengua castellana, para que puedan ser completamente útiles, por D. Luis Marty Caballero; un tomo en 4.º mayor, 5 pesetas.

Panteon universal.—Diccionario histórico de vidas interesantes, aventuras amorosas, sucesos trágicos, escenas románti-

cas, etc., de cuantos hombres y mujeres de todos los paises, desde el principio del mundo, han bajado al sepulcro dejando un nombre inmortal. Edicion de lujo, con láminas y retratos; cuatro tomos en 4.º, de 600 páginas cada uno, 25 pesetas.

Tratado de la teoría y fabricacion de la pólvora en general, las piezas de artillería y los proyectiles, obra escrita por los señores Fraxno y Bouigny para servir de texto en el Colegio de Artillería de Segovia; dos tomos en 4.º y un grande atlas, por Leparad, 15 pesetas.

Espíritu y cuerpo.—Teoría de su relacion, con un resumen de la historia de las teorías del alma, por el Dr. D. Alejandro Bain, profesor de Lógica en la Universidad de Aberdeen, traducido de la última edicion inglesa, por el Dr. D. Antonio A. Ramírez T. Fontecha.

El alma y la vida.—Estudio sobre el renacimiento del animismo, seguido de un exámen crítico de la estética francesa, por el Dr. D. Emilio Saisset, miembro del Instituto, profesor de Historia de la Filosofía en la Facultad de Letras de Paris, traducido por el Dr. Antonio A. Ramírez T. Fontecha, de la Academia Médico-Quirúrgica Española, etc., etc.

Estas dos obras forman un tomo en 4.º de buen papel y esmerada impresion, y se acaban de imprimir; su precio, 6 pesetas.

Se venden por separado estas dos obras, á razon de 3,50 pesetas cada una.

Luz en la tierra.—Demostracion de que entre la religion católica y la ciencia no pueden existir conflictos, por Abdon de Paz.

Obra laureada por la Real Academia de Ciencias morales y políticas en el concurso extraordinario de 1878.

Segunda edicion, Madrid, 1882. Adornada con el retrato del autor y una biografía y estudio crítico del mismo, por D. Enrique Pérez Escrich; un tomo, 5 pesetas.

Historia general de la Iglesia desde la predicacion de los Apóstoles, por el abate Berault-Bercastel, canónigo de Noyon. Corregida y continuada desde el año 1719, en que la dejó su autor, y adornada con importantes disertaciones por el barón Henric; traducida al español, anotada en lo relativo á España, aumentada con un apéndice y enriquecida con importantes documentos; ocho tomos en folio, 50 pesetas.

Conferencias ó pláticas sobre doctrinas y prácticas de la Iglesia católica, por el Ilmo. Wiseman, cardenal-arzobispo de Westminster.

Tenemos por excusado ponderar la obra de este eminente escritor católico, pues todo el mundo sabe que es uno de los

primeros vigias de la casa de Israel; dos tomos en 8.º marquilla, 6 pesetas.

Consultor de intereses al alcance de todas las personas que sepan leer números, y aplicables á todas las naciones regidas por el sistema decimal. Obra de reconocida utilidad para el comercio, ayuntamientos, juzgados de primera instancia y de paz, abogados, escribanos, procuradores, prestamistas, etc. Contiene el interés que corresponde á toda cantidad comprendida entre 0,05 céntimos y 100.000 unidades, en cualquier número de días del año, á los tipos de 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9 y 10 por 100, por D. Félix Abans de Olartecochea, corregida escrupulosamente. Obra interesantísima, que debe tener toda persona de negocios; un tomo en folio, 5 pesetas.

Las glorias del torero, por D. Manuel Fernandez y Gonzalez. Cuadros biográficos, lances y desgracias de los diestros más célebres, desde Francisco Romero hasta nuestros modernos lidiadores, con cuantas noticias han podido adquirirse acerca de los ilustres campeones del redondel, artículos sobre costumbres de los pueblos aficionados á esta clase de espectáculos, etcétera, etc. Obra escrita con mucha verdad y gracejo, adornada con 13 láminas alusivas á la obra; un tomo en 4.º de 586 páginas, 5 pesetas.

Los frutos de la tierra, por D. Luis Alvarez Alvistur, director por concurso de la Granja-modelo, etc., etc.; un tomo en 8.º mayor, con muchos grabados en el texto, 2 pesetas.

En el prólogo de esta importantísima obra dice el autor:

«Si el hombre tuviese perfecto conocimiento de los frutos de la tierra y de sus aplicaciones en los distintos usos de la vida, haciendo un acertado aprovechamiento de ellos, jamás llegaría á verse en la indigencia.

» Baste esto para comprender lo importante que ha de ser conocer todos y cada uno de los frutos que el suelo nos ofrece, así como sus propiedades. Este es, pues, aunque no en absoluto, el fin que nos proponemos al escribir la obra **Los frutos de la tierra**. Si logramos conseguirlo, quedaremos satisfechos, pues que se habrá realizado uno de nuestros más vivos deseos de toda la vida.»

Los antepasados, por Gustavo Freitag, traducido de la sexta edición alemana por Genaro Alas; un tomo, 2 pesetas.

Wilhelm Meister, *Años de aprendizaje*, por Goethe, versión castellana por D. J. de Fuentes; un tomo de cerca de 600 páginas, 5 pesetas.

Historia de la filosofía griega, por D. Ricardo Beltran y Róspide, doctor en Filosofía y Letras; un tomo, 2 pesetas.

Historia de la conquista de Méjico.—Comprende la población y progresos de la América Septentrional, conocida con el

nombre de Nueva-España. Primera y segunda parte de los *Comentarios reales*, que tratan del origen de los Incas, reyes que fueron del Perú, de su idolatría, leyes y gobierno en paz y en guerra, de sus vidas y conquistas, y de todo lo que fué aquel imperio y su república antes que los españoles pasáran á él. La Florida del Inca, historia del adelantado Hernando de Soto, gobernador y capitán general del reino de la Florida, y de otros heroicos caballeros españoles é indios. Ensayo cronológico para la historia general de la Florida. Contiene los descubrimientos y principales sucesos acaecidos en este gran reino á los españoles, franceses, suecos, dinamarqueses, ingleses y otras naciones entre sí y con los indios, cuyas costumbres, géminos, idolatría, gobierno, batallas y astucias se refieren, y los viajes de algunos capitanes y pilotos por el mar del Norte á buscar paso á Oriente ó union de aquella tierra con Asia, desde el año 1512, que descubrió la Florida Juan Ponce de Leon, hasta el 1722, por D. Antonio Solís, secretario de S. M. y su cronista mayor de las Indias; por el Inca Garcilaso de la Vega, capitán de S. M., natural de la gran ciudad de Cuzco, cabeza de los reinos y provincias del Perú, y por D. Gabriel de Cárdenas y Cano; nueve gruesos volúmenes en 8.º mayor, 40 pesetas.

El solo título de esta obra es bastante para que á primera vista resalte el gran mérito de ella, y la necesidad de poseerla las personas que se dediquen á estudiar la historia de América.

Elena, Enid, Idilios, por A. Tennyson, puestos en verso castellano por Lope Gisbert; un tomo, 2 pesetas.

Rosas y perros, por Rodriguez Correa; un tomo, 2 pesetas.

Historia de las misiones en el Japon y Paraguay, por el cardenal Wiseman, traducida directamente del inglés al castellano; un tomo con láminas en acero, 3 pesetas.

Alfredo ó La unidad católica, por el P. Pedro Salgado; un tomo con láminas en acero, 3 pesetas.

El Mercader de Venecia, *Medida por medida*, por Shakespeare, traducido por Jaime Clark; un tomo en 8.º, 2,50 pesetas.

Otelo, *Mucho ruido para nada*, por Shakespeare, traducido por Jaime Clark; un tomo en 8.º, 2,50 pesetas.

Hamlet, *Las alegres comadres de Windsor*, por Shakespeare, traducido por Jaime Clark; un tomo en 8.º, 2,50 pesetas.

Romeo y Julieta, *Como gustéis*, por Shakespeare, traducido por Jaime Clark; un tomo en 8.º, 2,50 pesetas.

Biblioteca de la familia cristiana, colección de novelas y leyendas morales, por una Sociedad de literatos, entre los que se cuentan Selgas, Trueba, Fernan-Caballero, María del Pilar

Sinaés, Valentín Gomez, D. Vicente de la Fuente, etc., etc.; siete tomos en 8.º, con muchas láminas, 10 pesetas.

De esta interesante colección, que lleva á su frente autores de tanta talla, sólo podemos decir que son libros que la familia más timorata puede dejar en manos de sus hijos sin temor de que se perviertan sus buenas costumbres.

Enciclopedia cómica ilustrada, colección de poesías, artículos humorísticos, anécdotas y epigramas, por los señores Palacio, Blanco, Balart, Aguilera, Sanchez Perez, etc., etc.; dos tomos en 4.º, con grabados, 4 pesetas.

Cuentos fantástico-morales, para los niños, por Jorrete y Panfagua; edición ilustrada con grabados, 0,50 pesetas.

Este libro es muy á propósito para ponerlo en manos de los niños, por la sana moral que en su fondo encierra y la sencillez de su forma.

Obras dramáticas de D. Gaspar Nuñez de Arce, de la Academia Española; un tomo en 4.º, edición de lujo, 7,50 pesetas.

Obras completas de Julio Verne, ilustradas con grabados. Van publicadas:

Los ingleses en el Polo Norte, 0,75 pesetas.—El desierto de hielo, 1.—Cinco semanas en globo (primera parte), 1.—Cinco semanas en globo (segunda parte), 1.—Viaje al centro de la tierra, 1.—Los hijos del capitán Grant en la América del Sur, 0,75.—Los hijos del capitán Grant en la Australia, 1.—Los hijos del capitán Grant en el Océano Pacífico, 1.—De la tierra á la luna, 0,75.—Al rededor de la luna (segunda parte De la tierra á la luna), 1,25.—Un descubrimiento prodigioso, 0,50.—Veinte mil leguas de viaje submarino (primera parte). Del Atlántico al Pacífico, 1.—Veinte mil leguas de viaje submarino (segunda parte). Del Pacífico al Atlántico, 1,25.—Una ciudad flotante, 0,75.—De Glasgow á Charleston, 0,50.—Aventuras de tres rusos y de tres ingleses en el Africa Austral, 1.—Un capricho del doctor Ox, 0,75.—La vuelta al mundo en ochenta días (primera parte), 1.—La vuelta al mundo en ochenta días (segunda parte), 1.—Una invernada entre los hielos (El capitán Corabutte), 0,50.—Maese Zacarias.—Un drama en los aires; estas dos novelitas, encuadernadas bajo una cubierta, 0,50.—La isla misteriosa (primera parte). Los naufragos del aire, 1,25.—La isla misteriosa (segunda parte). El abandonado, 1,25.—La isla misteriosa (tercera parte). El secreto de la isla, 1,25.—El Chancallor, 1.—Martín Paz, 0,50.—El país de las pieles (primera parte), 1,25.—El país de las pieles (segunda parte), 1,25.—Los grandes viajes y los grandes viajeros, 1.—Miguel Strogoff (primera parte), 1,25.—Miguel Strogoff (segunda parte), 1,25.—Las Indias negras, 1,25.—Héctor Servadac (primera parte), 1,25.—Héctor Servadac (segunda parte), 1,25.—Un capitán de quince años (primera parte), 1,25.—Un capitán de

quince años (segunda parte), 1,25.—Los descubrimientos del globo (primera parte), 1,25.—Los descubrimientos del globo (segunda parte), 1,25.—Los descubrimientos del globo (tercera parte), 1,25.—Los descubrimientos del globo (cuarta parte), 1,25.—Los quinientos millones de la Princesa, 1,25.—Los amotinados de la Bounty.—Un drama en Méjico; estas dos novelitas, encuadernadas bajo una cubierta, 0,50.—Las tribulaciones de un chino en China, 1,25.—Los grandes navegantes del siglo XVIII (primera parte), 1,25.—Los grandes navegantes del siglo XVIII (segunda parte), 1,25.—Los grandes navegantes del siglo XVIII (tercera parte), 1,25.—Los grandes navegantes del siglo XVIII (cuarta parte), 1,25.—La casa de vapor (primera parte), 1.—La casa de vapor (segunda parte), 1.—La casa de vapor (tercera parte), 1.—La casa de vapor (cuarta parte), 1.—Los grandes exploradores del siglo XIX (primera parte), 1.—Los grandes exploradores del siglo XIX (segunda parte), 1.—Los grandes exploradores del siglo XIX (tercera parte), 1.—Los grandes exploradores del siglo XIX (cuarta parte), 1.—La Jangada (primera parte), 1.—La Jangada (segunda parte), 1.—La Jangada (tercera parte), 1.—La Jangada (cuarta parte), 0,75.—Diez horas de caza, 0,75.—El rayo verde (primera parte), 1.—El rayo verde (segunda parte), 1.—La escuela de los Robinsones (primera parte), 1.—La escuela de los Robinsones (segunda parte), 1.

Y cuantas sucesivamente se publiquen de este autor.

Obras de A. Lamartine:

Rafael, con grabados, 1,50 pesetas.—Graciella, id., 1,25.—El picapedrero de Saint-Point, id., 1,50.—Historia de los Girondinos, con láminas, 10.—Dos perlas literarias, 6.—Historia de Julio César, con láminas, 3,50.—Hombres de la Revolución, id., 3,50.—Civilizadores y conquistadores; dos tomos, 6.

Obras de D. Manuel Fernandez y Gonzalez:

El condestable D. Alvaro de Luna; un tomo en 4.º, 2 pesetas.—Men Rodríguez de Sanabria; un tomo en 4.º, 3,50.—Obispo, casado y rey.—El laurel de los siete siglos.—Allanbkkbar (Dios es grande); estas tres novelas forman un tomo en 4.º, 7,50.—La sobrina del cura; un tomo, 2.—El encanto de las Musas: D. Pedro Calderon de la Barca (primera parte), 1.—El encanto de las Musas: D. Pedro Calderon de la Barca (segunda parte), 1.—Magdalena; un tomo, 0,50.—Las glorias del torero; un tomo, con láminas, 5.—La Hija del Comandante; un tomo, 3,50.—El guapo Francisco Estéban; un tomo, 1,50.—Doña María Coronel; un tomo, 1,50.—D. Juan Mañara; un tomo, 1,50.—La piel de la Justicia; dos tomos, 2,50.—La cruz de Quirós; dos tomos, 2,50.—El diablo encarnado; dos tomos en 4.º, con láminas, 15.—El cocinero de Su Majestad, 12.

Y todas las publicadas de este autor, que no estén agotadas.

La moral en acción ó Los buenos ejemplos, obra publicada bajo la dirección y patrocinio de Benjamin Delesert y del barón de Gerando, ilustrada con 20 magníficas láminas y 120 grabados, versión española, por Roca y Cornet. Edición de gran lujo, con portada de oro y colores y buena encuadernación; un tomo en 4.º mayor, 15 pesetas.

Santa Casilda, novela original de D.ª Dolores Gomez de Cádiz; un tomo en 4.º, de más de 500 páginas, 2 pesetas.

«Esta obra, dice la autora, es como una casita edificada en una loma. Se descubre en ella una luz perenne que anuncia posada al peregrino, asistencia al leproso, cama para el febricitante, asilo para los afligidos.»

En efecto, es tal la dulzura que destilan sus páginas por la bondad de su doctrina, justa, encantadora y sublime, que quien haya empezado á leerla no habrá podido dejarla hasta haber agotado todas sus bellezas.

El dinero ó El modo de hacer fortuna, tratado práctico de los negocios, obra escrita en inglés por Edwin Freedley, y traducida al castellano; un tomo en 8.º mayor, 3 pesetas.

Cuentos para todas las edades, escogidos, arreglados ó escritos por D. A. Fernandez de los Rios. Lujosa edición ilustrada con láminas de nuestros primeros artistas; un tomo en 4.º mayor, 6 pesetas.

En esta colección se encuentran los célebres de Grimm, Andersen, etc., etc.

El árbol de la vida, estudios fundamentales sobre el Cristianismo, por Abdon de Paz, segunda edición, con el brillante informe emitido acerca de esta obra por la Academia de Ciencias Morales y Políticas; un tomo en 4.º, lujo, 5 pesetas.

Para que pueda formarse una idea de lo que es este libro, copiamos á continuación el índice de las materias que contiene:

Informe de la Academia de Ciencias Morales y Políticas acerca de esta obra.—Introducción.—La fe y la razón.—La Sagrada Biblia.—*Piat lux*.—Antigüedad del mundo.—Origen del hombre.—¿Nuestra especie es una?—Caída y esperanza.—El diluvio.—Origen del lenguaje.—Nemrod.—Israel.—Moises.—El libro de Job.—Los Profetas.—La Madre de Dios.—Jesucristo.—El siglo apostólico.—El protestantismo.—La religión y el progreso.—Más allá de la tumba.—Conclusion.—Notas.

Cumplimiento de las profecías, obra escrita en francés, por M. A. D'Orient, y vertida al castellano; tres tomos en 4.º, 9 pesetas.

Contiene esta admirable obra la historia abreviada de la Iglesia, hasta el fin de los tiempos, y una explicación completa del *Apocalipsis*.

La teoría del magnetismo, ó sea la explicación verdadera del magnetismo animal.

Los destinos del alma, y cuál es el estado de nuestras almas en la vida de prueba que nos es dado recorrer en la tierra, etcétera, etc.

Los amantes de Teruel, novela histórica original, por Renato de Castel-Leon, con un prólogo del gran literato Sr. D. Juan Eugenio Hartzenbusch, autor del célebre drama del mismo título, edición de lujo ó ilustrada con 12 magníficas láminas sueltas; un tomo en 4.º mayor, con 660 páginas, 11 pesetas.

De esta obra quedan muy pocos ejemplares.

Biblioteca de la risa ó El libro de los cuentos, colección completa de anécdotas, cuentos, gracias, chistes, chascarrillos, dichos agudos, réplicas ingeniosas, pensamientos profundos, sentencias, máximas, sales cómicas, retruécanos, equívocos, similares, adivinanzas, bolas, sandeces y exageraciones, almacén de gracias y chistes, obra capaz de hacer reír á una estatua de hielo, escrita al alcance de todas las inteligencias, y dispuesta para satisfacer todos los gustos, recapitulación de todas las florestas, de todos los libros de cuentos españoles y de una gran parte de los extranjeros; última edición, refundida y aumentada con muchos enigmas, gracias y chistes, y expurgada de los pensamientos frívolos, cuentos y anécdotas de poco interés; tres tomos en 8.º mayor, 9 pesetas.

Historia de la Interinidad española, escrita en presencia de documentos indedignos, por D. Manuel Ibo Alfaro; obra dedicada al pueblo español; dos tomos folio, de 900 páginas cada uno, con muchas láminas, retratos y mapas, 10 pesetas.

Crónicas ilustradas de la Guardia civil, por los señores Ulloa y Heuao, última edición; un tomo en 4.º mayor, con muchas láminas y cerca de 1.000 páginas, 6 pesetas.

A contar los hechos heroicos de la benemérita Guardia civil va encaminada esta obra. No es en ella el guardia civil quien los describe, es la sociedad quien relata, orgullosa de sus hijos, esos heroicos hechos, para darles así la vida de la posteridad, levantando á la vez que un ejemplo, el hecho que atestigua el cumplimiento de su deber más alto. Es una obra importantísima, y que aclara muchos robos, secuestros y asesinatos que no se conocían bien, y su lectura conduce á evitar el mal.

Miserias imperiales ó La gloria de un ataúd, crónica de los últimos tiempos de Carlos V, original de D. F. de Sales Mayo; un tomo en 4.º mayor, de 900 páginas, con láminas sueltas, nueva edición, 6 pesetas.

Calixta ó Bosquejo de la Iglesia en el siglo III, novela histórica escrita en inglés por el célebre y reverendo J. H. Newman, traducida directamente al castellano y dedicada al exce-

lentísimo é Ilmo. Sr. D. Juan Ignacio Moreno, arzobispo de Toledo; un tomo en 8.º mayor, con láminas en acero, 2 pesetas.

La estrella de Nazareth, leyendas y tradiciones de Tierra Santa sobre la Santísima Virgen María, tomadas en presencia de los sagrados libros y principales escritos de los autores católicos Fleury, Orsini, Géramb, Chateaubriand, Poujoulat, Mislin, D'Herbelot, Bonault, Astolfi, Medard de Barry, Lamartine, etc., etc., por D. Luis García Luna, con licencia y previa censura de la autoridad eclesiástica; dos tomos en 4.º mayor, de más de 800 páginas cada uno, edición de lujo, con magníficas láminas á dos tintas y una preciosa portada en oro y colores, 12,50 pesetas.

Hipatia ó Los últimos esfuerzos del paganismo en Alejandria, novela histórica del siglo v, traducida directa y libremente del inglés, segunda edición; un tomo en 8.º mayor, de 600 páginas y muchas láminas en acero, 3 pesetas.

Monte San Lorenzo, novela religiosa escrita en inglés por el autor de *La Hechicera del Monte Melton*, monseñor el cardenal Wiseman, traducida directamente al castellano y aprobada por la autoridad eclesiástica; dos tomos en 8.º mayor, con muchas láminas en acero, 4 pesetas.

Emilia Paula ó Roma en la época del emperador Neron, por J. Bareille, doctor en Sagrada Teología, canónigo honorario de Lyon y Tolosa, traducida de la última edición francesa; dos tomos en 4.º mayor, con láminas, 6 pesetas.

Las siete virtudes, novela curiosísima, original de D. Fernando G. de Bedoya y D. José F. y Peralta; un tomo en 4.º mayor, con láminas, 5 pesetas.

Arte de hacerse amar por su marido, por D. Miguel Blanco Hervero; un tomo en 8.º, 1,50 pesetas.

Obra importantísima: A bordo de un bote, viaje al rededor del mundo, original de D. Vicente Moreno de la Tejera. — Interesante viaje en el cual el autor ha logrado unir lo dramático, maravilloso y conmovedor, con el estudio del origen y desarrollo de las razas, de las corrientes de los mares y de los fenómenos meteorológicos, refiriendo al mismo tiempo extraños usos y costumbres de los países más lejanos y menos conocidos; dos grandes tomos, con muchas láminas y más de 1.500 páginas en 4.º, 10 pesetas.

Los pequeños poemas, de D. Ramon de Campoamor, edición completa y de lujo; un tomo en 4.º, 6 pesetas.

Recuerdos del tiempo viejo, por el eminente poeta D. José Zorrilla; tres tomos en 8.º mayor, 9 pesetas.
Es una fiel narracion que hace de las vicisitudes por que ha

atravesado desde ántes de darse á conocer en el mundo literario, contando sus aventuras y cuanto le ha acaecido en el transcurso de cuarenta años. Obra interesantísima bajo todos conceptos.

Obras de Edmundo de Amicis, traducidas al castellano:

	Ptas. Cs.
Marruecos; un tomo.	3,50
Recuerdos de París y Londres; un tomo.	2,50
Constantinopla; dos tomos.	5
Holanda; un tomo.	4
Recuerdos de 1870 y 1871; un tomo.	3
La vida militar: bocetos (primera serie); un tomo.	3
La vida militar: nuevos bocetos (segunda serie); un tomo.	3
Novelas; un tomo.	3
Páginas sueltas; un tomo.	3
Retratos literarios; un tomo.	3
España: viaje durante el reinado de D. Amadeo I; un tomo.	5
Poesías; un tomo.	3
España; dos tomos.	6
Los amigos; tres tomos.	9
Italia; dos tomos.	6

Obras de Adolfo Belot:

Flor de crimen; dos tomos.	6
La boca de la señora X; un tomo.	2
La mujer de hielo; un tomo.	2
La mujer de fuego; un tomo.	2
Las fugitivas de Viena; un tomo.	2
Reina de hermosura; un tomo.	3
La sultana parisiense.	2
La fiebre de lo desconocido.	2
La Venus negra.	1,50
Los misterios mundanos.	1,50
Los bañistas de Trouville.	2
La señora Vitel y la señorita Lelièvre.	2
La cárcel de Clermont.	2

Obras de D. Emilio Castelar:

Un viaje á Paris durante el establecimiento de la República, por E. Castelar, seguido de Paris y sus cercanías. Manual del viajero, por Luis Taboada. Madrid, 1880; un tomo en 8.º, con el plano de Paris.	5
Recuerdos y esperanzas; dos tomos en 8.º.	6
Cuestion de Oriente.	4
Ocaso de la libertad.	5
Recuerdos de Italia, primera parte.	6

	Ptas. Cs.
Recuerdos de Italia, segunda parte.	4
Un año en París.	6
Discursos parlamentarios en la Asamblea Constituyente de 1869 a 1870, tercera edición, tres tomos.	6
Idem políticos dentro y fuera del Parlamento en los años de 1871 a 1873.	8
Fra Filippo Lippi. Novela histórica, tres tomos en 4.º mayor, laminas.	28
Fórmula del progreso.	2
Defensa de la fórmula.	2
Cuestiones políticas y sociales; tres tomos en 8.º.	6
La civilización en los cinco primeros siglos del Cristianismo: segunda edición; cinco tomos en 8.º.	15
La Hermana de la Caridad, segunda edición; dos tomos.	4
Estudios históricos sobre la Edad Media y otros fragmentos.	2
Miscelánea de historia, de religion, de arte y de política.	2
Perfiles de personajes y bocetos de ideas.	3
La redención del esclavo, primera y segunda parte; cuatro tomos en 8.º.	12
Vida de lord Byron; un tomo en 4.º.	5
Ensayos literarios; un tomo en 8.º mayor.	3
Cartas sobre política europea, primera serie.	3
Idem id., según la serie.	3
Movimiento republicano: edición económica; nueve tomos en 8.º.	22
Idem, id., edición de lujo, dos tomos en folio.	45
Historia de un corazón; un tomo.	4
Ricardo, segunda parte de la Historia de un corazón, dos tomos.	6
Samblanzas contemporáneas de los personajes más célebres del mundo en las letras, las ciencias y las artes; contiene: J. Fabre y E. Bismarck.—Thiers y A. Dumas.—Girardin y Manin.—Hugo y Figueras.—Prim y Monroy.—Gambetta y Delfina Gay.—Luis Napoleon.—Rossini y Herten (escritor ruso).—Obispo de Orleans, doctor Veron, marquesa de Osvald y Mazzini.—Oliver; historiadores, Ferrari y Michelet; actriz, Georges; pintor, Inglés, y filósofo, Coussin.	15
Obras de H. Balzac:	
El contrato de matrimonio.	2
Pequeñas miserias de la vida conyugal; un tomo en 8.º.	2
Escallos de la vida; un tomo.	1
Fisiología del matrimonio; un tomo.	4
Ferragus; un tomo.	1
Honorina; un tomo.	1
La mártir de su inocencia; un tomo.	1

	Ptas. Cs.
La mujer abandonada.	1
La solterona.	1
La piel de zapa, dos tomos.	2
Lirio en el valle; dos tomos.	2
Memorias de dos jóvenes obreras.	1
Investigación de lo absoluto.	1
La Duquesa de Langead.	1
Obras de D. B. Pérez Galdós:	
Trafalgar, un tomo.	2
La Corte de Carlos IV.	2
El 19 de Marzo y el 2 de Mayo.	2
Bailén.	2
Napoleon en Chamartin.	2
Zaragoza.	2
Gerona.	2
Cádiz.	2
Juan Martin El Empecinado.	2
La batalla de los Arapiles.	2
El equipaje del rey José.	2
Memorias de un cortesano de 1815.	2
La segunda casaca.	2
El Grande Oriente.	2
El 7 de Julio.	2
Los cien mil hijos de San Luis.	2
El Terror de 1824.	2
Un voluntario realista.	2
Los apóstólicos.	2
Un faccioso más y algunos frailes menos.	2
La Fontana de Oro.	2
El Audaz, historia de un radical de antaño.	2
La familia de Leon Rosch; tres tomos.	6
Marianeta.	2
Doña Perfecta.	2
Gloria; dos tomos.	4
El Doctor Centeno; dos tomos.	6
El Tormento; un tomo.	3
La de Bringas; un tomo.	3
El amigo Manso; un tomo en 4.º.	5
La Desheredada; un tomo en 4.º.	8
Episodios, ilustrados con grabados por los principales artistas: van publicados seis tomos en 4.º mayor, rústica.	82
Obras de Selgas, las últimas corregidas por el Autor:	
Flores y espinas, colección de poesías; un tomo en 8.º mayor.	3
Hojas sueltas; un tomo en 8.º.	2
Más hojas sueltas; un tomo en 8.º.	2

	Plas. Cs.
Libro de memorias; un tomo en 8. ^o	2
Nuevas páginas; un tomo en 8. ^o	2
Delicias del nuevo paraíso; un tomo en 8. ^o	2
Cosas del día; un tomo en 8. ^o	2
Obras escogidas, que contienen: Dos para dos.—El corazón y la cabeza.—El vals íntimo.—Un duelo á muerte; un tomo en 8. ^o , con siete láminas.	2
Se proporcionan las demas de este autor.	
Obras de Trueba:	
Capítulos de un libro; un tomo en 8. ^o	3
Madrid por fuera; un tomo en 8. ^o	3
Cuentos de varios colores; un tomo en 8. ^o	3
Narraciones populares; un tomo en 8. ^o	3
Libro de las montañas; un tomo en 8. ^o	3
Obras escogidas, que contienen: Aventuras de Periquillo.—Cielo con nubecillas.—Las cataratas.—El molinerillo; un tomo en 8. ^o con siete láminas.	2
Cielo con nubecillas; un tomo, con láminas.	1
Se proporcionan las demas de este autor.	

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN[®]
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UAB

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE
BUARAMANGA

Colectivo

BU